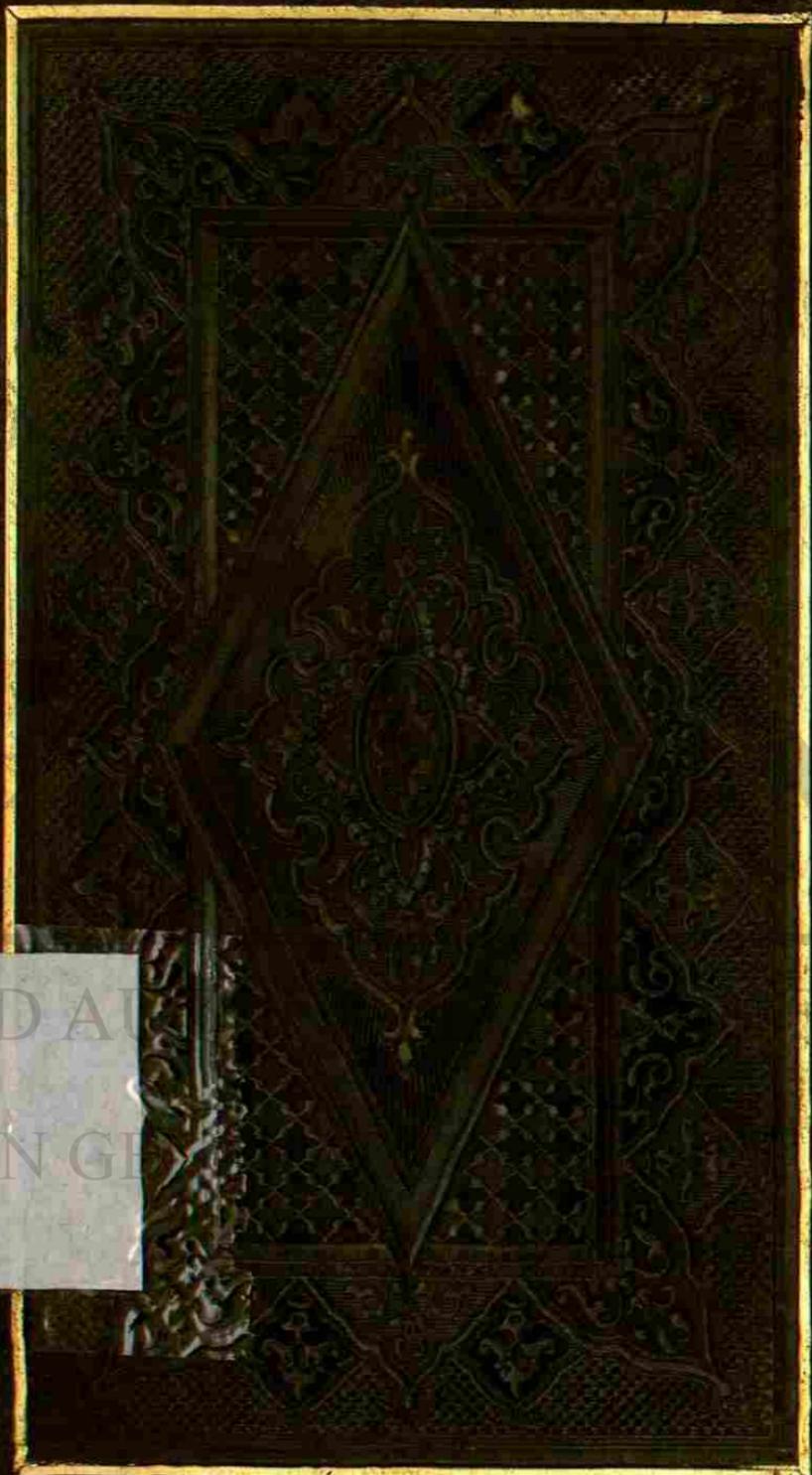


DAD AU  
CIÓN GE



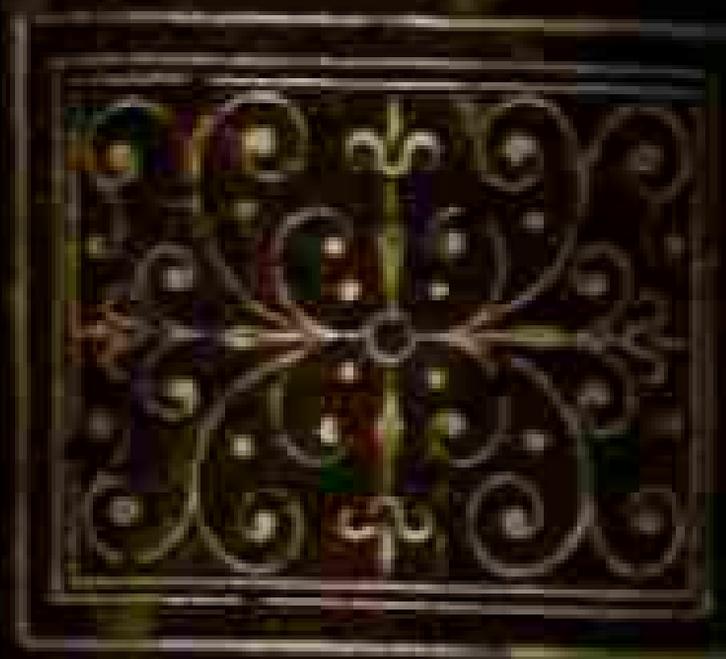


LA MARTINE

HISTORIA

DE LA

TURQUÍA



DR441

L2

1855

V.3

C.1

61720

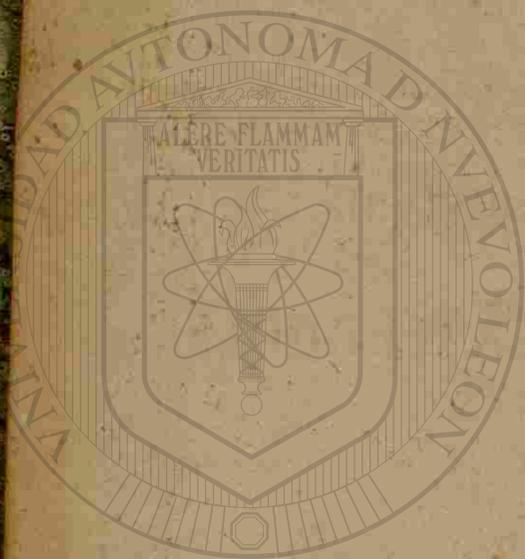
9(496)



1080044836

9(496)

E#1 C#16 12



El presente es un ejemplar de la obra de la biblioteca de la Universidad Autónoma de Nuevo León. No se permite su venta ni su uso para fines comerciales. Toda reproducción o uso no autorizado será sancionado.

HISTORIA

DE LA TURQUIA

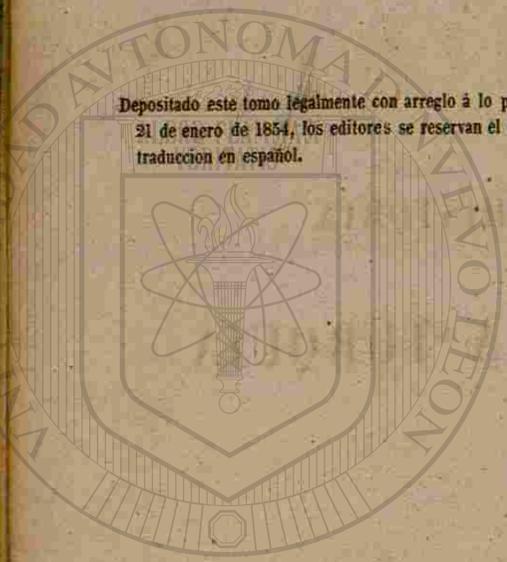
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN - 66000



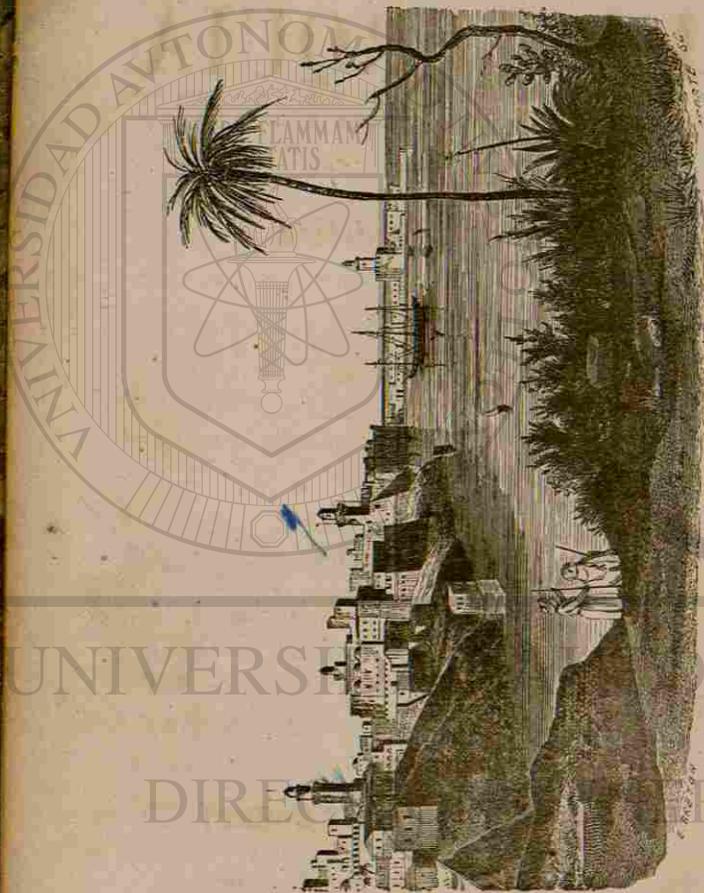
Depositado este tomo legalmente con arreglo á lo prevenido en el convenio de 21 de enero de 1854, los editores se reservan el derecho de propiedad de la traducción en español.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



T. III. p. 63.

SALONICA.

HISTORIA

DE

# LA TURQUIA

A. DE LAMARTINE



CON 30 LAMINAS



TOMO TERCERO

PARIS

LIBRERIA DE ROSA Y BOURET

1855

Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

61720

17336

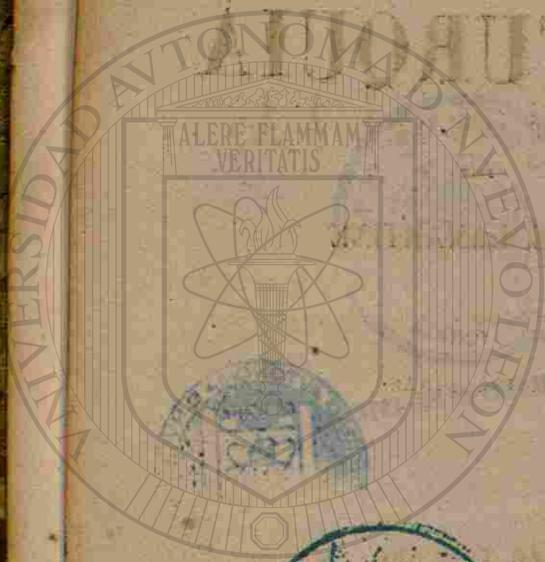
DR441

L2

1855

V-3

ИСТОРИЯ



FC

DE

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

88371

HISTORIA

DE

# LA TURQUIA

LIBRO DÉCIMO

I

Murad, ó segun el uso, Amurat II, aunque salido apenas de la infancia, era un hombre en la guerra y en la política. Habriase dicho que su padre Mahomet I<sup>o</sup> habia tenido el presentimiento de un reinado precoz para aquel hijo, cuando le dió, á la edad de doce años, el mando del ejército que marchaba á com-

III.

4

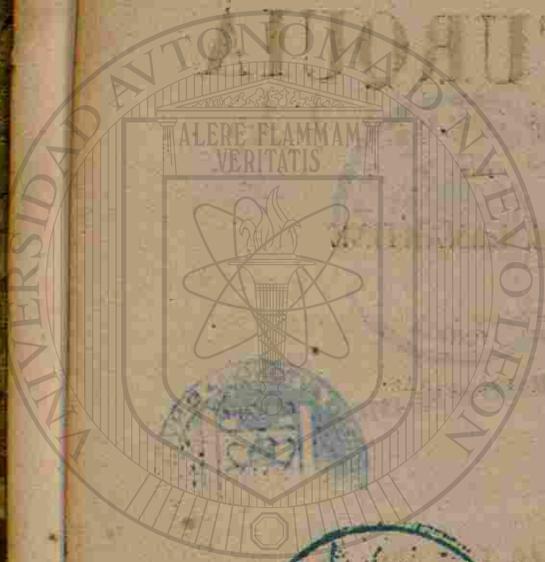
DR441

L2

1855

V-3

ИСТОРИЯ



FC

DE

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

88371

HISTORIA

DE

# LA TURQUIA

LIBRO DÉCIMO

I

Murad, ó segun el uso, Amurat II, aunque salido apenas de la infancia, era un hombre en la guerra y en la política. Habriase dicho que su padre Mahomet I<sup>o</sup> habia tenido el presentimiento de un reinado precoz para aquel hijo, cuando le dió, á la edad de doce años, el mando del ejército que marchaba á com-

III.

4

batir en los Balkanes contra la insurreccion comunista de Bedreddin. De este modo se podria pensar que habia querido familiarizarle desde su niñez con las campañas y las dificultades de reinado que deben superar los soberanos de los hombres. La razon precoz de aquella criatura parecia corresponder tambien con los secretos designios de su padre. Su edad, su figura, su gracia en las conversaciones, su valor impetuoso en el combate, la destreza y la fuerza con que manejaba el arco, el sable y el caballo; su docilidad para seguir los consejos de los guerreros mas experimentados que él, y principalmente los de Bayezid-Bajá, tutor suyo bajo el nombre de su general; por último, esa admiracion mezclada de ternura que inspira siempre á los soldados la vista de un jóven que protegen de corazon mientras le obedecen con el brazo, habian hecho de Amurat II el ídolo de los ejércitos, la esperanza de los pueblos. La majestuosa belleza de su padre que se hallaba representada en rasgos mas afeminados sobre aquel rostro de niño, completaba el prestigio moral por el prestigio físico. Hijo de un otomano, nieto de una servia, y nacido de una madre circasiana, esposa favorita de Mahomet I, Amurat II confundia en su persona la sangre de esas tres razas, siendo robusto como un otomano, blanco como un servio, esbelto y ligero como un hombre

del Cáucaso. Ningun príncipe parecia mas favorecido por la naturaleza para reinar sobre los ojos de un pueblo que desea ver la frente de sus jefes adornada con la diadema de la naturaleza, la hermosura, y la diadema de la sangre rennidas.

Nadie hasta entónces procuró indagar la causa natural de esa hermosura hereditaria en la familia de Othman y en la familia soberana de Turquía, hermosura que proviene de la renovacion perpetua de esa sangre robustecida de generacion en generacion en el seno de las odaliscas de todas las razas griegas, persas y caucasicas, todas elegidas por el tipo de la elegancia de formas mas perfecta, para el haren del soberano ó de los visires. La poligamia que degrada á la mujer y empobrece á la poblacion, embellece á los hijos de los grandes, por la eleccion selecta de las madres que corrigen las imperfecciones fisionómicas del padre, y comunican á la raza soberana de los otomanos algunos rasgos de las razas escogidas á que debieron ellas mismas su entrada en los serrallos. Contando de sultana en sultana la filiacion de los emperadores actuales de Constantinopla, quizás no se hallaria una madre que no hubiera dado á los hijos de la familia imperial, una gota de sangre extranjera procedente de las razas mas puras del Asia ó de la Europa. Otra causa explica tambien esa frescura

de la sangre y esa gracia del rostro tradicionales, y es que los turcos se casan jóvenes, y así los primogénitos de la raza de Othman participan de la juventud y de la gracia de sus padres cuando apenas han salido estos de la infancia.



Amurat II despues de haber atravesado con pres-teza y sin ser reconocido el largo camino que hay entre Amasia y Brusa, acompañado únicamente por el copero de su padre, llegó á las puertas de Brusa ántes de que se hubiera esparcido la noticia de la muerte del autor de sus dias. Ibrahim y Bayezid-Bajá habian llegado ya con lo mas escogido del ejército y le esperaban para coronarlo. Además los genízaros informados por aquellos del fin de Mahomet I<sup>o</sup> y con ánimo de aclamar á su hijo, salieron al encuentro del jóven sultan, y entraron con él en triunfo en la capital. Entónces descubrieron el féretro de Mahomet I<sup>o</sup> que durante el camino habia sido objeto, en su litera, de los mismos respetos que si el soberano hu-

biera estado vivo entre aquellas cortinas. Amurat lloró amargamente á su padre, y depositó el féretro con les honores imperiales en la mezquita verde construida para eterno reposo de aquellos restos venerandos.

Amurat II no tenia hermano de bastante edad para hacer titubear á los otomanos en reconocerle como legítimo sucesor de su padre. Mahomet I<sup>o</sup> no habia dejado mas que dos niños casi en la cuna; su tío Mustafá, pretendiente al trono vencido y encarcelado en Lemnos bajo la guarda del emperador griego Manuel, podia presentarse, si este le acordaba su libertad, á probar la fidelidad de los otomanos y dividir el imperio en dos dinastías. El pérfido Manuel envió embajadores á Brusa para amenazar á Amurat con esta pretension al trono si el nuevo sultan no le daba prendas y rehenes tomados en su propia familia.

Bayezid-bajá, entónces gran visir, respondió con orgullo á los enviados griegos que las leyes del imperio no admitian jamás que un príncipe educado, alimentado y cautivo entre los infieles, ó falsos creyentes, reinase sobre los otomanos, aun cuando corriese por sus venas la sangre de Bajazet. El imprudente Manuel al recibir esta respuesta mandó á Lemnos al mismo Demetrio Lascaris que habia sal-

vado la vida de Mustafá despues de la derrota de Salónica para abrir las puertas de su calabozo al prisionero, así como á Djuneyd su cómplice y su visir. Libres ya los dos encarcelados firmaron, en pago de su libertad, un tratado forzoso con el emperador de Constantinopla, en cuya virtud Mustafá al subir al trono con el auxilio de los griegos, se comprometia á restituir Galipoli y todas las ciudades del litoral de la Tracia, de la Bithinia y del mar Negro, que antiguamente fueron griegas.

III

Los navios del emperador griego desembarcaron á Mustafá y á Djuneyd sobre la costa de Tracia, á alguna distancia de Galipoli, para llamar á los otomanos de esta provincia á la causa popular en otro tiempo, del supuesto hijo de Ilderim. Los acontecimientos probaron el acierto de las precauciones tomadas en Andrinópolis por Ibrahim y por Bayezid-baja para ocultar la muerte de Mahomet I<sup>o</sup>; pues aunque los soldados que componian la guarnicion de Galipoli permaneciesen fieles por espíritu militar á la causa de

Amurat II, las poblaciones de la Tracia, ya por obstinacion á la memoria de Ilderim, ya por incredulidad en el juicio y sabiduria de un niño de diez y siete años para quien seria un juguete el imperio, ó ya fascinados por el carácter novelesco de las aventuras de Mustafá, que encuentra simpatias casi siempre, más que la verdad, en la imaginacion pueril de los pueblos, lo cierto es que adoptaron con entusiasmo la causa de Mustafá, tanto que en pocos dias pudo alistar una inmensa muchedumbre de tracios, macedonios, epirotas y habitantes salvajes del monte Athos en las llanuras de Salónica. Todas las ciudades marítimas de este golfo le fueron propicias, y pronto pudo adelantarse á la cabeza de ciento veinte mil hombres hasta las puertas de Galipoli que esta vez se abrieron ante la fama y la corrupcion de Djuneyd. Este traidor, hombre consumado en el arte de preparar y cumplir las traiciones, se engañaba tan pocas veces de partido, que todo el que estaba con él se creia seguro de estar con la fortuna; ese carácter, que solo presenta analogia con algunas grandes figuras de ambiciosos precursores de la suerte, como el conde Shaftesbury en Inglaterra, y el principe de Talleyrand en Francia, parecia rivalizar con la volubilidad de los griegos mientras se burlaba con una orgullosa satisfaccion de la sencillez de los otomanos.

## IV

Amurat II al ver aquel desmembramiento repentino del imperio, ántes de haberse apoderado de él completamente, reunió en torno suyo el consejo de los ancianos más experimentados del divan de su padre, con los tres jóvenes visires, hijos de Timurtasch, sus compañeros de guerra y de placeres en Amasia. Estos jóvenes, con la prontitud de decision natural en sus años, instaron al sultan para que pasara á Europa en persona, y que se acordara de que su abuelo tenia por sobrenombre Ilderim (el relámpago). Solo un rayo, dijeron, puede desgarrar esa nube. Amurat se inclinaba también á tomar esta resolución. Sin embargo, el respeto hácia la autoridad del anciano Ibrahim, prudente hasta lo sumo, y la confianza en Bayezid, guerrero consumado, le hicieron ceder, á pesar suyo, á la opinion de los ancianos del divan, que le representaron que el ponerse en persona á la cabeza de su ejército para combatir una sombra, era dar á la tentativa de un aventurero y de

un intrigante más gravedad de lo que convenia á los ojos de los otomanos; que además, el triunfo ó la derrota se hallaban siempre pendientes de la mano de Dios, aun en las batallas que parecian ménos dudosas, y que si alguno debia ser vencido en las llanuras de Tracia, no debia tocarle al sultan tan duro golpe.

« La derrota del sultan seria su pérdida, dijo Bayezid-bajá, la derrota de su general y de su ejército, « no será más que la vergüenza del general y el infortunio del soldado. »

Amurat hubo de conformarse con esta opinion, quizás más desacertada que su temeridad lo hubiera sido. Bayezid-bajá tomó el mando del ejército de Asia compuesto de treinta mil hombres, atravesó el Propóntide en buques prestados que los genoveses, dueños del puerto de Fócida, en el golfo de Esmirna, alquilaban al sultan á mucho costo, y se acampó bajo los muros de Galipoli teniendo por delante el innumerable ejército de Mustafá, y á la espalda la guarnicion sublevada de Galipoli mandada por el diestro y valeroso Djuneyd. Esta situacion del campamento de Bayezid-bajá exponia sus tropas al doble soborno del pueblo de la Tracia que en masa se declaraba por Mustafá, y de los soldados de Galipoli, antiguos camaradas de los genizaros, que provocaban desde lo

alto de los muros á sus compañeros de guerra á que imitaran su levantamiento.

De este modo Bayezid-bajá se encontró muy luego impotente para combatir y resistir : si avanzaba contra Mustafá, la guarnicion de Galipoli salia detrás de él y le atacaba á retaguardia y por los flancos, y si permanecía mas tiempo inmóvil, esta inmovilidad probaba su impotencia, y la desercion diezaba su campamento.

Mustafá guiado por las inspiraciones de Djuneyd, y como podia ganarlo todo sin arriesgar nada, con la audacia, seguia avanzando por la Tracia seguido, no ya de un ejército, sino de todo un pueblo. Su parecido con Bajazet-Ilderim, de quien hablaban los viejos á los jóvenes, la compasion por la suerte de este héroe muerto cautivo de Timur defendiendo á los otomanos contra el azote del Asia, la hermosura varonil de Mustafá, que debia la majestad de un soberano de imperio á la naturaleza ó al artificio, su afabilidad con los campesinos de la Tracia y de la Tesalia, su elocuencia insinuante, sus encarecidas protestas á los soldados, sus largas desgracias, sus aventuras maravillosas ó supuestas, pero que los crédulos otomanos veian marcadas con el dedo de Dios, y por último, el oro y las promesas que el opulento Djuneyd introducía por mil conductos oscuros

en las tiendas de Bayezid, daban á la causa del pretendiente una popularidad rural y soldadesca á un tiempo que todo lo arrastraba ante sus estandartes, aun á los mismos que habian pasado la mar para vencerle. El infortunado Bayezid-bajá, sin poder avanzar con seguridad y sin poder retirarse con honra, contaba todas las mañanas aterrado el número cada dia mas reducido de sus tropas, que pasaban entre las tinieblas de la noche al ejército de su enemigo. Allí donde corre el pueblo corre tambien el ejército, pues todos los ejércitos son pueblo, de origen y de instinto. Bayezid huyendo del contagio se acercó á Andrinópolis, y se acampó en la llanura ó en los pantanos de cañaverales no léjos de esa capital.

## V

En breve Mustafá alentado con las aclamaciones unánimes de las ciudades y pueblos que le seguian camino de Andrinópolis, se atrevió á establecer su campamento en frente del de Bayezid-bajá, en la llanura que llaman los turcos Sazlidere.

Así como Napoleón al volver de la isla de Elba se presentó solo y descubierto ante los soldados enviados para combatirle, Mustafá que, en vez de gloria, ostentaba sus infortunios y sus derechos, se adelantó solo entre los dos ejércitos, y arengando con intrepidez á los genizaros de Bayezid, que vacilaban ya entre las dos causas, les desafió á que hirieran en él al hijo de Ilderim, al herido de Angora, á la víctima de Timur, al emperador legítimo y predestinado de los verdaderos otomanos. El soldado que escucha se hace cómplice; los de Bayezid arrastrados por aquellos recuerdos, por aquellos ruegos, por el horror de cometer un sacrilegio contra la sangre de Othman, por la presencia y los gritos de aquella muchedumbre adicta á Mustafá, y que les abría los brazos en vez de mostrarles las armas, lanzaron el mismo grito que la multitud, y rodeando el caballo del pretendiente, le hicieron un solo ejército con ambos campos.

Mustafá mandó encadenar á Bayezid-bajá y á sus generales fieles al joven Amurat II, por sus propios genizaros, y entró sin combate en Andrinópolis á los gritos del ejército y del pueblo: el palacio del sultán, que llamaba el palacio de sus padres, le abrió sus puertas.

## VI

Al día siguiente de esta traición de la mitad de su imperio, Mustafá mandó que llevaran á su presencia á Bayezid-bajá y á su hermano Hamza, cargados de cadenas, y entregó el primero á su enemigo Djuneyd, como si la venganza hubiera sido el premio mejor de la victoria para el corazón de aquel bárbaro astuto. Recordaremos que Bayezid pidió en otro tiempo á Djuneyd la mano de su hija, que Djuneyd se la negó insultándole y se la dió con preferencia á un esclavo albanés que libertó llamado Audulas, y que Bayezid-bajá, usando de una represalia cobarde y feroz, cuando hizo prisionero de guerra en Nimeom á Audulas, le degradó de su virilidad y le alistó entre sus eunucos. Djuneyd tenía que vengar á su hija y á su yerno, y arrastrando á Bayezid al patio del palacio de Andrinópolis, y mandando á los tschauschs que suspendieran el golpe del yatagan sobre su cabeza, dijo burlándose de la víctima ántes del suplicio:

« Es lástima sin embargo, cortar la cabeza á un

« hombre tan diestro para cortar las señales de la virilidad á sus prisioneros. »

La cabeza de Bayezid rodó en el patio de aquel mismo palacio donde su fidelidad y su prudencia restauraron dos veces el imperio. Ya esperaba esta suerte al salir del palacio de Brusa, pues ántes de marchar habia hecho su testamento, y como no tenia hijos, habia legado su inmensa fortuna de quinientos mil *aspros* á Umurbeg, uno de los hijos de Timurlasch, en recompensa, decia el testamento, de su inviolable adhesion al sultan Amurat.

Djuneyd no castigó á Hamza-Beg, hermano y teniente de Bayezid, por las injurias que tenia que vengar sobre el último, y dió la libertad al que á su vez debia vengar sobre él la sangre de Bayezid.

## VII

Apénas Mustafá se hizo dueño de la mitad del imperio, gracias al odioso auxilio que le prestaron los griegos de Constantinopla, cuando la corte de Bizancio le pidió la ejecucion del tratado en cuya virtud se habia comprometido el pretendiente á res-

tituir Galipoli y todas las ciudades de la costa al imperio bizantino: Mustafá que no habia vacilado en prometerlo todo, no titubeó tampoco en faltar á su promesa. El pueblo y el ejército habrian clamado unánimes contra el nuevo sultan, si este recompensara su sublevacion con un vergonzoso desmembramiento del imperio.

« No reconquisté yo el imperio en provecho del emperador Manuel, » respondió Mustafá, y como Demetrio Lascaris, general de Manuel, le reconviniera en vano por su perfidia, prosiguió en estos términos.

« — Lleva á tu amo sus tropas que ya no necesito; la injuria que sufro de los griegos me dispensa de quedarles agradecido; es cierto que me habeis dado un asilo en Salónica, pero no es lo ménos que despues me disteis un calabozo en Lemnos, de modo que estamos pagados, y en adelante solo obraré como sultan de los otomanos. »

Irritado Manuel, despues de haber fomentado la insurreccion de Mustafá contra Amurat, trató de fomentar la venganza de Amurat contra Mustafá, y envió á Demetrio Lascaris á Brusa para coligarse, tambien pérfidamente, con uno de los sultanes contra el otro. La corte de Bizancio no se sostenia ya en Constantinopla sino arrojándose alternativamente

como un peso de mala ley en la balanza de todas las ambiciones que despuntaban entre los otomanos, y de este modo se preparaba para muy en breve el odio y la venganza de las dos causas que con la misma impudencia servia hoy y vendia mañana. Este gobierno, falto ya de toda virtud, vivia únicamente de sus vicios; su muerte no podia tardar, y estaba justificada de antemano por sus perversidades con respecto á sus vecinos.

## VIII

Sea que un largo cautiverio hubiese enervado el alma del afortunado Mustafá, ó sea que, como todo advenedizo, quisiera apresurarse á disfrutar de un trono arrebatado por la astucia, lo cierto es que se aletargó prontamente en Andrinópolis en las delicias de los palacios, de los jardines y de los harenes de su corte. Para hacerse adictas las tropas irregulares de los aldeanos y de los pastores, cuya afluencia le habia conquistado el trono, señaló por primera vez á estos voluntarios, bajo el nombre de *mossellimanes* (hombres exentos del servicio ordinario), un sueldo

de cincuenta aspros diarios, oponiendo de este modo á los genizaros privilegio contra privilegio.

Djuneyd que no encontraba ya en él la energía, presagio de la duracion de su reinado, y que no queria servir mucho tiempo sino á los hombres diestros y afortunados, se propuso vanamente arrancar á su nuevo amo á las seducciones de Andrinópolis, y quiso hacerle acabar la conquista de Asia, donde esperaba recoger para sí, su principado de Esmirna. Desalentado de todos sus esfuerzos, y trasluciendo con ojos perspicaces la incapacidad de Mustafá, Djuneyd intentó sordamente obtener el perdon de tantas traiciones por medio de otra traicion mas sorprendente. Por la larga experiencia que habia hecho con Soliman, con Musa, con Mahomet I, y aun con Mustafá, sabia que no se niega nada al hombre que ofrece un imperio. Envió pues emisarios secretos á Ibrahim, visir de Amurat II, para proponerle el dejar entregado á Mustafá á su suerte inevitable, y la restitucion de Andrinópolis al hijo de Mahomet I, si el hijo de Mahomet queria á su vez restituírle á él sus principados hereditarios é independientes de Esmirna, de Tira, de Nimfeon y de los valles mas hermosos de la Jonia. Amurat, no podia vacilar en comprar á este precio un auxiliar tan útil á sus amigos, como perjudicial para sus contrarios, y prometió

todo esto á Djuneyd, quien á su vez ratificó tambien lo prometido.

## IX

Sin embargo, para arrastrar á Mustafá con mayor rapidez hácia su suerte, era preciso arrancarle del palacio de Andrinópolis, donde no podría atacarle Amurat II sin levantar en su contra á todas las provincias que defenderian en Mustafá su propia hechura. Djuneyd llevó á Mustafá al Asia bajo pretexto de acabar allí la restauracion del imperio, arrojando á Amurat de la capital verdadera.

Mustafá seguido de un numeroso ejército que se componia de aldeanos indisciplinados, atravesó el Propontide en unas galeras que tomó prestadas á los venecianos, desembarcó en Lampsaque y se esparció en la vasta llanura que domina el monte Olimpo, y que riega el rio Rhyndacus, hoy el rio Ulubad.

Al aspecto de esta innumerable muchedumbre cuyas hogueras cubrian por la noche la llanura de Lampsaque, Amurat tembló un momento por su capital, pero animado en breve por las confidencias de

su visir Ibrahim sobre la traicion premeditada de Djuneyd, y por la intrepidez del corto número de los valientes compañeros de su juventud, que habian permanecido siempre fieles á su fortuna, salió de Brusa con solo veinte mil combatientes escogidos, y cubriendo su frente con las ondas del Rhyndacus, á la sazón crecidas por las lluvias, apoyada su ala izquierda sobre los bosques impenetrables del monte Olimpo, y su ala derecha al abrigo de un pantano lleno por las aguas sobrantes del rio, esperó las maniobras lentas y dificultosas que habian de intentar los generales de Mustafá para atacarle en aquellas fortificaciones naturales. No podian acercarse á sus tropas sin ir á buscar en los costados del monte Olimpo unos senderos sólidos, pero estrechos, donde pocos hombres valen lo que muchos.

Mustafá, desconcertado por esa posicion, y sin poder dirigir ni contener las masas de aldeanos que ardian en deseos de pasar la llanura, permanecia inmóvil, esperando que el rio volviera á entrar en su madre, y abriese caminos ó vados á sus tropas. En torno suyo respiraba la traicion y no podía ni se atrevia á desenmascararla y castigarla. Ibrahim, el visir de Amurat, mientras trataba de la pérdida de Mustafá con Djuneyd, habia enterado por falsas confidencias á Mustafá del contenido de las cartas en

que se revelaba á medias la infidelidad de Djuneyd. Estos dos cómplices, desconfiados y necesarios uno á otro, se observaban en silencio sin revelarse sus sospechas, y su desconfianza mutua paralizaba ó neutralizaba todos los planes de ataque. Mustafá veía lazos armados hasta en las victorias que le prometían. De este modo se hallaba muerto todo en sus campamento, cuando un golpe profundamente diestro del gran visir de Amurat, aseguró á su amo una victoria casi sin combate.

## X

El gefe feudal de una tribu numerosa de los Balkanes llamado Mikhal-Oghli, que ejercía sobre los habitantes de esa provincia de Europa el mismo ascendiente hereditario que tuvieron los Caraman en el Tauro, habia sido hecho prisionero por Mahomet I padre del jóven sultan, en una insurreccion de este vasallo, y desde aquella época vivia encerrado en la fortaleza asiática de Tokat. Ibrahim que conocia la popularidad de ese valeroso gefe de aldeanos sobre las tribus turcas de la Europa, dió la libertad á Mik-

hal-Oghli y le llamó al campo de Amurat. El anciano visir sabia que las avanzadas del ejército de Mustafá se componian en gran parte de aldeanos del Balkan.

En una noche oscura, mientras los campesinos de Mikhal-Oghli sentados á la lumbre sobre la orilla opuesta del Rhyndacus, hablaban casualmente entre sí del largo cautiverio de su gefe, y sentian que no estuviese con ellos á la cabeza de sus ayames para guiarles á la victoria, el mismo Mikhal-Oghli adelantándose á caballo hasta las ondas del Rhyndacus, y reconociendo las hogueras de sus antiguos vasallos, lanzó un grito formidable, que resonando en la noche de una orilla á otra, fué reconocido por los akindjis como el grito de guerra inimitable de Mikhal-Oghli, cuya voz sonora y vibrante era muy célebre por su extension en las tribus de los Balkanes.

«¿ Eres tú, Mikhal-Oghli, ó es tu sombra? dijeron  
« los akindjis.

« — Soy yo en persona, respondió el gefe; yo libre  
« y á las órdenes del verdadero sultan, que vengo á  
« combatir con mis hijos y mis hermanos por la  
« causa de la patria, contra un miserable aventurero  
« que la desgarró engañándoos á vosotros; ¿ dispa-  
« raréis vuestras flechas contra el seno de vuestro  
« bey? »

A esta voz, à estas palabras, al ruido de los pasos del caballo de Mikhal-Oghli en el agua del rio, los akindjis se llaman, se ponen de acuerdo, desbandados corren à sus caballos, se precipitan à nado en las ondas del rio para abrazar à su gefe querido, y pasan con él, en número de diez mil, al campamento de Amurat. Los árabes, otras tropas auxiliares de Mustafá, queriendo à la otra mañana, perseguir y castigar à los akindjis, vadean el rio junto à las cuevas del monte Olimpo.

Dos mil genizaros, apostados por Umur-Beg, hijo de Timurtasch, se descubren, se lanzan al galope detrás de Umur-Beg, y sorprenden y hacen morir ahogados à los cinco mil árabes en las ondas del Rhyndacus. Tan baratos estuvieron los prisioneros aquel dia en el campamento de Amurat, que un genizaro vendió dos por una cabeza de carnero; de aqui nació el despreciativo proverbio de los genizaros contra los árabes, tropas rivales, y los ódios que ensangrentaron hasta el advenimiento de Mohamed, las rivalidades de esos dos cuerpos privilegiados del ejército.

## XI

En la noche siguiente Djuneyd que habia creído descubrir durante el dia algunas señales de desconfianza en el rostro de Mustafá, y que temia que una traicion se adelantara à otra, salió en silencio de sus tiendas con sesenta hombres montados, de su casa, que llevaban sus tesoros, y se marchó à tiempo por el camino de Aidin. Esta fuga que se hizo notoria por el dia, les pareció à los soldados europeos de Mustafá, la fuga de la fortuna, y un terror pánico se esparció entre aquella muchedumbre que no veia bastante espacio en la llanura para su derrota infalible. En vano los soldados de Amurat les gritaban que se pararan y se confundieran en las filas como otomanos, pues ellos se creian perseguidos por la voz de Mikhal-Oghli, y por las perfidias de Djuneyd. El mismo Mustafá, abandonado de todos sus soldados y seguido solo por sus pajes, echó à galope hacia Lampsaque, y arrojándose en una lancha de pescadores volvió à pasar solo aquella mar que acababa de atravesar con cien mil soldados.

## XII

Amurat II le siguió de cerca á Lampsaque, y queriendo llegar ántes que él á Andrinópolis, imploró á toda costa un buque de los genoveses para que le llevara á la otra orilla con un puñado de sus valientes compañeros. Adorno, noble genovés, comandante de Fócida que se hallaba con algunas de sus galeras en las aguas de Lampsaque, dió en esta ocasión un ejemplo memorable del genio cerrado y lucrativo de los mercaderes genoveses; embarcó á precio de oro al sultan con trescientos pajes á bordo de su galera, mandó que le siguieran á él otras galeras armadas, y cuando estuvo en alta mar en medio del estrecho, á igual distancia de Asia que de Europa, y dueño absoluto de la suerte de Amurat, le dijo estas palabras echándose á sus piés, pero mostrándole con un ademán los cañones de sus galeras á guisa de amenaza.

« Sultan, perdonad á la república de Génova los  
« atrasos de veinte mil ducados de oro que os debe  
« por el arrendamiento de las minas de alumbre de

« ia montaña de Fócida, y el tributo que impusisteis  
« por esa explotación, sin lo cual os volveremos á la  
« costa de Asia, y perdereis la mitad de un imperio.»

El sultan se sonrió, y despreciando al mercader, firmó sin violencia la exención del tributo. Los turcos combatian por la gloria y el imperio; los ragusinos, los venecianos y los genoveses combatian únicamente por la riqueza. Estas dos razas no podian comprenderse; el comercio que enriquece á los pueblos, rebaja el móvil de la ambicion humana.

## XIII

Sin embargo, Adorno, fiel á la probidad, ese genio tambien del comercio floreciente, negó al otro día á Mustafá el vender al sultan Amurat II. Desde lo alto de las torres de Galípoli donde se habia refugiado Mustafá huyendo de Lampsaque, este otro sultan medio destronado contemplaba la mar cubierta de buques genoveses que traian á Europa al ejército de su enemigo Amurat II. Mustafá mandó ofrecer á Adorno todos los tesoros acumulados en la fortaleza de Galípoli, si queria volver al enemigo á la costa de

Asia, pero Adorno no quiso los tesoros por cumplir su palabra al sultan embarcado en sus galeras.

Apénas el sultan vencedor hubo reunido tres mil genizaros bajo los muros de Galípoli, cuando se presentó á las puertas cubierto únicamente por la nube de flechas que sus trescientos pajes lanzaban á las murallas. Solo el aspecto de Amurat bastó para poner en fuga por todas las puertas que daban á la llanura de Tracia, á los restos acobardados de las huestes de Mustafá, y este sultan apénas tuvo tiempo para adelantarlos á la ciudad de Andrinópolis, donde reunió á toda prisa sus tesoros, los cargó en mulas y siguió huyendo hácia el monte Hemus, prometiéndose hallar un amigo y un vengador en el príncipe de Servia.

Amurat, mas pronto en perseguir que Mustafá, cargado con sus riquezas, lo estaba en escaparse, atravesó Andrinópolis sin detenerse, mandó montar á sus ginetes en caballos de refresco abandonados por Mustafá, y le alcanzó en Yenidje, aldea de las montañas á una jornada de la capital. La comitiva de Mustafá se dispersó al acercarse de repente los ginetes turcos y abandonó á su amo á su destino. Mustafá solo tuvo tiempo para meterse en una garganta del monte Togan, que cubre con sus bosques la madre del torrente del Tudja, donde se escondió entre las raices

de una encina, que se mojaban en las ondas. Un ademán silencioso de uno de sus esclavos reveló el lugar de su escondite al sultan Amurat, que le sacó de allí con sus propias manos, como si un sultan no pudiera ser encadenado sino por otro de su misma gerarquía.

Amurat llevó al emperador apócrifo, cargado de hierros y de maldiciones, á la ciudad de Andrinópolis, á beneficio de aquel mismo pueblo de aldeanos que se habia levantado en masa pocos dias antes para colocar á aquel aventurero, querido de su imaginacion, sobre dos tronos. Amurat, para dar un buen testimonio de su muerte á las incrédulas poblaciones del monte Hemus, mandó alzar una horca en la torre mas elevada de las murallas de Andrinópolis, hizo colgar en ella á su rival, y dejó flotar su cadáver en los aires que se columpió por efecto de sus cadenas, hasta que las águilas y los cuervos del monte Hemus despedazaron al sultan de Andrinópolis y dejaron desnudos sus huesos.

## XIV

Sin perder tiempo para su venganza, Amurat II despues de haber consolidado su trono en Andrinó-

Asia, pero Adorno no quiso los tesoros por cumplir su palabra al sultan embarcado en sus galeras.

Apénas el sultan vencedor hubo reunido tres mil genizaros bajo los muros de Galípoli, cuando se presentó á las puertas cubierto únicamente por la nube de flechas que sus trescientos pajes lanzaban á las murallas. Solo el aspecto de Amurat bastó para poner en fuga por todas las puertas que daban á la llanura de Tracia, á los restos acobardados de las huestes de Mustafá, y este sultan apénas tuvo tiempo para adelantarlos á la ciudad de Andrinópolis, donde reunió á toda prisa sus tesoros, los cargó en mulas y siguió huyendo hácia el monte Hemus, prometiéndose hallar un amigo y un vengador en el príncipe de Servia.

Amurat, mas pronto en perseguir que Mustafá, cargado con sus riquezas, lo estaba en escaparse, atravesó Andrinópolis sin detenerse, mandó montar á sus ginetes en caballos de refresco abandonados por Mustafá, y le alcanzó en Yenidje, aldea de las montañas á una jornada de la capital. La comitiva de Mustafá se dispersó al acercarse de repente los ginetes turcos y abandonó á su amo á su destino. Mustafá solo tuvo tiempo para meterse en una garganta del monte Togan, que cubre con sus bosques la madre del torrente del Tudja, donde se escondió entre las raices

de una encina, que se mojaban en las ondas. Un ademán silencioso de uno de sus esclavos reveló el lugar de su escondite al sultan Amurat, que le sacó de allí con sus propias manos, como si un sultan no pudiera ser encadenado sino por otro de su misma gerarquía.

Amurat llevó al emperador apócrifo, cargado de hierros y de maldiciones, á la ciudad de Andrinópolis, á beneficio de aquel mismo pueblo de aldeanos que se habia levantado en masa pocos dias antes para colocar á aquel aventurero, querido de su imaginacion, sobre dos tronos. Amurat, para dar un buen testimonio de su muerte á las incrédulas poblaciones del monte Hemus, mandó alzar una horca en la torre mas elevada de las murallas de Andrinópolis, hizo colgar en ella á su rival, y dejó flotar su cadáver en los aires que se columpió por efecto de sus cadenas, hasta que las águilas y los cuervos del monte Hemus despedazaron al sultan de Andrinópolis y dejaron desnudos sus huesos.

## XIV

Sin perder tiempo para su venganza, Amurat II despues de haber consolidado su trono en Andrinó-

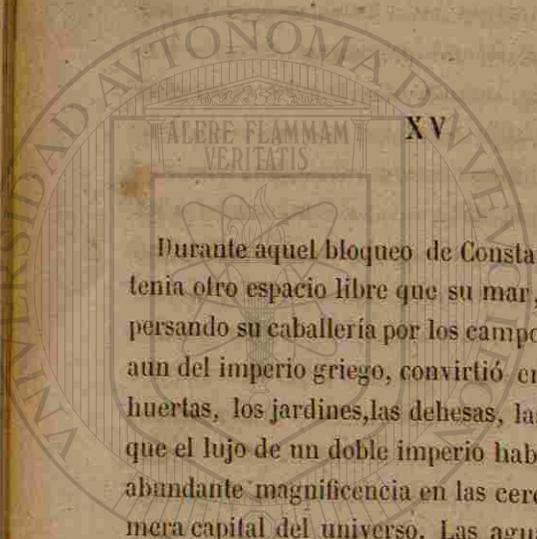
polis condujo su ejército, animado aun de ardor belicoso y embriagado con sus triunfos, bajo los muros de Constantinopla para pedir al viejo y pérfido Manuel la reparacion de las traiciones á la fe jurada en la ayuda que prestaron los griegos á Mustafá. El pueblo voluble de Constantinopla que habia exigido del viejo emperador que libertase á Mustafá para que hiciera la guerra al sultan Amurat, sitió en tumultuosa muchedumbre el palacio de Blakernes para exigir ahora de la corte las mas serviles concesiones al vencedor de Mustafá. El terror que habia sobreco- gido á la ciudad se cambiaba en sospechas y en furor contra los ministros y los negociadores de Manuel, á quienes el pueblo acusaba de lentitud en satisfacer la justa cólera del sultan. Teologos primer intérprete de la corte de Manuel, fué enviado por este al sultan Amurat para atenuar sus exigencias, y como no hubiera logrado desde luego concluir una paz cuyas condiciones eran demasiado humillantes para su amo, fué acusado por la voz pública de retardar las negociaciones en interés de su ambicion privada. El pueblo pedia á gritos su cabeza; los arqueros de la isla griega de Candia, que formaban la guardia del palacio, cansados de defender al acusado, concluyeron por pedir tambien su suplicio al soberano. Aquel emperador debil, arrojó á Teologos al pueblo

para desviar su rabia de su propia familia, y los de Candia arrastraron al inocente ministro bajo las ventanas del palacio, le sacaron los ojos, le cubrieron de heridas y le encerraron, ciego y moribundo, en una cisterna donde espiró á los pocos dias.

Su casa, que fué tomada, saqueada é incendiada por el populacho de Constantinopla, encerraba los vasos de oro y los otros presentes que debia llevar en secreto al sultan Amurat de parte del emperador, para obtener de él mejores condiciones. Estos tesoros inmensos le parecieron al pueblo un testimonio acusador de los fraudes y el dolo de Teologos. De este modo la calumnia sobrevivió al suplicio.

Sin embargo, Amurat, que conocia y que estimaba á Teologos, que Manuel habia enviado con frecuencia á la corte de su padre Mahomet I, se indignó con aquella inmolacion de un inocente, y sospechó que otro ministro del emperador, Pyllis de Efesio, rival de Teologos, habia fomentado la sedicion contra su cólega por sus odiosas instrucciones sembradas en el pueblo: Pyllis de Efesio se hallaba en aquel momento en las tiendas del sultan para proseguir las negociaciones, y Amurat le mandó cargar de hierros, le interrogó aplicandole el tormento para arrancarle la confesion de sus intrigas, y le hizo subir sobre la hoguera encendida ya para que expiara sus crímenes en

las llamas. Pyllis se libertó del suplicio por la apostasia, renegó del cristianismo y se refugió en la ley de Mahoma.



XV

Durante aquel bloqueo de Constantinopla que no tenía otro espacio libre que su mar, Amurat II dispersando su caballería por los campos que dependían aun del imperio griego, convirtió en un desierto las huertas, los jardines, las dehesas, las casas de recreo que el lujo de un doble imperio había sembrado con abundante magnificencia en las cercanías de la primera capital del universo. Las aguas y los árboles sufrieron el castigo de los crímenes y de la cobardía de los habitantes. Para ahogar mucho más todavía la respiración de la ciudad de los Paleólogos, Amurat construyó una trinchera exterior que se extendía desde el palacio Cyclopión, cuyos jardines se hallaban suspendidos sobre el mar de Mármara, hasta el palacio elevado de Blakernes que dominaba el puerto del Cuerno de Oro desde lo alto de la colina imperial. Esta trinchera, con sus torrecillas de madera colmadas de

tierra, hacia frente á las murallas antiguas y á las torres de mármol que estrechaban la capital de Constantino en un semi-círculo de construcciones en que el arte griego, el bajo-relieve, las cornisas, los capiteles y los arcos de triunfo habían igualado las fortificaciones de una vasta ciudad con las paredes de un templo.

La noticia esparcida por Amurat en Asia y en Europa de que serían abandonados á los soldados los tesoros de los griegos, había llenado su campamento de tratantes en ganado, de mercaderes de esclavos, de usureros judíos y de traficantes entre los que había también muchos cristianos, que esperaban aquella presa, la más rica de los tres mundos. Nubes de dervis mendigos que acudían del Diarbekir, del Tauro y de la Caramania, « se repartían ya en el pensamiento, dicen los historiadores genoveses y venecianos del campo de Amurat, los ricos monasterios « y las vírgenes consagradas que poblaban los innumerables conventos de aquella ciudad monacal. »

El viejo scheik Bokhari, á quien Bajazet-Ilderim había dado en matrimonio una de sus hijas enamorada de sus virtudes, y que llamaban entonces el *emir-sultan*, fué á reunirse con Amurat escoltado por quinientos discípulos á caballo. Oráculo de los otomanos en los tres reinados últimos, el scheik Bo-

khari, cuya sabiduría en los consejos le había merecido el don de profecía, y que pasaba por llevar á su lado la victoria, entró en el campamento en medio del ejército prosternado á los pies de su mula. Bokhari se encerró despues de esta procesion triunfante en la humilde tienda de fieltro pardo, único palacio que quiso habitar por abnegacion, y pasó invocando á *Allah* toda la noche. Sus discípulos, durante esta meditacion del maestro, apostrofando desde lo alto de las torres á los guardias de Constantinopla, les mostraban con sus ademanes la inmensidad de las tiendas de Amurat, y les desafiaban á llamar en su ayuda á su Cristo tantas veces renegado en su santidad por sus vicios y mentiras.

## XVI

Al otro día, el scheik Bokhari montó en un caballo de batalla y seguido de sus quinientos discípulos se adelantó con sable en mano hasta llegar bajo los muros de Constantinopla á cuyo lado estaban los vergeles del palacio de Blakernes. Era el 22 de agosto de 1422. Como un heraldo de las guerras caballe-

rescas, el anciano blandiendo su sable contra la ciudad lanzó tres veces el grito de guerra, *Allah y Mahoma*.

Este grito fué la señal del asalto; doscientos mil hombres de cada parte, todos de pie en las trincheras y en las torres, lo que parecia una batalla de dos ciudades y no una batalla de dos ejércitos, obscurecieron el aire con nubes de dardos, de piedras, de humo y de fuego. Esta lucha inmóvil que se extendia en igual cantidad de combatientes desde el palacio de Madera, hoy las Siete Torres, bañado por el mar de Marmara hasta el riachuelo Lycus que entra en el receptáculo encajonado del Cuerno de Oro atravesando las praderas de un valle, abrazaba todo el espacio en que Bizancio tiene por fosos sus tres mares.

En el extremo del peligro, Bizancio habia recobrado algunos restos del valor romano. Sus palacios, sus templos, su Dios, sus riquezas, sus mugeres, sus hijos, su libertad, su vida, el imperio todo temblaba, oraba, combatia detrás de aquella trinchera que al desmoronarse abria paso á un diluvio de otomanos. El viejo emperador de Constantinopla Manuel, que tenia cerca de ochenta años, parecia no haber vivido hasta esa edad sino para asistir desde su lecho de muerte al último día de su pueblo, y exhalaba sus últimos suspiros durante el combate. Su hijo Juan

Paleólogo luchaba durante la agonía de su padre en la puerta San Roman, la salida de triunfo de Constantinopla sobre el campo.

Todo el pueblo, hasta las mugeres, los viejos, los niños, los sacerdotes, los frailes y las religiosas, todo se había vuelto ejército en aquel día supremo, los unos buscando la salvación, los otros la muerte y todos el martirio. Las dos religiones combatían como los dos pueblos. Los gritos de *Allah* y de *Chrystos* se cruzaban tumultuosamente por los aires. Cada uno de los dos ejércitos contaba para triunfar con un milagro. Pero el único milagro que aconteció estuvo en la naturaleza de las armas; los turcos que no tenían aun artillería ni fuego grequisco en su ejército, que poseían como únicos recursos el caballo y el sable, no podían asaltar unas trincheras fortificadas durante siete siglos sino por medio de escalas que se derumbaban bajo las peñas que rodaban de las almenas. Los soldados de Paleólogo que caían á flechazos eran reemplazados al punto sobre la brecha por centenares de nuevos combatientes suministrados por dos millones de hombres. El abismo de polvo, de fuego y de hierro que separaba las dos murallas, no se llenaba mas que de cadáveres. Ni una sola almena de los inexpugnables muros de Constantinopla y de sus macizas torres caía á impulsos de las máquinas de

madera y de tierra de los turcos. La tarde bajaba ya sin que se hubiera disminuido el ardor del combate, pero también sin que la victoria hubiera adelantado un solo paso. Cada partido parecía invocar con ansia la noche para acusar á las tinieblas del poco éxito de sus armas.

La superstición de los dos pueblos ayudó á separar por fin á los combatientes. De repente se apareció sobre las murallas por entre el humo, á los ojos de los griegos y aun de los turcos, una virgen misteriosa vestida de un manto violeta bordado de oro, con el rostro resplandeciente por los últimos fulgores del sol en el ocaso. Al aspecto natural ó premeditado de una muger de hermosura celestial que con su brazo protegía la ciudad de los milagros, consolados los griegos y consternados los otomanos pusieron fin á la contienda. Un inmenso clamor de gratitud á la Panagia, virgen milagrosa de los bizantinos, se elevó en los aires, y espereció un terror pánico entre los crédulos dervises de Bokhari. Amurat II tan supersticioso como su pueblo, ordenó al ejército que quemara aquellas torres inútiles, que abandonara el cerco de madera y que entrara en el campamento. Este vano asalto de doce horas entre dos ejércitos que no habían podido acercarse cuerpo á cuerpo, costó poca sangre á las dos naciones, pues solo se recogieron al

pié de las murallas algunos centenares de cadáveres, pero el asalto de doscientos mil otomanos rechazados tan victoriosamente por una ciudad enervada dió á los griegos la confianza que quitó á los turcos, y prolongó con un reinado mas, la duracion del imperio.

## XVII

Una nueva maniobra de los griegos, legítima entonces, puesto que se hallaba destinada á retardar el momento de su ruina, llamó en aquel mismo dia al Asia al sultan Amurat II; la corte de Bizancio acababa de agitar nuevamente al Asia bajo su trono.

Uno de aquellos griegos renegados del temple de Djunejd, que los soberanos otomanos llamaban con frecuencia á su corte para que enseñaran á sus hijos las letras, las artes y la política de los pueblos mas experimentados en la civilizacion refinada del Oriente, Elias, copero de Mahomet I, educaba en el palacio de Brusa á los hermanos de Amurat. El mayor de estos niños llamado tambien Mustafá-Sultan tenía doce años, y el menor contaba solo ocho. Elias, instigado por los Paleólogos, sacó una noche á sus dos disci-

pulos del palacio de Brusa, y los llevó á la corte de los Caraman, dispuesto siempre como hemos visto, á levantarse contra la casa de Othman.

Los Caraman saludaron con el titulo de sultan al jóven Mustafá bajo pretexto de que era hijo de una princesa servia, esposa de Mahomet I, en tanto que Amurat habia nacido de una hermosa odalisca, y le dieron un ejército de turcos para que reconquistara Brusa, y el trono que con tanta prontitud le habia arrebatado su hermano Amurat II.

El ejército de los Caraman aprovechándose de la ausencia de Amurat, que habia dejado sin tropas el Asia, avanzó hasta las puertas de Brusa, y pidió á la capital que reconociera en el jóven pretendiente al verdadero soberano del imperio. Los habitantes consternados, sin saber si debian proscribir la sangre de Mahomet, y sin querer esponerse al resentimiento de Amurat, enviaron algunos ancianos á Mustafá con homenajes y presentes, pero declararon que no se consideraban en libertad de abrir sus puertas á un ejército extranjero. Elias irritado, pero sin fuerzas, hubo de conducir á su discípulo y á su ejército ante la segunda ciudad imperial de Bithinia, Isnik, de la cual se apoderó despues de un sitio de treinta dias. De Isnik, el jóven emperador Mustafá se fué misteriosamente á Constantinopla donde fué recibido como

soberano por los Paleólogos, y concluyó un tratado con estos, á ejemplo de su padre y de sus tios.

## XVIII

Durante esta ausencia del jóven emperador, Amurat II marchó precipitado al Asia, á preparar á un tiempo la corrupcion y la fuerza para ahogar aquella inesperada pretension al trono en la sangre de un niño, cuyo crimen debia recaer sobre su maestro. Elias lisonjeado por Amurat con la esperanza de ser nombrado gobernador de toda la Anatolia en pago de su perfidia con sus discípulos, se vendió tan fácilmente al sultan Amurat como se habia vendido á la ambicion de los Caraman. En efecto, mediante mil artificios y dilaciones, estorbó á los Caraman que se llevaran consigo al jóven sultan para ponerle en seguridad en sus dominios, miéntras ellos tambien se retiraban ante el ejército de Amurat II.

Informado secretamente Amurat por el traidor de la retirada de Mustafá á las cercanias de Isnik, envió á Mikhal-Oghli con un puñado de hombres á caballo,

para que se apoderara de sus jóvenes hermanos. Tadjeddin, su fiel visir, defendió su asilo en un combate singular contra Mikhal-Oghli para darles tiempo á que salieran del baño y se fugaran; pero durante esta lucha heróica en que Mikhal-Oghli cayó herido de muerte bajo el yatagan de Tadjeddin, Elias, atando con cuerdas á Mustafá, le llevó á las avanzadas del ejército de Amurat á las puertas de Isnik y le entregó á Mezid-Bey, caballero mayor del emperador. El pobre niño fué ahorcado de las ramas de una higuera en un jardin, á la puerta de la ciudad, para que desfilara el ejército ante su cadáver. El segundo hermano de Amurat, aunque por sus años debia estar al abrigo de toda sospecha criminal, desapareció tambien por una medida atroz de prevision de los ministros de Amurat.

De este modo quedaba ya suplido tres veces en tres reinados, por medio del fratricidio, el principio de sucesion al trono por derecho de primogenitura. En las imperfectas legislaciones del Oriente, la sangre llena los huecos de las leyes.

## XIX

Amurat II solo se detuvo en Isnik el tiempo necesario para que se hicieran los honores fúnebres á las dos criaturas, y para enviar sus cadáveres á la tumba de su padre en la mezquita verde de Brusa. Inmediatamente despues se fué derecho al principado de uno de sus vasallos mas poderosos, el principe de Castemuni, Isfendiar, que habia fomentado y sostenido la rebelion de sus hermanos. Isfendiar, vendido en la batalla por su propio hijo el principe Kassim, y herido en una mano por su propio visir Yakschi-Bey, huyó á Sinope, ciudad maritima del mar Negro, donde habia establecido su capital.

Perseguido en Sinope por el ejército otomano, Isfendiar no pudo comprar el perdon y la paz de Amurat, sino dándole en matrimonio su hija, la célebre princesa de Sinope, cuya hermosura cantada por los poetas y por los historiadores de aquel tiempo, habia inflamado la amorosa imaginacion del joven sultan. Esta pasion que tenia Amurat por la belleza de sus esposas, cuyos encantos se disputaron alternativa-

mente ó á la vez su corazon, agitó á menudo la política del Oriente, desde el interior de sus palacios.

## XX

Sus victorias no le tranquilizaban completamente sobre la seguridad de su trono, sobre todo en Asia, donde tenia feudatarios tan poderosos como turbulentos que solo se sometian para imaginar nuevas rebeliones y guerras. Las repetidas traiciones de Elías-Bey y de Kassim-Bey, de que se habia aprovechado, iban tomando cuerpo en su propio consejo. Las rivalidades existentes entre los cinco visires, entre los cuales habia debido distribuir sus favores en los malos dias, podian cambiarse en ingratitud que le acarreará grandes perjuicios. Principió por satisfacer ampliamente la ambicion de los tres hijos de Timurtasch, sus compañeros de infancia y de guerra, dando al primero de ellos Umur-Bey, el principado de Kermian, al segundo, Uradj, la gerarquía y el título de *heglerbey* ó principe de los principes (generalísimo) y al tercero, Ali-Bey, el principado de Sarukhan. Recompensados y separados así estos tres visi-

res, quedaban únicamente los dos restantes para dividirse el ejercicio de la autoridad imperial. Amurat II se hallaba seguro de la fidelidad del primero Ibrahim-bajá, el amigo de su padre Mahomet I, el autor de su propia fortuna, el diestro cómplice del infortunado Bayezid-bajá en los dos meses de gobierno póstumo que ocultando la muerte de Mahomet, había asegurado el trono á su hijo primogénito.

Pero el segundo Auz-bajá, con una ambicion impropia de un visir, había sabido tomar sobre el ejército un ascendiente que pensaba imponer al jóven sultan, ó que queria explotar sediciosamente por sí mismo provocando un ofrecimiento al trono en su favor por una popularidad soldadesca hábilmente fomentada entre los genizaros. Auz-bajá desconfiaba de las intenciones del sultan, como el sultan desconfiaba de las tramas de su ministro. El vigilante Ibrahim estaba alerta y advertia á su amo de los pasos equivocados que daba su peligroso cólega, y Amurat que, por prudencia, había contemporizado, conoció que había llegado la hora de herir ó de que á él le hirieran.

Un día que estaba reunido el divan para deliberar sobre una sorda emocion de los genizaros, Amurat, como por un ademan casual y familiar, apoyó su mano en el pecho de Auz-bajá, y bajo su vestido de

visir oyó resonar una coraza de guerra. Al sentir estas armas ocultas llevadas al consejo, el sultan convencido de una injuriosa precaucion ó de una premeditacion culpable, ordenó á los tschauschs ó *chiaux* que sacaran los ojos al visir. Este suplicio, ejecutado, sin que se oyera un grito, sobre el favorito del ejército, que cuando ménos había delinquido por prudencia, y el apartamiento de los tres hijos de Timurtasch, demasiado poderosos en Asia para servir de buenos cortesanos, confirmó la autoridad del sultan, por el silencio y el terror del ejército. Todo se esperó de un príncipe que sabia recompensar, se temió todo de un amo que castigaba á tiempo, y todo se cedió á un sultan que queria reinar soberanamente.

Despues de este doble golpe de Estado de Isnik que devolvía la unidad al consejo, el fiel Ibrahim, á quien el sultan llamaba familiarmente *Lala* ó padre, fué el único visir, cabeza y mano del sultan Amurat II.

## XXI

Las fiestas de sus bodas con la princesa de Sínope, señalaron la vuelta de Amurat á Andrinópolis. La

jóven viuda de Khalil-bajá, princesa educada desde la muerte de su marido en el haren del sultan, fué enviada con un séquito imperial á Sinope para traer á la capital á la prometida de Amurat II. Su entrada triunfal en Andrinópolis rivalizó con las pompas imperiales de Constantinopla y de Samarcandia. Tres hermanas jóvenes del sultan fueron casadas el mismo dia, una con Kassin-Bey, hermano político de Amurat é hijo de Isfendar, otra con Karadja-Tchelebi, gobernador general de las provincias turcas de toda el Asia, y la otra con el hijo del gran visir Ibrahim-bajá.

Los principes soberanos de Servia y de Valaquia asistieron á las bodas de Andrinópolis mas bien como vasallos que en calidad de aliados. El sultan, que nada deseaba tanto como la paz, les envió en su nombre con ricos regalos para el rey de Hungría, Sigismundo, en prueba de deferencia y de reconciliacion. Aquel tributo de amistad se componia de caballos turcomanos, armas de Persia, brocados de Bagdad, alfombras de Caramania, y copas de oro cinceladas para quemar los perfumes del Yemen. El rey de Hungría contestó con otros regalos de Europa, como telas de Flandes, caballos de Frisa, encajes de Malinas, pomos de silla de oro, terciopelos de Utrecht y bolsillos de florines de oro de Hungría.

Amurat se embriagaba en la pasion que le inspiraba la princesa de Sinope.

## XXII

De todos los principes vecinos ó vasallos suyos que turbaron el principio de su reinado, solo le quedaba el viejo Djuneyd por pacificar ó dominar; la vejez no destruía en aquel anciano la inquietud y la perfidia de que habia dado tantas pruebas en su largo destino, y despues de haber elevado y perdido á tres sultanes, pensaba en perder á otro mas, ingrato siempre con la gracia que habia recibido, ó siempre descontento del premio que merecieran sus traiciones.

A la mañana siguiente de aquella noche en que desertó el campo de Mustafá sobre el Ryndacus, dando de ese modo al ejército la señal de la rebellion y el terror de la derrota, Djuneyd con los setenta ginetes de su comitiva, llegó á Tira, delicioso lugar de sus antiguos dominios situado en el valle sombrío del Strymon, y despues de haber dado descanso á sus caballos y aumentado su escolta con una nube

de sus antiguos vasallos, gozosos de unirse á él para humillar á Esmirna, su rival en opulencia y en comercio, atravesó en un día la llanura de Burghaz-Owa por donde serpentea el Caistre y cayó sobre Esmirna que habia permanecido sin amo y sin guarnición mientras duraba la lucha entre los dos sultanes.

Esmirna, la Fócida, las orillas del golfo, los pueblos y aldeas de la Jonia, desde el cabo Negro hasta Efeso, al ver de nuevo á un príncipe que los habia gobernado largo tiempo y que se decia reconocido y restaurado por Amurat, le suministraron en pocos dias tesoros y soldados para restablecer su poderío. En vano el príncipe de Aidin, turbado y celoso con la presencia de tan terrible vecino, marchó contra él á la cabeza de su ejército; pues Djuneyd se adelantó á él con seis mil combatientes por las gargantas entre Efeso y Tira, desembocó audazmente sobre el Burghaz Owa, y apoyando su izquierda en un lago, y su derecha en los pantanos del Caistre, esperó al príncipe de Aidin.

Los dos ejércitos despues de haberse medido un instante con la vista, sin poder acercarse porque los separaban los pantanos del Caistre, encomendaron la suerte de la batalla á un duelo á muerte entre sus dos gefes en el único espacio sólido que habia entre los dos campos.

Djuneyd, á pesar de sus ochenta años, cuyo peso no sentia con el ardor de su ambicion en el momento de reconquistar ó de perder para siempre sus dominios, lanzó su caballo contra el del jóven bajá de Aidin con una impetuosidad desesperada, y despues de una lucha sangrienta entre los dos campeones, lucha en que la destreza y el vigor suspendieron durante largo rato la muerte sobre sus cabezas, Djuneyd alzó su maza de armas, y sin cuidarse ya de su defensa, la descargó sobre el bajá de Aidin que cayó tendido sin movimiento á los piés de su caballo.

A este prodigio de fuerza debido al brazo de un anciano, ambos ejércitos aplaudieron sin distincion de causa como á una sentencia del cielo, y el ejército del bajá reconoció por príncipe de Aidin al viejo Djuneyd. Las provincias de Esmirna, de Efeso, de Fócida, de Tira, de Magnesia y de Aidin volvieron á caer en poder de Djuneyd mediante aquella bazaña, y la independencía de un territorio tan vasto bajo una casa tan pérfida y ambiciosa, amenazaba casi al sultan con un imperio rival del suyo en Asia.

## XXIII

En cuanto Amurat II pudo consolidar su reinado en Andrinópolis, se apresuró á enviar un ejército para refrenar aquella ambicion y restablecer la autoridad imperial en aquellas provincias usurpadas durante su ausencia. Con este fin buscó entre sus generales al que mas ultrajes personales tuviera que vengar en la sangre de Djuneyd. Ibrahim, su gran visir, le aconsejó que confiara su ejército á Khalil-bajá, que se habia casado con la hermana del infortunado Bayezid-bajá, sometido á un suplicio cruel por Djuneyd bajo los muros de Galipoli despues del levantamiento de sus tropas en favor del sultan Mustafá. Esta hermana querida y estimada del sultan habia inspirado á su marido Khalil sus implacables resentimientos contra el asesino de su hermano.

Cuarenta mil hombres de las tropas mas escogidas de Amurat siguieron á Khalil al Asia, y se adelantaron por el valle de Magnesia hácia las estrechas gargantas de Tira que se abren en direccion de Aidin y de Esmirna. Djuneyd esperaba al ejército oto-

mano en aquellas Termópilas de sus dominios. Su hermano Hamza y su hijo Kurd, dejaron por la noche el campamento de Tira, y subiendo por los bosques escarpados y las cumbres de la cordillera de montañas donde está edificada la ciudad, cayeron al amanecer sobre el ejército turco; pero sorprendidos á su vez por una reserva de Khalil que se habia quedado á retaguardia para vigilar aquellos bosques, Hamza y Kurd heridos y prisioneros, tuvieron que soportar los hierros de Khalil.

En cuanto Djuneyd recibió la noticia de que su hijo y su hermano estaban vencidos y cautivos, abandonó las gargantas, los valles de Tira y la llanura del Caistre á los otomanos, y se encerró presuroso con un corto número de intrépidos guerreros en un castillo casi inaccesible, cuyos restos se ven aun en el dia suspendidos como un nido de águila sobre los costados del monte Hipsila, á vista de la mar, y en frente de la isla montuosa de Samos, y allí llorando de antemano la muerte de aquellos dos seres tan queridos, que fueron enviados á Andrinópolis cargados de cadenas, se preparaba á vengar sobre Khalil su triste destino.

En breve sin embargo, sabiendo que el sultan enviaba para gozar de su suplicio á Hamza, aquel hermano de Bayezid-bajá que habia perdonado en Gali-

poli cuando mandó cortar á este la cabeza, Djuneyd que tenia aun la mar libre, dejó á sus postreros defensores en su castillo del monte Hipsila, y huyó en una barea á Caramania.

Allí alistó algunos miles de soldados de á caballo y luego se volvió por los valles del Tauro hácia Tira y Efeso, atravesó sable en mano por entre las filas de Khalil, y fortificándose de nuevo en el monte Hipsila, obligó á los otomanos á que negociaran con él, á beneficio de su actitud imponente.

Khalil le concedió una capitulacion honrosa y segura, y le recibió bajo sus tiendas en su propio campamento; pero Hamza que no había comprometido su palabra y que espíaba la hora de la venganza en Efeso, envió cuatro verdugos por la noche á la tienda de Djuneyd con orden de traerle la cabeza del asesino de su hermano. Los verdugos, introducidos en silencio dentro de su tienda, temiendo sucumbir en su asesinato contra aquel viejo cuando no durmiera, le cortaron la cabeza durante su sueño.

Hamza envió aquella cabeza, tan fértil en perfidias como en heroismo, á Andrinópolis, donde le esperaban expuestas á las puertas del serrallo las otras cabezas cortadas ya de su hijo Kurd y de su hermano Hamza.

Digno fin de un traidor que todo lo había sacrifi-

cado á la fortuna de su familia que murió antes que él, y que con sus traiciones había enseñado á sus enemigos á burlarse de la palabra humana.

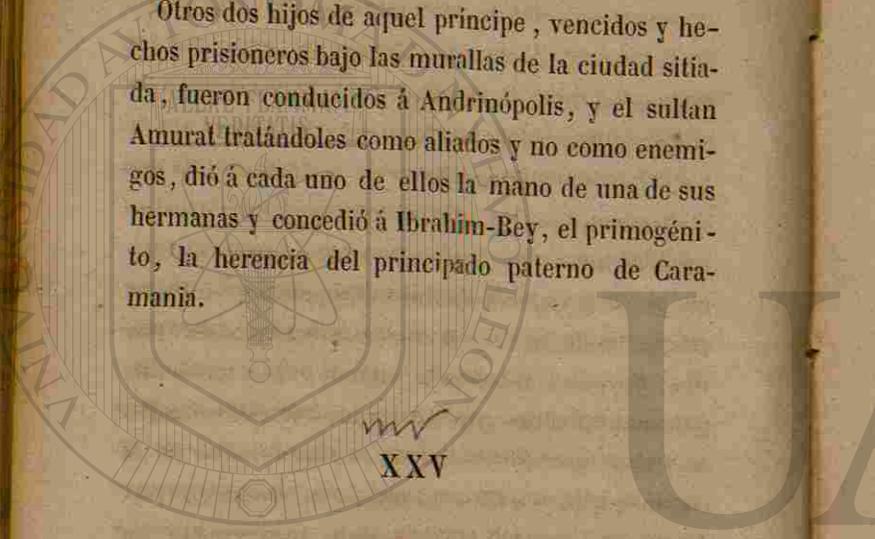
## XXIV

Elias-Bey que al seducir y entregar á los dos hijos de Mahomet I, acababa de fundar su fortuna sobre la perfidia, á imitacion de Djuneyd, recibió por medio del suplicio el merecido premio de su infamia. Sus dos hijos Uweis y Ahmed, que por orden del sultan habían sido encerrados en los calabozos de Tokat, lograron escaparse, el uno oculto en un carro de paja, y el otro metido en un costal de avena. Uweis, descubierto á las puertas de la ciudad, fué decapitado, pero Ahmed pudo refugiarse en la Persia.

El príncipe de Caramania, Mohammed-Bey sublevó de nuevo sus vasallos para vengar á su hermana, esposa de Othman-Bey, príncipe de Tekké, que las tropas del sultan habían reducido á la esclavitud despues de haber vencido y muerto á su marido, pero el príncipe de Caramania murió de un balazo

de cañon, disparado de las murallas de Satalia en el cerco que la puso, y su hijo mayor el príncipe Ibrahim se llevó el cuerpo de su padre á Caramania para darle sepultura con sus abuelos.

Otros dos hijos de aquel príncipe, vencidos y hechos prisioneros bajo las murallas de la ciudad sitiada, fueron conducidos á Andrinópolis, y el sultan Amurat tratándoles como aliados y no como enemigos, dió á cada uno de ellos la mano de una de sus hermanas y concedió á Ibrahim-Bey, el primogénito, la herencia del principado paterno de Caramania.



XXV

Sin embargo, los generales del sultan en Asia no imitaban la generosidad ni la buena fe del soberano. Corrompidos por su trato con los tráfugas griegos, que les enseñaban la perfidia como un arte de buena política, y conservando la ferocidad nativa de los tártaros, no economizaban la astucia ni la sangre para subyugar á los pueblos rebeldes á su gobierno.

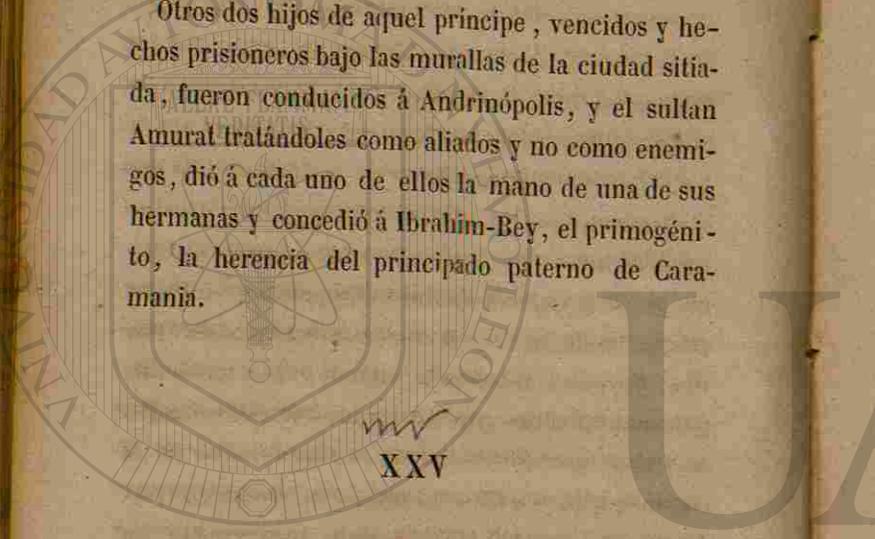
Muchas de esas infamias públicas consternaron

por aquel tiempo la baja Armenia, sometida ya al yugo de los sultanes. Yurkedj-bajá, que gobernaba por Amurat esa provincia, no habiendo podido reducir por medio de las armas á los cuatro hermanos turcomanos, gefes de tribu que asolaban los campos de Tokat y de Kars, que robaban las mujeres y los rebaños, é incendiaban las tiendas de los turcos, les envió su propio hijo á proponerles una entrevista de pacificacion, lisonjeándoles con la esperanza de que podria concederles un principado hereditario en aquellas montañas. Los bárbaros se dejaron convencer por la presencia del hijo de su enemigo, que se entregaba de aquel modo en rehenes entre sus manos, y por los regalos de Yurkedj-bajá. Cuando llegaron al sitio designado para la entrevista con quinientos ginetes de sus tribus, se hallaron, en vez de Yurkedj-bajá con un mensaje suyo, en que pretestaba una enfermedad para disculpar su ausencia, y en que les suplicaba que llegaran á Amasia donde les esperaban la buena acogida y la inviolabilidad inherentes á su calidad de negociadores. Sin la menor desconfianza siguieron al hijo del bajá.

Yurkedj-bajá los recibió como á huéspedes sagrados, les dió habitacion en su propio palacio, y se sentó con ellos á un largo festin donde les embriagó de confianza, de vino y de sueño. Pero un despertar

de cañon, disparado de las murallas de Satalia en el cerco que la puso, y su hijo mayor el príncipe Ibrahim se llevó el cuerpo de su padre á Caramania para darle sepultura con sus abuelos.

Otros dos hijos de aquel príncipe, vencidos y hechos prisioneros bajo las murallas de la ciudad sitiada, fueron conducidos á Andrinópolis, y el sultan Amurat tratándoles como aliados y no como enemigos, dió á cada uno de ellos la mano de una de sus hermanas y concedió á Ibrahim-Bey, el primogénito, la herencia del principado paterno de Caramania.



XXV

Sin embargo, los generales del sultan en Asia no imitaban la generosidad ni la buena fe del soberano. Corrompidos por su trato con los tráfugas griegos, que les enseñaban la perfidia como un arte de buena política, y conservando la ferocidad nativa de los tártaros, no economizaban la astucia ni la sangre para subyugar á los pueblos rebeldes á su gobierno.

Muchas de esas infamias públicas consternaron

por aquel tiempo la baja Armenia, sometida ya al yugo de los sultanes. Yurkedj-bajá, que gobernaba por Amurat esa provincia, no habiendo podido reducir por medio de las armas á los cuatro hermanos turcomanos, gefes de tribu que asolaban los campos de Tokat y de Kars, que robaban las mujeres y los rebaños, é incendiaban las tiendas de los turcos, les envió su propio hijo á proponerles una entrevista de pacificacion, lisonjeándoles con la esperanza de que podria concederles un principado hereditario en aquellas montañas. Los bárbaros se dejaron convencer por la presencia del hijo de su enemigo, que se entregaba de aquel modo en rehenes entre sus manos, y por los regalos de Yurkedj-bajá. Cuando llegaron al sitio designado para la entrevista con quinientos ginetes de sus tribus, se hallaron, en vez de Yurkedj-bajá con un mensaje suyo, en que pretestaba una enfermedad para disculpar su ausencia, y en que les suplicaba que llegaran á Amasia donde les esperaban la buena acogida y la inviolabilidad inherentes á su calidad de negociadores. Sin la menor desconfianza siguieron al hijo del bajá.

Yurkedj-bajá los recibió como á huéspedes sagrados, les dió habitacion en su propio palacio, y se sentó con ellos á un largo festin donde les embriagó de confianza, de vino y de sueño. Pero un despertar

horrible los esperaba. En cuanto el alba disipó el entorpecimiento de la embriaguez y del sueño, los verdugos, apostados por Yurkedj-bajá, cayeron sobre los quinientos que estaban separados en varios salones del palacio de Amasia, los desarmaron, los ataron y los sumerjieron en una antigua cisterna bajo las murallas, que el bajá mandó cegar sobre sus cabezas, despues de haber hecho encender una hoguera ante el único traga-luz que quedaba abierto, cuyo humo sofocó á los quinientos desgraciados. Mientras duró su lenta agonía cuyos sordos gemidos oia bajo sus piés el pueblo de Amasia, á través de la tierra, el bajá montó á caballo, se precipitó á la cabeza de sus tropas sobre sus tribus sin defensa, y las exterminó hasta la última criatura. Cuando volvió á la ciudad de Amasia, siete dias despues del suplicio, una pobre madre se arrojó á sus piés, le probó que equivocadamente habian atado y encerrado á su hijo inocente, nacido de otra raza, en la tumba de los bárbaros, y le suplicó que mandara abrir por ella este sepulcro para ver si su hijo vivia todavía, ó cuando no para poder enterrarle con sus padres en medio de los justos de su tribu.

Enternecido Yurkedj-bajá mandó abrir el subterráneo, solo para aquella mujer, que en efecto penetró en él, y buscando lentamente el cuerpo de su

hijo entre aquellos montones de cadáveres, tuvo la suerte de encontrarle, y de encontrarle vivo todavía; estaba desmayado, pero el aire y la luz le devolvieron el sentimiento. El sepulcro, testigo de aquella lenta agonía, volvió á cerrarse para los otros.

Las guerras de Italia en Maquiavelo no revelan mas perfidias, astucias y ferocidades cuando los Borgias, que las que desplegaron los turcos de Kurkedj-bajá para conquistar ó sorprender los castillos y los principados de la Armenia.

## XXVI

El príncipe de Kermian, igual en poderio á los príncipes de Caramania, convencido de que solo legaría guerras y males sin cuento á sus pueblos disputando un resto de independencía á los turcos, marchó en persona á Andrinópolis con su familia, donde fué recibido como soberano, y legó al sultan su principado. Todo se pacificaba sobre el Mediterraneo, gracias á los capitanes de Amurat, y solo las márgenes del Danubio se agitaban y querian negociaciones ó batallas.

Un insulto de los húngaros á una ciudad cedida por el rey de los servios á los otomanos, hizo estallar la primera guerra entre Sigismundo rey de Hungría y Amurat. Los húngaros que habian atravesado el Danubio, fueron precipitados en sus ondas por los turcos, y el rey Sigismundo que se vió casi alcanzado en la derrota por los spahis de Amurat, debió su salvacion al generoso sacrificio de un hermano de armas, Zavissa de Garbow que, revistiéndose con las insignias de la majestad y volviendo su caballo hácia los vencedores, paralizó el ardor de su persecucion haciéndose inmolar por su rey y amigo.

## XXVII

Restablecida la paz momentáneamente por esta victoria sobre el Danubio, Amurat II llevó en persona su ejército de Europa hácia Salónica, mandando á su capitan en Asia, Hamza, el vencedor de Djunevd, que llevara tambien contra aquella capital al ejército de Brusa. La corte de Bizancio reclamó en favor de Salónica los tratados en cuya virtud le respondia Amurat de sus territorios y sus pueblos, pero Amu-

rat contestó con fundamento á los enviados de Juan Paleólogo, entónces emperador de Constantinopla, que Salónica « habia dejado de ser una capital griega, puesto que Juan Paleólogo la habia entregado á los venecianos, á la sazón enemigos de los otomanos, y que no respetaria los tratados concluidos con los griegos, sino allí donde encontrara griegos que ellos mismos tambien los respetaran.»

Detenido algunos dias en Seres, camino de Salónica, para esperar á Hamza con el ejército de Asia, Amurat II hubo de olvidarlo todo en las delicias de su haren, único vicio de su juventud, y solo marchó detrás de sus ejércitos, cuando Hamza, su general, dió ya tantos ataques á Salónica con tantos combatientes, que únicamente las murallas de la plaza podian cubrir á los venecianos y á los griegos contra aquella inundacion de asiáticos y de europeos. La mirada de Amurat infundió nuevos ánimos á los soldados, y se decidió el asalto para el 28 de febrero. Amurat prometió de antemano el saqueo á todos sus soldados; y los habitantes de Salónica que oyeron temblando á los heraldos turcos consagrar sus riquezas, sus familias, su libertad y sus vidas á los bárbaros, en vez de correr á las armas corrieron á las iglesias. Las reliquias de San Demetrio, patron de los griegos supersticiosos, de donde manaba, segun

ellos decían, un aceite milagroso, les parecieron el único recurso que tenían para salvarse. Los venecianos muy poco numerosos para poder cubrir solos las inmensas murallas de la ciudad, se multiplicaron en las almenas y en las torres; pero las nubes de dardos que oscurecían el aire sobre sus cabezas, permitían á los otomanos el bajar á los fosos para aplicar á los muros sus escalas. Amurat á caballo en la primera fila de sus genizaros, recorría el recinto exterior dirigiendo la operación de las escalas con su voz y sus ademanes. En vano las piedras que arrojaban los sitiados desde lo alto de las almenas mataban á los agresores entre sus escalas, pues al punto los reemplazaban otros que subiendo sobre los cuerpos de sus compañeros se agarraban á las almenas con unas manos fuertes como garfios de hierro. Los venecianos no podían cortar todas las manos que se elevaban hácia las brechas; un soldado turco que por fin logró llegar á lo alto de una de las torres defendida por un solo veneciano en medio de veinte cadáveres, lucha cuerpo á cuerpo con este héroe sobre la plataforma, á la vista de los dos ejércitos, le vence, le corta la cabeza y se la arroja á la ciudad á los griegos consternados.

Los griegos, al ver esto se figuran que los turcos tomaron las murallas y bajan y siembran en la ciu-

dad la noticia y la desesperación de su derrota. Hasta los venecianos abandonan la ciudad cobarde, se replegan en el puerto, prohibiendo á los habitantes que se acerquen, se lanzan unos en barcas y otros á nado hácia sus galeras que los salvan, y de lejos volando por el golfo oyen el grito prolongado de la capital entregada al degüello.

« El saqueo y la carnicería, cuenta el griego Anagnosta, testigo de los horrores de aquella noche « siniestra, sobrepujaron la esperanza de los turcos « y el terror de los griegos. Ninguna casa escapó al « cuchillo, á las cadenas, á las Hamas, á los ultrajes « de los asiáticos encarnizados en su presa. A la caída de la tarde, cada soldado empujaba delante de « sí, como si se tratara de un rebaño, por en medio « de las calles de Salónica, aquellas bandas de mujeres, de niñas, de criaturas, de anacoretas, de monjes griegos y de frailes de todos los monasterios; « los sacerdotes eran encadenados con las vírgenes, « los niños con los viejos, las madres con los hijos, « para que formaran un contraste irrisorio, que añadia una ironía bárbara, á la desnudez y á la muerte misma. »

« Las iglesias, donde los habitantes habían acumulado sus tesoros fueron invadidas, y sus altares, desquiciados del suelo, rodaron en polvo sobre las bó-

« vedas de las tumbas abiertas para sacar de ellas  
 « el oro que contenian. Los cuadros sagrados, amon-  
 « tonados en hogueras inmensas en las naves, fue-  
 « ron quemados; san Demetrio, el patron de los  
 « griegos fué arrancado de su sepultura, y sus restos,  
 « hechos añicos, se precipitaron en las llamas. El  
 « pozo de aceite sagrado que los sacerdotes griegos  
 « hacian manar de su cuerpo, fué descerrajado, va-  
 « ciado y profanado por los musulmanes enemigos  
 « de aquellas credulidades. »

Pero el contagio de esta supersticion monacal cun-  
 dió hasta en los espíritus de los aldeanos supersti-  
 ciosos del Asia, que atribuyeron despues á este aceite  
 una virtud curativa que habian quitado á sus ene-  
 migos.

Además de los millares de cadáveres esparcidos en  
 las casas, en los templos y en las calles, veinte mil  
 esclavos salieron de las puertas de Salónica para ir  
 á llorar su libertad, su honra, su castidad, en el cam-  
 pamento de sus vencedores.

Amurat II, que era mas voluptuoso que cruel, sin-  
 tiendo mucho la palabra que habia dado á sus sol-  
 dados, se alejó de la ciudad durante aquellos horrores,  
 para no oír el grito de aquel pueblo sacrificado á una  
 implacable venganza, y mandó levantar su tienda en  
 las orillas verdes y floridas del Gallicus, rio de riego

que serpentea bajando de las montañas por entre las  
 huertas de Salónica. Pero aun allí le persiguieron el  
 horror y el remordimiento de aquella ruina, con los  
 gemidos de las familias arrastradas en cautiverio, y  
 no pudiendo ya resistir al espectáculo de aquella ago-  
 nía de un pueblo inocente, mandó suspender el sa-  
 queo de la ciudad, prohibió que se matara á un solo  
 cautivo, devolvió la libertad á todos aquellos que, se-  
 gun las leyes de la guerra, le pertenecian personal-  
 mente, reservándose al propio tiempo por su parte  
 de conquista todos los monumentos y edificios de Sa-  
 lónica, que el furor del asalto respetaba; restituyó á  
 los habitantes que se rescataron en número crecido  
 las casas y propiedades de que disfrutaban ántes de  
 la guerra contra los venecianos, y por último, con  
 ánimo de que se volviera á poblar aquella magnífica  
 capital medio vacia, envió á ella los habitantes de al-  
 gunas poblaciones griegas de las cercanias, del in-  
 terior de las tierras, que, sin resistencia, se habian  
 sometido á su ejército.

Las consecuencias de la conquista de Salónica se  
 limitaron á la traslacion de algunos hermosos már-  
 moles antiguos y bajos relieves que adornaban sus  
 templos á la ciudad de Andrinópolis, para adornar  
 con ellos los puertos y los baños que Amurat II cons-  
 truia con los restos de la Grecia, y á la transforma-

cion de los inmensos conventos de monjes griegos y frailes, en posadas donde se daba una hospitalidad vulgar á los viajeros. Las iglesias fueron restituidas á los cristianos, excepto aquellas que los otomanos cambiaron en mezquitas, para la celebracion de su culto. Ninguno de ellos se vió obligado á renegar su fe para salvarse. El islamismo se propagaba por medio de las armas en Europa y en Asia, pero dejaba en libertad los demas cultos, pues el Coran y la política aunque ordenaban el mayor celo, no autorizaban las persecuciones.

## XXVIII

De este modo cambió para mucho tiempo de amo Salónica, esa llave de la mar, de la Tesalia y de la Grecia, era rival de Esmirna y de Constantinopla, esa colonia de la Macedonia, á la que dió su nombre Tesalónica, la hermana de Alejandro el Grande. Los romanos, despues de Alejandro, conocieron la importancia de una capital marítima construida en el fondo del último golfo del Mediterráneo, que sirviera de puerto á sus buques, y de nudo á sus ejércitos de tierra

entre Bizancio y Atenas, entre el Oriente y el Occidente. Los emperadores, queriendo inmortalizar su nombre con grandes monumentos, la embellecieron con arcos de triunfo y pórticos corintios que en sus plataformas ostentaban las obras maestras de la escultura del Atico. Constantino, cuando abrazó la religion de los cristianos, mutiló, pero no destruyó enteramente aquellas obras del arte antiguo, y aun en el dia pueden admirarse los fragmentos osarios de mármol de tres cultos caidos y hundidos en el polvo los unos por los otros.

El emperador Teodosio, por una venganza digna de los bárbaros, proponiéndose castigar una emoció del pueblo de Salónica en favor de un cochero del circo, convidó á los habitantes á que pasaran al teatro de la sediccion, bajo el pretexto de una diversion pública, y mandó degollar por sus soldados á doce mil espectadores, sin distincion de sexo ni de edades. Los normandos por su parte la profanaron, ensangrentaron é incendiaron en sus conquistas, con saqueos, violaciones y degüellos que igualaron los crímenes de Teodosio, y por último Amurat II y los venecianos acababan de trastornarla hasta en sus cimientos disputándosela.

La fuerza, la conveniencia, y las delicias de su situacion retuvieron en ella, ó llamaron en breve den-

tro de sus muros, á una poblacion de ciento cincuenta mil habitantes: griegos, epirotas, judíos y otomanos ejercian allí en paz, gracias á la tolerancia de los sultanes, su culto, sus costumbres, su comercio y su agricultura. Salónica se eleva todavía en nuestros dias, extendiendo sus dos brazos en torno de su puerto, como para abrazar la mar á que debe su riqueza, sentada sobre las colinas, resguardada contra las montañas sombrías de la Tesalia, rodeada de sus cipreses que parecen estar llorando tantas generaciones sobre sus tumbas, y dominada por su ciudadela de siete torres desmanteladas, señal de ruina y no de fuerza, donde los griegos, los romanos, los árabes, los normandos, los bizantinos, los macedonios y los turcos, se vencieron y se arrojaron alternativamente de sus triacheras, perdiendo ó conquistando aquella reina esclava del golfo mas hermoso del Mediterráneo.

Despues de la conquista de Amurat, Salónica se hizo rival de Brusa y de Andrinópolis, y el gran punto de reunion de los turcos para su invasion definitiva de la Grecia, del Peloponeso, y de las márgenes envidiadas del Adriático.

## XXIX

Separadas ya estas provincias del imperio bizantino por la reparticion que hizo de ellas el emperador Manuel entre sus siete hijos, y por las conquistas de los ragusinos, los venecianos y los genoveses que erigieron en ellas grandes feudos, no podian permitir una resistencia compacta á las armas de los dominadores de Salónica. Las grandes islas de Negroponte y de Candia, dependian de los venecianos; las islas encantadas de Quio y de Lesbos, de los genoveses, y Atenas, Tebas, la Fócida, la Acarnania, el Epiro y la Etolia, de los hijos de un aventurero siciliano que se disputaban con las armas sus herencias, y llamaban alternativamente á los turcos como árbitros de sus disentimientos.

La ciudad de Cartago, edificada como la de Cachimira á orillas de su lago, en un sitio fértil é inaccesible de la Albania, se habia ofrecido y entregado voluntariamente al sultan Amurat para sustraerse á los continuos trastornos de las provincias, y á aquellas vicisitudes de dominacion, pues era demasiado débil

para defenderse. Amurat en conformidad al tratado que concluyó con los habitantes de aquella ciudad opulenta, mandó allí á algunos hijos de las principales familias de Andrinópolis para que ejercieran el gobierno en su nombre, y para que hicieran respetar á los ambiciosos vecinos de Janina la inviolabilidad de una posesion turca. La hermosura de las hijas cristianas del Epiro sedujo á los jóvenes capitanes de Amurat, que pidieron las vírgenes por esposas á las familias de Janina; mas como la diferencia de religion sirvió de pretexto á los epirotas para negarles su demanda, los jóvenes guerreros se apostaron un domingo en las puertas de la catedral, y empleando una violencia concertada de antemano, robaron diez y ocho hermosas albanesas de entre los brazos de sus madres. No corrió sangre en este rapto, pero los padres consintieron en dejar á sus hijas en poder de sus robadores, y de aquí la multiplicacion en Albania de las familias medio turcas y medio cristianas, que al paso que confundieron ambas razas, confundieron muchas veces tambien ambas religiones.

## XXX

Una epidemia y un terremoto suspendieron en los primeros meses del año 1430 la invasion definitiva de Amurat en la Grecia. El azote arrebató tres hermanos de Amurat que vivian encerrados en el palacio de Andrinópolis, y á su diestro visir Ibrahim Tschendereli, hijo, nieto y padre de vireyes del mismo nombre, que todos dejaron una buena memoria en la fiel administracion del imperio. Ibrahim Tschendereli, retirado ya voluntariamente de su empleo, y colmado de respetos por Amurat, designó por su sucesor á su hijo Khalil-baja, educado, y enseñado por él, en la práctica de los grandes negocios. Amurat lloró á su visir como hubiera podido llorar á un padre. Su gusto por el ocio, por la meditacion y las voluptuosidades del haren que le dominaba cuantas veces la necesidad no venia á turbar sus placeres, le hizo poner en manos de su nuevo gran visir Khalil-Tschendereli la política casi hereditaria del divan. Así Luis XIV en Francia, y aun los reyes y los parlamentos en Inglaterra transmitieron el ministerio

de padre en hijo en las familias de los Louvois, los Colbert y los Pitt, en las que el espíritu de gobierno se había vuelto como una tradición doméstica.

## XXXI

Pero las agitaciones del Danubio en Europa y de la Caramania en Asia, no dejaron un largo descanso al sultan Amurat ni á su ministro. Brankowich, el déspota de Transilvania, amenazó sus fronteras, y amenazado luego á su vez por los venecianos y los alemanes, imploró la paz y la alianza de Amurat II. Su hija Mara, niña todavía, fué enviada por Brankowich al sultan, desposada con Amurat, y educada con los mayores respetos en el serrallo hasta la edad nubil. Su hermosura precoz que en breve debía agitar el imperio, obligó á esperar con impaciencia al sultan Amurat la hora de proclamarla su segunda esposa.

Una causa insignificante entre nosotros, pero muy grave en los pueblos ecuestres y pastores, promovió la guerra de Caramania entre dos príncipes turcomanos.

Uno de ellos, Ibrahim-Bey de Koniah, á quien el sultan había dado su hermana mas querida en matrimonio, como hemos dicho ya, arrebató al otro un caballo de una fama heróica entre aquellas tribus, empleando para esto una astucia desleal; y como negara obstinadamente á su hermano político el devolver el caballo á su dueño, el sultan marchó en persona de Europa al Asia para hacer justicia al príncipe ofendido. Ibrahim-Bey, vencido en Koniah y despojado de sus Estados, envió su mujer á Amurat para entregar el caballo é implorar su gracia, y Amurat que no sabía negar ninguna cosa á las lágrimas de las mujeres, devolvió por un caballo el principado de Caramania.

Durante esta corta guerra, Sigismundo, rey de Hungría, provocó de nuevo á los otomanos sobre el Danubio, y Amurat II mandó pasar el rio á su general Ali, hijo de Evrenos, formado en la guerra al lado de su padre, como su visir Khalil se había formado en la política al lado de Ibrahim-Tschendereli. Ali-Evrenos inundó la Transilvania, desembocando como un torrente por las *Puertas de Hierro* con cincuenta mil otomanos. Setenta mil prisioneros que condenó á la servidumbre y una innumerable cantidad de rebaños, fueron la indemnizacion de aquella campaña que Amurat no había principiado. Un jóven estu-

dante alemán que se hallaba entre los cautivos fué condenado por la suerte á pasar veinte años de esclavitud en las tiendas y en los palacios de los sultanes, para que fuera luego á contar en su patria la historia de las costumbres y de los acontecimientos de aquella corte.

## XXXII

El padre-político del sultan, padre de la jóven Mara, que habia vuelto á tomar las armas contra Amurat II durante la expedición de Hungría, fué sitiado y cogido en Semendria por Evrenos, y le condenaron á perder los ojos, y á vivir encerrado hasta su muerte en la cárcel de Tokat, en lo mas recóndito de la Ciliacia. Dos hijos de Timurtasch, jefes hereditarios, como Evrenos, de los ejércitos del sultan, destrozaron de nuevo las llanuras de la Hungría y se llevaron á Nicópolis tan gran cantidad de esclavos, que una de las vírgenes húngaras mas hermosas que se expusieron en el mercado de Nicópolis, fué vendida por el soldado á quien pertenecía, por un par de sandalias.

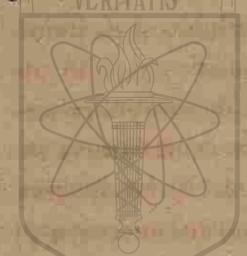
El sultán, léjos de enorgullecerse con tales despo-

jos, negociaba en medio de esos triunfos con el fin de estrechar alianzas pacíficas del otro lado del Danubio. Los polacos, aliados de los húngaros unas veces y otras sus rivales, le parecieron la nación mas propia para neutralizar, mediante su amistad con los turcos, el poderío creciente de los húngaros que se extendía á beneficio de las afinidades con la Alemania. Bajo este concepto envió embajadores cargados de regalos á Ladislao, rey de Polonia.

Los polacos, oriundos de una de aquellas tribus que emigraron quizás en la noche de los tiempos no históricos, de las alturas de la Tartaria á las estepas casi tan vagas de la Sarmacia, tenían lo mismo que los rusos, los servios, los transilvanios, los esclavones y los croatas, el nombre genérico de eslavos, nombre que significa los *que gritan la guerra*. Este nombre era propio de su genio; pueblo ecuestre, y amigo de una libertad ilimitada, incapaz de descanso y de estabilidad, tan dispuesto á ceder su independencia á un amo por espíritu de facción, como á recobrarla á fuerza de heroísmo de manos de sus opresores, aficionado á cambiar de gobierno segun el móvil de sus pasiones, viviendo en república, monarquía hereditaria ó monarquía electiva, y reuniendo en estas formas contradictorias las inconstancias peculiares á su carácter, la historia les debe alternativamente admi-

racion y lástima, si bien es cierto tambien que esa nacion conservó en medio de sus vicios políticos la última virtud de los pueblos, el valor que hasta en la servidumbre debe respetarse.

A ese pueblo envió Amurat II una oferta de coalicion con él para contener los dos juntos á los húngaros.



## XXXIII

Ladislao elevado al trono á la edad de diez años para sufrir en él los embates de las facciones opuestas, única política de los polacos, habia accedido fácilmente á la alianza de los otomanos por antipatía contra los húngaros, pero el héroe de estos, Huniade Corvinus, cuyo nacimiento ilegítimo de los amores de Sigismundo con una favorita oculta en los bosques de su capital, conocen ya nuestros lectores, reinaba en soberano sobre sus valientes compatriotas los húngaros por la popularidad de su nombre, y por el esplendor de sus hazañas.

Los húngaros, raza bien heróica, procedente de los

hunos, poseian las virtudes de los polacos sin sus excesos; la sensatez iba junta en ellos con el valor, y el patriotismo con la libertad. Capaces de abnegacion, lo mismo que de afecto, escucharon los sabios consejos de Huniade, que á la sazón Vayvode ó jefe militar de Transilvania, podia aspirar á su trono electivo en aquella época. La estimacion y la victoria se le habrian concedido desde luego, pero Huniade prefirió el papel de salvador de su país, á su ambicion, y temiendo hacer irrealizable con sus pretensiones al imperio la idea de una confederacion defensiva de los estados cristianos del Danubio contra los otomanos, pidió á los húngaros que ofrecieran su corona á Ladislao, ya rey de Polonia y de Bohemia, y que le olvidaran á él para amalgamarse en una sola monarquía con los polacos. Solo se reservó de aquella nacion húngara calmada y fortificada de ese modo, la espada que de antemano su autoridad moral y su genio militar le señalaban.

Las palabras y los regalos de Amurat II de nada sirvieron ante aquella política hábil y patriótica del héroe y del consejero de los húngaros. Huniade aspiraba desde su infancia á ser el Godofredo de Bouillon de una cruzada de la Germania contra aquellos nuevos sarracenos que amenazaban atravesar el Danubio y el Save, como ántes habian atravesado el

Oxe, el Tigris y el Eufrates. Las razas, la religion, la patria, la gloria, la caballería, la noble ambicion que aspiran á la gloria y no al poder, y que mas se honran con ser un Macabeo del cristianismo que un fundador de dinastía húngara, hacian del héroe húngaro el enemigo mas temible de Amurat. Jóven, hermoso, intrépido, elocuente, hijo ilegítimo de un emperador soberano de la Alemania, habiendo tenido que legitimarse por sí solo á fuerza de hazañas, elevado por su mérito y por el favor de su padre presunto el emperador de Alemania Sigismundo, á la dignidad de vayvode ó de general hereditario de aquellos transilvanios aventureros de Alemania, Huniade habia crecido y envejecido combatiendo contra los turcos, y juró que habia de morir rechazándolos hasta el Asia. El terror que de pueblo en pueblo inspiraba á toda la cristiandad la casta de Salónica, la invasion de la Grecia, la posesion de Janina, y el doble destrozo de la Hungría por los hijos de Timurtasch, juntaban en un solo interés defensivo y ofensivo á todos los tronos y á todos los pueblos limítrofes de los otomanos desde Moscou hasta Viena, y desde Viena hasta Venecia. El papa por medio de sus legados, que eran como unos embajadores sagrados que llevaban consigo las bendiciones ó los rayos del cielo á todas las costas del Mediodía ó del Norte, es-

timulaba el celo de los príncipes y de los pueblos. Organizábase contra Amurat II una nueva cruzada, pero esta vez era una cruzada política y militar, cuya alma era la religion, cuyo patriotismo era la razon, y cuyo héroe y director era Huniade.

## XXXIV

La respuesta evasiva del jóven rey de Polonia, que gracias al desinterés de Huniade, era ya rey de Hungría, le quitó al sultan Amurat II las ilusiones de paz que conservaba. En su consecuencia mandó á Ali-Beg, hijo de Evrenos, que sitiara Belgrado, fortaleza que Brankovich habia dado á guardar á los húngaros, antes de su derrota y cautiverio. Belgrado, ciudad conquistada y reconquistada despues alternativamente en tantas guerras como hubo entre la Europa y los turcos, era á la vez la llave de la Servia, de la Turquía y de la Hungría. Construida á la salida de los desfiladeros del Balkan, al borde de los impenetrables bosques de estas montañas, sobre un terraplen un poco en cuesta que domina la ancha confluencia del Save y del Danubio, estos dos rios, con-

fundidos en uno solo al pié de sus murallas, la forman como un semi-circuito de agua rápida que parece un brazo de mar y no un río. Desde ese terraplen nivelado por la naturaleza en pisos sucesivos que parecen inaccesibles á las escalas de los enemigos, la mirada abarca todas las evoluciones de los ejércitos contrarios en las praderas sin límites en que se pierde el horizonte llano de la Hungría. Por el lado de tierra, las colinas y los promontorios entrecortados de profundas gargantas y cubiertos de encinas á que apenas tocara el hacha de los servios, forman al rededor de las gruesas murallas, otras tantas trincheras defensivas que resguardan la ciudad contra el asalto de los sitiadores. Por el Save y el Danubio que quedan libres, pueden recibir los sitiados víveres, armas y combatientes para reparar el consumo ó las pérdidas de un sitio.

Así era Belgrado, la ciudad que el hijo de Evrenos debía conquistar á su soberano. Seis meses de sitio no pudieron triunfar de la fuerza de la posición y del genio de Huniade, y Ali-Beg tuvo que replugar su ejército, diezmado por el cañon de los húngaros, dejando infestadas las márgenes del Save y las gargantas de Servia, con los cadáveres de sus soldados.

## XXXV

Rechazado el ejército turco por la fuerza de Belgrado, se lanzó sobre la Transilvania para vencer á campo raso y en su propio territorio al héroe transilvanio que habia hecho fracasar su empresa sobre el Danubio. Mezig-Beg, antiguo jefe de los turcomanos de Siwas, que en otro tiempo luchó contra el mismo Timur en Asia, y cuyo ardor belicoso no habian podido apagar en su corazón los setenta años de guerras que llevaba, recibió de Amurat el mando del ejército de Transilvania, incendió los campos, dejó sin pobladores los lugares, cortó la cabeza á los jefes, á los obispos, á los sacerdotes, encadenó á las mujeres y á los niños que enviaba á Turquía, y sitió Hermanstadt, capital de la Transilvania. Huniade, seguido por un ejército de polacos, húngaros, bohemios, alemanes y estirios, y de patriotas transilvanios que habian acudido á su voz para salvar á su propio pueblo, cayó sobre el feroz anciano turcomano bajo los muros de Hermanstadt. El viejo guerrero sabiendo muy bien que el lazo de aquella confe-

fundidos en uno solo al pié de sus murallas, la forman como un semi-circuito de agua rápida que parece un brazo de mar y no un río. Desde ese terraplen nivelado por la naturaleza en pisos sucesivos que parecen inaccesibles á las escalas de los enemigos, la mirada abarca todas las evoluciones de los ejércitos contrarios en las praderas sin límites en que se pierde el horizonte llano de la Hungría. Por el lado de tierra, las colinas y los promontorios entrecortados de profundas gargantas y cubiertos de encinas á que apenas tocara el hacha de los servios, forman al rededor de las gruesas murallas, otras tantas trincheras defensivas que resguardan la ciudad contra el asalto de los sitiadores. Por el Save y el Danubio que quedan libres, pueden recibir los sitiados víveres, armas y combatientes para reparar el consumo ó las pérdidas de un sitio.

Así era Belgrado, la ciudad que el hijo de Evrenos debía conquistar á su soberano. Seis meses de sitio no pudieron triunfar de la fuerza de la posición y del genio de Huniade, y Ali-Beg tuvo que replugar su ejército, diezmado por el cañon de los húngaros, dejando infestadas las márgenes del Save y las gargantas de Servia, con los cadáveres de sus soldados.

## XXXV

Rechazado el ejército turco por la fuerza de Belgrado, se lanzó sobre la Transilvania para vencer á campo raso y en su propio territorio al héroe transilvanio que habia hecho fracasar su empresa sobre el Danubio. Mezig-Beg, antiguo jefe de los turcomanos de Siwas, que en otro tiempo luchó contra el mismo Timur en Asia, y cuyo ardor belicoso no habian podido apagar en su corazón los setenta años de guerras que llevaba, recibió de Amurat el mando del ejército de Transilvania, incendió los campos, dejó sin pobladores los lugares, cortó la cabeza á los jefes, á los obispos, á los sacerdotes, encadenó á las mujeres y á los niños que enviaba á Turquía, y sitió Hermanstadt, capital de la Transilvania. Huniade, seguido por un ejército de polacos, húngaros, bohemios, alemanes y estirios, y de patriotas transilvanios que habian acudido á su voz para salvar á su propio pueblo, cayó sobre el feroz anciano turcomano bajo los muros de Hermanstadt. El viejo guerrero sabiendo muy bien que el lazo de aquella confe-

deracion era Huniade, y que el alma de aquel héroe era el alma de la Hungría, conoció que la muerte de aquel jefe seria la muerte de su ejército, y no pensó tanto en vencer á la confederacion como á su Yanko, nombre bárbaro y popular, bajo el cual era conocido Huniade en el campamento de los otomanos, á quienes tanto terror inspiraba. Mezid-Beg formó pues una columna de tres mil spahis, elegidos por su intrepidez y por la rapidez de sus caballos, solo para envolver y matar á Huniade.

Esta columna pasó haciendo destrozos por todas partes y atravesó como un torrente las filas de los húngaros, para llegar al alto donde estaba el vayvode de Transilvania dirigiendo la lucha con el alma y con los ademanes. Sus espías le advirtieron á tiempo de la intencion de aquella carga, y sus oficiales le suplicaron que salvara en su persona el genio de la Hungría. Simon de Kemeny, su capitan mas intrépido, le arrancó la coraza, el casco, el penacho y el caballo de color tostado con crines negras que le designaban á los golpes de los otomanos, y poniéndose aquella armadura y montando sobre aquel caballo se precipitó al encuentro de los spahis, engañados por esta generosa astucia, y cayó víctima voluntaria con tres mil de sus húngaros, bajo el sable de los otomanos.

## XXXVI

Durante este episodio, Huniade con la armadura de Kemeny, cayó de flanco sobre el campamento de los otomanos, mientras que los defensores de Hermanstadt caian tambien á retaguardia en una salida combinada, y cogiendo á los sitiadores entre dos ejércitos, inmoló veinte mil entre las trincheras y el cerco que él mismo habia trazado detrás de su propio campo. No quiso dejar á nadie la gloria y la venganza de combatir y herir al viejo turcomano, azote de su patria, y en efecto, Mezid-Beg y su hijo cayeron bajo la maza de armas de Huniade que entró en Hermansadt cubierto con su sangre. Durante el festin que los habitantes libertados dieron por la noche á su salvador, los húngaros, tan feroces como los turcos, mandaban traer por grupos á sus prisioneros desarmados y los degollaban á la vista de Huniade, ébrio de sangre. El mismo héroe, con una barbarie que deshonoraba la santidad de su causa y el desnudo de su brazo, mandó que le trajeran al siguiente dia los restos de las tiendas de Mezid-Beg y de su hijo, las echó en

un carro tirado por seis caballos, y arrojando encima un monton de troncos humanos y de miembros mutilados, coronó esta pirámide de triunfo con las cabezas cortadas del anciano bajá, de su hijo y de sus generales, y envió este carro en tributo al déspota de Servia, su aliado.

Un viejo turco, á quien habian perdonado la vida para que llevara ese tributo irrisorio de los otomanos á los servios, se hallaba sentado en aquel monton de despojos humanos, con el encargo de ofrecerlos á la corte de Servia, y este carro de la venganza atravesó así la Transilvania para atestiguar á las poblaciones dispersas la derrota de los turcos y las sangui-narias represalias del héroe húngaro.

## XXXVII

Schehabeddin, enviado por Amurat II con un tercer ejército para vengar á Mezid-Beg, encontró á Huniade en la llanura de Vasag, reforzado por la fama de sus dos victorias, y por los soldados mas aguerridos de la Alemania. Schehabeddin dejó en

aquella llanura diez mil muertos, ocho mil prisioneros, todos sus generales y el cadáver de Othman-Beg, el mas esforzado de los nietos de Timurtasch; él tambien, prisionero de Huniade, fué conducido, cargado de cadenas, á Ladislao, y llevó á Buda, capital de la Hungría, la noticia de su derrota.

Huniade sin dejar respirar á los otomanos, se lanzó con tres ejércitos multiplicados por la victoria hasta el corazon de la Servia turca, á las mismas puertas de Nissa, poblacion grande que cierra las gargantas del Morawa, donde encontró un cuarto ejército turco formado precipitadamente con las reservas de todo el imperio, y mandado por los príncipes y por los begs de todas las provincias de Europa y de todos los principados de Asia, llamados en socorro del imperio cuya asistencia peligraba. En mas de cien mil combatientes eran superiores sus fuerzas á las de Huniade, pero este tenia en su favor un nombre y un fanatismo que valian mas que todo un pueblo.

Los otomanos estaban mandados por el hermano del gran visir Khalil, hijo segundo de Ibrahim-Tschendereli. Resguardado por la ciudad de Nissa, apoyado á la derecha sobre la madre inexpugnable del Morawa, y cubierto á la izquierda por rocas escarpadas inaccesibles á la artillería y á la caballería de los cristianos, Amurat II en vez de llamar á Huniade á un

espacio abierto, donde el número habria podido subyugar al genio, atacó en el desfiladero donde podia disputarse el triunfo cuerpo á cuerpo. Las tres columnas que Amurat envió sucesivamente al asalto, quedaron destruidas ante la artillería y las empalizadas de los húngaros. Huniade formando entónces su ejército en una sola columna de ataque, atravesó Nissa detrás de los otomanos desalentados, y dispersándolos por ambos lados de la llanura que se ensancha pasando la ciudad, arrojó la mitad del ejército de Amurat á la izquierda entre su infantería y el Morawa, y la otra mitad á la derecha entre su caballería y las montañas, cogiendo entre aquel doble lazo una multitud de prisioneros que se vieron precisados á elegir entre el cautiverio y la muerte. Amurat con el centro solo y aislado de su ejército, se replegó vencido, pero combatiendo siempre, hácia Sofia, mas Huniade le siguió de cerca, entró tambien, y de allí se preparó á marchar sobre Filippopolis, última ciudad que protegía Andrinópolis.

## XXXVIII

Pero el invierno que blanqueaba ya la cúspide del monte Hemus, salvó la capital del imperio. Amurat II fortificado en el desfiladero que lleva el nombre de *Puertas de Trajano*, porque este emperador le mandó cerrar con una puerta contra los bárbaros, y fortificado tambien en el desfiladero de Suluderbend, llamado así de las aguas que le defienden por una inundacion artificial, esperaba á Huniade en esas únicas brechas de la muralla continua del Balkan. Amurat al aspecto de la caballería húngara que se disponia á escalar el desfiladero, soltó por la rápida pendiente del Hemus las compuertas que contenian las aguas que habia acumulado en grandes receptáculos, helados únicamente en su superficie. Estas aguas se precipitaron en capas delgadas sobre los senderos que debia atravesar la caballería de Huniade, y los cubrieron durante la noche de un cristal helado, cuya pendiente aumentaba el peligro para los caballos. Huniade y su ejército retrocedieron ante aquellos hielos. Las puertas de Trajano, obstruidas por Amu-

rat con rocas que habian precipitado desde lo alto del Balkan, le obligaron á buscar otro paso. El desfiladero ménos inaccesible de Isladi, les abrió al fin el monte Hemus despues de un asalto en que las rocas, las nieves y los témpanos de hielo combatieron en vano por los otomanos. Huniade, como el Anibal de los germanos, habia jurado vencer á la naturaleza misma, para alcanzar á sus enemigos en el corazon del imperio: una última batalla que dió en la llanura de Yolowaz, á la falda del Balkan que habia atravesado, le hizo dueño del delicioso valle de Filipópolis, y en breve le entregó tambien las fértiles comarcas de Andrinópolis.

XXXIX

Fuera que la desunion que disuelve todas las confederaciones despues de las victorias, mejor que despues de los reveses, impidiese al héroe húngaro el llevar su pensamiento hasta la destruccion de los turcos en su capital, descubierta de soldados; fuera que la vuelta precipitada de Amurat, llamado de Asia en donde combatia, por los peligros de Andri-

nópolis, intimidase á los húngaros, ó fuera mas bien que el jóven rey de Polonia y de Hungría, Ladislao, dominado por su consejo en que Huniade contaba muchos envidiosos, no quisiera conceder tanta gloria á un hombre solo, lo cierto es que Huniade se detuvo en el pico meridional del Balkan, y dejando á su ejército que se consolidara en Sofia y en Nissa, volvió á pasar de prisa el Danubio con Ladislao. El rey y el general se presentaron á triunfar en la capital de Hungría, fijo ya el pensamiento en una nueva campaña para la próxima primavera.

XL

El cansancio de tantas guerras, y la sabiduría del gran visir, aconsejaron al sultan Amurat que repusiera sus fuerzas en una paz prolongada. Los descalabros de sus generales en su ausencia, eran para él desgracias pero no humillaciones personales; por todas partes donde se presentó en persona salió triunfante. La pacificación del Asia, la conquista de Salónica y del Epiro, doblaban las fuerzas del imperio por el Oriente. Amurat II resolvió hacer por Occi-

dente, sobre el Danubio, todos los sacrificios compatibles con la seguridad de los otomanos en Europa. La felicidad de sus pueblos era la primera gloria á sus ojos. Ya hemos visto tambien que él por su parte tenia la pasion del ócio y del amor, el genio natural de la paz. Su segunda hermana que casó con Mahumd-Tchelebi, hecho prisionero por Huniade, y que en prenda de negociacion, se hallaba encerrado en los calabozos de Hermanstadt, inconsolable en su viudez, perseguia al sultan con sus lágrimas para que rescatara á su esposo adorado. Amurat no negaba nada al amor, ni nada á su familia, y en su consecuencia, envió nuevos embajadores con ofertas de acomodamientos á los diferentes príncipes cristianos cuya union constituia la fuerza de Huniade, así como tambien al rey de Hungría. A Drakul, príncipe de Valaquia, le restituia sus Estados; al déspota de Servia, su reino y sus dos hijos prisioneros en Tokat con su tio ciego, á Ladislao y á la asamblea de los húngaros, la inviolabilidad recíproca de las dos fronteras. Ladislao inclinado á la guerra eterna por Huniade, vacilaba, pero los confederados, cuyos contingentes prometidos, esperaba ya en la primavera para la nueva campaña, se dieron por satisfechos con las ofertas de Amurat, y abandonaron á los húngaros á su propia suerte. Esta inmovilidad de los confedera-

dos obligó á Ladislao y á la dieta á consentir en la paz.

Las asambleas carecen de la constancia y de la pasion de gloria de los héroes; Huniade tuvo que doblegarse ante la voluntad de su país, y se firmó la paz de Szegedin entre los húngaros y los turcos el dia 12 de julio de 1444. Ambos soberanos la ratificaron, el primero por medio de un juramento sobre el Evangelio, y el segundo por otro juramento sobre el Coran, tomando de este modo cada cual á su Dios por testigo y por vengador de la fé jurada. Un rescate de sesenta mil ducados de oro, pagado por Amurat á Ladislao, devolvió á su hermana el marido que lloraba en Mahmud-Tchelebi. El Oriente respiró, y Amurat pudo entregarse al descanso, á la vida contemplativa, al amor, que eran las principales ambiciones de su vida.

La muerte de su hijo primogénito Alaeddin, que queria entrañablemente, porque era el fruto de sus primeros amores con la princesa de Sinope, y á

quien destinaba el trono despues de haberle afianzado sólidamente, le sumergió en esa melancolía de los hombres dichosos, pero cuya dicha se entristece á su vista por lo pronto que pasa esa ventura. Su otro hijo, que fué despues Mahomet II, se hallaba todavía en la infancia, y no anunciaba en sus primeros años la impetuosa virilidad que caracterizó luego su reinado. Tenia de su madre la princesa de Servia, Elena, segunda esposa de Amurat, la hermosura femenina, la gracia tímida y la complacencia, un poco servil, á las voluntades de su padre y de sus amos que en las mujeres de esas razas eslavas recuerda las costumbres de la esclavitud antigua. Amurat no creia vivir mucho tiempo, y temia que su hijo, sorprendido por el trono, ántes de hallarse ejercitado en el manejo de las armas, y ántes de conocer el imperio, sucumbiera en las dificultades de la guerra y de la paz. Para obviar este inconveniente quiso ejercitarle él mismo miéntras aun era tiempo, y quiso hacerle reinar á su vista á fin de reparar las faltas que pudiera cometer, y para poder volar en su socorro si la fortuna le era adversa. Amurat habia concebido un pensamiento de prevision para su hijo, de solici- tud para el imperio, y de voluptuosidades para sí mismo, que consistia en entregar el gobierno á un niño, dejándole confiado á ministros fieles y enten-

didados formados por él, alejarse de la capital, y vi- viendo, digámoslo así, de la vida, para no ocu- parse sino en la meditacion de las cosas eternas; asistir de léjos á un reinado póstumo, reservándose sus consejos y su apoyo para el instante en que se hicieran necesarios, en una palabra, reinar, por de- cirlo así, dos veces, libertándose jóven aun del peso del gobierno que molestaba sus inclinaciones de quietud y de calma. Diocleciano experimentó el mis- mo cansancio, en un caso idéntico; Carlos V le rea- lizó en España, Tiberio fingió cumplirlo en Roma, y Amurat II le renovaba entre los otomanos. Cuanto mas dignos son los hombres de reinar, mas á punto suelen hallarse de abdicar una situacion que no en- gaña ménos por su nada á las grandes almas que po- seen los pueblos, que vista desde léjos no engaña á los pueblos que se encuentran poseidos y desdeñados por esos amos de imperios.

## XLII

Ménos trabajo le costó sin duda al sultan Amu- rat II el tomar esta resolucion heróica, que el hacer

consentir en ella á las tres princesas rivales y ambiciosas y jóvenes aun, con quienes se habia casado y que se disputaban á porfía el ascendiente sobre su corazón y su política. A juicio de todos los historiadores contemporáneos, otomanos ó griegos, testigos mas ó ménos bien iniciados en los misterios del serrallo de Andrinópolis, aquellas tres princesas, hermosas á cual mas, y dignas de poseer exclusivamente el alma de su esposo, la princesa de Sinope, la princesa Elena de Servia, y la joven princesa Mara, hija del vayvode de Transilvania, agitaban con sus celos, con sus intrigas y con su ódio recíproco, no solo la corte, sino el ministerio, los ejércitos y la política de Amurat.

Dando crédito á historiadores y viajeros mal informados, se han difundido en Europa falsas ideas sobre la suerte de las princesas otomanas ó cristianas casadas con los emperadores de Brusa, de Andrinópolis ó de Constantinopla; en el serrallo entregado á la poligamia, no se ve otra cosa que un rebaño de odaliscas que satisfacen desdeñosamente los gustos caprichosos de su amo, sometidas á una esclavitud un momento coronada, para ser degradadas al siguiente dia, por el cansancio de un esposo hastiado, hasta que mueren en el triste y eterno cautiverio de un haren. Ni la religion, ni la ley, ni las costumbres, ni

la historia, degradaban de tal modo el matrimonio y la suerte de las esposas musulmanas ó cristianas de los sultanes, de los príncipes y de los grandes del imperio. Ya hemos visto en los reinados de Amurat I y de Bajazet-Ilderim, ejemplos de matrimonios entre los sultanes y princesas que eran hijas, hermanas ó sobrinas de los emperadores de Bizancio, ó las princesas cristianas de Servia, que se hallaban rodeadas en el palacio de Brusa de todos los respetos, honores y libertades de culto reservadas á las emperatrices; hemos visto tambien que esas princesas, que la política ó la victoria entregaban, á pesar de su calidad de cristianas, á esposos á quienes su religion permitia tener muchas mujeres, llevaban consigo capellanes, y ejercian abiertamente su religion en los palacios de sus maridos. Bien que esas princesas, esposas en comun, pero legítimas de los sultanes, se viesen reducidas en este punto á la pluralidad de las mujeres, no por eso dejaban de disfrutar en los serrallos de todos los privilegios, de todos los respetos y esplendores del título de esposas ó de emperatrices, y no por eso dejaban de ejercer en el corazón y en la política de sus maridos el ascendiente que su nacimiento, sus encantos, su inteligencia y su título de madres de hijos destinados al trono, las aseguraban en el interior del serrallo. En breve vamos á ver mujeres

que ni siquiera habian nacido princesas, que reinaron y aun perpetuaron durante muchos reinados su dominacion en el serrallo con tanto imperio como Teodora en tiempo de Justiniano en el palacio de Bizancio. El serrallo, que la imaginacion se representa como una cárcel, mansion de los suspiros y de las humillaciones de las sultanas, aun cuando estaba cerrado por las costumbres á los ojos de los hombres, encerraba á la sombra de las altas murallas del haren, todas las pompas, todas las delicias y todas las intrigas de los palacios del Occidente.

## XLIII

Segun la ley de Mahoma, el matrimonio, aunque combinado por una condescendencia del profeta hácia las costumbres de los árabes con la tolerancia de la pluralidad de las mujeres, es un acto á la vez religioso y civil que impone á los esposos un gran respeto al título y á los sagrados derechos de la esposa; solo está permitido, á los otomanos que pueden, alimentar á una ó varias mujeres dándolas habitacion por separado, y sosteniéndolas en todo de un

modo conveniente. Solo la ley le consagra, pero el sacerdote le bendice, y las bodas se celebran durante cuatro dias con una publicidad y unas fiestas cuyo brillo hemos visto ya en los matrimonios de los hijos de Timur y de Mahomet 1<sup>o</sup>; las dos familias, conducen á la esposa á casa del esposo, con un séquito imponente. El repudio permitido lo mismo á instancias de la mujer que del marido, se halla sometido á unas condiciones muy favorables para los derechos, la libertad y la dignidad de la esposa. El hombre que habiéndose casado con una mujer libre, la da por compañera una mujer esclava, pierde sus derechos sobre su primera esposa. Las esposas tienen un derecho legal á una igualdad perfecta en el trato y las consideraciones del marido comun, y este no puede obligar á su mujer á que reciba á su lado á los hijos que con otra tuvo. Debe consagrar al servicio de cada una de sus esposas, esclavas y criados que las sirvan exclusivamente á cada una, y si la mujer se queja de infracciones á estas leyes del haren, el magistrado juzga y hace justicia á la que se queja. Los matrimonios entre musulmanes y cristianas, son legales, con tal de que los hijos se eduquen en la religion del padre. La menor injuria y la simple amenaza de repudio del marido á la esposa, rompe el lazo del matrimonio y autoriza á la mujer á que re-

cobre su independencia. Todos los derechos de la maternidad se respetan en la esposa, y nada puede privarla del derecho de conservar en su casa y bajo su dependencia á sus hijos de uno ú otro sexo. La ternura filial con respecto á ella, no solo está en la naturaleza y en las costumbres de los orientales, sino que se encuentra tambien en sus leyes; y el deber de cubrir las necesidades de la madre, se atribuye imperiosamente por la ley, no solo á los hijos y á las hijas, sino al hermano, á la hermana, al sobrino, á la sobrina y á los demás hasta el límite del parentesco de la sangre.

## XLIV

Los sultanes no se hallan exceptuados de ninguna de esas leyes sobre el matrimonio. La omnipotencia del soberano y el lujo oriental de su corte, aunque aumenta para algunos de ellos el número de las favoritas no esposas, con quienes la cohabitación está permitida como en las tiendas de los patriarcas, no amengua en nada los privilegios y autoridades domésticas de las mujeres legítimas de los sultanes

ó de las princesas de la casa imperial. Esas mujeres ó princesas, ocupan en el recinto siempre inmenso de los palacios de invierno en la capital, ó de los palacios de estío en el campo, otros palacios aislados en medio de los jardines donde están servidas cada cual por una corte de mayordomos, eunucos y esclavos sostenidos por la casa. Su lujo es igual al del serrallo del sultan su amo, que visita alternativamente segun sus deberes ó sus gustos, esas diferentes colonias de su familia. Las ocupaciones, las rivalidades, las intrigas, las costumbres y las diversiones de esas princesas descritas por una europea que se introdujo, en uno de los últimos reinados, en la intimidad de una hermana del sultan, aclara la historia sobre los misterios de los serrallos, y sobre la existencia que podían llevar las tres princesas esposas de Amurat II en el interior de los palacios de Andrinópolis, de Brusa y de Magnesia.

« La sultana Asma, cuenta la mujer, testigo íntimo  
 « y privilegiado por su sexo á que nos referimos, de-  
 « seó verme en su palacio del serrallo, y el mayor-  
 « domo del palacio exterior recibió el encargo de lle-  
 « varnos á la sultana. Cuando llegamos al serrallo de  
 « esa princesa, que estaba encerrada en los muros  
 « del otro serrallo, el mayordomo mandó abrir dos  
 « puertas de hierro una detrás de otra, cada una con

« su portero; despues se abrió otra puerta, y vimos  
 « una porcion de eunucos negros con un palo blan-  
 « co en la mano, que nos precedieron haciéndonos  
 « atravesar un patio interior que estaba bajo su guar-  
 « da, y nos introdujeron despues en un salon llama-  
 « do el cuarto de los forasteros.

« Allí vino á recibirnos la kyaya-kalem, ó ama de  
 « llaves del interior, y las esclavas que la seguian  
 « nos ayudaron á quitarnos nuestros velos, y nos  
 « llevaron al aposento de la sultana, á quien vimos  
 « magníficamente vestida, adornada de diamantes y  
 « de perlas, sentada en la punta de un rico divan  
 « que amueblaba la sala cuyas alfombras y colgadu-  
 « ras eran de telas de seda con adornos de oro y pla-  
 « ta. Unos grandes almohadones cubiertos de raso  
 « rayado de oro, que trajeron delante de la sultana,  
 « nos sirvieron de asiento, en tanto que unas sesenta  
 « jóvenes ricamente vestidas con trajes que arras-  
 « traban, se dividieron en dos filas á la derecha y á  
 « la izquierda, al entrar en la sala, y se quedaron de  
 « pié con las manos cruzadas á la cintura.

« La sultana mandó al ama de llaves que nos con-  
 « dujera á los jardines, que nos obsequiara y nos vol-  
 « viera á traer despues para que hicieramos nuestra  
 « visita, y en efecto nos llevó á su cuarto, donde nos  
 « trajeron una comida, solas con ella en tanto que

« un crecido número de esclavas se ocupaban única-  
 « mente en servirnos y en adornar con su presencia  
 « el aposento. Concluida la comida y servido el café,  
 « nos trajeron unas pipas, que no tomamos, y nos  
 « fuimos á dar una vuelta por los jardines.

« Cerca de un hermoso kiosko donde debiamos ir,  
 « estaban ya reunidas otras esclavas. El pabellon, ri-  
 « camente amueblado y adornado, construido sobre  
 « un hermoso estanque, ocupaba el centro de un  
 « jardin donde los rosales formando por todas partes  
 « como un alto emparrado, ocultaban á la vista las  
 « elevadas murallas de aquella carcel. Unos senderi-  
 « llos muy estrechos, y sembrados de piedrecillas en  
 « mosaico, formaban segun el uso, las únicas calles  
 « del jardin; pero un crecido número de tiestos y de  
 « canastillos de flores que ofrecian á la vista una  
 « agradable confusion de ricos colores, convidaban á  
 « sentarse en el ángulo de un rico sofá, para admi-  
 « rarlos, único fin del paseo por los jardines. Apenas  
 « estabamos sentadas, cuando los eunucos que ha-  
 « bian precedido la marcha, se pusieron en fila á  
 « cierta distancia del kiosko, para dejar puesto á la  
 « música de la princesa, que se componia de diez  
 « mujeres esclavas que ejecutaron diferentes concier-  
 « tos, durante los cuales, una cuadrilla de bailarinas,  
 « vestidas tambien con riqueza, sino con tanto recato,

« bailaron algunos pasos bastante agradables por la  
 « variedad de sus figuras. Las bailarinas tenían otro  
 « aire mejor que el que ostentan por lo regular las  
 « de las casas particulares; á poco rato llegaron  
 « otras doce mujeres, vestidas de hombre, sin duda  
 « para añadir al cuadro la apariencia de un sexo que  
 « faltaba en la fiesta. Estos hombres improvisados  
 « principiaron entónces una justa para disputarse y  
 « apoderarse de las frutas que otras esclavas acaba-  
 « ban de arrojar al estanque. Un barquichuelo, guia-  
 « do por barqueros hembras, disfrazados tambien de  
 « hombres, proporcionó á las extranjeras la diversion  
 « de pasearse un rato por el agua, despues de lo cual  
 « volvieron á donde estaba la sultana, se despidieron  
 « con las ceremonias de uso, y fueron conducidas  
 « fuera del serrallo con el mismo ceremonial con  
 « que habian entrado.

« Estos pormenores, añade la extranjera, podrán  
 « dar una idea de la vida interior de los harenes, y  
 « de las diversiones que destruyen en ellas la mono-  
 « tonía.

« El jardin de las esposas del sultan, hermano de  
 « Asma, sultana, mayor que el jardin de Asma, pero  
 « dispuesto con el mismo gusto, sirve de teatro para  
 « las fiestas nocturnas. Llévanse allí jarrones de toda  
 « especie, llenos de flores naturales ó artificiales á fin

« de aumentar en la fiesta el efecto de los jardines,  
 « que se iluminan con un número infinito de linter-  
 « nas, de lámparas de colores y de velas colocadas en  
 « tubos de cristal que se reflejan por medio de espe-  
 « jos que para eso se disponen. Las mujeres del ha-  
 « ren ocupan las tiendecillas que se levantan de in-  
 « tento, y se guarnecen de diferentes mercancías, re-  
 « presentando con vestidos análogos, los mercaderes  
 « que deben venderlas. El Gran Señor convida á es-  
 « tas fiestas á las sultanas, hermanas, sobrinas y pri-  
 « mas, que compran en esas tiendas, así como el sul-  
 « tan, joyas y telas que se regalan recíprocamente:  
 « de esta manera extienden su generosidad sobre las  
 « mujeres del Gran Señor que se hallan admitidas á  
 « estas diversiones, y que dan otras semejantes al  
 « sultan y á las princesas de su familia. »

Fácil es concebir que esta vida de los claustros de Oriente que concentra las miradas, los pensamientos, los placeres, las pasiones y las rivalidades en el estrecho recinto de un serrallo, debe dar mucha futi-

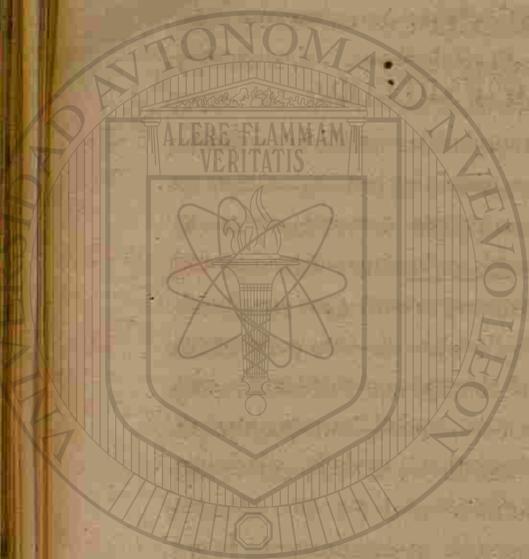
lidad, pero al mismo tiempo mucha intensidad y ferocidad á los celos, las ambiciones y los ultrajes de un serrallo habitado por princesas, mujeres de un mismo esposo, madres de hijos rivales cuya fortuna ó desdicha las cubriran un dia de gloria ó de lágrimas.

Solo por satisfacer alternativamente las pasiones de las tres princesas de Sínopé, de Servia y de Transilvania, sus esposas, que participaban desde el fondo de sus serrallos de las ambiciones de sus tres familias, y que deseaban humillarse recíprocamente en su orgullo por las armas del sultan, solo por eso, decimos, Amurat II habia ganado ó perdido tantas batallas en las márgenes del Danubio ó del mar Negro. Amurat tenia el corazon y las flaquezas de los héroes; se cree que una de las causas secretas de su abdicacion, fué el arrepentimiento de esas debilidades por las tres princesas, y sobre todo por Mara la mas jóven y seductora de ellas, junto con el deseo de precaverse contra el peligro de la omnipotencia puesta al servicio del amor. La presuncion parece razonable, pues la edad no habia podido amortiguar en él ni sus vicios ni sus virtudes, en atencion á que cuando bajó del trono, todavía no contaba cuarenta años.

Antes de abandonar su palacio de Andrinópolis, formó á su hijo Mahomet II un consejo de gobierno

compuesto de los hombres civiles ó de guerra, que en sus conquistas ó en sus descalabros, le habian dado mejores testimonios de adhesion, de talento y de virtudes. Su gran visir Khalil-bajá, quedaba como el ojo y la mano del consejo. El molla Kosrew, anciano muy entendido en la legislacion, fué nombrado juez superior del ejército, disciplina viva cuya autoridad no admitia parcialidad ni tibieza.

Despues de haber arreglado con toda calma la suerte del imperio, pensó en la suya, y para precaverse contra la ingratitud de su hijo ó de sus ministros, se reservó para sí durante su vida, la soberanía y las rentas de las tres provincias pastoriles mas hermosas del imperio en Asia, á saber: la provincia de Montesche, la de Surakhan, la de Aidin, de la que dependen la Caria, la Meonia, la Jonia, los valles, las salinas y los golfos de Esmirna, y por último la *Tempe* asiática, el incomparable valle de Magnesia cuyos edificios, jardines, mezquitas, aguas y cipreses, destacan sus cúpulas, sus acueductos y sus enramadas sobre un cielo de zafiro, recordando en el dia al viajero ó al historiador esa otra Salona de otro Diocleciano.



## LIBRO UNDÉCIMO

Apénas se habia retirado Amurat II á descansar en medio de su gloria, bajo los cipreses del palacio ruinoso de Magnesia, con sus esposas, su haren, sus pajes y algunos grandes oficiales de la córte mas apagados al hombre que al trono, cuando el papa, los húngaros, los polacos, los valacos, los transilvanios, los servios y los alemanes de Sigismundo, viendo ocupado el trono por un niño, y el imperio á merced delacaso, se agitaron á la voz del implacable Huniade,

y reanudaron la liga de las potencias cristianas tan hábilmente disuelta por la generosa política de Amurat II.

Preciso es decir en gloria de los otomanos y para humillacion de la política italiana y germánica de aquel tiempo, que honra mucho al sultan el haber creído en la buena fé de la cristiandad, y que fué vergonzoso para la cristiandad el haber engañado la fé de los turcos. Todos los historiadores, sin excepcion, que han tenido en la mano esa página de historia, aun aquellos que mostraron una parcialidad mas evidente en favor de Huniade y de la política de la córte de Roma, como el abate Mignot y M. de Salabery, condenan la deslealtad y el perjurio de los confederados absueltos por un breve del papa de la violacion de la fé jurada y de la tregua concluida.

« El papa Eugenio IV, dice el abate Mignot en sus  
« anales, envió á Hungría como legado al cardenal  
« Julian Cesarini, para calmar los escrúpulos del rey  
« Ladislao, y para hacerle comprender que un juramento, por sagrado que pueda ser, no liga cuando  
« se trata de los infieles, y que es hacer una obra  
« agradable á Dios el perjurar para exterminar á los  
« que le ofenden. Por último, un breve de absolucion  
« de Eugenio IV, los sofismas de su embajador el legado Cesarini, el amor de la vana gloria, un celo

« mal entendido y la supersticion, ahogaron en el corazon de Ladislao el grito de la conciencia y el sentimiento de la equidad. »

« El tiempo de las cruzadas habia pasado, dice á su vez M. de Salabery, y los motivos religiosos no tenían ya fuerza para armar á los soberanos de la Europa por la causa de la cristiandad. Federico III, á la sazón emperador de Alemania, no era digno de ponerse á la cabeza de semejante expedicion; la Inglaterra y la Francia estaban ocupadas y debilitadas por su larga rivalidad, de modo que solo los venecianos, el duque de Borgoña, el papa Eugenio IV, y el jóven rey de Hungría Ladislao, entraron en esa *vergonzosa coalicion*, y con dolor la posteridad lee detrás de esos nombres, el heróico nombre de Huniade. Para oprobio de uno solo y en disculpa de todos, hay que añadir que el papa Eugenio envió á declarar á su legado, el cardenal Julian Cesarini, que una paz jurada sobre el Evangelio era nula por que se habia hecho sin la intervencion del pontífice soberano. »

## II

Para sancionar este maquiavelismo sagrado de la corte de Roma, el legado Cesarini, el delegado veneciano y un enviado del duque de Borgoña, prometieron á Huniade el reino de Bulgaria por su parte de botín despues de la pelea. La conciencia un momento removida del héroe húngaro, se doblgó ante la ambición, y Huniade arrastró al jóven rey Ladislao, su pupilo, con el ejército húngaro, como para poner su perjurio al abrigo del perjurio real. El jefe de los válaeos Drakul, que vaciló durante largo tiempo, concluyó tambien por coaligarse, y el ejército confederado á las órdenes de Huniade, despues de haber recibido el refuerzo de los válaeos, atravesó el Danubio por medio de puentes de balsas, que parecia transportaban toda la poblacion de una orilla á otra de ese rio. Diez mil carros seguian al ejército. «Habriase dicho, cuenta *Chalcondyle* que cada combatiente llevaba « consigo su casa, su familia y sus ganados. »

La reunion de este ejército, y de los valaeos de Drakul, tuvo lugar en la llanura de Nicópolis. Las

predicciones de una profetisa búlgara y un terremoto que hubo en las orillas del Danubio cuando pasó aquella muchedumbre, sorprendieron y detuvieron un instante al ejército. Drakul, herido de un presentimiento siniestro, vió en todo ello una reprobacion del perjurio de los confederados, declarada por el cielo, y una disputa violenta se elevó en el seno del consejo de guerra entre Drakul y Huniade que queria desafiar á la vez, para satisfacer su odio, á la justicia y á los elementos. Drakul desenvainó su sable y provocó cuerpo á cuerpo al jefe de los confederados; pero le desarmaron, é hicieron jurar á ambos guerreros que olvidarian aquella ofensa.

El ejército siguiendo muy despacio la orilla derecha del rio, para no empeñarse en los estrechos desfiladeros de la Servia, dió la vuelta al Balkan, y quemó indiferentemente en su largo camino las poblaciones griegas y otomanas que encontró, considerando tan enemigos del papa á los cristianos heréticos de la Bulgaria como á los musulmanes. Huniade que iba delante con tres mil caballos húngaros, lo mas selecto de la cruzada, desembocó por fin en *Varna* á la orilla del mar Negro, y mandó acampar todo el ejército en el fondo de ese valle formado por dos cabos que se adelantan en el mar, cada uno con una poblacion, llamadas la una *Varna* y la otra *Galata* ó

Kalliacré, ciudades griegas separadas en el radio del golfo por un pantano ancho y profundo. Huniade despues de dar un descanso á la muchedumbre en aquel extremo del Balkan que desaparece en el mar, se prometia seguir adelante la orilla hasta la embocadura del Bósforo, dejar Constantinopla á la izquierda, penetrar en la Tracia por los desfiladeros griegos de Belgrado, caer sobre Andrinópolis, arrancarla de la Europa por las armas, barrer los turcos de Galípoli, de Salónica y del Epiro, y volver vencedor y rey á la Bulgaria, confundida bajo sus leyes con la Hungría y la Polonia. La ausencia de Amurat II le habia dado esta audacia; pero la presencia inesperada del héroe otomano bastó para arrebatársela.

## III

Informado Amurat II por su visir Khalil de la liga formada contra el imperio por el papa y por Huniade, del paso del Danubio y del peligro de su hijo, no habia titubeado en volverse á poner al frente no del imperio, sino del ejército que iba á llevar consigo la

suerte del imperio. Tan pronto como *Ilderim* su abuelo y mas afortunado que él, habia reunido en pocos dias en las llanuras de Nicomedia á marchas forzadas, á todas las tropas diseminadas en Asia y á todas las guarniciones de Salónica, de la Tracia, de Andrinópolis, cien mil combatientes aguerridos y dispuestos á morir por salvar el imperio se habian reunido en torno de sus tiendas en Nicomedia. Poco confiado en la lealtad de los griegos de Constantinopla, habia preferido fiarse á los genoveses del Ponto-Euxino para hacer atravesar á su ejército el Bósforo que le separaba de Huniade.

Los genoveses contentos de servir á los turcos contra sus enemigos los venecianos ligados con Huniade, habian enviado todos sus buques y embarcaciones pequeñas á la extremidad del Bósforo de Asia, y habian transportado en pocos dias sobre aquella mar estrecha los cien mil hombres del sultan, á la orilla de Europa. Amurat II una vez en la playa que Huniade debia seguir para evitar las alturas inaccesibles del Balkan, habia marchado al encuentro de los cruzados para adelantarse á ellos en la estrecha revuelta del Danubio y del Balkan sobre la mar, y se habia establecido en una posicion, donde su ojo experimentado en los campos de batalla, veia todas las condiciones de la victoria.

Su derecha estaba cubierta por la mar, su izquierda por las pendientes escarpadas del Hemus, su centro por una trinchera ancha y profunda que desafiaba la impetuosidad de los caballos húngaros ó sarmatas, y en el alto borde de aquel foso, habia mandado plantar una lanza en cuya punta flotaban el tratado desgarrado y el juramento violado de *Szegedin*, en execración del perjurio de los cristianos y en simbolo de la justicia de su causa. Sin acordarse de los crímenes pasados, con tal de que el culpable rescatara su falta con sus hazañas, habia sacado de los calabozos de Tokat á su infiel visir Turakhan, que en otro tiempo conspiró contra él á su advenimiento al trono, y le habia dado el mando de su derecha; su izquierda estaba mandada por Karadja, guerrero consumado en la defensa de los desfiladeros del Hemus; Amurat se habia reservado el mando del centro otomano mas abierto al asalto de los cristianos. Sus genizaros combatian á sus órdenes.

## IV

Huniade, aunque desconcertado un momento por la aparicion de un ejército otomano en el camino que

creia abierto á los confederados, no dudaba que alcanzaria la victoria. Cubrió la izquierda de su ejército con el pantano de Varna y con los diez mil carros de sus bagajes, puso en el centro de los cuarenta mil alemanes, polacos, váacos y servios ejercitados en la táctica de los turcos, y acostumbrados á vencerlos, al rey Ladislao con el legado del papa Cesarini y los embajadores venecianos, y tomadas estas disposiciones, Huniade se colocó á la derecha á la cabeza de la caballería húngara, impetuosa é irresistible en el primer arranque, y señaló á sus escuadrones con un ademan la infantería europea de Karadja como la trinchera que era preciso salvar á toda costa para abrir brecha en la línea de Amurat II, y para envolver despues, replegándose hasta la mar, á todo el ejército otomano.

Tan rápido como su mirada y su ademan, se lanzó en persona al galope de su caballo sobre Karadja con sus mas intrépidos ginetes, abrió como un torbellino de polvo las masas de infantería turca de Karadja, y galopando mas allá de sus líneas rotas y dispersas en la llanura en persecucion de los otomanos, hizo lanzar á los genizaros un grito de derrota. El mismo Amurat atacado de frente por los cuarenta mil combatientes de Ladislao, descubierto por su izquierda desvanecida, casi cortada á su derecha por los diez

mil ginetes húngaros de Huniade, se puso pálido, titubeó, miró hacia atrás, y volviendo la cabeza de su caballo hacia la mar, pareció buscar con los ojos el mejor sitio que le quedaba para la fuga.

Pero en aquel momento el anciano Karadja, que acudía cubierto de polvo y de sangre después de haberse levantado del campo de batalla donde la caballería húngara le había pasado por encima, se arrojó á las bridas del caballo de su amo, y riñéndole con la autoridad de la desesperación, le dijo: «Que un «sultán, si debe morir, debe morir lanzándose adelante sobre sus enemigos.»

Al ademán que hizo Karadja, un oficial de genízaros llamado *Yezidji-Toghan*, creyendo ver un ultraje ó una violencia contra su señor, alzó el sable para cortar la mano del beglerbeg que contenía al caballo; pero antes de que el sable de Yezidji cayera sobre el brazo de Karadja, un ginete húngaro de Huniade, arrojado por el ímpetu de su alazán en aquella pelea, abrió la cabeza al genízaro, cuyo cuerpo rodó á los pies del sultán. Amurat alentado con la sangre fría de Karadja, combatió como un simple soldado sobre la brecha de la trinchera, y tomando en su mano derecha la lanza de donde pendía el juramento violado de los cristianos, la agitó como una bandera de reunión á los ojos de los genízaros, y les precipitó

en persona mas allá del foso colmado de muertos, hasta el centro de los confederados.

## V

Los genízaros, que habían recobrado todo su heroísmo con la presencia y el heroísmo de su sultán, rompieron con el choque las masas de los cuarenta mil confederados del centro, donde faltaban las disposiciones y el valor de Huniade, separado de ellos por la reunión que habían operado los turcos. El joven rey Ladislao cayó de su caballo, herido en mitad del cuerpo de un hachazo. Un veterano de los genízaros, llamado Khir, se precipitó sobre su cuerpo, le cortó la cabeza, y elevándola en la punta de su sable, gritó á los que combatían todavía:

«Húngaros, ¿por quién combatis? Mirad, ¡aquí está «la cabeza de vuestro rey!»

Este grito, aquella cabeza sangrienta, aquel rostro del joven rey con los bucles flotantes de su cabellera, que todos reconocieron, acabaron la derrota sembrando el desaliento y el horror en las filas de los cruzados. Huniade, que tarde volvió por su camino, vió

con sus propios ojos aquel sangriento trofeo plantado en tierra sobre una lanza, al lado de la otra lanza que llevaba el juramento violado de Szegedin. Tres veces se arrojó con nuevos caballos sobre las filas de los turcos para levantar y á lo menos llevarse el cadáver del niño que habia conducido á su pérdida, y tres veces se vió obligado á retirarse de la pelea cubierto por sus ginetes, y dejando á los turecos el cuerpo del rey. Los húngaros le arrastraron á pesar suyo en la derrota y en la noche. El ala izquierda de los confederados, cortada de su centro, permaneció hasta la otra mañana inmóvil y silenciosa detrás de sus empalizadas, de sus carros y de sus pantanos. Al rayar el alba, Amurat que los habia cercado durante las tinieblas, mandó arrojar la cabeza de Ladislao sobre las empalizadas para convencerlos de que la resistencia era imposible, y sin combate, entró en el recinto donde los cortesanos de Ladislao, el legado del papa, Cesarini, el delegado veneciano, los obispos de Erlau y de Groswarden, consejeros y víctimas de esta cruzada, cayeron en los hierros de los otomanos. Justo castigo dado por una providencia que á nadie dispensa del culto de la primera virtud de los hombres, la verdad en los labios y la buena fé en el corazón.

## VI

Amurat II que habia vencido y desalentado en un solo dia á los enemigos de su imperio y de su hijo á la vez, se paseó á caballo á la otra mañana por el campo de batalla para recoger los heridos y enterrar los muertos.

« — ¿No debe sorprendernos, dijo al anciano Azab-Beg, su caballerizo, el no encontrar mas que caras jóvenes entre estos muertos cristianos, y ni siquiera una cabeza con canas ? »

« — No, respondió Azab-Beg, no es de extrañar, pues si hubiera habido entre estos confederados una sola cabeza blanca de buen consejo, no habrian intentado una empresa tan injusta y tan insensata. »

Los carros de los valacos, de los húngaros y de los polacos volvieron para llevar á Andrinópolis los ricos despojos del campo de los cristianos. Amurat envió con Azab-Beg las corazas de los caballeros alemanes al soldan de Egipto, de regalo, y mandó embalsamar con aromas y miel la cabeza del desgraciado Ladis-

lao, y la envió á Brusa como homenaje triunfal á la justicia de su causa y á la fortuna de los otomanos. Los habitantes de Brusa corrieron en tumulto á recibir aquel despojo, lavaron la cabeza en el torrente del *Nilufer*, y plantándola de nuevo en una pila, como los partos hicieron con la de *Creso*, la pasearon tres dias por las calles y plazas de su capital. Unos cristianos de Brusa la recogieron y la enterraron por fin en una capilla del monte Olimpo.

Amurat II, satisfecho de haber salvado á su hijo y á su pueblo, no quiso llegar en triunfo á Brusa ni á Andrinópolis, entregó el ejército, los prisioneros, los despojos, la victoria entera á los beglerbegs del jóven emperador, y volviendo á pasar el estrecho en una barca genovesa, se volvió como un simple soldado licenciado á su soledad de Magnesia.

Las tumbas de veintidos odaliscas, y las de los muchos compañeros de sus placeres que se enseñan bajo los cipreses de Magnesia; los baños, los jardines, los kioscos de mármol, los minaretes cuya blancura contrasta con el verde sombrío de los laureles y de los naranjos seculares, las aguas bulliciosas, atestiguan, como las tradiciones otomanas, que la voluptuosidad y la contemplacion ocupaban los dias del sultan, hastiado no de gozar, sino de reinar, y que ese Salomon de los turcos confundia en sí como el otro Sa-

lomon, la triple naturaleza del héroe, del sabio y del voluptuoso.

Pero la politica parecia estar celosa de aquella ociosidad en que vivia.

## VII

La paz restablecida tan prontamente habia corrompido á la vez en Andrinópolis al soberano niño todavia, y al ejército que con su victoria se habia hecho indócil á toda disciplina. Los genizaros que no sentian ya pesar sobre ellos la mano firme de un amo que estaban acostumbrados á querer y servir, quisieron gobernar á su antojo la capital que habian salvado con sus armas. El incendio, ese medio silencioso y anónimo á cuyo beneficio aquella milicia insubordinada intimó despues tantas veces sus voluntades al divan, devoró una parte considerable de Andrinópolis. Los genizaros persiguieron hasta el umbral del aposento del jóven sultan al jefe de los eunucos, objeto de su ira, porque no queria poner bajo su dependencia al soberano, y furiosos porque el santuario del palacio les habia arrebatado la presa que busca-

ban, saquearon los palacios y las casas de todos los oficiales de la corte y de todos los mallas que eran reputados como enemigos suyos en Andrinópolis, y arrastraron por las calles los cadáveres mutilados de los habitantes. Saliendo, despues de estos crímenes, de la ciudad que los spahis y los bostandgis les disputaban, se retiraron sediciosamente á la colina de Bauschul, como en otro tiempo el pueblo de Roma se retiró al monte Aventino, y desde allí amenazaron á la ciudad con una nueva invasion mas terrible que la primera. Todo el mundo temblaba en Andrinópolis desde el sultan hasta el pueblo. Khalil-bajá el gran visir, contemporizaba con ellos cuerdamente, pero no sin trabajo. Pedian, con las armas en la mano, un aumento de sueldo de un aspro diario, primera exigencia de esta milicia, que no servia sino á la condieion de reinar. Mahomet sitiado en su palacio y temblando ser destronado por los tribunos militares, promotores de aquellos trastornos, concedió el aumento de sueldo, y los genizaros, fingiendo que se hallaban completamente satisfechos, volvieron en buen orden á la capital. Pero su aparente sumision no fué mas que una opresion disfrazada bajo las formas del respeto; en breve quisieron imponer al sultan la destitucion, el destierro, el asesinato de sus ministros; todo el gobierno quedó proscrito en los con-

ciliábulo de sus ortas. Andrinópolis, semejante á una ciudad conquistada, tembló de nuevo en poder de sus amos; Mahomet reinaba solo á la condicion de complacer ó de obedecer á sus soldados.

## VIII

El gran visir Khalil, el beglerbeg, ó generalísimo del ejército de Europa, *Uzghur-bajá*, ó *Ishak-bajá*, que eran los consejeros mas amenazados por los genizaros, se retiraron del divan para amortiguar las incesantes sediciones que se urdian contra ellos y para evitar nuevos crímenes. Los rebeldes fingieron tomar el partido del jóven sultan, contra aquellos tutores de Mahomet; le hablaron de la humillacion de reinar con ministros impuestos por su padre, le embriagaron á fuerza de adulaciones, y lograron engreir el corazon de un soberano de quince años con un orgullo y unos zelos, que hicieron de él un cómplice de los revoltosos. El imperio indignado, se desquiciaba bajo la mano de un niño á la merced de una milicia anárquica y de un haren gobernado por las

odaliscas y los eunucos. El pueblo de Andrinópolis buseaba su salvacion por todas partes.

Estos levantamientos casi unánimes de la opinion contra los excesos de los genizaros y contra la debilidad del fantasma de soberano, instrumento complaciente de su tiranía, alentó á Khalil á tomar la única medida que podia salvar á la vez al pueblo y al soberano. Secretamente convocó en su casa á *Uzghur-bajá*, *Ishak-bajá* y los principales visires ó generales destituidos por los genizaros, al mufti de Andrinópolis, al cadí de la ciudad, al jefe superior del ejército y á los imanes, cuya palabra tenia mas autoridad en las mezquitas y sobre el pueblo, y en la reunion se acordó enviar con sigilo á un diputado de esta santa conjuracion á Magnesia, para suplicar á Amurat II que volviera á subir al trono y salvara el imperio de la anarquía, despues de haberle salvado de la conquista. Sarudje-bajá, hombre seguro, atrevido, elocuente, que en los dos primeros reinados de Amurat habia poseido la confianza del sultan, y que por esto mismo inspiraba mas desconfianza á la nueva casta, fué el diputado elegido para esta mision. Bajo pretexto de que iba á su gobierno de Salónica, montó á caballo por la noche, atravesó rápidamente la Tracia, y llegó á Magnesia donde estaba su antiguo soberano. El cuadro de los excesos de los genizaros, de

los desórdenes del serrallo, del desquiciamiento del imperio arrancó lágrimas á Amurat, que entre las delicias de su retiro y los peligros de un tercer reinado mas borrascoso que los otros dos, no vaciló un momento. La indignacion contra los genizaros, la compasion hácia su hijo, la salvacion de su pueblo, la gloria de levantar otra vez en su interior la casa de Othman que habia salvado exteriormente, le decidieron á volar al socorro de su hijo extraviado, ingrato quizás. El respeto filial, virtud innata entre los otomanos, no le dejaba dudar de la obediencia de su hijo cuando viera á su padre que le pedia las riendas del imperio, en nombre de su propia salvacion y de la salvacion de su pueblo; pero temió, con razon sobrada, que los genizaros, apoderados del gobierno, de las dignidades, de los tesoros, bajo un simulacro de sultan, no elevasen al verle trono contra trono, y no obligasen al padre á combatir contra el hijo. Amurat resolvió en su consecuencia sorprender y herir á la vez á esa milicia, y arrancarla su hijo antes de que hubiera tenido tiempo para corromperle y armarle contra su padre.

## IX

Un dervis, confidente de las medidas insinuadas á los visires que conspiraban por la salvacion del imperio, atravesó el Bósforo por su órden, y entregó á Khalil el plan y la hora de la restauracion. Amurat decia en su carta á Khalil que llegara solo en la noche á las puertas de Andrinópolis, para acabar con los genizaros ó para morir á sus golpes, y le añadía que empleara alguna astucia para alejar á su hijo de la capital mientras entraba en ella, temiendo que al volver á empuñar el cetro no tuviera el dolor de que pareciera que se le arrebatava á su hijo.

No les costó mucho trabajo á Khalil y á los conjurados, por medio de los suyos en el palacio, el arrastrar á una ausencia de la capital á un jóven soberano amante de los placeres. Bajo el pretexto de una cacería en los bosques del monte Rhodope, los confidentes de Khalil en el haren, alejaron por algunos dias á Mahómet de Andrinópolis.

Durante estas maniobras de Khalil, Amurat II, con

el disfraz de un pastor turcomano que llevaba á vender caballos á la capital, se iba acercando á la ciudad, y dormia bajo la negra tienda de los pastores de Asia. Sarudje-bajá y algunos pajes, tambien con el mismo disfraz, le acompañaban ocultando sus armas bajo sus capas.

Khalil dió parte á Amurat de la marcha de su hijo. Saganos-bajá, gran visir, favorito del jóven Mahomet, é instrumento servil de los genizaros, descansaba en una seguridad completa; la córte nada sospechaba, los genizaros vivian sin temor, y solo la ciudad, sor-damente removida por los imanes, fermentaba de descontento bajo sus amos. Oíanse en las mezquitas predicaciones siniestras, en los cafés murmullos, y en los bazares imprecaciones contra el gobierno de un niño juguete de una soldadesca. Khalil habia apostado en todos aquellos lugares públicos oradores populares encargados de recordar al pueblo la gloria eclipsada de los otomanos, el órden, la felicidad y grandeza del imperio que yacian con Amurat en Magnesia. El nombre de Amurat llorado y bendecido henchia todos los corazones, y solo la opresion im-pedia que estallara.

En el momento en que el pueblo salia en muchedumbre de las mezquitas despues de la oracion del mediodia, Amurat y sus amigos dejando su tienda,

ensillando sus caballos, y despojándose de sus disfraces para tomar el traje y las armas de las solemnidades imperiales, entran á caballo en Andrinópolis, les reconocen, les aclaman, son ahogados á fuerza de abrazos por el pueblo que se precipita en tumulto de las mezquitas, de los cafés, de los bazares, de las casas para contemplar á su libertador y que le conducen en triunfo al palacio, llamando á los genizaros al arrepentimiento y á la fidelidad. El solo aspecto de Amurat, su antiguo compañero de guerra y de gloria, sus miradas irritadas, sus reconvenciones severas pero paternales, les habian hecho prosternarse á los piés de su caballo. Aquella milicia que comenzaba á cansarse de sus sediciones castigadas por la anarquía y por el desprecio del pueblo, prendió con sus propias manos á sus agitadores y los condujo encadenados ante el héroe de Varna. Amurat riñó y perdonó, pero conoció la necesidad de hacer comprar el perdón á aquellos pretorianos turbulentos con hazañas útiles á la grandeza del imperio. Ni una sola gota de sangre manchó aquella revolucion paternal consumada por un padre que venia á salvar y no á castigar á su hijo. Amurat se contentó con desterrar á Saganos, el visir y el corruptor de Mahomet á sus tierras de Asia, y con enviar á su propio hijo adonde él estaba en Magnesia, para que esperara allí á que la

edad, las lecciones de buena política y su ejemplo, le hicieran mas capaz de dirigir el imperio.

Khalil que habia concebido, preparado y llevado á cabo aquella restauracion patriótica de su antiguo amo, recobró sus funciones de gran visir que llenó hasta la muerte de Amurat II.

## X

Las sediciones militares cuando se prolongan no se curan sino por medio de la guerra. Amurat II para arrebatár su ejército al influjo de las facciones le arrastró á Seres, sin dejarle tiempo para que se rompiera de nuevo, para de allí esparcirle por el Peloponeso. El istmo de Corinto, cortado por un foso y cerrado por una muralla fuerte y alta, resto de las que Julio César, Calígula y Neron habian construido para abrigar la Morea contra los bárbaros, estaba defendido por Constantino Paleólogo y Constantino hijo de Mannel, heredero de la Morea que muy pronto debia heredar Constantinopla para morir el mismo dia que su imperio.

Constantino mostró en la muralla de Corinto la

misma intrepidez que sobre la brecha de Bizancio, pero este valor solo sirvió para dar lustre á su nombre. El cuarto dia despues de la reunion del ejército otomano al pié de la muralla del istmo, Amurat mandó encender muchas hogueras al frente de su campo para alumbrar el asalto general. Al grito de *Allah*, al toque de las trompetas, al redoble de los tambores tártaros, el ejército se lanzó bajo la lluvia de dardos, de balas y de fuego grequisco de los griegos. El foso se quedó lleno de cadáveres de genizaros. El mismo veterano que habia cortado la cabeza al rey Ladislao en Varna subió el primero á lo alto de la muralla, y plantó en ella el estandarte de la media luna; era el servio Khizr.

El dique se tomó y doscientos mil turcos inundaron la Morea. Hasta Corinto, ciudad sagrada por su antigüedad, por sus dioses, por sus artes, por la hermosura de sus mujeres, por sus fuertes, por sus cipreses y aun por sus ruinas, de las que siempre la volvía á sacar su situación incomparable, y cayó de nuevo envuelta en sus llamas á manos de Thurakhan, aquel antiguo y ambicioso visir de Amurat II. De Atenas, de Egina, de Lepanto, de Citheron y del Pindo, se pudo ver como ardia. Los habitantes, en número de sesenta mil, fueron llevados como los de Patras, para sufrir la esclavitud en Asia.

Constantino, despues de sus generosos, pero sangrientos esfuerzos, para conservar el Peloponeso libre á su familia, se sometió al tributo y se hizo vasallo de Amurat. Bajo esta condicion, los turcos evacuaron la Morea, sin atentar al culto ó á las propiedades de los habitantes, y se fueron en masa á la Albania, una de sus provincias que un grande hombre acababa de hacer libre: este grande hombre era Scander-Beg, el *Huniade* de los albaneses.

## XI

La Albania, en la acepcion mas extensa de este nombre, es esa larga y alta cordillera de montañas entrecortadas de valles profundos y de sitios fértiles, que se ramifica desde las cúspides del Epiro y las nieves eternas del Pindo, hasta el fondo del golfo de Venecia, donde se enlaza, casi perpendicularmente, con los Alpes de la Germania. Uno de los lados de esa colina tiene en frente la Turquía de Europa, las llanuras de Andrinópolis, los valles de la Bulgaria, los bosques vírgenes de la Servia, las llanuras de la Hungria y de la Transilvania, y el otro mas escardado

misma intrepidez que sobre la brecha de Bizancio, pero este valor solo sirvió para dar lustre á su nombre. El cuarto dia despues de la reunion del ejército otomano al pié de la muralla del istmo, Amurat mandó encender muchas hogueras al frente de su campo para alumbrar el asalto general. Al grito de *Allah*, al toque de las trompetas, al redoble de los tambores tártaros, el ejército se lanzó bajo la lluvia de dardos, de balas y de fuego grequisco de los griegos. El foso se quedó lleno de cadáveres de genizaros. El mismo veterano que habia cortado la cabeza al rey Ladislao en Varna subió el primero á lo alto de la muralla, y plantó en ella el estandarte de la media luna; era el servio Khizr.

El dique se tomó y doscientos mil turcos inundaron la Morea. Hasta Corinto, ciudad sagrada por su antigüedad, por sus dioses, por sus artes, por la hermosura de sus mujeres, por sus fuertes, por sus cipreses y aun por sus ruinas, de las que siempre la volvía á sacar su situacion incomparable, y cayó de nuevo envuelta en sus llamas á manos de Thurakhan, aquel antiguo y ambicioso visir de Amurat II. De Atenas, de Egina, de Lepanto, de Citheron y del Pindo, se pudo ver como ardia. Los habitantes, en número de sesenta mil, fueron llevados como los de Patras, para sufrir la esclavitud en Asia.

Constantino, despues de sus generosos, pero sangrientos esfuerzos, para conservar el Peloponeso libre á su familia, se sometió al tributo y se hizo vasallo de Amurat. Bajo esta condicion, los turcos evacuaron la Morea, sin atentar al culto ó á las propiedades de los habitantes, y se fueron en masa á la Albania, una de sus provincias que un grande hombre acababa de hacer libre: este grande hombre era Scander-Beg, el *Huniade* de los albaneses.

## XI

La Albania, en la acepcion mas extensa de este nombre, es esa larga y alta cordillera de montañas entrecortadas de valles profundos y de sitios fértiles, que se ramifica desde las cúspides del Epiro y las nieves eternas del Pindo, hasta el fondo del golfo de Venecia, donde se enlaza, casi perpendicularmente, con los Alpes de la Germania. Uno de los lados de esa colina tiene en frente la Turquía de Europa, las llanuras de Andrinópolis, los valles de la Bulgaria, los bosques vírgenes de la Servia, las llanuras de la Hungria y de la Transilvania, y el otro mas escardado

y mas calcinado por el sol, tiene delante el Adriático, las islas Jónicas, y las costas lejanas de la Italia. Toda esa costa, desde el golfo de Lepanto donde acaba la Grecia propiamente dicha, se halla llena de ensenadas, radas y barrancos mas ó ménos profundos donde entran las aguas del mar por entre las desigualdades de las rocas; en el fondo de esas ensenadas se ven en varios puntos á la orilla de las olas algunos llanos pequeños y abrigados, tibios y fértiles como unos jardines expuestos á los rayos del sol. Por el mar presentan ciudades, ciudadelas, puertos, velas teñidas de ocre como las que usaban los antiguos navegantes griegos, con huertas al rededor de sus murallas almenadas y torres ruinosas sobre sus escollos, y luego esas llanuras se pierden estrechándose y elevándose en las gargantas abiertas por los torrentes que forman las nieves deshelas ó los lagos del interior de las montañas.

El lazo estrecho que parece unir todas las ramas divergentes de esa cordillera de los Alpes á un tronco comun, es el Epiro, ó la baja Albania y la Macedonia, ese reino de Filipo y de Alejandro que se diria inclinado sobre la Grecia para dominarla, y sobre la Turquía de Europa para servir y para amenazar alternativamente á sus poseedores.

La Bosnia, la Dalmacia, la Croacia, y aun las cús-

pidas de la Bulgaria y de la Servia, son otros tantos escalones de la Albania superior. Las nieves, los pastos, los bosques, los lagos, los torrentes y los precipicios inaccesibles, las hondonadas encajonadas entre las raices de las montañas; las llanuras fertilizadas por la corriente de las aguas y por el derrumbamiento de las tierras, los lugares suspendidos de las rocas, las ciudades interiores ó marítimas, las ciudadelas, los puertos, las islas, todo les fué igualmente distribuido, y es como un solo pueblo con nombres diferentes. Su origen es tan tenebroso como sus montañas; su lengua segun su raiz, deriva insensiblemente en sus dialectos desde el griego vulgar del Atico, hasta el turco de la Tracia, y desde el italiano corrompido de las islas, hasta el alemán salvaje de la Croacia. Su religion alterada tambien por el contacto, por la invasion y colonizacion de sus llanuras, flota del mahometismo al cristianismo, y del cisma griego al catolicismo romano, segun las razas con quienes comercian ó pelean alternativamente. Con una facilidad sorprendente cambian de cultos, ó los mezclan en una promiscuidad bárbara en que se juntan los ritos del uno con las supersticiones del otro. Esta confusion de dogmas les hace aptos para servir indiferentemente á los cristianos contra los musulmanes, ó á los musulmanes contra los cristianos, segun les

dicta su genio aventurero y su intrepidez fabulosa. La única cosa inmutable entre los albaneses es la pasión de la independencia y de la gloria; la pasión de la gloria es lo más dominante en su carácter, la fuente de su heroísmo; en todos tiempos su territorio ha producido héroes. Su heroísmo se extravía con frecuencia y toma el pillage por la ambición: se concibe que Homero encontrase Aquiles, la Grecia Alejandro, y los turcos Scander-Beg, hombre de la misma raza, de la misma sangre y del mismo genio.

## XII

Se ignora de qué raza humana son oriundos los albaneses; la historia les encuentra ya bajo el nombre de ilirios en sus fortalezas natales antes de los griegos, los húngaros, los germanos, los venecianos y los turcos. Algunos historiadores creen reconocer en sus tradiciones y en su lengua una colonia itálica de pastores de Alba, emigrados con sus rebaños de Lacio y transportados sin saber como a la Iliria de donde les separaba el Adriático. Otros pretenden que su nombre proviene de la blancura de las nieves que coronan

una parte del año los montes de su patria. Está fuera de duda que construyeron una ciudad de Alba, antes de los tiempos griegos, en los confines de la montaña que les separa de la Servia; y es más verosímil que su nombre les viene de la palabra *Alb*, mezclada con la palabra *Alp* que en casi todas las lenguas primitivas, significa alturas y pastos, nombre que de los lugares se extendió á los hombres.

Su hermosura, muy varonil en los hombres, majestuosa y viril hasta en las mujeres, es muy celebrada en Oriente; son los circasianos y las circasianas del Adriático.

El Cáucaso en Asia, y la Albania en Europa, parecen corresponderse entre sí geográfica y moralmente desde el fondo de los dos grandes golfos del Mediterráneo que confunden sus aguas por la corriente del Bósforo á Constantinopla. Los albaneses son los circasianos de Europa, y los circasianos son los albaneses de Asia. Diríase que esos dos grupos de montañas han dado á luz los mismos hombres, las mismas mujeres y las mismas costumbres. De esas dos fuentes descienden desde hace cinco siglos, como las nieves de sus cúspides, por la mezcla frecuente de las tres sangres, la hermosura y la intrepidez que dan nuevo temple y vigor á la raza otomana. Les gustan mucho las armas, los combates, las aventu-

ras, las correrías por tierra y por mar, los actos peligrosos de devastacion, los campos de batalla sin acepcion de causas, y los alistamientos militares en los campos de los sultanes de Egipto, de Siria y de Constantinopla. La disciplina rigurosa de los ejércitos europeos no se ha hecho para ellos, y prefieren el brillo de las hazañas individuales, la licencia de los campos otomanos, el combate cuerpo á cuerpo sobre los caballos impetuosos de la Arabia ó de la Transilvania; prefieren la civilizacion que permite á los esclavos el ascender, por antojo del amo, de la servidumbre á la categoría de visir ó de bajá, y la religion que da harenes y esclavos á los héroes.

Su espíritu es poético como sus costumbres; sus cantos populares, sobre todo aquellos que se refieren á su época heroica, en tiempo de su compatriota Scander-Beg, recuerdan los cantos homéricos, mas bien que los cantos afeminados de la Grecia moderna. Como Aquiles, mezclan la poesía, la música y el baile con la guerra. En los ócios de su vida alternativamente agitada ó soñolienta, se les ve tendidos al sol sobre la playa ó sobre la azotea de sus casas, cantando al sonido de una lira rústica sus propias hazañas, ó bailando como mujeres al compás unas veces belicoso y otras afeminado de sus instrumentos.

Sus poemas históricos recuerdan el poema de Ili-

genia por Agamenon. La fundacion de Scutari, una de sus principales ciudades da margen á suponer que sus antepasados entregaban víctimas vivas á la tierra, para que la tierra satisfecha tolerase que se cimentaran sus poblaciones. « Los tres hermanos albaneses que construyeron la ciudadela de Scutari, dicen los historiadores, sus poetas, emparedaron á una jóven madre de un niño casi acabado de nacer, en los subterráneos de la fortaleza. La jóven madre, condenada de aquel modo á una muerte lenta, en la noche de aquel calabozo, pidió por toda gracia que dejaran en la pared un agujero por donde pudiese dar á su hijo la última gota de su seno junta con su vida. La concedieron este favor, y murió dando de mamar al fruto de sus entrañas. La tierra conmovida por la ternura de aquella madre, sobreviviendo aun á la esperanza y á la vida, se abrió ella sola donde habia corrido la leche de los pechos de la madre, y dió salida al eterno manantial de las aguas de Scutari. »

El gobierno de los albaneses era feudal como los gobiernos del Oriente formados por la naturaleza sobre el tipo de la familia patriarcal, gobierno tan favorable á la libertad como á la servidumbre, donde el padre es jefe, la familia tribu, los criados esclavos, y donde el poder designado, digámoslo así, di-

vinamente, por el nacimiento y la primogenitura, es sagrado é incontestable como la paternidad, y donde la confederacion movible y pasajera de las tribus entre sí forma el estado, unas veces estrechamente unidas para la guerra nacional contra otras razas, otras divididas en grupos independientes para la libertad comun. Cada ciudad, cada provincia, cada aldea, reconocian un principe, un señor, un beg, que gobernaba despóticamente segun la tradicion y las costumbres, pero esta sujecion de las ciudades, de las provincias y de las aldeas á sus señores ó á sus principes feudales, no perjudicaba en lo mas mínimo al sentimiento de la libertad general y á la pasion del patriotismo, máxima de los albaneses.

## XIII

Hemos visto ya que en tiempo de los primeros sultanes de Andrinópolis, toda la Albania se habia vuelto otomana, unas veces por las incursiones en el Epiro, otras por la sumision en feudos voluntarios como la de *Janina*, otras en fin por la conquista á mano armada, como la de Troia despues de la pose-

sion de Tesalónica. El islamismo y el cristianismo se confundian sin lucha por la soberanía mutua de ambas religiones, en el seno de un pueblo en que ambos cultos reinaban por lo comun en las mismas familias. La conformidad de las costumbres guerreras y pastoriles, habia unido con facilidad entrambas razas. Las mercancías eran libres; solo el orgullo nacional estaba ajado entre los albaneses con la dominacion y el tributo impuestos por los gobiernos turcos.

Ese era el estado de la baja Albania ó del Epiro cuando Amurat II despues del sitio de Corinto y de la sumision de la Morea, envolvió, digámoslo así, con las orillas conquistadas del Adriático aquella comarca que envolvia al Norte [por Andrinópolis y por el valle del Hebro ó del Maritza. La política conquistadora de los tres últimos sultanes tendia evidentemente á ocupar todos esos altos lugares, ciudadelas naturales de la Germania, que se extienden desde la cuspide del Pindo hasta el fondo del golfo Adriático en Venecia, á bajar los Alpes stirios en Alemania, y á estrechar de esa manera, por el mar Negro de un lado, y por el Mediterráneo del otro, toda aquella Germania que habian entrevisto desde las orillas del Danubio. Los pueblos pastoriles han mostrado siempre la ambicion de poseer las vastas llanuras bien

cubiertas de yerba y bien regadas. Las razas, lo mismo que los rios, corren de los costados de las montañas y solo se detienen en las anchas hondonadas de la tierra.

Principiaba á comoverse el Epiro con un presentimiento instintivo de esa servidumbre completa de la Albania, y con el sentimiento de una nacionalidad que iba á quedar sumergida en otra, cuando la victoria de Varna alcanzada por Amurat II, hizo callar por un instante aquel primer murmullo de independencia entre los albaneses, bajo la impresion de un triunfo que aseguraba á los turcos una larga paz con una superioridad irresistible.

Pero á fines del año 1448, Huniade que no se habia despopularizado en Hungría con la derrota y la muerte de Ladislao, fué nombrado regente del reino durante la minoría de un niño, y llamando de nuevo á las armas á toda la Hungría militar, para vengar la muerte de su rey y de su nobleza, pasó el Danubio por el puente de Trajano. El ejército húngaro al atravesar la Servia, incendió con su caballería aquella

misma llanura de Kossowa (la llanura de los Mirlos) donde Amurat I fué muerto en su tienda por *Milosch* y donde *Bajazet-Ilderim* mandó pasar á cuchillo á diez mil prisioneros servios, húngaros y alemanes. Amurat corrió con sesenta mil hombres de los veteranos de Varna, y ántes del combate ofreció la paz á Huniade, pero este furioso con su derrota se mostró intratable. En vano una anciana de Kossowa á quien consultó, le predijo su descalabro:

« Porque los turcos, exclamó la anciana, no habian podido pasar el rio que corta la llanura de los Mirlos sino en tres dias, y que un dia solo habia bastado á los húngaros para pasar de una orilla á otra. »

La batalla encarnizada y llena de episodios, duró sin interrupcion tres dias y una noche, y la victoria andaba indecisa cuando los vácacos arrastrados á pesar suyo en aquella cruzada, é indignados con la mala fé de Huniade que prodigaba la sangre de ellos para satisfacer su ambicion de gloria, se pasaron en masa á los turcos. Huniade huyó por segunda vez dejando sobre el campo de batalla veinte mil húngaros y polacos, la flor de la caballería alemana. El agua del rio se tiñó de sangre con los veinte mil cadáveres de hombres y de caballos que se arrojaron en su cauce.

En el momento en que Huniade, desposeido de su gloria por dos reveses sucesivos, huía con un puñado de hombres á caballo por los bosques de la Servia hácia Belgrado, el héroe de los albaneses, Scander-Beg, se aparecía sobre la cúspide de las montañas que dan sombra á la llanura de Kossova, á la cabeza de una nube de montañeses, que llevaban en socorro de Huniade; pero Huniade habia tenido el orgullo de no esperar el socorro de Scander-Beg despues de haberlo solicitado.

El jefe albanés, al ver desde lo alto la llanura cubierta de cuerpos de los húngaros, y el rio que arrastraba en sus ondas cadáveres de caballos y de hombres, maldijo la orgullosa temeridad de Huniade, y se volvió á sus bosques para espiar otra ocasion de caer sobre los otomanos. Era demasiado tarde; Huniade abandonado hasta de sus criados, erraba solo con su espada por los bosques de la Bulgaria. Allí, atacado por dos ladrones, se despojó de su cadena de oro, y mientras ellos se la disputaban, recobró su sable que le habian quitado, mató á uno de los ladrones, puso en fuga al otro y siguió su camino hácia la Hungría.

Digamos quien era aquel otro Huniade, más bárbaro, pero mas grande que el héroe húngaro, y que sin otro apoyo que el suyo propio, y sin otros aliados

que sus montañeses patriotas, neutralizó durante dos reinados y un cuarto de siglo la fortuna de los otomanos; este grande hombre era Scander-Beg.

## XV

En la época en que Amurat II habia conquistado el Epiro por sus capitanes destacados del ejército de Salónica, un jefe hereditario de los albaneses príncipe ó beg de *Moghlera* (antiguo principado de Emacia), llamado Juan Castriot, habia conservado su principado con la condicion de pagar el tributo á los otomanos, y de enviar á cuatro de sus hijos jóvenes á la corte de Amurat, para que los educaran allí fieles al sultan y en la religion del profeta. Amurat, que apreciaba en mucho la aptitud y el valor de la sangre albanesa, deseaba naturalizar á aquellos niños de las familias nobles soberanas de la Albania en su corte, en sus escuelas y en sus ejércitos. Su presencia en Brusa ó en Andrinópolis le era garante de la sumision de sus padres. Su inteligencia y su heroismo natural le preparaban buenos generales para sus campañas, y les hacia aprender todos los estudios

liberales y todos los ejercicios militares propios para que en su edad madura fueran la fuerza y la ilustración de su imperio.

La esposa del príncipe de Emacia, madre de nueve hijos, pero que no tenía mas que aquellos cuatro, lloró amargamente su suerte al entregarlos á los oficiales de Amurat. Era una de esas mujeres superiores que dan un alma viril con su sangre á sus hijos, y de quienes nacen ordinariamente los hombres de genio ó los héroes. El padre les dió solícito buenos criados para enseñarles su lengua paterna, y para que les hablaran de su raza y de su patria en medio de los extranjeros.

Amurat II, tan pacífico en el interior de su serrallo como era intrépido en sus campos, recibió á los cuatro niños como padre, no como vencedor, y los confió á los maestros de sus propios hijos. Los tres mas jóvenes salidos de su país en una edad muy tierna, murieron en los primeros años de su destierro. Jorge, el mayor, que fué despues el príncipe Alejandro ó *Scander-Beg*, sobrevivió únicamente á sus hermanos. La naturaleza le habia dado al mismo tiempo, el cuerpo y el alma de un héroe; tenía la hermosura de su madre, célebre en Albania, y la estructura robusta y esbelta á la vez, propia de su raza, con esa aptitud rápida, fácil y universal del genio griego

que parece abrir la inteligencia á la luz interior, con la misma espontaneidad irreflexiva que se abre la mirada exterior al brillante resplandor del cielo jónico. Pero bajo esa belleza un poco afeminada de los jóvenes griegos se traslucía, segun dicen hasta sus panegiristas bizantinos, en sus facciones y en sus ojos, lo mismo que en su carácter, cierta inconstancia salvaje que recordaba al bárbaro tan capaz de heroísmo como de ferocidad y de perfidia.

« El jóven Scander-Beg, dicen aquellos historia-  
 « dores, era alto y flexible, de fino talle, ancho de  
 « hombros y de pecho abultado, ligero de piernas,  
 « altanero, acompasado y teatral en su andar; su  
 « cuello era ancho y largo, su cabeza pequeña, su  
 « frente elevada y su rostro ovalado. Sus ojos oscu-  
 « ros tenían como venas de fuego; los rasgos de su  
 « fisonomía eran frescos y graciosos como los de una  
 « mujer; sus cabellos eran negros y rizados natural-  
 « mente sobre el cuello; su cutis blanco, y sonrosado  
 « con la sangre pura de sus montañas natales; su mi-  
 « rada suave y atrevida sin impudencia, pero un poco  
 « falsa; el timbre de su voz llegaba á larga distancia  
 « como el de los pastores de su país, que se respon-  
 « den de un valle á otro sobre el mugido de sus  
 « aguas. Hablaba el albanés, el griego, el turco, el  
 « árabe y el italiano indiferentemente; componía

« versos y cantaba acompañándose con la lira de los  
« epirotas en todas esas lenguas.

« Manejaba el caballo, el sable, el djerid y el arco  
« de los turcomanos con un vigor y una gracia, que  
« le habian hecho terrible y célebre antes de la edad  
« de la fuerza entre los pages de Amurat. La vanidad  
« marcial de sus compatriotas se traslucía en todas  
« las ocasiones en que era preciso sobrepujar á los  
« demás guerreros de esa corte. Amurat le trataba  
« como á un favorito, casi como á un hijo, y aun su-  
« ponian que gastaba con aquel albanés mas afabili-  
« dad de la que se acostumbra tratándose hombre á  
« hombre. Esas amistades depravadas, comunes en la  
« antigüedad á los griegos y á los tártaros, que Es-  
« parta quiso convertir en una virtud en sus institu-  
« ciones anti-naturales, acriminaban muchas veces  
« entónces, en Albania como en Turquía, el favori-  
« tismo de las cortes y de los campos.»

Pero esos rumores vagos y sin autenticidad de las crónicas griegas de Bizancio, parecen indignos de la virtud de Amurat y contradictorios con su pasión á *Mara* á *Elena* y á la princesa de *Sinope* que reinaron alternativamente sobre su corazon.

## XVI

Amurat II resolvió adoptar al jóven príncipe albanés en su casa, él mismo le enseñó los ejercicios, las máximas de la guerra, la religion de los turcos, le mandó circuncidar, y le ascendió rápidamente de grado en grado hasta confiarle el mando de cinco mil hombres de caballería. Además, para sostener su rango, le dió un *sandjak* ó principado hereditario en Asia, en el valle del Tmolus y el título de beg ó de príncipe. Desde aquel dia Jorge Castriot se hizo conocido entre los otomanos bajo el nombre de *Scander-Beg*, ó del príncipe Alejandro. El recuerdo de su primer culto parecia tan extinguido ó repudiado en su alma, que ningun guerrero otomano le igualó en hazañas contra los húngaros, los servios y los cristianos, en las guerras de Transilvania, de Servia, en la batalla de Varna y de Kossowa, y así el sultan, después de esta última batalla, le dió el mando de los cuarenta mil otomanos asiáticos encargados de someter ó de castigar á la Albania.

« Se señaló, dicen las crónicas de aquel tiempo,

« por un afecto sin límites á Amurat, su amo, esperando merecer con eso de los turcos el título del principado de Albania, despues de la muerte de su padre, Juan Castriot. »

Los cronistas cristianos de aquella guerra, obligados á confesar las ferocidades del renegado favorito de Amurat contra sus hermanos, elogian á Scander-Beg por sus escesos contra ellos mismos, parcialidad voluble de todos los tiempos que transforma en virtudes los crímenes, cuando estos crímenes redundan en beneficio de la causa que se quiere celebrar.

« Obraba así, dicen los cronistas, *con un artificio consumado, á fin de inspirar una confianza mas absoluta á los turcos, para engañarlos despues mejor en provecho de los cristianos.* »

Sin embargo, como Juan Castriot murió sin otro heredero varon que su hijo Jorge, que ya era Scander-Beg, Amurat II que queria sacar de su país á los príncipes de Albania para que su poderío, derivado del suyo propio, no echase raíces demasiado hondas en el suelo natal, negó á Scander-Beg la herencia paterna y envió otros gobernadores á la Albania por consejo de su visir Khalil. Scander-Beg defraudado en su larga esperanza, sintió la impresion del ultraje y lo disimuló.

Había perdido [su juventud, su sangre, sus hazas, su religion al servicio de los otomanos, para merecer de ellos el imperio de sus antepasados, y en el momento en que la recompensa estaba en la mano de Amurat, el sultan le degradaba en sus esperanzas, imponía á su patria el yugo de la servidumbre y daba otros amos á sus compatriotas. El resentimiento y la venganza fueron ya las únicas pasiones de su vida. Los beneficios que había recibido del sultan le parecieron otras tantas ingratitudes, y se juró á sí mismo y juró á su sobrino Hamza, hijo de su hermana, que había llamado y educado junto á sí, que él costaría á los otomanos tanta sangre como victorias les había ganado.

Por medio de los allegados de su familia se creó partidarios y cómplices en Albania, difundió en su país las quejas, los murmullos, las desesperaciones del patriotismo engañado, y esparció por sus hermanas y por sus sobrinos la llama poco amortiguada de la antigua independencia. Fingió aborrecer el culto violento que abrazara, y el fanatismo secreto de un cristiano arrepentido de la apostasia que quiere rescatar á sus compatriotas por las armas, y á su Dios por el martirio. Hábilmente fomentado este principio de insurreccion, mientras su nombre volaba como una esperanza por los montes, espíó la

ocasion, combinó una astucia, y aguardó el momento que no tardó mucho en ofrecerse.

Era por aquel tiempo en que Huniade despues de haber logrado anudar por tercera vez la liga de los principes cristianos del Danubio, entraba en la Servia por Belgrado, y esperaba con un ejército ya victorioso al sultan Amurat II en la *llanura de los Mirlos* en Kosowa.

La fortuna de los turcos no parecia muy segura, y una traicion imprevista concertada con Huniade podia destruirla en Europa para siempre. Se habia pasado el Danubio, la Servia estaba libertada, el Balkan amenazado; Amurat sorprendido en su confianza no habia podido reunir de prisa mas que cincuenta mil hombres para cubrir el imperio, contra los cien mil confederados del héroe húngaro.

Amurat estaba acampado detrás del Morawa, sin saber si debia atravesarle, ó si debia esperar en su campo fortificado el asalto de los cien mil húngaros. Scander-Beg que se hallaba con sus seis mil spahis asiáticos no lejos de las tiendas de Amurat, al lado de las tiendas de sus visires, creyó que habia llegado el momento decisivo, y en la noche del 10 de noviembre de 1443, cuando reinaban las mas negras tinieblas, seguido únicamente de su sobrino *Hamza* y de cinco mil albaneses de su casa, que lo habrian hecho

todo por su gefe, toma sus armas, monta á caballo y se va en silencio á la tienda del *reis effendi*, el primer visir de Amurat que seguia al ejército con el sello del imperio para hacer válidos los mandatos del sultan.

Los *chiaux* que estaban acampados sin sospechas bajo sus tiendas al rededor de la tienda del visir, no se sorprenden con aquella correría del principe en las tinieblas, se imaginan que Scander-Beg quiere comunicar al ministro un informe ó una orden cualquiera del sultan, y abren paso á los ginetes albaneses. Scander-Beg y su sobrino Hamza penetran solos en la tienda.

« El sultan, dice Scander-Beg al visir, os manda  
 « que firmeis y selleis al instante esta orden al go-  
 « bernador de Croya, capital y ciudadela del Epiro,  
 « para que me entregue la ciudad y la fortaleza, cuyo  
 « gobierno acaba de conferirme, como que soy el  
 « gefe mas capaz de defenderlas contra sus enemi-  
 « gos. Aquí está estendida la orden; ponedla el sello  
 « del imperio. »

## XVII

A la vista de aquella aparición nocturna, de aquella orden que no se habia preparado en las formas ordinarias, ni discutido en el divan segun el uso, al nombre de Scander-Beg que desde hacia algun tiempo no se hallaba en las buenas gracias del sultan ni de sus ministros, el visir entra en sospechas, discute, vacila y por último se niega á firmar antes de haberlo consultado con su soberano; llama á sus guardias, y Scander-Beg, que conoce la inutilidad de su astucia, saca su puñal y le hunde en el corazon del visir cuya voz queda ahogada para siempre. Dos criados suyos que corrieron al ruido del altercado son inmolados tambien por Scander-Beg y su sobrino, temiendo que revelen el subterfugio antes de que se halle consumado. El sello del imperio, sacado bajo el almohadon del ministro, sella la mentida orden de Amurat II. Scander-Beg y Hamza vuelven á montar á caballo cubiertos de sangre, y subiendo al galope los senderos bien conocidos del Rhodopo, llegan antes que la noticia del crimen, siete dias despues de haber deser-

tado del campo otomano, bajo los muros de Croya en el corazon de la Albania.

Trescientos epirotas á caballo y armados, prevenidos de los designios de su jóven gefe, le habian esperado de distancia en distancia sobre el camino, y le habian formado el núcleo de un ejército á las orillas del *Drina*, estrecho rio de la Albania inferior. Unos mil albaneses de las altas montañas del *Dibra*, que habia atravesado y sublevado cuando pasaba, se le unieron en las orillas escarpadas del *Drina*, para secundar su astucia ó su asalto contra la capital.

Scander-Beg que no queria recurrir á las armas sino á falta de astucia, ocultó sus trescientos ginetes y sus mil montañeses en los bosques que cubren las cuestas del llano de Croya, y se presentó solo con Hamza y sus criados á las puertas de la ciudad. Conducido al palacio del gobernador otomano en la fortaleza, presentó su orden para reemplazar al bajá en su mando. El bajá, sin la menor sospecha obedeció la orden y le entregó las llaves de la ciudad y de la fortaleza; entónces encerró en sus cuarteles á la guarnicion turca hábilmente desarmada, y durante la noche, llamó, por medio de una señal convenida, á sus albaneses apostados entre los árboles del *Drina*. Introducidos á favor de las tinieblas en la ciudad y en la fortaleza, los albaneses de Scander-Beg sorprenden

y degüellan durante su sueño á los seiscientos turcos que descansaban desarmados en la mayor confianza, y apénas, á costa de la apostasía, se salvan unos pocos que huyen despavoridos. Al rayar el alba la ciudadela de la Albania estaba ocupada únicamente por los cadáveres de los otomanos. Las ciudades, las aldeas de esa comarca, llamadas por el ejemplo de la capital y por la hazaña de Scander-Beg á las armas, tomaban las ciudadelas, degollaban á los turcos, y entre ellos y la servidumbre hacian correr torrentes de sangre.

Dueño de la capital de la Albania con ese doble degüello, Scander-Beg corre en persona nuevamente á las alturas mas belicosas de la Albania del norte, las subleva, las reúne, las precipita en su seguimiento al socorro de los albaneses de la llanura que estaban amenazados, y entra en Croya con un ejército de veinte mil patriotas deseosos de combatir contra los opresores de su patria bajo el mando de un jefe tan intrépido.

Esta insurreccion general de toda la Albania, desde el Pindo hasta el *Cattaro*, era la única salud de aquel pueblo, pues en tanto que Scander-Beg le impelia al degüello de todos los turcos para secundar á Huniade, Amurat habia vencido á los húngaros en el campo de los *Mirles*. Huniade huia por segunda

vez para morir bien luego de desesperacion en su castillo real de Transilvania; el Morawa se llevaba los cadáveres de sesenta mil húngaros, y el sultan, libre ya en adelante de sus movimientos y de sus venganzas, se adelantaba con cien mil hombres hácia las gargantas del Epiro para castigar la perfidia de su favorito, para vengar el asesinato de su visir, y para conquistar el baluarte del imperio sobre el Adriático.

## XVIII

Pero Scander-Beg aunque era un conspirador sanguinario, un tráfuga pérfido, un asesino nocturno, era tambien un héroe y un político. Vió la tormenta que habia acumulado sobre su patria, y exigió juramento á su pueblo de expiar su crimen llevándole hasta el último limite. Algunos miles de albaneses, los mas aguerridos, fueron colocados por sus órdenes, como en otro tiempo los griegos en las Termópilas, para cerrar al ejército otomano la garganta estrecha y profunda que sube de la Macedonia al Epiro. Convocó en Croya á sus cinco hermanas casa-

das con otros tantos gefes albaneses de las provincias limítrofes, y á sus maridos, á sus sobrinos, á sus parientes, á los amigos y allegados de su casa, así como á los gefes de ciudades, de aldeas y de tribus de las montañas, unidos todos por el espíritu de raza y por el grito de la sangre. Doce mil albaneses y albanesas de todas edades y condiciones corrieron con las armas en la mano, con la religion ó la libertad en los corazones, á aquel gran consejo de la nación en Croya.

El nombre de Scander-Beg, su juventud, su fisonomía, su elocuencia, su posición en la Albania, su elevación en los ejércitos turcos, que sin duda sabría vencer, así como los había sorprendido con su audacia, el prestigio de su rebelión, la sangre del visir degollado por su propia mano, los cadáveres de los diez mil otomanos arrojados en señal de desafío á los soldados de Amurat II, animaron á aquella asamblea popular con un heroísmo, que se extendió al otro día por medio de las mujeres, los viejos y los niños hasta las últimas rocas de la Albania. Por unanimidad, el promovedor de la insurrección fué proclamado su gefe. La Albania no reconoció ya otro príncipe de la nación que el que la prometía su nacionalidad y su religion; tesoros, armas, brazos, corazones, vida y muerte, todo fué suyo, y Scander-Beg se hizo en

un día, no solo el rey, sino hasta el nombre de los albaneses.

## XIX

Todas las ciudadelas del Epiro capitularon ante su sobrino Hamza ó sus capitanes. Petrella, ciudad reputada inexpugnable, que se halla sobre una roca perpendicular á tres millas de Croya; Petralba, otro asilo de los otomanos en la misma comarca; Stelusía rodeada por un río, Sculari, Arta, Alessio, Durazzo y Petra, se rindieron á la noticia de aquel levantamiento general.

Todos los príncipes, todos los begs, todos los gefes de aquellas regiones humillados también con su dependencia, corrieron á Croya, proclamaron dictador de su confederación unánime á Scander-Beg, le ofrecieron voluntariamente los hombres y los tributos necesarios para la emancipación común de sus Alpes, y llevaron al tesoro de la liga una renta anual de trescientos mil ducados para comprar su libertad deseada.

das con otros tantos gefes albaneses de las provincias limítrofes, y á sus maridos, á sus sobrinos, á sus parientes, á los amigos y allegados de su casa, así como á los gefes de ciudades, de aldeas y de tribus de las montañas, unidos todos por el espíritu de raza y por el grito de la sangre. Doce mil albaneses y albanesas de todas edades y condiciones corrieron con las armas en la mano, con la religion ó la libertad en los corazones, á aquel gran consejo de la nación en Croya.

El nombre de Scander-Beg, su juventud, su fisonomía, su elocuencia, su posición en la Albania, su elevación en los ejércitos turcos, que sin duda sabría vencer, así como los había sorprendido con su audacia, el prestigio de su rebelión, la sangre del visir degollado por su propia mano, los cadáveres de los diez mil otomanos arrojados en señal de desafío á los soldados de Amurat II, animaron á aquella asamblea popular con un heroísmo, que se extendió al otro día por medio de las mujeres, los viejos y los niños hasta las últimas rocas de la Albania. Por unanimidad, el promovedor de la insurrección fué proclamado su gefe. La Albania no reconoció ya otro príncipe de la nación que el que la prometía su nacionalidad y su religion; tesoros, armas, brazos, corazones, vida y muerte, todo fué suyo, y Scander-Beg se hizo en

un día, no solo el rey, sino hasta el nombre de los albaneses.

## XIX

Todas las ciudadelas del Epiro capitularon ante su sobrino Hamza ó sus capitanes. Petrella, ciudad reputada inexpugnable, que se halla sobre una roca perpendicular á tres millas de Croya; Petralba, otro asilo de los otomanos en la misma comarca; Stelusía rodeada por un río, Sculari, Arta, Alessio, Durazzo y Petra, se rindieron á la noticia de aquel levantamiento general.

Todos los príncipes, todos los begs, todos los gefes de aquellas regiones humillados también con su dependencia, corrieron á Croya, proclamaron dictador de su confederación unánime á Scander-Beg, le ofrecieron voluntariamente los hombres y los tributos necesarios para la emancipación común de sus Alpes, y llevaron al tesoro de la liga una renta anual de trescientos mil ducados para comprar su libertad deseada.

## XX

Sin embargo, Ali-bajá, capitán de Amurat II, se adelantaba con una vanguardia de cuarenta mil hombres, vencedores de Huniade. Todo corría delante de ellos, y buscaba un abrigo cerca de las nieves. Scander-Beg que habría podido disputarles mucho más tiempo aun las gargantas de la Macedonia, replegó sin combate sus avanzadas, y aparentó abrirles la llanura interior de Croya como atemorizado por su crecido número. Esta llanura ancha y redonda como el cauce vacío de un mar antiguo, tiene por orillas pendientes escarpadas, de las cuales solo las colinas bajas se hallan cultivadas, y presentan algunas aldeas en la embocadura de los desfiladeros. Sobre estas colinas aplastadas se elevan unas sobre otras algunas mesetas escarpadas cubiertas alternativamente de bosques umbríos y de verdes prados, coronados con rocas parecidas á las torres y á las almenas de una inmensa fortaleza. Los torrentes que por allí se precipitan cuando se deshuelan las nieves, pasan espumantes por entre las hojas de los abetos y de los si-

comoros, y van á perderse en el río que serpentea por el territorio de Croya.

En el centro de ese territorio, un promontorio ancho y lleno de rocas y de mesetas, se presenta al principio en cuesta suave, y luego se eriza en cono casi agudo, á cuyo derredor parece hallarse pegada en espiral la capital del Epiro, como una serpiente al rededor de una roca para calentarse al sol del levante. Sus fortificaciones, sus tejados llanos, su ciudadela, sus calles en escalones desiguales ó en rocas peladas, resbaladizas para las herraduras de los caballos y las mulas, sus minaretes, sus campanarios, ennegrecidos por la lluvia, calcinados por los ardores del estío, parecen uno de esos escollos inaccesibles del aire donde construyen sus nidos las águilas en la Macedonia. Entre la ciudad y la llanura, un camino abierto en la peña viva, cortado de distancia en distancia por fuertes torreones cerrados con puentes levadizos y coronados con azoteas rodeadas de higueras, desafía el asalto de todo un ejército. Solo la astucia pudo abrir á Scander-Beg un punto tan bien defendido; pero el patriotismo le cerraba lo bastante á las tropas de Ali-bajá, y Scander-Beg se confió en su situación y en el buen ánimo de los habitantes.

## XXI

Scander-Beg salió con treinta mil albaneses agueridos, y dejando la llanura vacía como un campo abierto, para los otomanos, desplegó su ejército en dos alas separadas una de otra por toda la anchura de Croya. Los turcos al bajar de las gargantas á la llanura, no distinguieron otro obstáculo delante de sí mas que el promontorio de Croya. Los desfiladeros, las colinas, los bosques y las rocas de aquel vasto recinto, les ocultaban la vista de los albaneses de Scander-Beg; pero en cuanto bajaron y se esparcieron en la llanura, los albaneses se desplegaron á su vez, se cerraron por todas partes sobre los otomanos, descubrieron sus cañones armados en los bastiones naturales de las montañas, cayeron sobre ellos por las brechas que abriera su metralla en la retaguardia, y estrechándoles por un lado contra las murallas fulminantes de Croya, por el otro con sus cargas de caballería, y á los flancos por sus baterías, degollaron y esterminaron á mas de veinte y dos mil turcos en aquel campo sangriento, desarmaron á los demas, les qui-

taron los estandartes, las tiendas, los tesoros, los caballos de todo el ejército, y solo permitieron la fuga á un puñado de guardias á caballo de Ali-bajá, para que fueran á llevar á Andrinópolis el terror y la venganza de aquel desastre.

## XXII

La insurreccion triunfante de Scander-Beg que coincidia con la segunda abdicacion de Amurat II, retirado ya á sus delicias de Magnesia, no pareció sin embargo, á los visires del jóven Mahomet, bastante amenazante para enviar contra la Albania todas las fuerzas del imperio. La insubordinacion de los genizaros, la indolencia del sultan que llevaba con mano tímida las riendas del imperio, por último, la lentitud ordinaria de los turcos para reprimir esas rebeliones de provincias, cuyo fin se prometen pacientemente del tiempo, de la anarquía, de la rivalidad entre los gefes de faccion; todas esas circunstancias permitieron á Scander-Beg que pudiera reunir bajo su poderio toda la Albania, que se fortificara en ella, no ya como rebelde, sino como soberano. Firuz-bajá

y Mustafá-bajá, enviados sucesivamente con dos cuerpos de ejército al Epiro, dejaron allí como Ali-bajá, los cadáveres de sus soldados y el convencimiento de la impotencia de sus armas contra la fuerza del terreno, y contra la fuerza de la libertad.

Scander-Beg se aprovechó de aquellos plazos para implorar el socorro y la alianza de las potencias cristianas de la Italia y sobre todo del Papa. La fama de sus hazañas había atravesado las mares; la cristianidad veía en él al vengador de Varna, y veía el escollo del islamismo en las rocas de la Albania. Un crecido número de aventureros de Sicilia, de España, de la Calabria y de Alemania corrían á Croya para combatir bajo su estandarte.

Su causa sin embargo, no era tan religiosa como nacional, pues preocupado ante todo de estender y consolidar su dominacion sobre la altura de la Iliria, combatió á los bosniacos, mas cristianos que él y á los venecianos que le disputaban la fortaleza de Dayna. Hamza, su sobrino y discípulo, á quien quería dejar por su heredero, salió mal en su empresa contra los venecianos ante las murallas da Dayna; concluyó la paz con Venecia y se volvió contra un tercer ejército turco que se había aprovechado de aquella guerra, casi civil, para entrar en el Epiro, y socorrer á los venecianos, fieles aliados

de Amurat II. El bajá que mandaba aquel ejército, le llevó á su destruccion en el desfiladero de Dayna: todo pereció al filo de la espada, ó bajo las rocas que caian por aquellos despeñaderos. Solo el bajá y sesenta oficiales suyos, obtuvieron la vida á costa de su libertad; su rescate de veinte y cinco mil ducados de oro que Amurat pagó á Hamza, enriqueció los tesoros del principe de Albania.

## XXIII

Amurat II acababa de subir por tercera vez al trono de Andrinópolis. La humillacion de sus armas y su resentimiento personal contra un antiguo favorito que se había hecho su rival en Europa, le arrancaron de las delicias de su serrallo. El soberano marchó en persona al Epiro con los dos ejércitos de Europa y de Asia reunidos, resuelto á cortar la insurreccion en su nacimiento, y esperó al verano de 1449 para subir á las alturas casi inaccesibles de la alta Albania, foco de la independencía, y para bajar de allí á los valles, donde la fuerza numérica que llevaba, daría cuenta del valor de los insurrectos.

Amurat II dividió su ejército en dos cuerpos, y sitió á la vez á Sfetigrad y Dibra, las dos plazas fuertes del corazon de la Albania montañosa. Scander-Beg fiado en sus defensores y en sus trincheras, se emboscó cuidadosamente segun su táctica ordinaria, con sus patriotas mas energicos, detrás de los ejércitos otomanos, y á sus flancos. Tan intrépido soldado como era jefe diestro, cayó con diez mil albaneses sobre los cuarenta mil otomanos que cercaban las murallas de Sfetigrad. Firuz-bajá, general del ejército sitiador, el mismo que habia debido su salvacion á la rapidez de su caballo delante de Croya, volvió en vano su caballo para cubrirse con su sable cuando le alcanzó en la pelea Scander-Beg, pues este le abrió el cuerpo hasta el corazon con el corte de su hacha de armas. El cadáver del bajá llevado por su caballo, flotó largo tiempo sobre la silla como el de un hombre beodo, y solo rodó en el polvo cuando llegó en medio de sus soldados confundidos de espanto.

Pero las fortificaciones elevadas al rededor del campo de los sitiadores, detuvieron á los ginetes de Scander-Beg, y este tuvo que volverse á sus bosques sin haber podido abastecer Sfetigrad, que capituló con honrosas condiciones.

La ciudadela de Dibra, inexpugnable al cañon y

á los asaltos de los turcos, hubo de rendirse á la sed: solo un pozo profundo y abundante suministraba el agua á los albaneses de Scander-Beg encerrados en sus murallas de rocas. Los habitantes eran casi todos musulmanes y participaban del horror de los turcos por las impurezas legales enumeradas en el Coran y consideradas como crímenes contra la religion. El cadáver de un perro muerto que arrojó al pozo un cristiano, les pareció una sentencia del cielo que les mandaba abrir sus puertas ántes que hacerse culpables de una impureza. En vano el capitán de Scander-Beg comandante de Dibra y musulman tambien, dijo á sus soldados que la necesidad absolvía el pecado, y bebió en su presencia el agua impura del pozo; la supersticion fué superior al patriotismo, y Dibra capituló como Sfetigrad.

Amurat II, dueño de las alturas y de las fortalezas de la Albania, bajó por todas las gargantas á la vez con mas de cien mil otomanos al territorio de Croya, y atacó por todos lados á la capital de Scan-

der-Beg. El príncipe albanés cuya fuerza principal llevaba siempre en sí mismo, se apresuró á salir de Croya, para poder estar libre y presente por todas partes á la vez, dejándola bajo el mando de un jefe albanés de su familia, cuyo corazon y sangre le pertenecian como su propio corazon y su propia sangre.

En vano quiso corromper Amurat la fidelidad de aquel comandante ofreciéndole doscientos mil aspres y un principado independiente en Asia; la corrupcion no fué mas eficaz que las amenazas.

Las balas de doscientas libras de peso lanzadas contra las murallas de Croya por los cañones que Amurat habia fundido allí mismo, solo abrian brecha en la roca, llenando la llanura de Croya de inútiles columnas de humo, y de vanas detonaciones. Scander-Beg que combatia por fuera, no como un general, sino como un jefe de aventureros invisibles, sitiaba todas las noches á Amurat en su propio campo; bajando de las rocas ya por un barranco, ya por el cauce de un torrente, con sus treinta mil montañeses, arrancaba las empalizadas con que los turcos habian cubierto sus tiendas, se deslizaba en el campamento, asesinaba á los soldados que dormian, inutilizaba los caballos, sembraba el terror y la muerte en cien puntos á la vez, y como habia mandado á sus albaneses que se pusieran camisas blancas como

las que llevaban los asiáticos, dejaba en las tinieblas á los otomanos inciertos entre sus compañeros ó sus enemigos. En una sola de esas noches cayeron ocho mil turcos en sus propias tiendas bajo el sable de los albaneses.

En vano trataban los turcos de vengar por el dia los asesinatos de la noche: Scander-Beg se subia otra vez antes del alba á las alturas inaccesibles de Croya, y desaparecia por entre los bosques y las rocas para volver á presentarse de nuevo á la noche siguiente por otro barranco diferente. Sus incursiones nocturnas, concertadas por medio de señales con las salidas del comandante de Croya, su fiel *Uracontes*, diezaban el ejército del sultan. El terror mezclado de admiracion que su nombre inspiraba á los genizaros, antiguos compañeros del guerrero albanés, se habia vuelto como una supersticion en el campo de Amurat, y este terror invisible é invencible, combatia en favor de Scander-Beg en el alma de los mismos enemigos.

## XXV

Amurat II que deseaba negociar con un rebelde tan temible, no podia lograr que le alcanzaran sus

genizaros para ofrecerle una tregua y sus proposiciones. Yusuf-bajá, enviado de parlamentario á Scander-Beg, le buscó inútilmente en los bosques del monte *Tumenistos*, su retiro ordinario, y en aquellas hondonadas del *Ismos*, donde sus albaneses se guarecían con las rocas cortadas á pico del cauce de un torrente. Scander-Beg sabedor de que Yusuf le buscaba, se dejó ver en fin en el hondo de un lago seco llamado la *Llanura-Roja*. Los albaneses asistieron á la entrevista: Amurat le ofrecía la soberanía hereditaria de toda la Albania con la única condicion de que pagara un ligero tributo al imperio, y que reconociera su supremacia. Scander-Beg se negó á vender la independencía de sus albaneses á costa de una soberanía comprada de otro modo que con su sangre. Amurat, en vista de la negativa, replegó vergonzosamente los restos de sus dos ejércitos sobre los desfiladeros de Andrinópolis. Scander-Beg que volvió al punto á su capital libertada, hizo sentir al sultan la vergüenza de aquella retirada, y persiguió su retaguardia que fué diezmada por él hasta Rhodopo; Andrinópolis desde lo alto de sus minaretes, vió las hogueras de un jefe montañés que insultaba en lo mas vivo al imperio.

La vergüenza y el dolor se apoderaron del corazon de Amurat acostumbrado á vencer reyes y coa-

liciones, y vencido en lo mas fuerte de su poder por un jefe de bandidos albaneses. Pocos dias despues de su vuelta, humillado en Andrinópolis, cayó muerto en los brazos de la princesa Mara, su esposa mas jóven, en medio del festin que ella le daba para consolarle en una isla del lago de Andrinópolis, sitio campestre cuya soledad le gustaba al sultan porque le recordaba Magnesia.

Amurat II no tenia aun cuarenta y nueve años; habia pasado cinco en Magnesia, cuando sus diferentes abdicaciones, y veinticinco en los campos ó sobre el trono. Pasó sus dias entre la guerra, el amor y la melancolia filosófica que constituía el fondo de su carácter; el imperio que desdeñaba, por lo mismo que era muy digno de él, le fué una carga pesada, y la tristeza de no poder abdicar otra vez mas de un modo conveniente para su pueblo y honroso para él, apresuró el fin de su vida. Obligado á reinar, cuando sus gustos eran los de vivir como un hombre privado; obligado á combatir cuando estaba dotado de instintos pacíficos, su destino, aunque glorioso, habia estado en perpetua contradiccion con su carácter; sin embargo, habia triunfado de todas esas contradicciones de la suerte y aun de su propia repugnancia en reinar, y al morir no dejaba al imperio otro enemigo en pié que Scander-Beg.

## XXVI

Los monumentos de su reinado, además de la magnífica mezquita de Andrinópolis que recuerda la majestad de San Pedro de Roma, aunque la arquitectura sagrada presenta menos masa, y mayor gracia, son los caminos, los canales, los acueductos y los puertos con que adornó el Asia y la Europa. También deben contarse como monumentos memorables la organización de la corte y la disciplina del ejército. Dió al imperio la majestad de las cortes persas ó griegas que los otomanos no se habían atrevido á imitar hasta entónces; aquella majestad le pareció uno de los caracteres del poder que conserva á cierta distancia las miradas atónitas de la muchedumbre, y que da como una especie de dignidad á los soberanos en Asia. Con sus tres retiradas voluntarias á Magnesia, mostró claramente que no quería aquel lujo para sí, pero que quería dejar la tradición de aquellas riquezas al imperio.

La descripción de su corte militar hecha por el historiador griego Chalcondyle recuerda las pompas

de Samarcandia, de Bagdad, ó de Constantinopla, cuando reinaban los sucesores de Constantino. Chalcondyle visitó las cortes de Andrinópolis y de Brusa cuya organización retraza en sus recuerdos que la posteridad ha conservado.

« Diez mil infantes, dice, se hallan consagrados especialmente á la guardia de la puerta del sultan. Los niños que caen prisioneros son llevados al Asia por dos ó tres años para que aprendan el turco, y luego que sepan hablar y escribir la lengua, los envían en número de dos ó tres mil á la flota estacionada en Galípoli para que aprendan el servicio de la marina. Todos los años reciben vestidos y un sable. De allí son llamados á la puerta del sultan, con una paga suficiente para su subsistencia, paga que se aumenta, sin embargo, para aquellos que se distinguen. Los reparten por cuerpos de diez ó de cincuenta á las órdenes de oficiales experimentados, en cuyas tiendas sirven durante dos meses, y pasado este término se incorporan en la guardia del palacio del sultan, en cuyo interior no entra nadie, excepto los príncipes de la familia soberana, los visires, los altos funcionarios de la tesorería y los pajes del sultan. El sultan tiene una tienda roja y otras dos cubiertas de fieltro bordado de oro; además hay en el interior otras quince tien-

« das destinadas á diferentes usos. Fuera de este cir-  
 « culo se acampan los demás oficiales superiores de  
 « la Puerta, los caballerizos (mirakhor), los coperos  
 « (scherabdar), los tenientes (mirul-alem), los jefes  
 « de la Puerta (visires), y los mensajeros del sultan  
 « (tchauschis). Como todos estos oficiales llevan de  
 « comitiva muchos criados, resulta que el número  
 « total del ejército es considerable. Además de los  
 « genizaros que forman la guardia distinguida del  
 « sultan, la tienda imperial está guardada por tres-  
 « cientos ginetes llamados silihdars (los que llevan  
 « las armas), elegidos tambien entre los genizaros;  
 « vienen luego los gharibs (extranjeros), así llama-  
 « dos porque son oriundos de Asia, de Egipto ó de  
 « otras comarcas del Africa, y despues siguen inme-  
 « diatamente los ulufedjis (tropas pagadas) en nú-  
 « mero de ochocientos, y por último doscientos spa-  
 « his, hijos de turcos nobles que se reclutan entre  
 « los pajes del sultan. Tal es el orden adoptado por  
 « la Puerta en tiempo de guerra: los bajos de Ru-  
 « melia y de Anatolia se dividen el mando supremo  
 « del ejército y dependen directamente del sultan.  
 « Bajo sus órdenes sirven los sandjakbegs que, ad-  
 « mitidos por el soberano á su servicio, reciben con  
 « la bandera el gobierno de muchos pueblos, cuyas  
 « personas notables y soldados les siguen en la guer-

« ra. En el campo se observa el orden siguiente: la  
 « caballería se divide en escuadrones; los azabs  
 « combaten bajo un solo jefe. Además de los silahs-  
 « chors (mozos de armas), hay tambien los azabs,  
 « llamados *akkiam*, cuerpo de infantes empleados  
 « en la conservacion de los caminos y en otros ser-  
 « vicios análogos. Los campamentos se hallan por lo  
 « comun admirablemente organizados, tanto por la  
 « simetria de las tiendas como por la abundancia de  
 « provisiones. Los altos dignatarios que acompañan  
 « al sultan llevan consigo un crecido número de  
 « bestias de carga, de camellos cargados de armas y  
 « provisiones, de caballos y mulas, de modo que hay  
 « en el ejército mas animales que soldados. Hay un  
 « cuerpo especial consagrado al transporte de las  
 « provisiones. Cuando hay escasez los víveres se re-  
 « parten entre las mejores tropas. El número de las  
 « tiendas del campamento asciende á diez mil, pero  
 « este número varia segun las necesidades de la  
 « campaña. »

## XXVII

Tambien data de Amurat II la institucion defini-  
 tiva del título y atribuciones casi imperiales del

gran visir, institucion que parece muy conforme con la naturaleza de los gobiernos orientales. Segun ella la soberanía es sagrada como el despotismo, sin mas contrapeso que la religion y las costumbres; pero sin embargo la libertad de los súbditos debe tener tambien su parte de queja y aun de oposicion á los gobiernos, sin que la queja ni la oposicion, sediciosas con frecuencia, lleguen hasta el soberano. El gran visir está allí para cubrir la responsabilidad y la cabeza del soberano contra los resentimientos de los súbditos. Tal es evidentemente el espíritu de esa institucion, que pareceria en Europa una degradacion abusiva de la autoridad de los soberanos, y cuyas atribuciones nadie ha definido mejor que el docto publicista Muradja de Ohsson. Como la historia de la monarquía otomana no podria comprenderse sin la debida inteligencia de las funciones y de los títulos de los grandes visires, dejaremos ahora la palabra á Muradja de Ohsson.

## XXVIII

« El nombre de visir ó vesir, significa en árabe  
« *coadjutor*; visir-azen significa gran visir; se cuen-

« tan ciento setenta y ocho desde el año de 1370 hasta 1789, época del advenimiento al trono de *Se-  
« lim III*.

« Antiguamente ese elevado puesto no se conferia  
« mas que á uno de los principales miembros del  
« divan; por lo regular el segundo *cubbé-visir* re-  
« emplazaba al primer ministro, pero desde la su-  
« presion de los *cubbé-visires*, que se efectuó reinan-  
« do *Achmet III*, el sultan eleva á esta dignidad ya á  
« un gobernador de provincia, ya á uno de los ofi-  
« ciales superiores residentes en Constantinopla,  
« como el grandé almirante, el tesorero principal, el  
« *kehaya-beg*, el *agha de los genizaros* y el *silihdar-  
« agha*. Es muy raro que se eche mano de un indi-  
« viduo de grado inferior; pero cuando llega este  
« caso, antes de recibir el anillo imperial, es promo-  
« vido á la categoría de baja. Regularmente los favo-  
« ritos dirigen la eleccion del soberano, pues confi-  
« nado el sultan en su palacio, solo conoce de nom-  
« bre sus súbditos que mas se distinguen; la intriga,  
« el acaso, el capricho, disponen de las riendas del  
« imperio. Son tantas las intrigas, y es tan negra y  
« suspicaz la política del serrallo, que el depositario  
« de un poder tan crecido no puede conservarlo mu-  
« cho tiempo, y vuelve a entrar en la nada en cuan-  
« to un oficial del palacio se presenta á pedirle el

« anillo imperial. Cuando esto sucede, si no le qui-  
 « tan la vida, por lo ménos le destierran; por lo re-  
 « gular le confiscan los bienes, y puede considerarse  
 « bien dichoso si obtiene el gobierno de una pro-  
 « vincia.

« Antiguamente el nuevo gran visir recibia el ani-  
 « llo imperial en su palacio, de manos de un oficial  
 « del imperio; pero desde el reinado de Achmet I le  
 « recibe, como hemos dicho, de manos del sultan, y  
 « concluida la ceremonia se vuelve del palacio á la  
 « Puerta escoltado por un destacamento de la guar-  
 « dia imperial. Cuando está reunido el divan en el  
 « serrallo, la mayor parte de los oficiales de la córte  
 « se ponen en fila para recibirle. El agha y los ofi-  
 « ciales de los genizaros le hacen una visita de eli-  
 « quita los miércoles y los viérnes al salir de la mez-  
 « quita; en este último dia pasan tambien á verle,  
 « el grande almirante, los dos caballerizos mayores  
 « y el sumiller mayor (*caputjiler-kehaya*). Da au-  
 « diencia pública una vez por mes; la víspera, así  
 « como el dia de las dos fiestas del beiran, recibe las  
 « visitas de las autoridades civiles y militares; todos  
 « los grandes del imperio, excepto el mufti, deben  
 « besarle el vestido, pero ordinariamente no lo per-  
 « mite y les da á besar su mano.

« Su barca lleva doce pares de remos, y á popa

« una tiendecilla de paño verde; es el único que go-  
 « za de la prerogativa de tener ocho guardias de ho-  
 « nor (*schatir*) y doce caballos de respeto. Su música  
 « militar se compone de un número determinado de  
 « caramillos, tambores grandes y pequeños, y plati-  
 « llos; en tiempo de guerra añaden un par de timba-  
 « les (*kioss*).

« Cuando se presenta en público, sus ugieres le sa-  
 « ludan con oraciones que hacen en alta voz. Su ofi-  
 « cial (*doadji-tehavusch*), exclama: *Salud y clemen-  
 « cia divina para tí*; y los *tehavuschs* responden en  
 « coro: *Que la fortuna te sea propicia, que Dios te  
 « ayude; que el Omnipotente protege los dias de nues-  
 « tro soberano y del bajá, nuestro señor, y que vivan  
 « dichosos mucho tiempo.*

« Cuando va á tomar el mando del ejército, recibe  
 « del sultan una capa de cibelina de cuello grande,  
 « con broches de oro (*capanitza*), un sable, un puñal,  
 « un arco, una aljaba, y dos penachos; todos estos  
 « objetos guarnecidos de piedras preciosas; sale de  
 « la capital con el estandarte de Mahoma y monta  
 « uno de los caballos del sultan. Entónces el número  
 « de sus caballos de respeto asciende á diez y ocho,  
 « y diez y seis guardias de la persona del emperador  
 « le acompañan mientras dura la guerra.

« Todos los funcionarios públicos, excepto el mufti,

« reciben del gran visir la investidura de sus cargos;  
 « en su presencia, segun las categorías, les ponen un  
 « castán ó una capa de cibelina; el primer ministro y  
 « el gefe de la ley son los únicos que reciben la inves-  
 « tidura del sultan, y que son nombrados, al ménos  
 « en apariencia, para toda su vida.

« El gran visir da con frecuencia paseos (*col*) por  
 « el interior de la ciudad, seguido de los oficiales de  
 « su casa para examinar el estado de la policia, sobre  
 « todo en lo concerniente al precio de los comesti-  
 « bles, y á los pesos de los mercaderes. En otro tiem-  
 « po le acompañaba el agha de los genizaros y el pri-  
 « mer juez de Constantinopla (*Ystambol-cadissi*), pero  
 « hoy por lo regular, hace su ronda de incógnito  
 « los lunes y los juéyes que son los dias de vacacio-  
 « nes en el divan de la Puerta. Entónces se dirige  
 « tambien á ver al mufti, para conferenciar con él  
 « sobre los negocios mas importantes, señal de aten-  
 « cion que prescribe una política prudente. El gran-  
 « de almirante y los generales de los tres primeros  
 « cuerpos de infanteria, hacen tambien sus rondas;  
 « cada cual en su barrio, y á veces en la misma  
 « noche.

« Cuando el sultan eleva á la dignidad de gran vi-  
 « sir á un bajá, gobernador de provincia, constituye  
 « provisionalmente hasta su llegada á la capital á un

« oficial con la categoría de bajá de tres colas para que  
 « llene las funciones de primer ministro con el título  
 « de *caim-mecam*, que significa capitán. En este caso  
 « el empleo es de corta duracion y de poca importan-  
 « cia, pero no es así en tiempo de guerra, cuando el  
 « gran visir manda el ejército, pues el *caim-mecam*  
 « que le representa cerca del soberano, es un perso-  
 « naje muy influyente, y casi siempre la rivali-  
 « dad provoca una lucha sorda entre ambos mi-  
 « nistros.

« Durante mucho tiempo los visires habitaron en  
 « sus casas particulares; pero desde el año 1654, el  
 « que se halla revestido de esta dignidad ocupa un  
 « vasto palacio situado no léjos del serrallo, y que se  
 « llama la *Puerta del bajá* (*Bajá-capussi*), de donde  
 « proviene el nombre de *Puerta Otomana* ó *Sublime*  
 « *Puerta*.

« Cuando se resuelve la destitucion del gran visir,  
 « un oficial del palacio (por lo regular el *capudjiter-*  
 « *helkhudassi*), pasa de incógnito á la Puerta con  
 « una órden autógrafa del sultan, y se la presenta al  
 « gran visir, quien besando respetuosamente aquel  
 « *Khati-scherif*, le entrega al instante el sello impe-  
 « rial, se levanta del sofá, sale de su palacio sin que  
 « le esté permitido ni aun ver á su familia, y se va  
 « al instante al punto de su destierro con la escolta

« del mismo oficial, pues un gran visir destituido no puede permanecer en Constantinopla. Si le deben prender, se encarga de este cuidado el *bostandji-baschi*.

« Este ministerio principal tiene tres divisiones cuyos gefes son: el kehaya-beg, el reiss-effendi y el *tchayusch-baschi*. »



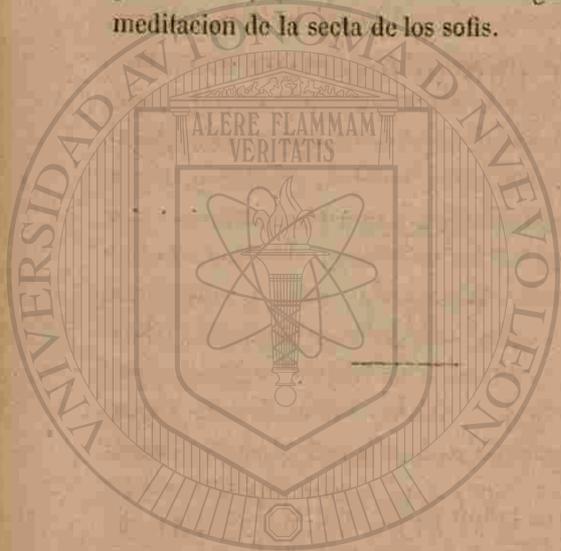
XXIX

Khalil-baja, gran visir, á la muerte de Amurat II, era hijo y nieto de visir por derecho de costumbre y de aptitud, mas no por derecho de sucesion. Sin embargo, Amurat constituyó la herencia de ciertas dignidades elevadas del imperio, como verbigracia las de general de los akindjis, guías del sultan, y las de caballero y copero mayor en las familias ilustres de los Mikhal-Oghli, de los Samsama y de los Elvan-Beg.

La lengua turca, la filosofía, la historia, la poesía, las artes, las industrias, excepto la arquitectura, cuya obra maestra es el atrevido minarete de tres escale-

ras de Andrinópolis, hicieron pocos progresos bajo el reinado agitado é interrumpido de Amurat II. Solo un poeta eminente, Amadeddin, autor del *Divan* turco, se hizo célebre y pasó á la posteridad, no tanto por su libro y sus obras como por sus infortunios. Amadeddin quiso considerar el Coran como una simple revelacion de la unidad y de la universalidad de Dios hecha á la razon humana por la voz de un sabio y de un profeta, mas razonable é inspirado que los demás árabes. En su comentario razonado del Coran confundió á Dios con sus obras, y supuso que la naturaleza entera podia decir sin blasfemia: « Soy Dios, emano de Dios, y me absorvo en Dios, como la gota de agua se absorve en el Océano. » Esta doctrina escandalizó á los imanes y á los creyentes, que le acusaron de rebajar á Dios confundiéndole con sus obras, y de rebajar á Mahoma haciendo de él un filósofo en vez de un confidente privilegiado de Dios. Las religiones quieren milagros excepcionales en vez de milagros perpetuos de la naturaleza y de la razon, esos dos grandes sacerdocios de la divinidad. Los ulemas ó doctores de la ley le citaron, le juzgaron y le mandaron despellejar vivo en Brussa, sin que pudieran alcanzar del mártir que renegara de su fe. Este suplicio no acabó en Oriente con el panteismo, que sobrevivió en las doctrinas secre-

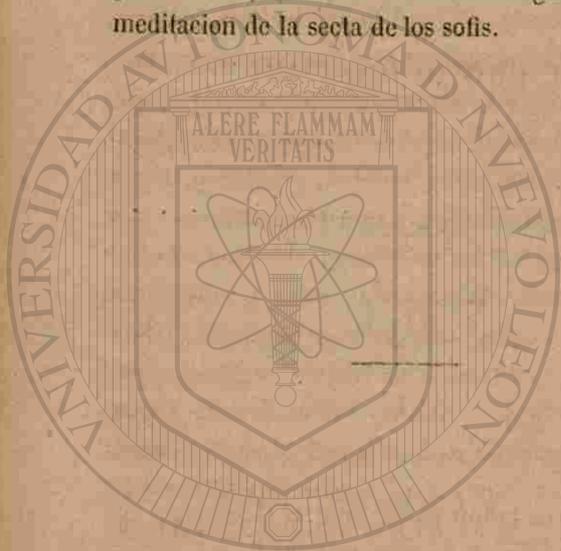
tas de los sofís de Persia, de donde habia pasado á Turquía; el Dios sin nombre, sin forma, sin profeta y sin límite, continuó siendo el enigma, objeto de meditacion de la secta de los sofís.



## LIBRO DUODÉCIMO

La noticia de la muerte de Amurat II encontró á su hijo Mahomet II en Magnesia, cansado de su destierro, humillado con su inercia é impaciente por volver al trono. « *Que me siga el que bien me quiera* » exclamó lanzándose á caballo, sin dar tiempo á su córte para que se dispusiera á marchar. Montado en los fogosos alazanes que están siempre ensillados de distancia en distancia sobre el camino del Asia á la Europa, atravesó las montañas que limitan al Norte la llanura de Magnesia, y corrió de dia y de noche hácia

tas de los sofís de Persia, de donde habia pasado á Turquía; el Dios sin nombre, sin forma, sin profeta y sin límite, continuó siendo el enigma, objeto de meditacion de la secta de los sofís.



## LIBRO DUODÉCIMO

La noticia de la muerte de Amurat II encontró á su hijo Mahomet II en Magnesia, cansado de su destierro, humillado con su inercia é impaciente por volver al trono. « *Que me siga el que bien me quiera* » exclamó lanzándose á caballo, sin dar tiempo á su córte para que se dispusiera á marchar. Montado en los fogosos alazanes que están siempre ensillados de distancia en distancia sobre el camino del Asia á la Europa, atravesó las montañas que limitan al Norte la llanura de Magnesia, y corrió de dia y de noche hácia

Mudania, puerto del Propóntide que mira á Galipoli.

Este príncipe, que dos veces se habia sentado ya en el trono, se hallaba en la flor precoz aun de su juventud; no tenia veinte años; su retrato, ejecutado algun tiempo despues por los pintores venecianos mas famosos, y entre otros por Bellini, á quien llamó á su córte, le pinta en toda la energía de una naturaleza sanguínea, donde una voluntad imperiosa hierve en las venas con la sangre. Su estatura era corta y robusta, sus piernas arqueadas por la costumbre de la silla y del divan, sus hombros anchos, su nuca llena de músculos como el toro ó el leon, el cuello corto, la barba poblada y negra, el labio severo, aunque con alguna expresion alegre en las extremidades de la boca, las mejillas abultadas, llenas y sonrosadas con la animada púrpura de una sangre impetuosa, el globo del ojo redondo y prominente, vivo, la mirada pronta á encolerizarse, las cejas naturalmente arqueadas, muy elevadas sobre el ojo, señal de superioridad de raza, y la frente blanca, ancha y tersa como la frente de un hombre que nunca ha tenido que luchar consigo mismo ni con los otros. Su cañan rojo, bordado de oro y bien provisto de armiño, su puñal con mango de plata incrustado de rubies, su turbante con un penacho amarillo que se eleva como una flor que brota de la frente, atesti-

guan el gusto refinado de los adornos y de la majestad en un hombre que no solo quiere mandar, sino que quiere deslumbrar al mismo tiempo. El conjunto de la fisonomía inspira mas terror que atractivo; se vé un hombre que no es cruel por temperamento, sino que puede pasar alternativamente de la indolencia al crimen, segun la impetuosidad del primer arranque que le domine.

## II

Mahomet II, sin tomar una hora de descanso en su carrera, temblando de que se le escapara el trono por tercera vez, pasó el Propóntide en un esquife, y llegó en dos dias de su destierro de Magnesia á la fortaleza de Galipoli. Una vez que puso el pié en Europa, se detuvo cuarenta y ocho horas para dar tiempo á los magistrados y á los pueblos de Tracia y de Andrinópolis para que le recibieran como á soberano.

Las cartas de los visires de su padre que habia encontrado en Galipoli, le tranquilizaban sobre su advenimiento al imperio sin obstáculo. En su conse-

cuencia, disminuyó la rapidez de su marcha, esperó las comitivas que de Andrinópolis enviaron á su encuentro, y recibió por todo su camino los respetos y obediencia debidos á la majestad de un sultan. Los pueblos habian olvidado sus faltas, y solo se acordaban de su juventud. Todos se prometian mucho de un principe educado por un padre severo y bueno al mismo tiempo, corregido por dos lecciones necesarias, experimentado por algunos años de retiro, casado recientemente con una princesa turcomana de una hermosura y de una gerarquía propias para curarle de sus inconstancias, y que al perder dos veces el trono habia aprendido como se conserva al recobrarle.

## III

Los visires, los bajás, los generales, los ulemas, el ejército y el pueblo le esperaban á una legua de Andrinópolis, cerca de una fuente monumental construida por Amurat bajo los nogales que cubren la llanura en torno de esa capital, como los cipreses cubren las colinas de Constantinopla, y los albarico-

ques las huertas de Damaseo. Todos los ginetes al distinguir al sultan se apearon y se prosternaron en el polvo, y en cuanto Mahomet II hubo recibido estos homenajes, la comitiva, el pueblo y el ejército se adelantaron lentamente hácia las puertas de la ciudad deteniéndose de distancia en distancia para sollozar estrepitosamente. A cada sollozo de la muchedumbre, señal de luto y de homenaje á la memoria de Amurat, Mahomet se apeaba de su caballo, y pasándose la mano por los ojos, lloraba ó fingia llorar á su padre con el pueblo. Al llegar á la puerta de la ciudad cesaron los sollozos; y en su lugar mil gritos de alegría se elevaron al cielo. El sultan guiado á su palacio por la muchedumbre, encontró en él la soledad, la incertidumbre y el terror entre un reinado que finalizó y otro que comenzaba. Los ministros del padre ignorando si eran dignos de los favores ó del resentimiento del hijo, se habian abstenido de acompañar al nuevo monarca al interior del serrallo.

Mahomet II les dejó temblar toda la noche, y á la otra mañana, dia designado por el uso para su inauguracion pública á la gerarquía suprema, subió al trono cuando todos los grandes oficiales del imperio, de los genizaros, de los ulemas y del pueblo se hallaban reunidos en los salones y al rededor del serra-

llo. El viejo Ibrahim, antiguo gran visir, y el gefe de los eunucos, fueron los únicos que asistieron á su inauguracion, el uno tranquilo por su edad y por su retirada de los negocios, y el otro por la necesidad de sus funciones de sumiller mayor del palacio.

« ¿Dónde está Khalil? preguntó el sultan con un  
 « asombro fingido á su padre Ibrahim. Anda á decir-  
 « le que tome cerca de mi trono el puesto que le per-  
 « tenece, y que no le he quitado; que continúe go-  
 « bernando en tiempo del hijo como gobernó en tiem-  
 « po del padre. En cuanto á mi segundo visir, Iskak-  
 « bajá, le confio el encargo de disponer las exequias  
 « de mi padre y de llevar su cuerpo á la tumba de  
 « nuestros antepasados en la mezquita verde de  
 « Brusa. »

El gran visir Khalil temia la desgracia y la muerte por haber alejado á Mahomet de Andrinópolis algunos años ántes con un pretexto falso, y por haber vuelto á colocar al padre sobre el trono del hijo, ahora coronado. Semejantes servicios hechos á Amurat II y al imperio, podian parecerle al hijo injurias imperdonables. La magnanimidad de Mahomet le sorprendió sin tranquilizarle completamente, pues los favores en aquellas córtes solian equivaler á venganzas aplazadas. Pero Khalil se lisonjeó con la idea de hacer olvidar en breve la ofensa con los servicios,

y-recobrando las funciones de visir-azem, el imperio no cambió de mano.

## IV

Pero habia cambiado de amo el haren de Amurat II. Este principe habia dejado á su muerte muchos hijos é hijas, nacidos de sus amores con odalisca de condicion servil que no inspiraban ningun recelo á Mahomet II hijo de una princesa de Sinope. La princesa de Sinope habia muerto durante la primera abdicacion de Amurat II en Magnesia. La segunda mujer de Amurat, Elena, princesa de Servia, hija de la casa real de esa nacion, no tenia un hijo que pudiera disputar algun dia el trono á su hermano; pero la jóven princesa de Transilvania, Mara, tercera esposa del último sultan, que habia sido adorada hasta su muerte, tenia un hijo de Amurat, en la cuna todavía, que la muerte del padre dejaba expuesto á la cautelosa prudencia de Mahomet. Este hijo, nacido como él de una princesa musulmana, podia parecer un dia á los otomanos un heredero al trono mas legítimo que un hijo nacido de una princesa cristiana.

Aunque la tierna edad de la criatura alejase el peligro para un tiempo en que habria ya podido haber largos años de reflexion, Mahomet II adelantándose al peligro con la precipitacion del crimen, no dejó un solo día á la compasion ó á la incertidumbre. Lo único que trató fué de ocultar la mano que habia de cometer el delito, á fin de que el imperio incierto sobre las circunstancias del asesinato, pudiese atribuirlo al celo de un servidor intrépido, y pudiese absolverle á él de toda complicidad viendo que castigaba á su cómplice.

Para llevar á cabo ese asesinato eligió á Ali, hijo de Evrenos-Beg, aquel general derrotado por Huniade y por Scander-Beg, que tenia que rescatar sus vergonzosos descalabros en la guerra con servicios mas vergonzosos en el serrallo. Mandóle pues que ahogara en el baño al hijo de la sultana Mara, viuda de su padre, y para que los gritos y la resistencia de la jóven madre que alimentaba á su hijo con su leche, fuesen prevenidos por la prontitud y el silencio del crimen, dió una larga audiencia á la afligida viuda de su padre, mientras se consumaba el asesinato de su hijo.

La desesperacion y los lamentos de la sultana al volver al haren y al encontrarse con el cadáver de su hijo, esparcieron la noticia del crimen. Andrinó-

polis se estremeció de horror: un reinado que principiaba con un fratricidio tan horrible, le pareció señalado de sangre, y el murmullo de la indignacion general hubo de llegar hasta el serrallo. Mahomet II para ahogar los clamores, hizo que recayeran sobre el secreto verdugo de su propio delito, fingió ignorancia, sentimiento, horror, y mandó que en el patio del serrallo cortaran la cabeza á Ali-Evrenos, para que con su vida se acabaran las revelaciones que habria podido hacer en adelante. Pero al otro dia, como para venderse á sí mismo, en el temor de que la sultana favorita de su padre, no llevase otro fruto del amor en sus entrañas, la obligó á pesar de sus lágrimas á que se casara con un esclavo del serrallo llamado Ishak, degradando de antemano con aquel matrimonio servil todos los recuerdos de su padre, que podria ella despertar en los corazones otomanos.

Fuera que la infortunada sultana Mara le hubiera inspirado durante la vida de su padre mas animosidad á causa de su hermosura y su favor, fuera que no

experimentara el menor temor de degradar en ella á una princesa que ya no tenia padre ni pueblo que vengaran su injuria, lo cierto es que Mahomet II aparentó el mayor respeto de sí mismo y hácia la memoria de su padre, en su conducta con su otra madre política, la princesa Elena de Servia, á quien señaló una rica dotacion sobre el tesoro público de Turquía, cuando la envió á la Servia con su padre, acompañada de los honores y séquito correspondientes á una emperatriz.

Por una vicisitud singular de fortuna, de causa y de religion, aquella viuda de un sultan enemigo de los griegos y de los cristianos, arrancada por la victoria á la corte de Servia para casarse con el vencedor de su padre, y viuda despues de un príncipe otomano, fué pedida en matrimonio poco tiempo despues de su viudez por Constantino, el último emperador griego en Constantinopla, y aunque llegaba ya á los cincuenta años, sus encantos y virtudes hicieron sentir mucho á Constantino los obstáculos que se opusieron á semejante enlace.

## VI

Por un encadenamiento no ménos providencial de las cosas humanas, la hora en que acaeció la muerte de Amurat, fué tambien la señal de la ruina de Constantinopla. Este príncipe paciente y político preveia que la conquista de esa capital, reducida ya, y como cautiva en sus posesiones, aumentaria muy poco la fuerza real de los otomanos, pero que en cambio suscitaria contra ellos nuevas cruzadas y nuevas guerras, que él deseaba aplazar por su propio bien y el de su pueblo. Su visir Khalil, á quien llamaban el *amigo de los infieles*, por el favor que mostraba á los cristianos, sostuvo á Amurat II en aquella longanimidad hácia la débil familia de los Paleólogos, é inspiró despues á Mahomet II los mismos pensamientos de paz: « Siempre hay tiempo, le decia, para tomar lo que no puede escapársenos. » Aunque Mahomet bien penetrado de la habilidad de su visir, contuviera en sí mismo su impaciencia de conquista, desconfiaba un poco de Khalil, atribuyendo como el vulgo su parcialidad por los griegos, á los subsidios secretos que, segun decian, pagaban los Paleólogos

al visir, con el objeto de que amortiguara el genio belicoso de su nuevo amo.

Este era el estado de los ánimos en Andrinópolis, cuando una temeridad intempestiva de la corte de Constantinopla hizo estallar la tempestad que Khalil trataba de conjurar en el alma de Mahomet II.

Los embajadores griegos enviados á Andrinópolis por el nuevo emperador de Bizancio, pidieron á Mahomet que pagara á un emir turcomano de Asia el subsidio que le habia señalado su padre, añadiendo que en caso de no hacerlo prestarian sus buques al emir rebelde, para que pudiera pedir justicia á los otomanos, con la fuerza de las armas.

Hasta el mismo Khalil se indignó con tanta audacia de parte de una corte tan decaida.

« ¡ O romeliotas temerarios ! les respondió en medio del divan, en un apóstrofe que repitió despues  
« el mismo embajador bizantino ; hace mucho tiempo que conozco vuestros proyectos astutos y engañosos ; mi difunto señor y amo Amurat II, de conciencia recta y de costumbres afables, os queria mucho bien, pero no así Mahomet II, mi nuevo padischah ; si Constantinopla puede escapar á sus embrechas, reconoceré que Dios quiere perdonaros aun  
« vuestras intrigas y subterfugios. ¡ O insensatos !  
« Apenas se ha firmado el tratado, y ya venis á Asia

« para espantarnos con vuestras fanfarronadas ordinarias ! Pero aquí no somos niños sin esperiencia y sin fuerza ; si podeis hacer algo hacedlo ; proclamad á Orkhan soberano de la Tracia, llamad á los húngaros, tomadnos las provincias que os hemos quitado, pero tened entendido que nada os saldrá bien y que al fin os vereis despojados de todo. Además, instruiré á mi amo de todo esto, y se hará lo que él resuelva. »

Desde aquel dia Khalil abandonó á los griegos á su triste suerte y se preparó en secreto á favorecer la pasión que habia adivinado en el alma de su amo. Jamás las circunstancias fueron mas propicias para la ambicion de los otomanos y mas fatales para la política de los griegos. La última piedra del imperio griego debia hundirse al primer choque. Retrocedamos algunos años para alcanzar el hilo de la decadencia de ese imperio, y entremos un momento en el palacio de Blakernes, olvidado por la tienda de los sultanes.

## VII

El viejo Manuel II Paleólogo, cuya política espec- tante y servil fué como convenia al cuerpo sin fuerza del imperio, murió dejando cuanto podia dejar, esto es, la sombra de un trono en Constantinopla, y algu- nos principados en Grecia, distribuidos entre sus hi- jos. Su heredero Juan III Paleólogo, habia reinado de 1425 á 1448, pero en paz, gracias á la neutralidad tímida y forzosa que habia conservado entre las cru- zadas húngaras de Huniade contra los turcos.

Por una contradicción singular, pero constante, entre el deseo y el afán de un trono y la degradacion del trono deseado, las facciones de un imperio no son nunca mas ardientes, mas multiplicadas y cri- minales que en el período de decadencia de los im- perios. Esto se vió á la muerte de Juan III Paleólogo. La precipitacion y el misterio con que fué enterrado, como para borrar las señales del veneno sobre su ca- dáver, despertó la sospecha de un crimen, fundado en su muerte prematura, y su hermano Demetrio Paleólogo, príncipe ambicioso, turbulento, conspira- dor, que agitó en sus últimos tiempos el reinado de Juan por las facciones religiosas y palaciegas, á quienes

pedia alternativamente el favor del pueblo para ser elevado al trono, reunió sobre el féretro de Juan al populacho de los arrabales, queriendo conquistar por la fuerza la corona que no le tocaba. Suponia que habiendo nacido el primero de los hijos de su pa- dre, desde que este reinaba, sus derechos debian pre- valecer contra los de sus hermanos nacidos en efec- to ántes que él, pero ántes tambien del reinado de su padre comun. La emperatriz madre, el senado, el clero, el pueblo de la ciudad, le contestaban, con el ejército regular, ese caprichoso derecho de primoge- nitura, y defendian el titulo de Constantino, hijo mayor de Manuel, y poseedor de la Morea. Tomás, hermano segundo de Constantino, que se hallaba entónces en Constantinopla, reconocia igualmente los derechos de Constantino. El imperio en suspenso esperaba un amo. Constantino, advertido por su pa- dre y por Tomás, coronado en Esparta, se escapó de los buques turcos que bloqueaban la Morea para im- ponerle condiciones á la ocupacion del trono. Desem- barcado como fugitivo en Constantinopla, fué reci- bido como emperador. Sus hermanos, Demetrio y Tomás, reconciliados por la emperatriz madre, se abrazaron delante de él para sellar una paz perpétua, y fueron á reinar en su puesto en la Grecia, bajo la soberania de los otomanos.

## VIII

Constantino XII Paleólogo era uno de esos hombres que la Providencia, cansada de vanos favores, reserva á veces á los imperios decaídos, no para levantarlos de sus ruinas, sino para dar lustre á su caída. Nacido de un padre justo y bueno, educado por el oficial superior del palacio Cantacuceno, muy esperto en las letras y en la política, criado por una madre perseguida y heroica que le había comunicado con la leche la paciencia que da la sabiduría y la desesperación que infunde el heroísmo, acostumbrado hacia mucho tiempo á las hazañas y á los descalabros en las guerras de Morea contra Amurat II, vencido, pero no degradado en su derrota, indignado de las intrigas del palacio de Blakernes que los griegos de Bizancio llamaban de la política, tenía en sí todo cuanto debía tener un soberano por aquella nación corrompida, desprecio, conmiseración y afecto.

Propúsose encontrar en razas más sanas y belicosas los auxiliares que necesitaba para los días de prueba que iba á sufrir su país, y envió á Franza, encargado del vestuario, ó gran maestre de ceremonias de

palacio, como embajador á Trebisonda para pedir en matrimonio á la hija del rey de Georgia. Los georgianos, ó los iberos, raza cristiana de las montañas del Cáucaso, eran lo que son hoy, un pueblo de soldados, por cuyas venas corre el espíritu militar junto con la sangre, y podían ofrecer á Constantino Paleólogo, con una princesa de su casa real, unas tropas capaces de medirse con los otomanos. Franza que ha descrito en sus notas, que tienen el valor de un tesoro histórico, los últimos años y la ruina postrera de su patria, salió para la Georgia con esa comitiva oriental compuesta de nobles, frailes, médicos, músicos y mujeres que la decadencia griega, á falta de fuerza real, ostentaba todavía á los ojos de los pueblos vecinos.

El maestre de ceremonias después de haber dado cima á su negociación con un buen resultado, se volvió á Constantinopla, quedando convencido que para la primavera iría á buscar á la emperatriz con una pompa más imperial que antes. El embajador se encontró á Constantino muy desalentado con los obstáculos, los vicios y la pusilanimidad de su nueva corte; las palabras que dirigió á su confidente, son los presentimientos interrumpidos de lágrimas de un príncipe que no era grande sino para medir mejor la pequeñez de su pueblo.

« Desde que perdí á mi madre y á Cantacuceno,  
 « los únicos que me daban consejos desinteresados,  
 « me hallo rodeado, dijo el soberano de Bizancio, de  
 « hombres que no me inspiran ni amistad ni confian-  
 « za, ni estimacion. Ya conoceis á Lúcas Notaras, el  
 « grande almirante, que adherido con obstinacion á  
 « sus propios sentimientos, asegura por todas partes  
 « que dirige mis pensamientos y acciones. Los demás  
 « cortesanos no tienen otra norma que el espíritu  
 « de partido, ó sus miras de interés personal; ahora  
 « bien ¿debo consultar con los frailes mis proyectos  
 « de política ó de matrimonio? Necesito todavía va-  
 « lermé de vuestro celo y actividad; en la primave-  
 « ra próxima persuadiréis á uno de mis hermanos  
 « para que solicite en persona el socorro de las po-  
 « tencias de Occidente; de la Morea iréis á Chipre  
 « con una comision secreta, y de allí pasaréis á  
 « Georgia para traer á la emperatriz futura. »

## IX

El emperador y los mejores ciudadanos de la capi-  
 tal habian renovado las tentativas de fusion entre la  
 Iglesia griega y la Iglesia romana, con la esperanza

de que una misma fe ligaria en estrecha alianza á  
 todos los miembros de la cristiandad para la salva-  
 cion comun de los adoradores de Cristo. La argucia  
 metafísica que formaba todo el cisma entre ambas  
 Iglesias, no era un motivo razonable para que se  
 eternizaran los disentimientos entre las dos familias  
 evangélicas. Dos veces ya la sabiduria mútua de los  
 hombres de Estado y de los ilustrados pontífices de  
 Roma y de Constantinopla, habia ahogado en prin-  
 cipio aquella disension mediante concesiones reci-  
 procas y en virtud de un símbolo comun. Pero el  
 pueblo de Constantinopla no habia ratificado jamás  
 aquellos tratados de concordia. Se diria que una de  
 las necesidades del espíritu humano es la discusion  
 de los dogmas sobrenaturales. Aquel pueblo griego  
 que habia construido en la teología un cristianismo  
 oriental en medio del choque de las imaginaciones y  
 de los partidos, le habia corrompido con sus vicios,  
 y se creia con derecho para interpretarle por sí solo  
 siguiendo el capricho de su obstinacion. Por consi-  
 guiente no queria tregua ni paz con Roma. La Gre-  
 cia la habia transmitido sus dogmas, y Roma se los  
 devolvía ahora á la Grecia impuestos por una sobera-  
 nia pontificia que humillaba al patriarcado bizantino.  
 Ya hemos visto como el pueblo de Constantinopla  
 habia obligado al emperador Manuel y á sus sacerdo-

tes negociadores de la paz religiosa de Florencia, á desgarrar el tratado, á negar la negociacion y á restablecer por sí mismos el cisma tan apetecido por el fanatismo de los griegos.

Desde que abortaron aquellas negociaciones, la procesion metafisica del Espíritu-Santo de una ó dos personas de la divina Trinidad, y el pan con levadura ó sin ella en el misterioso sacrificio de la Eucaristia, habian dividido con mayor encarnizamiento que nunca á los griegos y á los latinos. El infortunado Constantino, que juzgaba estas discusiones, mas como patriota que como teólogo, se esforzaba inútilmente en ahogarlas bajo la urgencia de una reconciliacion necesaria para la salvacion del cristianismo de Oriente, pues tropezaba con obstáculos invencibles en el fanatismo de sus frailes, lepra que corroia el Oriente, y en las preocupaciones de su pueblo animado por el espíritu de los frailes. Sin embargo, envió á Roma, casi sin que lo supieran ellos, varios embajadores á implorar la ayuda del jefe de la Iglesia de Occidente, prometiendo la próxima reunion de ambas iglesias, y solicitando cuando ménos, que enviara el papa un legado á Constantinopla para cimentar la union. El papa Nicolás V, lleno de resentimiento contra la obstinacion de los griegos, fulminaba anatemas contra ellos en vez de socorrerlos, y señalaba á los turcos

como los instrumentos de la venganza de Dios contra aquellos cismáticos que hacían añicos el Evangelio. No obstante, Roma envió á Constantinopla un legado, el cardenal ruso Isidoro, con el encargo de recojer la firma del emperador para las actas del concilio de Florencia. Con esta condicion, el papa prometía llamar á la cristiandad católica á las armas.

Isidoro llegó, y el emperador estampó su firma; mediante un sacrificio celebrado segun el rito romano y griego, conciliados en las ceremonias consentidas por el concilio de Florencia, se reunieron el legado del papa y el patriarca griego en presencia del pueblo, en la iglesia de Santa Sofia. Pero el aspecto inusitado de las insignias del sacerdote romano que celebraba los misterios, el pan fermentado consagrado en vez del pan sin levadura, el agua fria en lugar del agua tibia, que echó el sacerdote en el cáliz, escandalizaron de tal modo á los frailes y al pueblo, que los griegos vieron en la misa latina un sacrilegio imperdonable. En vano el emperador, el patriarca, los patriotas y los políticos quisieron calmar la sedicion de las costumbres; un fraile venerado por el populacho que se llamaba Geinadius, anatematizó desde el fondo de su celda la *abominacion latina*. Las mujeres y las jóvenes que llenaban los monasterios gritaron espantadas, se vistieron de luto y recorrie-

ron la ciudad lamentándose en procesiones sediciosas á la voz de Gennadius. El populacho y los marinos del puerto, que despues de aquellas procesiones corrieron á las tabernas, se embriagaron con el vino que pagaban los frailes, prorrumpieron en mil imprecaciones contra el emperador y los cobardes que mendigaban, vendiendo la fe de sus antepasados, el socorro de los impíos de Occidente, y brindaron por la Virgen protectora de Bizancio jurando que no necesitaban mas alianza que la de la madre de Dios contra los enemigos de su Hijo. La iglesia de Santa Sofia contaminada á sus ojos por la celebracion de los misterios con el pan sin levadura, fué abandonada por todos los fieles, y aun los porteros del templo, negándose á servir á los sacerdotes latinos, desertaron de un edificio que habia sido profanado por el sacrilegio. No faltaron milagros para los crédulos, y una porcion de frailes bien quistos entre la muchedumbre, esparcieron por todas partes predicciones de proteccion sobrenatural para la ciudad santa de Constantino, que desviaron al pueblo de todo otro camino de salvacion que el que le ofrecia su fanatismo.

El emperador despopularizado por su negociacion con Roma, no pudo contar sino con su valor y con el reducido número de soldados intrépidos que habia traído consigo de Esparta ó que esperaba de Georgia.

## X

Durante esta agonía del imperio griego, y mientras Constantino quedaba desarmado de aquel modo por sus propios súbditos, Khalil reclutaba en silencio los dos ejércitos de Europa y de Asia, para ofrecerlos á su amo cuando llegara el momento decisivo. Los genizaros, que eran los únicos acostumbrados á imponer á Mahomet II sus exigencias durante su primer reinado, agitaron tambien su trono en el segundo; pero no encontraron ya en el mismo hombre el amo de antes; Mahomet habia crecido de corazon al crecer en años.

En los pocos meses que el príncipe pasó en Brusa para rendir los honores fúnebres á su padre, y para apaciguar los desórdenes en la Caramania, los genizaros se sublevaron para arrancarle la gratificacion que imponian á cada nuevo sultan que subia al trono. Mahomet les arrojó diez bolsas de oro con repugnancia y con indignacion, pero al otro dia abofeteó con sus propias manos á su gefe en el rostro, el aga de los genizaros, para reprimir la sedicion de sus

soldados, incorporó en sus filas á siete mil guardas de caza ó halconeros de su casa, para cambiar el espíritu de cuerpo, y nombró aga de los genizaros á Mustafá-Beg, su general mas adicto é inflexible.

## XI

Encerrado despues de este acto severo en el serrallo de Brusa para mostrar su descontento á aquellos soldados insubordinados, les privó con desden de su presencia; pero esta larga reclusion del sultan produjo una sedicion mucho mas fuerte que la otra. Corrió entre los genizaros el rumor de que el sultan enervado por las mujeres y enamorado locamente de una jóven esclava siria de su haren, de una hermosura extraordinaria, se aletargaba con la influencia de sus hechizos y se consumia en una voluptuosidad enfermiza y cobarde. Los genizaros apasionados por la vida y la gloria de su amo, se reunieron, forzaron la guardia de las puertas, entraron en tumulto por los patios del serrallo, y pidieron su amo á voz en grito.

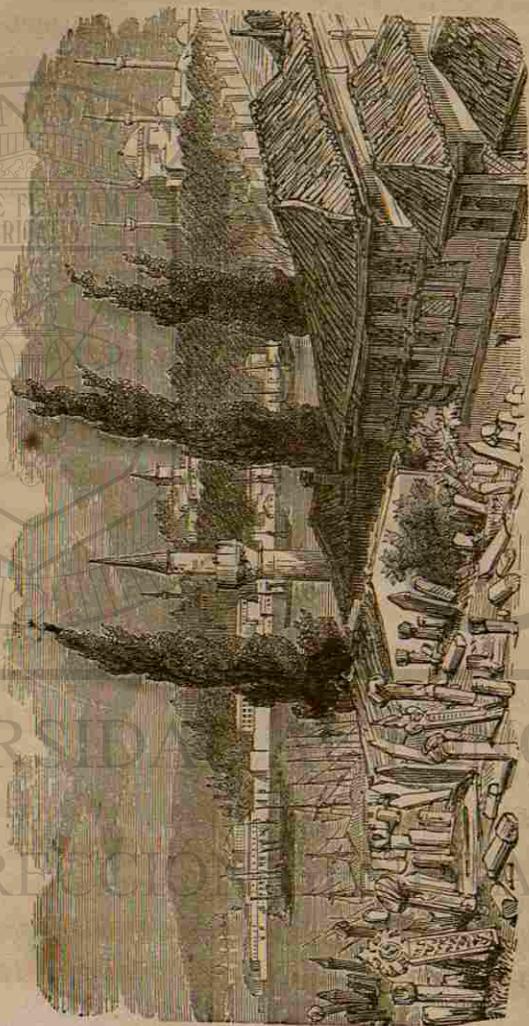
Mahomet II se presentó con un rostro sereno, y los reconvino por su venalidad, y ellos se prosterna-

ron á sus piés, implorando su gracia. Los que estaban mas cerca, y los mas atrevidos le explicaron el motivo de su tierna inquietud y de su solícito levantamiento. Mahomet II sin responderles, ordenó al gefe de los eunucos que cortara la cabeza á la hermosa esclava cuyo amor suponian que él preferia á su gloria, y que la arrojaran en medio de los soldados amotinados para mostrarles como sabia despreciar el amor. Los genizaros convencidos y apaciguados por aquella horrible prueba, se retiraron admirando á un sultan que se sacrificaba con tanta facilidad en lo que mas queria, por amor al imperio; se estremecieron, se callaron y con el terror que les inspirara aquella accion, volvieron á entrar en la senda del deber, por todo el tiempo que duró aquel reinado.

## XII

Algunas otras acciones tan prontas y sanguinarias como aquella señalaron la presencia del sultan en Asia.

Una pobre mujer de un aldeano de las cercanías de Brusa, se quejó de que varios pajes del palacio



CONSTANTINOPOLA. — PUNTA DEL SERAI.

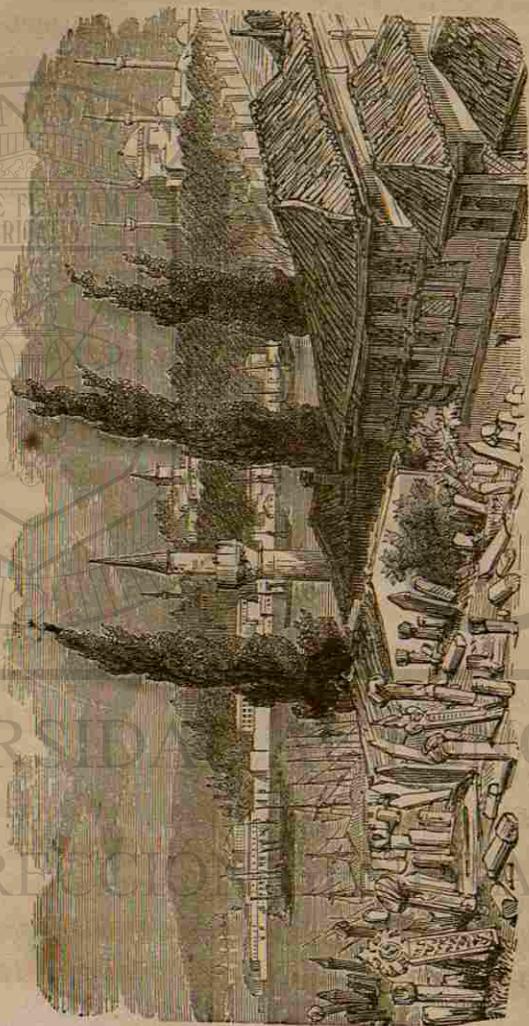
T. III. P. 203.

ron á sus piés, implorando su gracia. Los que estaban mas cerca, y los mas atrevidos le explicaron el motivo de su tierna inquietud y de su solícito levantamiento. Mahomet II sin responderles, ordenó al gefe de los eunucos que cortara la cabeza á la hermosa esclava cuyo amor suponian que él preferia á su gloria, y que la arrojaran en medio de los soldados amotinados para mostrarles como sabia despreciar el amor. Los genizaros convencidos y apaciguados por aquella horrible prueba, se retiraron admirando á un sultan que se sacrificaba con tanta facilidad en lo que mas queria, por amor al imperio; se estremecieron, se callaron y con el terror que les inspirara aquella accion, volvieron á entrar en la senda del deber, por todo el tiempo que duró aquel reinado.

## XII

Algunas otras acciones tan prontas y sanguinarias como aquella señalaron la presencia del sultan en Asia.

Una pobre mujer de un aldeano de las cercanías de Brusa, se quejó de que varios pajes del palacio



CONSTANTINOPOLA. — PUNTA DEL SERAI.

T. III. P. 203.

le habian robado sus melones, y como los pajes se negaron á designar entre ellos al culpable, Mahomet II mandó que abrieran á muchos de aquellos jóvenes hasta que se encontrara la prueba del robo en sus entrañas. Pero esta barbarie, contada únicamente por historiadores griegos sin sinceridad ni criterio, quedó considerada por los otomanos y los italianos de la corte de Mahomet como una de esas fábulas con que los vencidos calumnian á los vencedores.

Sin embargo, esos mismos historiadores griegos, venecianos ó genoveses, están unánimes en celebrar el amor que mostró Mahomet II hácia los estudios mas liberales mientras residió en Magnesia y en Brusa. El árabe, el persa, el caldeo, el hebreo, el latin y el griego le eran bastante familiares para que pudiera conversar con sus súbditos que hablaban esos varios idiomas. Leía las poesías latinas que los venecianos y los genoveses componian en su alabanza, y vivía en familiaridad con los pintores y los músicos de la Italia que su magnificencia llamaba á su corte. Todos se hallan contestes en decir que su tolerancia religiosa se acercaba mas á la incredulidad que al fanatismo; que observaba exteriormente el culto de su pueblo, pero que hablaba en la intimidad del fundador del islamismo con mucha licencia de espíritu. Plutarco era su lectura favorita y estudiaba,

segun decian, la manera de imitar á Alejandro, á César y á los grandes conquistadores, cuyas vidas se cuentan en aquel libro. Habia mandado traducir las biografías de los grandes hombres en turco, para dar á sus pueblos ó darse á sí mismo la emulacion de la gloria. Los orientales no podian comprender aun la emulacion de la libertad.

## XIII

Al volver á la ciudad de Andrinópolis le devoraba esa sed de gloria y de conquista, lo mismo que habia devorado á sus modelos antiguos. El deseo de apoderarse de Constantinopla consumia su alma, y le despertaba á veces sobresaltado en sus noches.

Los otomanos, que poseian dos imperios, en realidad carecian de capital. Brusa se hallaba demasiado lejos á la extremidad del Asia Menor; Andrinópolis estaba muy encajonada entre Rhodopo y el Hemus, en un camino de la Europa cortado por el Danubio, y Tesalónica se encontraba demasiado estraviada en el fondo de un golfo, á la falda de las gargantas de la Tesalia. Solo Constantinopla parecia pues estar

predestinada por la naturaleza y por los romanos para servir de capital á un doble ó un triple imperio, donde los caminos del mundo, los valles, los rios, las llanuras, los estrechos, los mares hacian desembocar en un centro dominador á veinte pueblos nacionalizados ó avasallados. El fantasma de Constantinopla llenaba de dia y de noche la imaginacion del jóven conquistador.

## XIV

Mahomet II disimulaba su impaciencia, temiendo advertir á los griegos y suscitar antes de tiempo la emocion del occidente cristiano, pero no podia contenerla. Una noche que el sultan no habia podido hallar el sueño en medio de la agitacion de su pensamiento, mandó que despertaran al gran visir Khalil, por medio de un mensaje inusitado á semejantes horas, ordenándole que pasara inmediatamente al serrallo. Khalil al recibir aquella orden tan inesperada, se turba, se alarma, se acuerda de los justos motivos de cólera que su adhesion á Amurat II y su

destronamiento de Mahomet II habian podido dejar en el alma vengativa del sultan, y resignándose á una suerte, que hace tiempo se hallaba suspendida sobre su cabeza, dirige al cielo su última oracion, abraza á su mujer y á su hija como en señal de una despedida suprema, y por último, lisonjeándose todavia de poder ablandar á su amo cediéndole las riquezas que debe á sus dos ministerios, elije entre sus tesoros mas preciosos una ancha copa antigua de oro cincelado, despojo de los templos de Tesalónica ó de Corinto, la llena de cequies de Venecia, de perlas y de diamantes, la oculta bajo su capa y se marcha al serrallo.

Al entrar en el aposento del sultan, Khalil se prosterna como para ofrecer un rescate por su vida y presenta á Mahomet II la copa de oro. « *Serenate lala mio* » (nombre familiar que significa mi padre ó mi tutor y que dan los sultanes á los grandes visires envejecidos en sus funciones) *serenate, lala mio, no necesito tu vida, ni tu oro, lo que necesito que me des, es Constantinopla.* » Y luego mostrándole sus ojos encarnados por el insomnio, y su cama deshecha por sus inútiles movimientos para conciliar el sueño, prosiguió: « Ves esos almohadones, pues estan aplastados por las posturas que en vano tomé para que descansara mi cabeza; no puedo dormir si al cabo

« no me prometes que me darás aquello con que  
« sueño de noche y de día. »

« Lo tendrás, mi amo, respondió Khalil, contento  
« con rescatar sus ofensas pasadas y su vida insegura  
« por la inmensidad de tamaño servicio; ¿quién pu-  
« diera negaros lo que os pertenece por la grandeza  
« de vuestros pensamientos, por la omnipotencia de  
« vuestras armas y por la vil insolencia de vuestros  
« enemigos? Largo tiempo hace ya que adiviné vues-  
« tros deseos bajo vuestro silencio, y todo lo he pre-  
« parado misteriosamente para satisfacer en un día  
« dado, vuestra religion, vuestro patriotismo y vues-  
« tra gloria; á vuestros piés están Constantinopla ó  
« mi cabeza. »

El sultan agradecido, despidió á Khalil para que  
fuera á tranquilizar á su mujer y á su hija, y encar-  
gándole únicamente que desconfiara del oro de los  
griegos, muy diestros para corromper, se durmió  
despues descansando en la palabra de su visir tan  
previsor y tan hábil.

## XV

Al otro dia salió con Khalil para Galipoli, y ade-  
lantándose por la Tracia interior hasta la aldea de  
Dazomaton, que en otro tiempo fué griega y hoy es  
turca, situada en la orilla europea del Bósforo, en el  
mismo sitio en que ese estrecho, encajonado entre  
el Asia y la Europa, dió paso antiguamente á los per-  
sas de Dario, ordenó á Khalil que construyera allí al  
instante una fortaleza, en frente de la fortaleza asiá-  
tica de Guzel-Hissar, elevada veinte años antes por su  
abuelo Bajazet-Ilderim.

Ese promontorio europeo sobre el Bósforo, en el si-  
tio en que ese canal es como un rio, y á pocas millas  
de Constantinopla, se encontraba admirablemente  
escojido para adelantar el limite de la conquista, para  
encarcelar á Constantinopla y para ahogarla por el  
terror ántes de ahogarla por la mano de los turcos.

Llamado en otro tiempo el promontorio Hermeo,  
de un templo á Mercurio que formaba pirámide so-  
bre su cima, y despues el promontorio de Cyon por  
la analogía del murmullo de las olas del Bósforo

contra las rocas, con los ladridos nocturnos de los perros, el promontorio del castillo de Mahomet II elevaba imperio contra imperio. El sultan ó su arquitecto, ya por una intencion supersticiosa, ya por un juego significativo del arte, dieron á sus varios recintos la forma de unas letras que componen en árabe el nombre del profeta y del conquistador, de modo que el nombre del profeta escrito en relieve y en letras mayúsculas sobre la tierra de Europa, opusiera digámoslo así, el sello del islamismo y del imperio sobre la última colina que abrigaba aun á la capital de los cristianos, y de aquí el dibujo singular y contorneado de las murallas y de los bastiones que sorprende en esas ruinas al viajero, pues para hacer que ese monumento de guerra se pareciera mas al nombre del profeta, el arquitecto colocó un torreón colosal, cuyos muros tienen treinta piés de grueso, por aquellas partes donde la letra M, que se halla dos veces en el nombre sagrado, forma en la caligrafía árabe un círculo parecido á una torre. Para despertar la rivalidad en prontitud y celo, entre los tres visires favoritos del sultan, Suridje-bajá, Saganos-bajá y Khalil, se confió la construccion de una torre á cada uno de ellos.

Seis mil albañiles y picapedreros llamados por el gran visir de todas las provincias de Europa y de

Asia, se acamparon sobre el promontorio de Mercurio para llevar á cabo aquella construccion de la ira sultánica. Diez mil campesinos, cojidos por la fuerza, les llevaban la piedra, la arena y la cal, y los grandes del imperio mezclados con los trabajadores para hacer alarde de emulacion y de celo, se honraban con echar una mano á los trabajos mas pesados de albañilería y de terraplenes. Lo mismo que en una época posterior se confundieron en Francia todas las clases y todas las profesiones de la sociedad para terraplenar en el campo de Marte de Paris el recinto de la federacion de la libertad, así cada otomano quiso poner su piedra en la ciudadela de la conquista.

Los restos imponentes y siniestros del castillo de Mahomet II, inútiles ya como un límite que la conquista dejó detrás de sí, se hallan cubiertos ahora de vejetacion, de mirtos, de yedra, de plátanos y de cipreses cuyo verde umbrío se destaca sobre los trozos desmantelados de las pardas murallas, y el otomano y el griego, llevados en sus kaiques por la rápida corriente que pega sin cesar agitada en diversas direcciones contra la base de las rocas sombrías, miran al pasar, con admiracion ó con terror, el uno el monumento de su fuerza, el otro el monumento de su servidumbre.

## XVI

El emperador griego espantado con aquella amenaza construida de fragmentos de rocas en las mismas cercanías de su capital, pidió con timidez esplicaciones al sultan, por medio de sus embajadores.

« ¿De qué os quejais? respondió el sultan á Constantino Dragoses que llevaba la palabra por los griegos, yo no formo ninguna empresa contra vuestra ciudad; el proveer á la seguridad de mis Estados no es infringir los tratados. ¿Habeis olvidado ya el extremo á que fué reducido mi padre cuando vuestro emperador coligado en su contra con los húngaros queria impedirle que pasara á Europa? Sus galeras le cerraron entónces el paso, y Murad se vió obligado á reclamar la ayuda de los genoveses.

« Yo estaba en Andrinópolis, pero era bien jóven todavía. Los musulmanes temblaban de espanto, y vosotros insultabais su infortunio. Mi padre en la batalla de Varna hizo el juramento de elevar una fortaleza sobre la orilla europea; yo cumplo este

« juramento. ¿ Y os creéis con derecho ó con fuerza para intervenir asi en lo que me place ejecutar en mi territorio? Las dos orillas son mias; la de Asia porque está habitada por los otomanos, y la de Europa porque no sabeis defenderla vosotros.

« Id á decir á vuestro amo que el sultan reinante no se parece en nada á sus predecesores; que los deseos de estos no alcanzaban tan allá como hoy alcanza mi poderio. Por esta vez os permito retiraros, pero en adelante haré arrancar la piel del cuerpo á todos aquellos que se atrevan á pedirme cuenta insolentemente de lo que hago en mi imperio. »

Desde aquel dia Mahomet sin piedad por los griegos que cultivaban las huertas, los jardines, las llanuras próximas á Constantinopla, dejó que sus forrajeadores y sus mulas destrozaran impunemente los sembrados y plantíos, y como los campesinos de una aldea griega limitrofe, despojados asi de sus cosechas mataran defendiéndose á uno de los forrajeadores de Mahomet, el sultan envió á sus tschauschs para que castigaran á la aldea. Los habitantes se fugaron, pero los segadores búlgaros que, como eran estraños á la contienda, pensaron que podrian seguir en toda seguridad en sus labores, fueron degollados en los surcos de las tierras.

Constantino en represalias mandó que se cerraran las puertas de Constantinopla para algunos jóvenes eunucos del serrallo que habian acudido á ver la ciudad y á divertirse en ella. Estos esclavos le hicieron presente que aquella permanencia forzosa en la capital sería considerada como un crimen y que á su vuelta á las tiendas del sultan lo pagarian con su vida; Constantino conmovido de lástima, mandó que les abrieran las puertas y les dió escolta hasta el campo de Mahomet, encargándoles un mensaje de su parte á su amo, mensaje triste, noble y resignado como su suerte.

« Si la capital está amenazada de contratiempos no  
 « merecidos, decia el mensaje de Constantino á Ma-  
 « homet, el refugio del emperador será el Omnipo-  
 « tente. Yo no mandé cerrar las puertas para los  
 « súbditos turcos, sino despues que rompisteis vos  
 « las hostilidades. Los habitantes se defenderán con  
 « todas las fuerzas que les deje el destino, en tanto  
 « que Dios no haya inspirado al sultan pensamientos  
 « de paz y de justicia. »

Mahomet II respondió á esta invocacion á su justicia por el primer cañonazo disparado del castillo, armado ya, sobre un buque veneciano que queria saber si el Bósforo estaba libre todavía. Una enorme bala de piedra que salió por entre las almenas de la torre de

Khalil, la mas próxima al agua, echó á pique el buque con los marineros. Mahomet dió al castillo el nombre de Boghaz-Kesen, esto es, torre que cruza ó que corta la garganta. Firuz-Aga y quinientos genizaros quedaron en la fortaleza con una artillería formidable, para guardar aquel punto avanzado de los otomanos.

## XVII

Despues de esta primera circunvalacion de Constantinopla, el sultan y Khalil se volvieron á Andrinópolis, para concentrar allí los doscientos mil hombres, las máquinas, las armas, las municiones secretamente preparadas para el sitio. Los tráfugas, que no faltan jamás en los campos de los vencedores, llevaron de Alemania y de Italia á Mahomet II, todas las artes y todos los secretos de la guerra bien hecha. El fundidor de cañones Orban, húngaro que estaba al servicio de Constantino, se marchó de Constantinopla pretextando que no querian darle un salario proporcionado con su talento. Mahomet no encon-

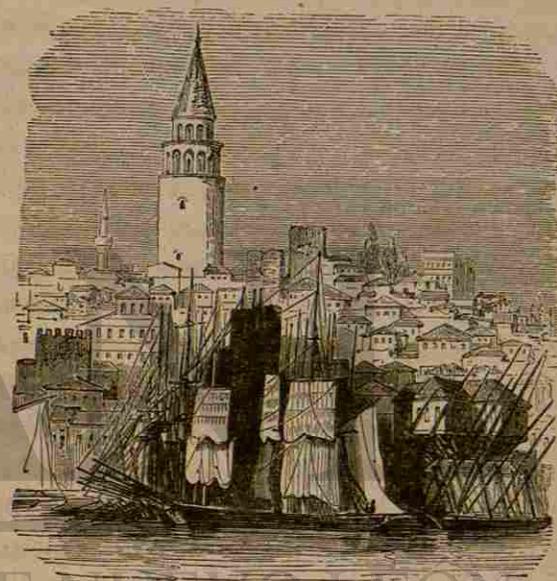
traba nada caro tratándose de adquirir Constantinopla, y prodigó el oro y los honores al tráfuga.

« ¿Puedes, le dijo, fundirme una pieza que se pazea lo bastante al rayo para que la bala que des-  
« pida abra las murallas de Constantinopla?

— « Fundiré una, respondió el húngaro, que der-  
« runbaría hasta los muros de Babilonia. »

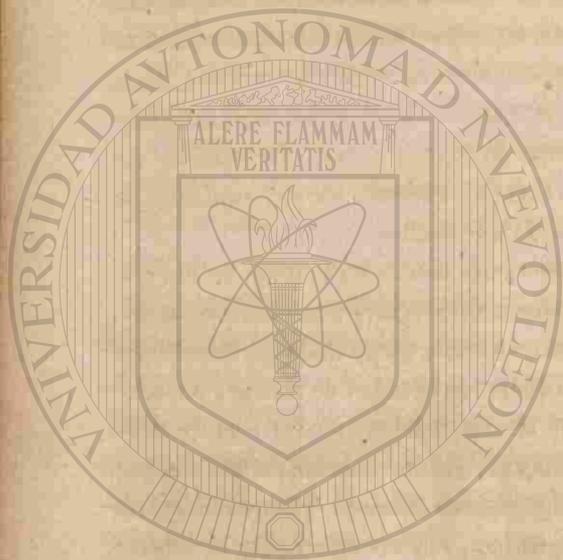
Orban fundió en efecto un cañon de bronce cuyas balas de doce palmos de circunferencia pesaban mil doscientas libras. Este gigantesco monumento de los rayos humanos exijía la fuerza de cien toros y de setecientos hombres para moverle. Arrastrado ante la esplanada del serrallo de Andrinópolis, llamado por los turcos el *serrallo desde donde se ve el mundo*, le probaron despues de haber advertido á la ciudad y á la aldea, temiendo que el susto de su detonacion no hiciera abortar á las mujeres embarazadas. El humo cubrió á Andrinópolis con una nube de donde salieron el relámpago y el ruido; la bala atravesó toda la llanura de Andrinópolis y se hundió en el flanco de la roca de la montaña opuesta. La prueba reanimó la confianza del sultan. Tres mil artilleros con quinientos pares de bueyes fueron encargados de llevar el cañon por la Tracia en direccion á las orillas del Propontide.

Doscientos mil hombres de Asia y otros tantos



GALATA.

T. III. p. 216.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Europa, se aumentaron rápidamente á las órdenes de sus bajás, de sus begs y de sus emires, en las vastas llanuras que se extienden de Galípoli á las puertas de Constantinopla. El sultán, Khalil y sus generales, no tardaron en presentarse en medio de aquellas masas prodigiosas; la tierra y la mar les suministraban abundantemente de Europa y Asia, los rebaños, las cosechas y la cebada suficiente para el consumo de los hombres y de los caballos.

Una flota de ciento cincuenta buques de guerra, construida, armada en seis meses por las disposiciones previsoras de Khalil, y tripulada por tráfugas ejercitados de Italia, de Grecia y de Sinope, navegaban á la vista de las tiendas sobre el mar de Mármara. Los buques griegos que habrían podido combatirla con su superioridad inmensa, y la que les daban sus hábitos marítimos, se reservaban para la defensa de la rada interior de Constantinopla, y se hallaban fondeados detrás de una cadena de hierro estendida desde la puerta de Santa Sofía hasta la colina de Tofana. Los pocos buques cristianos que se armaban en los puertos del Archipiélago ó de Rodas para socorrer á los griegos, no se atrevían á pasar los Dardanelos antes de haber agrupado sus velas en escuadra capaz de medirse con la flota turca.

Los griegos, envilecidos y resignados en su capi-

tal, gastaban su poca vida en las facciones supersticiosas, y solo habia patriotismo en el corazon de Constantino; apelaban á los milagros en vez de apelar al heroismo, ese milagro del corazon humano.

## XVIII

Ninguna capital se hallaba mas favorecida por la naturaleza que Constantinopla para defenderse, contra el ataque y el asalto de todo un pueblo. La geografia habia hecho de ella una ciudadela, y los mil años de poder de sus emperadores y el arte de sus ingenieros, habian completado la obra de la naturaleza. En otro tiempo *Bizancio*, despues *Ciudad de Constantino*, *Islambul*, ó complemento del Islam, para los musulmanes, *Farruk* para los árabes, esto es, ciudad que separa *dos continentes*, y *Umedunya* ó *Madre del mundo* para los turcos, Constantinopla hoy, ha cambiado de nombre sin cambiar de importancia: es la capital escrita en la tierra por el dedo de la Providencia, no para un imperio, sino para un hemisferio.

Políticamente, Constantinopla, une á la Europa y

al Asia bajo un cielo espléndido y sobre cuatro mares; militarmente, es un campo fortificado para atacar, y una isla para defenderse. Con una simple ojeada basta para conocer su majestad y su fuerza.

## XIX

A la extremidad del vasto golfo del mar interior de Mármara (Propóntide), golfo que se abre y se cierra por el estrecho de los Dardanelos en el sitio en donde el mar de Mármara se redondea para dormir entre los dos continentes sobre la última playa de la tierra de Europa, que se diria alarga dos brazos para abrazar por enfrente al Asia, el navegante sigue con los ojos una vasta llanura ondulada que fué en otro tiempo la Tracia, granero del imperio de Bizancio. Un poco antes de acabarse en la mar, esa llanura se eleva suavemente en una cadena de siete colinas que apenas se reconocen hoy bajo los edificios que las nivelan como las siete colinas de Roma. En la cúspide y á los lados de esas colinas insensiblemente sobre puestas, desde la playa del mar de Mármara por un lado, hasta la playa del Cuerno de

Oro por el otro, se estiende la ciudad de Constantinopla. Las murallas exteriores con la base en las olas, las azoteas de las casas, las cúpulas de las mezquitas, las agujas de los minaretes, las copas sombrías y puntiagudas de los cipreses, la ponen hoy de manifiesto en toda su longitud al ojo del viajero; el *Pentapyr-gion*, ó castillo de las Siete Torres, la *Acrópolis*, ó lo que es hoy el jardín del serrallo, la cúpula de Santa Sofía, las azoteas y los campanarios de ochocientos monasterios, los tejados dorados del palacio de Blakernes, mansion predilecta de los emperadores, los arcos monumentales del *Cynegion* ó del anfiteatro de los combates de las fieras, los muelles de los puertos de Teodosio y de Juliano en el Propóntide, los muros de mármol del palacio de *Bucolion*, cuyo nombre escribían sobre el pórtico un leon y un buey esculpidos, por último, los obeliscos, las columnas y las estatuas aereas que se elevaban de distancia en distancia destacándose entre los palacios, los templos y las casas sobre el azul transparente de las grandes plazas públicas, mostraban en aquel tiempo su perfil á las miradas de los navegantes del Propóntide.

Después de haber pasado junto á los muros, por las siete puertas monumentales y por los dos puertos artificiales de esa playa, el mar de Mármara, que se estrecha de repente en la punta de la *Acrópolis* an-

ligua ó del serrallo moderno, parece cerrar el paso á los buques permitiendo que la Europa y el Asia se confundan; pero á pocas oleadas mas allá la ilusion se desvanece, el Asia y la Europa se separan alejándose algunos miles de pasos, y se abre un ancho canal, parecido á la confluencia de tres rios, que marca el contorno de la punta de Europa. Allí declinan en una pendiente suave y verde los tenebrosos jardines de cipreses del serrallo; allí la *Acrópolis* de Constantino alzaba sus bastiones y sus torres sobre las copas de los plátanos.

A una corta distancia de esa confluencia se descubre á la derecha el Bósforo de Tracia, encajonado como un rio entre dos promontorios cargados de pueblos, que huye serpenteando bajo las rocas abrigadas por la sombra de los bosques hasta el mar Negro, y se ve tambien á la izquierda entre los muelles de la Constantinopla antigua y la poblacion continua de Tofana, de Pera y de Gálata, una rada espaciosa inmensa y honda que llega hasta el corazon de ese golfo y que coloca de ese modo á Estambul entre dos mares. El riachuelo *Syndacus*, hoy *Arroyo de Aguas dulces* de Europa, baja de las colinas de la Tracia por entre los prados de un valle, y entra en el golfo en el fondo del panorama. Esa mar interior, encorvada en forma de asta de buey para envolver sus promonto-

rios, se llamaba entónces el Cuerno de Oro, sin duda por alusion tambien al cuerno de abundancia que derramaban los buques de tres mares en el puerto de Bizancio.

Pero en la época en que Mahomet II sitiaba á Constantinopla, la ciudad imperial se acababa en el *Syndacus*, y no se esparcía como ahora en las colinas de Gálata, de Pera, de Tofana y del Bósforo; solo ocupaba la península de las Siete Colinas, cerrada con el Cuerno de Oro por un lado, y por el otro con el mar de Mármara, que juntan sus olas para cubrir la punta del serrallo.

XX

Desde el cauce del *Syndacus*, en el fondo del Cuerno de Oro hasta el castillo de las Siete Torres, en la orilla del mar del Mármara, habia una muralla doble y continua, precedida por el lado de la Tracia de un foso siempre inundado con el agua de ambos mares, y coronada con torreones cuadrados que eran otras tantas fortalezas. Esta muralla ocupaba un espacio de siete mil piés de lonjitud desde el fondo del Cuerno

de Oro al Propóntide, y completaba el aislamiento inexpugnable de la capital. La naturaleza habia hecho de ella una península, la mar un puerto, la política una isla y las colinas una fortaleza. El imperio griego, como si hubiera previsto un dia su caída, parecia haber querido encerrar todos sus monumentos, todas sus obras maestras y sus riquezas en una Acrópolis en la punta mas lejana del continente de Europa, desde donde huia de los bárbaros para encontrarse con los conquistadores.

XXI

Esa muralla continua por el lado de la Tracia, de un grueso de veinté codos, llena de torreones y erizada de almenas, se abria por medio de arcos monumentales y por medio de puentes suspendidos sobre los jardines y las huertas de la llanura. Los grandes caminos militares ó comerciales de la Europa, desembocaban en sus puertas de varias provincias, á saber: la puerta de los búlgaros, la puerta de Andrinópolis llamada entónces *Polyandria*, á causa de la muchedumbre que obstruia continuamente sus bó-

vedas, la puerta de San Roman, la mas monumental y la mas adornada de todas, que los turcos llaman hoy la puerta del Cañon, en memoria del cañon gigantesco de *Orban* que tiró contra sus torres, y por último, la puerta de Oro, por donde pasaban los ejércitos, y cuyos bajos relieves y estatuas de bronce dorado, cambiaban en un arco de triunfo. Bajo esa bóveda pasaron Narses, vencedor de los godos, Heraclio, campeón del imperio enervado ya contra los persas, Juan Zimisces y Nicéforo Focas, triunfador de los sarracenos, y Basilio II conquistador de la Bulgaria.

Desde aquel último triunfo esa puerta se hallaba tapiada como si la victoria hubiese abandonado para siempre al imperio. Una profecía popular anunciaba que los cristianos latinos pasarían por aquel arco para entrar en Constantinopla. Esa puerta de mal agüero inspira aun á los turcos de nuestro tiempo los mismos temores que inspiraba ántes á los griegos, y continua tapiada todavía.

Mil rumores nacidos del temor, de la ociosidad y de la supersticion de los claustros, intimidaban ó tranquilizaban alternativamente á los griegos de Constantinopla, juguetes en todo tiempo de su imaginacion vana y quimérica. Los unos decían que los turcos penetrarían en la ciudad hasta la plaza del Toro, llamada así de un grupo de bronce que habia en ella,

pero que llegados allí, los griegos recobrando ánimo y volviendo contra sus vencedores, volverían á conquistar el imperio con su capital; otros anunciaban que se habían hallado en el monasterio de S. Jorge, cerca de la Acrópolis, unas tablillas milagrosas que contenían una lista muy larga de los nombres de los emperadores, pero que después del nombre de Constantino la tablilla estaba rota, y que la ausencia de nombres mas abajo significaba el fin del imperio; por último, otros contaban que Huniade, el héroe de los húngaros, se encontró con un viejo en la noche que precedió á la batalla de Varna, como Bruto en Filippos, y que este anciano profético le habia dicho: « No se salvarán los cristianos mientras los otomanos « no hayan esterminado á los griegos cismáticos. »

## XXII

Mientras pesaban tan siniestros presentimientos sobre el alma afeminada de los bizantinos, otros presentimientos muy distintos inflamaban el corazón hinchado de promesas de los soldados de Mahomet II, por el Coran, que es la única profecía que ellos ad-

vedas, la puerta de San Roman, la mas monumental y la mas adornada de todas, que los turcos llaman hoy la puerta del Cañon, en memoria del cañon gigantesco de *Orban* que tiró contra sus torres, y por último, la puerta de Oro, por donde pasaban los ejércitos, y cuyos bajos relieves y estatuas de bronce dorado, cambiaban en un arco de triunfo. Bajo esa bóveda pasaron Narses, vencedor de los godos, Heraclio, campeón del imperio enervado ya contra los persas, Juan Zimisces y Nicéforo Focas, triunfador de los sarracenos, y Basilio II conquistador de la Bulgaria.

Desde aquel último triunfo esa puerta se hallaba tapiada como si la victoria hubiese abandonado para siempre al imperio. Una profecía popular anunciaba que los cristianos latinos pasarían por aquel arco para entrar en Constantinopla. Esa puerta de mal agüero inspira aun á los turcos de nuestro tiempo los mismos temores que inspiraba ántes á los griegos, y continua tapiada todavía.

Mil rumores nacidos del temor, de la ociosidad y de la supersticion de los claustros, intimidaban ó tranquilizaban alternativamente á los griegos de Constantinopla, juguetes en todo tiempo de su imaginacion vana y quimérica. Los unos decían que los turcos penetrarían en la ciudad hasta la plaza del Toro, llamada así de un grupo de bronce que habia en ella,

pero que llegados allí, los griegos recobrando ánimo y volviendo contra sus vencedores, volverían á conquistar el imperio con su capital; otros anunciaban que se habían hallado en el monasterio de S. Jorge, cerca de la Acrópolis, unas tablillas milagrosas que contenían una lista muy larga de los nombres de los emperadores, pero que después del nombre de Constantino la tablilla estaba rota, y que la ausencia de nombres mas abajo significaba el fin del imperio; por último, otros contaban que Huniade, el héroe de los húngaros, se encontró con un viejo en la noche que precedió á la batalla de Varna, como Bruto en Filippos, y que este anciano profético le habia dicho: « No se salvarán los cristianos mientras los otomanos « no hayan esterminado á los griegos cismáticos. »

## XXII

Mientras pesaban tan siniestros presentimientos sobre el alma afeminada de los bizantinos, otros presentimientos muy distintos inflamaban el corazón hinchado de promesas de los soldados de Mahomet II, por el Coran, que es la única profecía que ellos ad-

miten. « ¿Conoceis, dice el Coran, esa ciudad que  
 « mira por dos partes al mar y por otra á la tierra?  
 « Pues caerá, no por la fuerza de las máquinas de  
 « guerra, sino por la omnipotencia de estas palabras:  
 « ¡No hay mas Dios que Dios, y solo Dios es grande!  
 « El mayor de los príncipes, añadía el Coran, es el  
 « que lleve á cabo esa conquista, y el mayor de todos  
 « los ejércitos será su ejército. »

Las tropas otomanas alentadas por estos vaticinios y por el espectáculo de aquella multitud de tiendas que cubrían las colinas y la llanura de Tracia, desde la playa del Propóntide hasta la embocadura del mar Negro, como una circunvalacion viva, tenían fe al mismo tiempo en el milagro y en la fuerza numérica. Sin embargo, la buena situacion de los lugares, la profundidad de los fosos, la elevacion de las murallas, el cerco que formaban las olas, la fama de inexpugnable que tenia la ciudad, y hasta la historia de los muchos sitios, todos infructuosos que habia sufrido Constantinopla, no dejaban de inspirar alguna inquietud á Mahomet y á sus generales. Veinte y nueve veces desde su fundacion, Constantinopla habia visto á sus enemigos al pié de sus murallas. Pausanias, Alcibiades y Leon general de Felipe de Macedonia; los emperadores romanos Severo, Máximo y Constantino, Chosroes rey de los persas; Ba-

yan, el jefe de los ávaros; Crume, el César de los eslavos; Ascoldo, el Timur de los rusos, los árabes y los búlgaros, Dandolo, el general de la confederacion de los cristianos latinos cruzados contra los griegos lo mismo que contra los kalifas, Miguel Paleólogo y Comnene, en las guerras intestinas por el trono, y por último, Bajazet Hiderim y Amurat II el padre de Mahomet, habian probado ya la fuerza de sus murallas. En veinte y uno de estos veinte y nueve sitios habia salido triunfante Constantinopla. Los socorros del occidente cristiano podian llegarla por dos mares, y temiendo esto, Mahomet II volvía sin cesar sus ojos hácia la mar, esperando ver que desemboocaban por los Dardanelos nubes de velas cristianas infundiendo el valor y llevando las armas de la Europa á ese campo de batalla de la cristiandad. Bajo este supuesto habia mandado á su flota, que pasara de Galípoli al Bósforo de Tracia para ponerla al abrigo del cañon del castillo que acababa de construir, donde á beneficio de una honda rada del Bósforo, encajonada entre altas rocas fortificadas, podia permanecer encerrada hasta el dia en que fuera conveniente que surcara los mares. Las maderas y los aparejos que se podian traer por el mar Negro, le permitieron elevar al número de quinientas galeras pequeñas el total de buques de su flota.

Las radas de Balta-Liman y de Beschiktasch, hoy ensenadas apenas suficientes para las barcas de cabotage, y que reflejan en sus olas los palacios de verano de los sultanes, se habian vuelto sus dos arsenales de construcciones navales. Poco seguro de la experiencia y del valor de los otomanos sobre la mar, no queria que se aventurasen sus buques en las anchas aguas del Propóntide, donde las maniobras de los cristianos darian demasiada superioridad á sus buques; únicamente se proponia impedirles que entraran en el Cuerno de Oro, y queria oponer á sus embarcaciones un muro flotante de galeras apoyado por un lado sobre la costa de Scutari, y por el otro sobre la punta del serrallo ó de la Acrópolis.

## XXIII

Pero hasta entónces eran infundados esos temores. Las potencias cristianas, excepto algunos generosos aventureros de guerra, sin otra religion que el honor de sus armas, se regocijaban con la próxima caída de la capital del cisma griego, justamente expiado, segun los latinos, por las armas de los turcos. Un en-

viado de Huniade, envejecido y cansado, llevaba en aquel momento á Mahomet II, un tratado que se debia firmar entre los otomanos y los húngaros. Este enviado húngaro negociaba en las tiendas del sultan, sin interesarse por los griegos, al contrario, hablaba altamente de sus deseos de que cayera pronto su ciudad, asistia á los consejos de guerra de Mahomet, buscaba con él los puntos mas débiles de la defensa, y hasta indicaba á los turcos el sitio en donde el cañon de Andrinópolis abriria la brecha mas ancha para los genizaros del sultan. Todos hacian traicion á Constantinopla, aun aquellos que fueron en otro tiempo sus hermanos de armas. « Un húngaro, dice « la historia, habia fundido los cañones, y un húngaro enseñó á los turcos á manejarlos. »

La ciudad poblada de trescientas mil almas, no suministraba al emperador mas que un corto número de verdaderos soldados. El gran maestre de ceremonias, aquel Franzes, que llevaba el registro en el palacio de su desgraciado amo Constantino, cuenta únicamente sobre las armas cinco mil griegos, y cinco ó seis mil extranjeros auxiliares, que el protostator Justiniani, noble genovés, habia reclutado para el emperador y organizado para la defensa de la capital. A esto debemos añadir un puñado de espartanos y de albaneses, llamados de Morea y del Epiro por Cons-

fantino, su antiguo general, para que suplieran con su intrepidez la inercia de su pueblo. La corte servil de los emperadores, lo enervado de la nobleza, lo afeminado del clero, el encarnizamiento de las facciones que prescindien de todo patriotismo, el número incalculable de religiosos y religiosas, que agotaba la poblacion en su fuente, el espíritu del cláustro que solo ocupaba el alma de los habitantes de pasiones teológicas, las supersticiones que de los cláustros se habian esparcido entre las masas del pueblo, y que le hacian esperar su salvacion de la intervencion de la Virgen milagrosa de la Acrópolis, mucho mas que de los esfuerzos de su emperador, habian diezclado las fuerzas de Constantino que iba á combatir en favor de un pueblo que no combatía ya por sí mismo. Se oia á los frailes predicar abiertamente al pueblo que en último resultado el yugo de los turcos era preferible á la amistad y al socorro de los latinos, y que entre unos y otros infieles mas valian los secuaces de Mahoma, que los del Sumo Pontífice.

El primero de los griegos despues del emperador, el gran almirante Notaras, exclamaba, lisonjeando al partido de los frailes, « que preferia ver en Constantinopla el turbante de los turcos, ántes que un capelo de cardenal. »

Los sacerdotes griegos negaban los sacramentos á los que se inclinaban hácia una reconciliacion entre ambas iglesias, y las religiosas no querian confesarse con aquellos sacerdotes que habian entrado en pactos con el cardenal Isidoro. El fraile Gennadius incendiaba los ánimos con sus sermones y libelos contra los latinos que habian acudido á defender á otros cristianos contra los musulmanes. Se veian mujeres que salian de sus conventos vestidas de antemano con el traje de las mujeres turcas, para atestiguar á los ojos con aquel disfraz, que la religion del profeta era ménos abominable á su entender, que los ritos del culto romano.

De este modo la teología, primera y última pasion de aquel bajo-imperio, despojaba de toda fuerza y unidad al patriotismo. Constantino, para los cláustros de Constantinopla, no era el salvador de su pueblo sino el cobarde aliado de los cismáticos; la Iglesia habia matado á la patria.

## XXIV

Los trabajos preparatorios del ataque contra la ciudad, se completaron por la reunion de cuatro-

cientos mil otomanos, el viernes 6 de abril, despues de la Pascua de los griegos. Mahomet II acercó su tienda á las murallas, y se abrigó detrás de una rinconada de colina en frente de la puerta Caligaria, á igual distancia de las Siete Torres y del Syndacus, las dos extremidades fortificadas de los muros de Constantinopla por el lado del continente.

Guiado por los consejos del húngaro, enviado de Huniade, el sultan mandó que adelantaran el cañon de Andrinópolis y algunas otras piezas de un calibre casi igual sobre una cuesta en frente de la puerta San Roman. Diez y ocho baterías de ménos fuerza, quedaron tambien establecidas por sus ingenieros húngaros de distancia en distancia, sobre la línea continua de las murallas, desde las colinas de Gálata hasta el Propóntide.

El 7 de abril al rayar el alba rompieron el fuego todos aquellos volcanes, y las murallas contestaron con un fuego que contuvo á los sitiadores á cierta distancia. La nube de humo que el viento de la mar impelia hácia abajo sobre las murallas y el campo, impidió juzgar los destrozos del cañon en las tiendas de los otomanos ó en las almenas y las murallas de los griegos.

Mahomet II, impaciente por abrir una brecha á su ejército, se quedó muy sorprendido al otro dia de las

pocas piedras que sus balas habian arrancado de aquellas murallas, y mandando llamar al húngaro de Huniade, le preguntó el secreto de la impotencia de sus baterías. El cristiano le dijo que las balas que pegaban sin cesar sobre el mismo punto de un bastion, solo hacian una abertura que no determinaba el derrumbamiento de un trozo de muralla, y que el secreto de la demolicion de las fortificaciones consistia en quebrantar primeramente practicando una ancha circunferencia todo el trozo de murallon que se queria derruir, y en tirar despues al centro de esa circunferencia desmantelada ya, algunas balas de grueso calibre que provocaban el hundimiento de todo el revestimiento de una muralla.

Los artilleros recibieron la órden de seguir esta táctica, y cuando hubieron practicado un círculo de balazos, disparados uno tras de otro, en torno de la fortificacion de la Puerta San Roman, cargaron el cañon de Orban con quinientas libras de pólvora. Su bala, como un trozo de roca lanzado de un cráter de fuego, hizo temblar la tierra, aun debajo de las murallas. Caras enteras de torres y de bastiones se hundieron en el foso; pero Constantino en pié, ora sobre la brecha, ora detrás de las murallas con su intrépido auxiliar Justiniani, ayudaba á tapar la brecha haciendo rodar con sus propias manos toneles

llenos de tierra y de piedras, que habia mandando preparar detrás del segundo recinto para reemplazar el muro con una escarpa.

Durante diez dias Mahomet conteniendo á sus soldados detrás de las desigualdades del terreno, y limitándose á descubrir las troneras de sus baterías, vió como se desmoronaban con los tiros del cañon de Orban las torres, los muros y las puertas de Constantinopla. Dos horas de descanso, y toneles enteros de aceite suministrados por los genoveses de Gálata, bastaban apenas para enfriar el bronce calcinado por aquella masa de pólvora, para que pudiera resistir una nueva carga. En todo un dia no podia hacer mas que ocho disparos, pero cada cañonazo abria como un terremoto las murallas.

A los diez dias, minada la pieza por el torrente de fuego que despedia, reventó, y lanzó los miembros mutilados de su inventor Orban por encima de las murallas de la ciudad hasta la plaza del Hipódromo, y aun hasta el puerto del Cuerno de Oro. El fundador fué victima de su propia obra. Mahomet desarmado con aquel trueno, pero con veinte brechas bien claras delante de sí, mandó que pasaran por debajo de los fosos cuadrillas de mineros de Tokat y de Siwas, muy diestros en esas excavaciones subterráneas, para que abrieran debajo del agua y de los cimientos unas

galerías sostenidas por pilares de madera, cuyo incendio provocaria el hundimiento de las murallas. Al mismo tiempo mandó construir una porcion de aquellas torres portátiles que marchaban á beneficio de ruedas macizas, con almenas, y provistas de garfios de hierro y de tablones, para acercarse á las fortificaciones, apoderarse de las almenas, arrojar puentes sobre los fosos, y combatir cuerpo á cuerpo contra los defensores sobre sus plata-formas. Esas torres, forradas de cuero que mojaban con agua sin cesar para apagar el fuego de los sitiadores que prendia en ellas, contenian algunos centenares de genizaros, invisibles para el enemigo.

La aparicion de algunas velas cristianas de Rodas, de la Italia, de los venecianos y de los genoveses sobre el Propóntide, retardó algunos dias los preparativos del asalto. Esas velas que estaban reducidas á catorce, vano simulacro del interés que tomaba la Europa en la contienda, introdujeron sin embargo el terror en el campo de los turcos, mientras inun-

daban de esperanza el alma de Constantino. Su propia flota encerrada detrás de la cadena extendida en el Cuerno de Oro de un promontorio á otro, no se atrevia á salir para bogar al encuentro de la flota cristiana, porque temia abrir el puerto á los buques de Mahomet II que estaban cerca.

El sultan mandó á su almirante Balta-Oghli, que se destacara con ciento cincuenta de sus buques de la rada de Balta-Liman, y que disputara la entrada del estrecho á la escuadra de los cristianos. Balta-Oghli obedeció temblando á la orden de su soberano, y sus ciento cincuenta galeras se colocaron sobre la punta del serrallo y Scutari delante de los catorce buques de los confederados. Aquella muralla de madera, de remos y de velas no intimidó un instante á los dueños de la mar, que se cubrieron de velas y cayeron como una nube del cielo sobre la línea flotante de los otomanos. Entónces salia el sol, el cielo estaba puro, reinaba un viento ligero, las oleadas eran suaves, y la corriente que precipitaba las aguas del Propóntide por la mañana en el Cuerno de Oro, pegaba contra los cimientos de las Siete Torres y de la Acrópolis. El emperador de Constantinepla, sus soldados, su pueblo, estaban de pié sobre las azoteas que dominan el Propóntide como en las gradas de un anfiteatro náutico, haciendo señales y echando ben-

diciones á los buques cristianos. Mahomet tambien habia subido y vuelto á bajar á caballo el grupo de colinas de Gálata que separaba su campo de su flota y asistia á caballo sobre la playa de Tophana, al triunfo seguro de su almirante. El combate no debia tardar en engañar á la fuerza numérica. Los capitanes de los catorce buques cristianos abordaron proa con proa á toda aquella nube de galeras que dominaban de toda la altura de sus cubiertas. Las balas, las piedras y el fuego grequiseo llovian de aquellas fortalezas flotantes sobre las galeras chatas de los turcos; el peso de los buques, el de la corriente que los aplastaba como conchas marinas bajo las quillas robustas de los buques de Venecia, por último la superioridad de las maniobras y el valor de aquellos héroes de la mar, que movian sus timones y sus velas como los turcos guiaban á sus alazanes, sembraron en pocos instantes la muerte, el desórden, y la fuga en las ciento cincuenta galeras de Mahomet II, que ardiendo en deseos de tocar la orilla dejaron cubiertas con sus restos las dos márgenes del Asia y de la Europa.

El sultan que con los ojos y el corazon tomaba parte en aquel combate, ya que no podia tomarla con su brazo, olvida al ver aquello el elemento que le separaba de sus combatientes, y lanzando su caba-

llo hasta el pecho dentro de la mar, seguido de sus oficiales que no se atreven á contenerle ni á dejarle solo, saca su sable contra un buque veneciano que combatía á pocas oleadas de distancia en la embocadura del Bósforo. Su aspecto, sus gritos y ademanes logran reunir un momento sus galeras, pero un segundo abordaje las desune, los griegos rompen la cadena de hierro que cierra el Cuerno de Oro, la flota cristiana se mete á velas desplegadas á los gritos de triunfo de los soldados de Constantino, la cadena se vuelve á cerrar sobre ellos, y el sultan humillado se encamina otra vez á sus tiendas maldiciendo la inesperienza ó la cobardía de su marina. Su almirante Balta-Oghli, que llevan aquella misma tarde ante su presencia, y que cuatro esclavos tienden á sus piés como un malhechor sujeto de piés y manos, recibe de la propia mano del sultan cien golpes de su maza de armas que le cubren de contusiones y de sangre, debiendo solo un resto de vida á la mediación de los genizaros que exclaman : « *Está escrito, Allah ha dado la mar á los infieles y la tierra á los otomanos ; ¿ quién es aquel que puede elevarse contra la distribución de los dones de Allah ?* »

## XXVI

Mahomet II convencido de que el bloqueo completo por mar y por tierra, era la condicion de la conquista, quiso bloquear hasta á los elementos. Gracias á los muchos miles de leñadores búlgaros y de mineros armenios que seguian al ejército, mandó nivelar y entablar en algunas semanas un camino para sus galeras sobre las colinas y los valles que forman el cabo avanzado de la Europa á la entrada del Bósforo entre la ensenada de Beschiktasch y el Cuerno de Oro, cerrado por la cadena de los griegos. Al ejemplo de los espartanos en Pylos, de los cruzados en Cius y de los venecianos en el lago de Garda, una parte de su flota se deslizó á fuerza de cables por aquel camino nivelado y untado con manteca de buey, con las velas desplegadas é impelidas por un viento favorable, pasó del canal del Bósforo á la rada interior de Constantinopla y fondeó en las mismas aguas que la flota griega bajo el fuego de toda la artillería otomana que durante aquella travesía disparaba desde las alturas sobre los buques cristianos

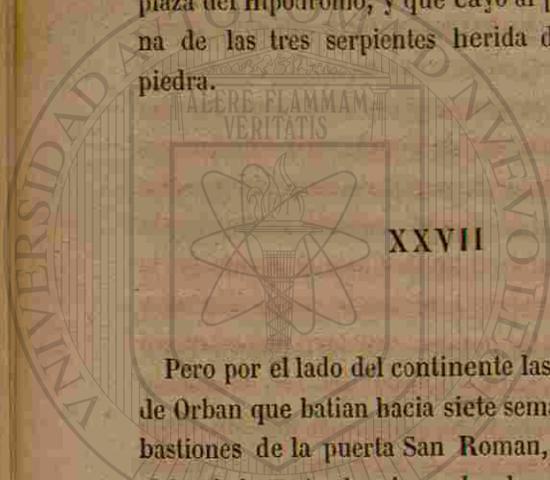
para impedirles que alzarán el ancla. Doscientas galeras turcas, resto de la derrota naval de Balta Oghli, armadas con cañones y cubiertas con veinte mil arqueros, se establecieron de aquel modo frente á frente en el mismo puerto delante de los cuarenta buques griegos, genoveses, venecianos y rodianos, que estaban apostados en el fondo de la rada á la embocadura del Syndacus. Mahomet, no contento con aquel desafío lanzado á la flota cristiana, empleó al otro día cien mil obreros de tierra en arrojar de una orilla á otra un puente ó una calzada bastante ancha para abrir un camino sólido á sus combatientes hasta las murallas de la ciudad bañadas por las aguas del puerto. Aquella calzada, armada de baterías que cubrían la obra á medida que se iba adelantando por la mar llegó en breve impunemente al pié de las murallas. Gracias á su anchura prodigiosa, era un verdadero campo de batalla por donde podían avanzar de frente cien infantes para dar el asalto á las torres y á los bastiones del puerto.

El intrépido y diestro Justiniani, aquel voluntario desesperado de la Europa cristiana que combatía con Constantino por Constantinopla, como si la honra de las armas hubiera sido su única patria, en vano intentó incendiar la flota otomana que fondeaba en el puerto. Vendido por los genoveses de Gálata que

aparentaban la neutralidad con el doble fin de salvar su ciudad y de vender á un tiempo sus servicios á los dos partidos, Justiniani al querer atacar por la noche á los buques otomanos encontró al ejército turco alerta y sobre las armas. Una bala de ciento cincuenta libras lanzada por un cañon de Orban, hizo zozobrar al buque que le llevaba, y doscientos voluntarios, lo mas selecto de la juventud de Italia, que combatía á las órdenes de aquel aventurero heroico, naufragaron con el buque despues del cañonazo. Justiniani cubierto con una armadura muy pesada, debió su salvacion á un pedazo de mástil que la corriente llevó flotando con él hasta el fondo del golfo donde le recogió una barca.

Los buques turcos animados por aquel triunfo, atravesaron la rada al abrigo de su calzada, y fueron á fondear, la proa contra la tierra bajo las murallas. A la vista de los griegos degollaron á los prisioneros que las olas habian arrojado en la noche, y Justiniani en represalias, almenó la cúspide de las fortificaciones con ciento cincuenta cabezas cortadas de otomanos cogidos en el combate naval del Propóntide. Mahomet mandó tirar de día y de noche contra la ciudad desde las alturas de la colina de San Teodoro que domina Gálata, pero sus balas apenas rozaban las almenas; su artillería que gastaba el tiem-

po en hacer ruido y humo, no mató durante diez dias de cañoneo mas que á una mujer griega de Constantinopla célebre por su belleza, que atravesaba la plaza del Hipódromo, y que cayó al pié de la columna de las tres serpientes herida de un casco de piedra.



XXVII

Pero por el lado del continente las piezas colosales de Orban que batian hacia siete semanas las torres y bastiones de la puerta San Roman, habian logrado al fin abrir cuatro brechas sobre las ruinas de cuatro torres. En vano Constantino siempre presente detrás de los restos de sus murallas, levantaba durante la noche las piedras que durante el dia se desplomaban; aquellas escarpas de tierra, de madera, de fragmentos diversos mal ligados entre si no podian reemplazar las altas murallas perpendiculares de Justiniano. Solo el foso, de doce codos de ancho y diez de hondo, protegía contra el asalto de doscientos mil hombres á los diez mil combatientes de Constantino en una extension de seis mil pasos.

La ciudad cercada por todas partes, agitada ahora con las facciones y la desesperacion mas que con el valor de los sitiados, murmuraba contra el héroe que, á pesar suyo, la daba nombre y brillo. Mahomet II sabia esto, y queriendo aprovecharse de la cobardia de los griegos contra el ánimo del emperador, mandó con mucha pompa al jóven Isfendar-Beg, su yerno, hijo del príncipe de Transilvania ó de Sinope, para que propusiera al consejo del emperador varias condiciones que á los ojos de aquellos griegos envilecidos cubrian la servidumbre bajo el manto de la generosidad. Isfendar introducido en la ciudad y en el palacio con los honores debidos á un parlamentario de su clase, pidió á Constantino ante el consejo compuesto del clero y del senado, en nombre de la salvacion de las mujeres, de los niños y de los ancianos, que entregara la capital y se entregara á si mismo á la magnanimidad de Mahomet II, á cuyo precio el sultan le aseguraba la soberanía independiente del Peloponeso, y la vida y haciendas de los habitantes de Constantinopla que solo quedarían sujetos al tributo. La mayoría del consejo se inclinaba secretamente hácia esta capitulacion de un imperio. Isfendar leía el favor y la complicidad tanto en los rostros como en las palabras de los griegos resignados. Justiniani y algunos extranjeros valerosos, mas patrio-

tas que los mismos griegos, eran los únicos que contenían al estóico emperador resuelto á enterrarse en la tumba de su pueblo. Constantino respondió á Isfendiar con una dignidad triste y mesurada. « Que  
 « daría gracias á Dios si en efecto Mahomet al con-  
 « cederle una paz segura y honrosa queria evitar á  
 « la nacion las catástrofes que pesaban sobre ella ; le  
 « suplicó que recordara al sultan que Constantinopla  
 « habia sido la desgracia de todos los príncipes oto-  
 « manos que la habian sitiado hasta entonces ; que  
 « ninguno de ellos, despues de esa violacion de los  
 « derechos de una posesion antigua, habia vivido ó  
 « reinado largo tiempo ; que se hallaba pronto á dis-  
 « cutir con el sultan las condiciones de príncipe á  
 « príncipe y de pueblo á pueblo, aun las condiciones  
 « de un tributo de guerra impuesto por el mas fuer-  
 « te al mas débil, pero que ninguna fuerza humana,  
 « ninguna ventaja personal le harian consentir nun-  
 « ca en entregar al enemigo del nombre cristiano  
 « un imperio y una capital, que á Dios, á su pueblo  
 « y á sí mismo habia jurado no entregar mas que  
 « con la vida. »

## XXVIII

Estas nobles palabras demasiado altas para un pueblo que hacia mucho tiempo habia perdido el respeto de sí mismo, mal sonantes á los oidos de los griegos, y mal escuchadas por el impaciente Mahomet II que á toda costa queria Constantinopla, decidieron el asalto general por tierra y por mar para el 29 de mayo. El sultan le mandó proclamar por medio de heraldos en todo el campamento. Los dervis recorrieron las filas de las tropas, arengando á los musulmanes y prometiendo la victoria de Allah ó el martirio á sus combatientes en nombre del profeta.

« Era aquel, decian, el último paso del Islam en  
 « Europa para barrer el último foco de la idolatría y  
 « de la impiedad en dos continentes. Sus arcos y sus  
 « sables eran los rayos de Allah, el Dios verdadero.  
 « Los que venzan en su nombre poseerán la tierra;  
 « los que caigan en su nombre poseerán las huris y  
 « las fuentes del paraíso. »

Los cuatrocientos mil combatientes disciplinados á las voluntades de Mahomet, se inflamaron con un

nuevo fanatismo, al oír las proclamas de los heraldos y las palabras de los dervis. En la noche que precedió al día del asalto, una iluminación general alumbró de repente los campos de los otomanos desde las colinas del Bósforo de Asia y del Bósforo de Europa, hasta las colinas de San Teodosio y hasta el mar de Mármara. Cuatrocientas mil antorchas de pino resinoso y millares de hogueras ardieron toda la noche, enrojando el cielo y los tres mares como con un reflejo anticipado del incendio que amenazaba á Constantinopla.

La ciudad de Constantino iluminada por aquella terrible aurora de su último día, estuvo en vela, rezó y lloró toda la noche. Procesiones incesantes de sacerdotes, de frailes, de religiosas, de mujeres y de pueblo que cantaban con una voz interrumpida por los sollozos: « *Kyrie eleison!* Señor, levántate á defendernos, » recorrían todos los barrios de la ciudad, dirigiéndose á la Acrópolis para implorar allí á la Virgen milagrosa, á quien apelaba aquel pueblo enervado en vez de fiarse en su valor. Pegábanse golpes de pecho á los piés de su imágen, y confesaban sus pecados en alta voz para obtener su perdón; pero nadie confesaba su cobardía, ese crimen sin remisión de un pueblo sin patriotismo.

La ciudad toda corría á los altares; solo el empera-

dor con sus escasos soldados corrían á las armas. Constantino que andaba siempre alerta para que se guardaran las murallas, mientras sus habitantes abandonaban las puertas para precipitarse en los templos, encontró las brechas abandonadas á las sorpresas nocturnas del enemigo, y riñendo á los cobardes, los reemplazó sobre las murallas. Justiniani que le acompañaba por todas partes, reparó las puertas y las torres con sus restos derruidos por los cañonazos; en una noche abrió con sus soldados italianos un segundo foso en frente del primero, medio cegado ya por las demoliciones de las torres de la puerta San Roman, y como el gran almirante de los griegos, Nótaras, le negara cañones para defender ese segundo foso, Justiniani injurió al gran almirante, que á su vez injurió también al general de los italianos. Constantino deplorando esa discusión fatal entre los últimos defensores de sus ruinas, se arrojó en medio de ellos, y con su elocuencia los obligó á reconciliarse ante el peligro.

Justiniani y ocho ó diez caballeros de Italia fueron los únicos que conservaron en aquella ciudad desesperada la sangre fría y el heroísmo cuyo ejemplo daba en vano á su pueblo el emperador. « Constantino, exclamó repetidas veces Mahomet II al ver como combatía y mandaba el aventurero genovés,

« es mas dichoso en su decadencia que yo en mi poderío; ¡ cuánto daria yo por tener un capitán como ese en mi imperio! »

Constantino y Justiniani emplearon el resto de la noche en cubrir con sus últimos combatientes el pie de las murallas, la almenada cúspide de las torres y el declive de las brechas. Cada uno de esos puestos tenia bajo su mando general, un gefe especial responsable del trecho que defendian sus soldados. El cardenal ruso Isidoro tenia á su cargo la puerta del anfiteatro de los Lercos; Minotto, el enviado de Venecia, el recinto exterior del palacio de Blakernes; Lucas Notaras el gran almirante, las murallas que dan al puerto; Gabriel Trevisani, la de la Acrópolis que da al Cuerno de Oro; el florentino Juliani el palacio de las Siete Torres ó de Bucolion, y un solo oficial griego, Teófilo Paleólogo, tan célebre por sus escritos como por su valor, mandaba una de las divisiones del recinto contiguo á la puerta San Roman. Su hermano, Demetrio Paleólogo, de la familia im-

perial, se hallaba á la cabeza de una reserva movilizada y escogida para poder volar al socorro de los puntos forzados ó diezmados durante el asalto. El total de todos aquellos combatientes no pasaba de nueve mil hombres, entre los que habian alistado algunos miles de frailes mas aptos para la supersticion que para el servicio de las armas. La estatua de la Virgen Hodegetria, que ellos colocaron sobre el pedestal de una estatua caída de Minerva-Embasia, era á sus ojos, como á los del pueblo, alimentado de ideas sobrenaturales, el verdadero *palladium* de la patria. Constantino no era para ellos mas que un soldado que buscaba la salvacion de su pueblo en un valor inútil, y los verdaderos soldados de Constantinopla eran los santos y santas de sus claustros, protectores de la iglesia ortodoxa. Dominados por estos sentimientos predicaban al pueblo mil fábulas absurdas para quitarle todo interés en la causa de su salvacion propia.

« Los turcos, decian, forzarán mañana la puerta  
« San Roman á pesar de los esfuerzos del emperador y de sus espartanos; penetrarán hasta la plaza del Hipódromo, el corazon de la capital; pero  
« al llegar allí un ángel bajará de las nubes que entregará la espada de esterminio á un anciano sentado al pie de la columna, mandándole que arroje

« es mas dichoso en su decadencia que yo en mi poderío; ¡ cuánto daria yo por tener un capitán como ese en mi imperio! »

Constantino y Justiniani emplearon el resto de la noche en cubrir con sus últimos combatientes el pie de las murallas, la almenada cúspide de las torres y el declive de las brechas. Cada uno de esos puestos tenia bajo su mando general, un gefe especial responsable del trecho que defendian sus soldados. El cardenal ruso Isidoro tenia á su cargo la puerta del anfiteatro de los Lercos; Minotto, el enviado de Venecia, el recinto exterior del palacio de Blakernes; Lucas Notaras el gran almirante, las murallas que dan al puerto; Gabriel Trevisani, la de la Acrópolis que da al Cuerno de Oro; el florentino Juliani el palacio de las Siete Torres ó de Bucolion, y un solo oficial griego, Teófilo Paleólogo, tan célebre por sus escritos como por su valor, mandaba una de las divisiones del recinto contiguo á la puerta San Roman. Su hermano, Demetrio Paleólogo, de la familia im-

perial, se hallaba á la cabeza de una reserva movilizada y escogida para poder volar al socorro de los puntos forzados ó diezmados durante el asalto. El total de todos aquellos combatientes no pasaba de nueve mil hombres, entre los que habian alistado algunos miles de frailes mas aptos para la supersticion que para el servicio de las armas. La estatua de la Virgen Hodegetria, que ellos colocaron sobre el pedestal de una estatua caída de Minerva-Embasia, era á sus ojos, como á los del pueblo, alimentado de ideas sobrenaturales, el verdadero *palladium* de la patria. Constantino no era para ellos mas que un soldado que buscaba la salvacion de su pueblo en un valor inútil, y los verdaderos soldados de Constantinopla eran los santos y santas de sus claustros, protectores de la iglesia ortodoxa. Dominados por estos sentimientos predicaban al pueblo mil fábulas absurdas para quitarle todo interés en la causa de su salvacion propia.

« Los turcos, decian, forzarán mañana la puerta  
« San Roman á pesar de los esfuerzos del emperador y de sus espartanos; penetrarán hasta la plaza del Hipódromo, el corazon de la capital; pero  
« al llegar allí un ángel bajará de las nubes que entregará la espada de esterminio á un anciano sentado al pié de la columna, mandándole que arroje

« á los turcos de la ciudad, de la Europa y aun del  
« Asia, hasta las fronteras de la Persia; y Constanti-  
« noplá será otra vez, reina del mundo. »

« El pueblo, dice el historiador contemporáneo  
« Franzes en sus Memorias, se hallaba tan poseido de  
« ideas sobrenaturales y de teología, que si en efecto  
« se le hubiera aparecido un ángel ofreciéndole liber-  
« tate de los turcos bajo la condicion de que se re-  
« conciliara con los ritos de la Iglesia latina, el pue-  
« blo ántes que salvarse á tanta costa habria preferido  
« su pérdida. »

## XXX

El fanatismo de los griegos era tan afeminado como sus almas, y el de los otomanos era tan viril como sus brazos. Mahomet II andaba tan desvelado como Constantino; pero cuatrocientos mil hombres se reunian á su voz contra aquel puñado de soldados abandonados á sí mismos, en medio de una capital ingrata.

La aurora del 29 de mayo encontró á sus cuatrocientos mil hombres formados en orden de batalla al

mando de sus bajás ó de sus emires. Mahomet, obrando como un general muy entendido, no habia entregado al acaso y al movimiento desordenado de un primer arranque, mas que á los doscientos mil voluntarios indisciplinados de turcos asiáticos ó europeos que á las órdenes de sus dervis ó de sus scheiks ingresaron en aquella cruzada religiosa contra los cristianos. Habíalos acumulado como un vil rebaño, abandonándolos á su ardor y á su fanatismo entre la ciudad y el campo, al alcance del cañon de los bastiones, para cansar al corto número de defensores de la ciudad ántes de la lucha y para cegar los fosos con sus cadáveres. En cuanto á sus tropas disciplinadas y aguerridas, formó con ellas cuatro columnas compactas, distribuidas á cierta distancia de las murallas por la llanura de Tracia en la direccion de sus puertas que debian atacar cada una de aquellas columnas. La primera de cien mil hombres, estaba cerca de la mar, enfrente de la puerta dorada; la segunda de cincuenta mil, en la hondonada del valle por donde serpentea el Syndacus, enfrente del fondo del puerto y del palacio de Blakernes; la tercera en el centro, un poco á retaguardia de las otras dos, para que en caso necesario pudiera enviarlas refuerzos y ánimo, y por último, en el corazon y al frente de aquellos doscientos cincuenta mil

hombres, estaba él con sus veinte mil genizaros esperando el momento de dar el golpe decisivo en el punto en que la fortuna del combate le abriera la primera brecha.

Montado en un caballo turcomano que recordaba á los turcos su patria primitiva, y que les infundía el orgullo de todos los pasos que habian dado de sus desiertos al Asia y á la Europa, Mahomet pasaba despacio delante de su ejército arengando á sus batallones y á sus escuadrones, á cada uno en su lengua y con una elocuencia rápida y viril, al grito unánime de ; *Dios es Dios!* Las trompetas de Europa y los roncocos tambores de la Tartaria iban á dar despues de esta revista la señal del asalto ; Mahomet se volvió al paso á su tienda en medio de sus genizaros.

## XXXI

Mientras tomaba el sultan estas disposiciones, el infortunado Constantino que habia pasado una parte de la noche preparando su puñado de combatientes sobre las murallas, y arengando vanamente á su pueblo para comunicarle su propio heroismo, se dispo-

nia tambien, no al triunfo, sino á la muerte. Soldado de su Dios, tanto como de su patria, á pesar de la indiferencia de que le culpaban los griegos supersticiosos, gracias á sus contiendas teológicas que eran la pérdida y la vergüenza de su imperio. Constantino se dirigió con todos los grandes de su corte á la iglesia de Santa Sofía, para ofrecer allí el homenaje de su vida y para sacar de la religion de sus padres el valor y quizás la dicha de salvar sus altares. El emperador asistió á un corto sacrificio, como habria asistido á sus propios funerales ; recibió la comunión de manos del patriarca, y se confesó públicamente y llorando de sus pecados, para ofrecer al cielo una víctima pura ; el pueblo enternecido respondió á esta confesion con sollozos que le presagiaron el perdon de Dios comprado por medio de su sangre que en breve iba á derramar por su causa.

Despues de esta estacion suprema en Santa Sofía, Constantino se volvió un momento al palacio de Blakernes para despedirse de los lugares del imperio y de su familia. En una arenga digna de la categoría, de la hora, de la triste grandeza de las circunstancias, pronunció, dice uno de los auditores, la oración fúnebre del imperio griego, y luego pidiendo perdon humildemente de sus repentes de cólera ó de sus descuidos, á sus grandes oficiales y á los últimos de sus

criados, vertió y arrancó lágrimas á todo el palacio. En seguida montó á caballo con el uniforme de simple soldado, sin conservar de su traje de emperador mas que los borceguies bordados con un águila de oro pequeña y el manto de púrpura abrochado sobre su hombro izquierdo, y salió por última vez para ir á combatir en primera línea.

## XX XII

Mahomet II por su parte, para escitar á la vez todas las pasiones de la guerra en el alma de sus tropas, acababa de prometer á sus soldados, como Amurat bajo los muros de Tesalónica, la ciudad entera de despojos y sus habitantes como esclavos.

« La ciudad para mí, decia su proclama al ejército, pero os abandono los cautivos y el botin, los metales preciosos y las mujeres bellas; sed ricos y dichosos. Las provincias de mi imperio son muchas, y el soldado intrépido que primero suba sobre las murallas de Constantinopla será gobernador de las mas hermosas y opulentas, y tan grande

« será mi gratitud, que obtendrá mas riquezas y honores que ha podido soñar en toda su vida. »

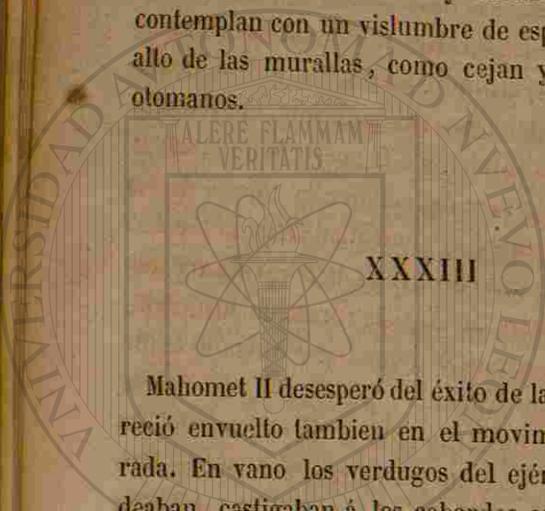
Despues de la lectura de esta proclama se oyó en los cuatro ejércitos un estremecimiento de impaciencia parecido al latido del corazon de cuatrocientos mil hombres ante los cuales ponen de manifesto la presa que ellos ansian devorar. En cuanto el sol hizo brillar las nieves del Olimpo mas allá de Brusa, Mahomet abandonó en fin á su ardor las masas indisciplinadas que formaban su inmensa vanguardia, que se precipitaron á los gritos de *Allah* sobre el borde exterior del foso ancho de cien piés en toda la estension de aquella línea fortificada de seis mil pasos que les ocultaba la ciudad. Las piedras, la tierra, los haces de leña que aquellos doscientos mil hombres arrojaban al foso no bastaban para cegarle. Los cañones y los tiradores de Constantino, guarecidos detrás de las almenas que aun quedaban en pié, ó detrás de las fortificaciones elevadas durante la noche, dejaron tendidos muchos miles de turcos al otro lado del foso exterior; pero la nube de flechas que despedian los arcos tártaros y el humo de los cañones de los griegos que el viento de la mar bajaba sobre los combatientes, llegaron á formar en breve una oscuridad tan grande entre las fortificaciones y la llanura, que los artilleros y los arqueros de Constantino,

solo por el ruido podian apuntar contra aquellas masas invisibles de agresores. En vano las balas y la metralla hacian destrozos á las orillas del foso; aquellas masas impelidas por su propio peso, se precipitaban solas en las ondas, y formaban ante la puerta San Roman, que era el centro principal del asalto, una calzada de cadáveres que debia servir de camino á los que venian detrás de ellos.

Despues de este sacrificio de la escoria del ejército que arrojaron así á la muerte para asegurar la victoria, las tres columnas del ejército regular que contaban doscientos setenta mil combatientes se adelantaron al asalto en el mayor silencio. Los brazos y el fuego de los nueve mil soldados de Constantino se hallaban cansados ya despues de una lucha de dos horas; ya no les separaban de los otomanos mas que unos fosos medio cegados de leña, de sacos de arena, de muertos y de murallones que se hundian sobre los ruinosos cimientos. Mahomet II lanzándose alternativamente á la cabeza de sus tres grandes columnas, las señalaba con el ademán la torre derruida de la puerta San Roman como el centro que era preciso atacar para tomar al cabo las murallas. El manto de púrpura de Constantino, que se distinguia por momentos en la cúspide mas opuesta de la ancha brecha, servia de blanco á los otomanos y de bandera á

los espartanos y á los italianos del recinto. Aquel flujo de doscientos mil guerreros que atacaban la base de la muralla al sonido de sus tambores tártaros y al estampido continuo de sus diez y ocho baterias despidiendo la muerte sobre la ciudad desde el puerto inferior hasta las Siete Torres; sus gritos salvajes, sus nubes de dardos, el brillo de sus millares de sa- bles que reflejaban el sol en aquel mar de acero, no quebrantaron el corazon de Constantino, de Justiniani, de los Paleólogos, y de sus intrépidos compañeros. Fuertes en sus murallas, en sus torres, fuertes con su artillería y la desesperacion de sus cora- zones, rechazan durante tres horas los mil asaltos intentados por aquellas oleadas de hombres, alternativa- mente sobre toda la linea del continente y del puerto; cincuenta mil otomanos muertos ó heridos rodaron en los fosos ó en la mar. Las balas de Constantino penetrando por aquellas columnas cerradas se llevaban filas enteras de soldados; las piedras, las rocas, las vigas, el fuego grequisco preparado du- rante la noche detrás de las brechas, destrozaban, quemaban y mutilaban á los que querian escalar los restos de los torreones. Las cabezas de las tres co- lumnas se detuvieron, flotaron y se volvieron un ins- tante hácia el campo de Mahomet. Un largo grito de victoria se elevó del seno de la ciudad, detrás de las

trincheras acompañado de cánticos sagrados. Constantino, Justiniani y los Paleólogos, corriendo de una puerta á otra para reanimar y felicitar á sus soldados, contemplan con un vislumbre de esperanza desde lo alto de las murallas, como cejan y se vuelven los otomanos.



Mahomet II desesperó del éxito de la jornada, y pareció envuelto tambien en el movimiento de retirada. En vano los verdugos del ejército que le rodeaban, castigaban á los cobardes con golpes para que volvieran al combate, pues les era imposible restablecer el orden en aquel tropel de fugitivos. El sultan deliberó un momento consigo mismo sobre si debería abandonar el sitio y contentarse con el tributo que los griegos le ofrecian, pero el aspecto, los gritos, el ardor de los veinte mil genizaros inmóviles hasta entónces en torno de sus tiendas, que deseaban con ansia vengar ellos solos la afrenta del ejército, le decidieron á obstinarse en el asalto. Con el ímpetu de un torbellino se lanzó á su cabeza al centro de

ataque abandonado, enfrente de la puerta de San Roman. La presencia del sultan á caballo blandiendo su maza de armas, la vergüenza de abandonar á su soberano, la reprobacion de los genizaros contra los cobardes y la voz de los dervises, reunieron las columnas desordenadas que de nuevo marcharon al foso, donde Mahomet precipitaba ya á sus genizaros; Constantino y Justiniani que volvieron á la puerta San Roman al descubrir la presencia del sultan á la cabeza de los otomanos, mandaban y combatian sobre la brecha.

Un dardo que salió del grupo de los genizaros que rodeaban al sultan, atravesó la coraza de Justiniani, y sea que el aspecto de Mahomet que volvia al asalto con aquel océano de hombres hiciera al fin desesperar de la causa de Constantinopla al héroe genovés, sea que buscarse un pretexto para abandonar sin desdoro aquella causa abandonada ya de la fortuna, sea en fin que tiene sus límites el valor humano cuando solo le inspira la gloria y no la patria ó la virtud, lo cierto es, que todo el heroismo de Justiniani pareció perderse con la poca sangre que perdía de su herida; bajó de la brecha, y despues que el cirujano del emperador le curó al pié de la muralla interior, pidió que le dejasen retirarse á Gálata, arrabal dentro de Constantinopla que habitaban los genoveses, sus compatriotas.

Sus compañeros de guerra se quedaron atónitos con aquella retirada pusilánime del campo de batalla en lo mas fuerte de la pelea. Constantino que bajó un instante con su general para asistir á la cura, le suplica que no dé el ejemplo del desaliento cuando sus tropas necesitan todo su valor; le representa el terror que su ausencia ó la noticia de su muerte van á esparcir en las filas de sus guerreros, pero nada conmueve al cobarde ó pérfido Justiniani:

« Vuestra herida es muy leve, le dice por último  
 « Constantino, el peligro es supremo y vuestra retirada es la muerte del imperio; además ¿ por qué  
 « camino os podeis escapar de una ciudad cercada  
 « toda por nuestros enemigos?

— « Me escaparé, respondió el herido sin pudor,  
 « insultando los desastres del héroe á quien abandonaba y mostrando la brecha abierta por el cañón  
 « turco en el muro interior, me escaparé por el camino que el mismo Dios ha abierto á los turcos. »

Y al decir esto se escapó en efecto corriendo por aquella brecha, atravesó el Cuerno de Oro en una barca y fué á ocultar su vida y su vergüenza dentro de los muros neutros de Gálata.

## XXXIV

Aquella fuga fué la derrota de los sitiados; los italianos desalentados por la cobardía de su general, abandonaron al punto una parte de los puestos que les estaban confiados. En vano el infatigable Constantino volvió á subir casi solo sobre las brechas, y las defendió alternativamente con sus espartanos y con los Paleólogos, sus últimos apoyos. Mahomet II viendo las fortificaciones medio desiertas, y prometiéndole el gobierno de un reino al primer genizaro que escalase por fin la muralla, introdujo el delirio de la valentía en el alma de sus soldados, que entraron sufriendo el fuego en el foso medio cegado con los cadáveres de sus compañeros. Un genizaro búlgaro de una estatura atlética y de un corazón capaz de animar aquella masa, llamado por unos Hassan de Ulubad, y por otros con un nombre bárbaro de la Europa del Norte, aplicó una escala á la muralla y subiéndose con su escudo que llevaba en una mano, y blandiendo con la otra su largo sable proporcionado á la fuerza de su brazo, sube el primero á lo

alto de la fortificacion, invulnerable á las piedras y al fuego que destrozán ó abrasan detrás de él á diez y ocho de sus compañeros. Mientras se abre puerta solo por el peso de su escudo con la mano izquierda, tiende la derecha á otros doce genizaros que reemplazan en la escala á los muertos, pero alcanzado en fin por una enorme piedra lanzada desde mas arriba por uno de los compañeros de Constantino, rueda al foso, se levanta sobre sus rodillas para volver á subir, y vuelve á caer sin sentido bajo una lluvia de piedras.

Mas entretanto sus doce compañeros, reforzados ya por centenares de genizaros, combaten furiosos sobre la plataforma que Hassan les abriera, ganando de cadáver en cadáver un terreno mas ancho sobre la brecha en donde están ya juntos los griegos y los otomanos. En aquella pelea tumultuosa se pudo ver desde abajo al intrépido Constantino que combatía con el encarnizamiento de un soldado, ora retrocediendo en medio del grupo de sus guerreros de Morea, ora alzando con la mano izquierda su manto de púrpura hácia la ciudad para invocar el socorro de sus últimos amigos. Precipitado por fin del muro exterior hasta el espacio que separaba los dos muros sobre los cadáveres de sus mas fieles oficiales, se despojó de su manto imperial para que una vez recono-

cido su cuerpo no fuese mutilado despues de su muerte, y conservando solo el uniforme y las armas de un simple soldado, combate hasta el último suspiro sobre la brecha de la puerta San Roman á fin de que los turcos no entren en la ciudad imperial sino pasando sobre el cadáver de su emperador.

Abandonado de los suyos, luchando casi solo con un puñado de héroes bajo la puerta, y despues de haber recibido dos heridas una en el rostro de un sablazo, y otra sobre la nuca del filo de una maza de armas, cayó exclamando: «¿No habrá un cristiano que me corte la cabeza y que se la quite á los bárbaros?»

Algunos soldados que huían oyeron estas palabras sin poder prestar este servicio fúnebre á su emperador. Los genizaros engolfados bajo la puerta San Roman, pasaron sin reconocer á Constantino, y su cuerpo quedó cubierto por montones de cadáveres que arrojaron de lo alto de las murallas.

Así murió el héroe estóico de la muerte que habia elegido y ocultado como para no avergonzar tanto á su imperio, dando satisfaccion oscuramente á su propia gloria. La naturaleza, la patria y la religion parecian haberle reservado para que su heroismo y su virtud sirvieran de eterno contraste y eterno oprobio á la envilecida caducidad de su nacion. La historia

no se ha detenido aun lo bastante en hacer justicia á ese grande hombre, y en testimonio á la verdad, debe elevarle tanto mas en su gloria, quanto mas rebajado y vendido se vió en su fortuna.

## XXXV

Con él murió toda la energía de su pueblo y de su ejército. Los turcos inundaron en un momento toda la línea de las murallas, cayeron sobre todas las brechas y penetraron en columnas por todas las puertas. La ciudad era tan grande y era tan vil la cobarde indiferencia de los griegos por aquellos que combatian sin descanso hacia cincuenta dias para salvarlos, que las primeras columnas de otomanos recorrian y saqueaban ya el hipódromo y el palacio de Blakernes, en tanto que los barrios de la Acrópolis, de Santa Sofía y del mar de Mármara, ignoraban aun la invasion de los turcos y la muerte de Constantino. El ruido de los genizaros que corrian por las calles forzando las puertas; el hierro, el fuego, el asesinato, la violacion de sus hogares, llegaron á anunciarles la catástrofe de su imperio. Aquellos que supieron á tiempo la in-

minencia del peligro mientras ocurría la última pelea sobre las brechas, salieron en tumulto de sus casas, con sus mujeres, sus ancianos, sus vírgenes y sus tesoros y se refugiaron como un vil rebaño, en el inmenso recinto de la iglesia de Santa Sofía con la muchedumbre de sacerdotes, frailes y monjas que huían de sus moradas para abrigarse en aquel santuario que el hábito les habia enseñado á considerar como inviolable. Mas de cien mil personas apiñadas en el templo, en los pórticos, en las galerías superiores y hasta en los techos de la media naranja, se metieron y se fortificaron en aquel edificio inmenso, unas prometiéndose alguna capitulacion de lástima, alguna contemporalizacion provechosa para sus familias de la ferocidad del vencedor, y la mayor parte esperando con una estúpida credulidad la aparicion del ángel anunciado por los profetas populares para exterminar á los otomanos ántes de que hubiesen atravesado la columna del Hipódromo.

Los hachazos de los turcos que rompian las puertas de bronce de Santa Sofía, les advirtieron demasiado tarde que las naciones no tienen mas murallas que su patriotismo. El aspecto de aquella muchedumbre inofensiva y trémula desarmó á los soldados de Mahomet. Seguros por la proclama de aquella mañana de que sus prisioneros serian legítimamente sus es-

clavos, y enriquecidos en esperanza por los rescates que segun la opulencia de los griegos se prometian habian de ser inmensos, prefirieron la riqueza y la hermosura á la sangre. Ningun asesinato manchó el átrio de Santa Sofia. Los griegos tendieron ellos mismos sus manos á las cadenas de los soldados, y los turcos ataron las manos de los hombres con las cuerdas y las correas de sus caballos, y las de las mujeres con sus cinturones y sus velos. De dos en dos reunieron como á un rebaño que se lleva á los bazares, á los viejos con los niños, los pontífices con los barrenderos del santuario, los senadores con los esclavos, los jóvenes nobles con las santas vírgenes de los monasterios que nunca habian visto, dice el historiador Franzes, la luz del cielo sino á través de la reja de sus claustros, y á quienes la severidad de las órdenes monásticas no permitia mirar ni aun á sus padres. Los gritos de las religiosas, que se enrojecian con la desnudez de su rostro, de los niños arrancados á sus madres, de las madres separadas de sus hijos, partian los corazones; hasta los mismos otomanos se enternecian. Sesenta mil cautivos atados de ese modo, salieron de Santa Sofia, de los monasterios, de los palacios y de las casas de la capital, y atravesaron por última vez las calles de su villa natal para pasar á bordo de la flota

« de Mahomet II que debia llevarlos en esclavitud á  
« voluntad de sus poseedores, con destino á todas las  
« ciudades y á todas las tiendas del Asia. »

## XX XVI

El cardenal ruso Isidoro, que habia combatido como un soldado, dejó su capelo de púrpura al lado del cuerpo de un muerto para hacer creer á los turcos que habia perecido en la batalla. Los turcos cortaron la cabeza del cadáver y la pasearon con el capelo, en tanto que el cardenal disfrazado con el traje de un esclavo era vendido á bajo precio á un turco-mano que le llevó para cuidar ganados á Satalia, de donde se escapó para volver á Roma. El saqueo prometido por Mahomet II á sus soldados, duró ocho horas sin agotar ni la avidéz de los soldados, ni las riquezas de Constantinopla acumuladas gracias á un imperio tan prolongado y al comercio de todo el universo. Solo en moneda se calcula que se hallaron cuatro millones de ducados de oro en las casas de los particulares. El oro, la plata, los diamantes, las per-

las, los vasos, jarrones y demás adornos de los palacios ó de los templos representaban un valor incalculable. Estos ricos despojos de los palacios y de las iglesias se hallaban tan envilecidos por su abundancia, que las estatuas rotas, los cuadros, los manuscritos preciosos, los tapices de púrpura, los brocados, los muebles de palo de olor, de marfil ó de nacar, servían de cama á los camellos de los asiáticos. Cien mil volúmenes recogidos desde el tiempo de Constantino en las bibliotecas públicas calentaron los baños de los bárbaros. Sin embargo, los genoveses rescataron de los soldados un corto número de libros que contenían tesoros de filosofía, de poesía y de historia antigua, y los enviaron á Italia donde reanimaron en Venecia y en Florencia la muerta llama de las letras griegas. Del mismo modo destrozaron los cristianos los monumentos é incendiaron las bibliotecas en Alejandria y en Atenas. Los cruzados, tan exterminadores como los otomanos, habían ejercido las mismas violencias contra el espíritu humano en Nicea y en Constantinopla despues del asalto que dieron al pasar contra aquellas capitales cristianas. Al hombre le gusta tanto destruir como fundar, y nunca le parece fundar bien si no lo efectua sobre ruinas.

## XXXVII

Mahomet II que debía cumplir su promesa á sus soldados, no quería sin embargo autorizar con su presencia la devastacion de la capital que destinaba al imperio. A la caída de la tarde entró en la ciudad para restablecer el orden á la cabeza de sus visires, de sus príncipes, de sus generales y de sus genízaros.

Aunque acostumbrado á las magnificencias árabes de Brusa, la majestad de los monumentos, de las cúpulas, de los palacios, de los jardines, de las plazas públicas, de los anfiteatros de Constantinopla, le deslumbraron. Aquellas señales de mármol, de bronce y de oro, de los dos imperios mas grandes y de las dos religiones mas pomposas del antiguo mundo, le revelaron grandezas humanas que ni siquiera podia figurarse; solo se creyó emperador de Oriente cuando los piés de su caballo hollaron aquel suelo, donde en efecto todo recordaba el imperio romano. Al pasar por la plaza del Hipódromo, parecida á un salon con pavimento de mármol de un palacio de nacion, cuya

bóveda era el cielo, admiró las obras maestras de escultura que abundan en esa plaza. No insultó á las estatuas de los emperadores sobre sus pedestales ó sobre sus columnas; pero al aspecto del grupo de las *tres serpientes* enroscadas por el estatuario en torno del tronco de una columna y mostrando sus lenguas simbólicas en direccion á tres lados de la plaza, creyó ver en esta representacion enigmática un ídolo adorado por los griegos, y de un golpe que dió con su hacha de armas de mango de oro, cortó la mandíbula á uno de los reptiles.

Para satisfacer el fanatismo de los dervises, y para instalar al Dios de Mahoma en su nueva conquista antes de instalarse él en el palacio de Constantino, dirigió su caballo á la iglesia de Santa Sofia, esa Kaabas de la religion vencida á los ojos de los otomanos. Sus soldados estaban acabando de saquear el edificio, y como uno de aquellos bárbaros continuase mutilando un mármol precioso del santuario, á pesar de la presencia del sultan, este le dió un hachazo y le dejó tendido á sus piés: «¿No sabes que os he entregado los esclavos y los tesoros, le dijo con calma, pero que los monumentos me pertenecen á mí solo?» Los compañeros llevaron al soldado moribundo fuera del templo.

Mahomet despues de haber admirado la grandeza

del edificio, la elevacion de la cúpula, segundo templo alzado al cielo por las ciento siete columnas de pórfido, de mármol color de rosa ó jaspeado, tomadas de los templos de Egipto, de Baalbek y de Efeso, subió al altar y rezó en él la oracion musulmana como para purificarle para siempre de la idolatría que creian los turcos en el culto de los griegos. Luego mandó que aquel monumento compuesto de restos de tantos otros cultos, pero el mas majestuoso en su barbarie que el cristianismo hubiese construido aun en el mundo, fuese la primera mezquita de los conquistadores en Constantinopla. Los *muezzin* que llaman á los fieles á la oracion desde lo alto de los minaretes, subieron por su orden á lo alto de la media naranja, é hicieron oír por la primera vez en las calles desiertas de la metrópoli del cristianismo en Oriente el canto de «*¡Dios es Dios! Solo Dios es grande: venid á la oracion.*» Echaron abajo las cruces, saecaron del templo las innumerables imágenes de santos y santas, objetos de la veneracion, y aun casi de la adoracion de los griegos, y los arquitectos de Mahomet II principiaron á arrancar en su presencia los mosaicos de vidrios de colores que forman los cuadros de la bóveda.

«Deteneos, les dijo, como si las historias que leia en latin y en persa, le hubiesen inspirado el senti-

« miento de la vicisitud de los imperios; limitaos á  
 « cubrir esos mosaicos con una capa de cal para que  
 « no escandalicen á los creyentes, pero no arran-  
 « queis de la bóveda esas maravillosas incrustacio-  
 « nes; ¿quién sabe si un día no las descubrirán en  
 « otro cambio de fortuna y de destino que sufra este  
 « templo? »

Los italianos y los griegos de la corte de este príncipe que traen estas palabras, añaden que la religion de Mahomet II, alterada en él por una educacion sabia y cosmopolita, profesaba tanto desden por el fanatismo de sus dervises, como por las supersticiones del cristianismo griego.

El iman predicó en el púlpito del patriarca, y celebró la oracion de accion de gracias, el *Te Deum* otomano, sobre aquel mismo altar donde el infortunado Constantino habia visto celebrar por la mañana los misterios de su fé y las exequias de su propia muerte.

Mahomet al salir de Santa Sofia mandó que le llevaran al palacio de Blakernes para instalarse en él con su imperio. La soledad y tristeza de aquel palacio que cambiaba de amo en menos de un día, conmovió y enterneció el alma embriagada, pero medita-bunda del conquistador afortunado. El triunfo no le ocultó el luto del palacio; la sombra de Constantino, cuyo paradero era todavía desconocido, llenaba aque-

llos pórticos, aquellos salones y aquel trono vacios. Mahomet II recordó algunos versos persas de un acento melancólico, al aspecto de aquel monumento de las inconstancias de la suerte.

« La araña, murmuró poniendo el pié en el um-  
 « bral, teje su tela en la morada de los reyes, y el  
 « mochuelo nocturno ha entristecido con sus chilli-  
 « dos siniestros las torres de Afraziab. »

Escipion, al entrar en Cartago, habia recitado también un dístico de Homero sobre la ruina de Troya. Los poetas son los intérpretes de los héroes.

## XXXVIII

Su primer pensamiento al entrar en el palacio de Blakernes, fué el de mandar buscar el cuerpo del infortunado Constantino, cuyo heroismo habia engrandecido á sus ojos su propia gloria. Buscáronle en efecto entre los montones de muertos que obstruian las avenidas de la puerta de San Roman; su cabeza habia sido cortada por los vencedores, y solo pudieron reconocerle en las dos águilas de oro que llevaba bordadas en los borzeguies. Dos genizaros se

« miento de la vicisitud de los imperios; limitaos á  
 « cubrir esos mosaicos con una capa de cal para que  
 « no escandalicen á los creyentes, pero no arran-  
 « queis de la bóveda esas maravillosas incrustacio-  
 « nes; ¿quién sabe si un día no las descubrirán en  
 « otro cambio de fortuna y de destino que sufra este  
 « templo? »

Los italianos y los griegos de la corte de este príncipe que traen estas palabras, añaden que la religion de Mahomet II, alterada en él por una educacion sabia y cosmopolita, profesaba tanto desden por el fanatismo de sus dervises, como por las supersticiones del cristianismo griego.

El iman predicó en el púlpito del patriarca, y celebró la oracion de accion de gracias, el *Te Deum* otomano, sobre aquel mismo altar donde el infortunado Constantino habia visto celebrar por la mañana los misterios de su fé y las exequias de su propia muerte.

Mahomet al salir de Santa Sofia mandó que le llevaran al palacio de Blakernes para instalarse en él con su imperio. La soledad y tristeza de aquel palacio que cambiaba de amo en menos de un día, conmovió y enterneció el alma embriagada, pero medítanda del conquistador afortunado. El triunfo no le ocultó el luto del palacio; la sombra de Constantino, cuyo paradero era todavía desconocido, llenaba aque-

llos pórticos, aquellos salones y aquel trono vacios. Mahomet II recordó algunos versos persas de un acento melancólico, al aspecto de aquel monumento de las inconstancias de la suerte.

« La araña, murmuró poniendo el pié en el umbral, teje su tela en la morada de los reyes, y el mochuelo nocturno ha entristecido con sus chillidos siniestros las torres de Afraziab. »

Escipion, al entrar en Cartago, habia recitado tambien un dístico de Homero sobre la ruina de Troya. Los poetas son los intérpretes de los héroes.

## XXXVIII

Su primer pensamiento al entrar en el palacio de Blakernes, fué el de mandar buscar el cuerpo del infortunado Constantino, cuyo heroismo habia engrandecido á sus ojos su propia gloria. Buscáronle en efecto entre los montones de muertos que obstruian las avenidas de la puerta de San Roman; su cabeza habia sido cortada por los vencedores, y solo pudieron reconocerle en las dos águilas de oro que llevaba bordadas en los borceguies. Dos genizaros se

disputaban la gloria de haberle combatido é inmolado á sablazos. Los griegos esclavos lloraron al ver pasar el cuerpo de su emperador, y los turcos respetaron en él la doble majestad del infortunio y del heroísmo. Mahomet II mandó que se le hicieran los honores de una sepultura cristiana é imperial. Si no habia podido salvar el imperio, á lo menos pudo comprar su tumba.

Con la noche cesaron el saqueo y el desorden. Aquellos habitantes que no habian sido llevados por los soldados á bordo de la flota, quedaron en sus casas bajo la salvaguardia del ultraje. Volviéronse á presentar los grandes personajes de la corte y del senado, ocultos ó refugiados en Gálata. Mahomet mandó que trajeran al palacio al gran duque almirante, y primer oficial del imperio Notaras, que gobernaba casi imperialmente en tiempo de los últimos emperadores, y cuyas riquezas igualaban á las de su soberano. Notaras descubrió á Mahomet II los tesoros del imperio escondidos en el palacio de Blakernes.

« ¿Y porqué, le dijo en griego el sultan, no habeis empleado esos montones de oro en servir á vuestro desgraciado amo? »

— « Os pertenecian ya en mi pensamiento, y los conservaba para vos, respondió el astuto adulator; « Dios os los guardaba.

— « Si Dios me los guardaba, repuso Mahomet « con la indignacion del desprecio, ¿ porqué pues habeis tenido la audacia de conservarlos durante « tanto tiempo, y de resistir al que mirabais como su « poseedor? »

Notaras atribuyó la resistencia de la ciudad al inflexible heroísmo de Constantino, y al ascendiente de las tropas extranjeras sobre la capital. Mahomet encontrándole demasiado vil para temerle, y queriendo tranquilizar por medio de él á los nobles del imperio, le devolvió la libertad y le envió con una escolta de honor á su palacio. Además rescató al mismo tiempo de sus soldados á todos los prisioneros ilustres por su nacimiento, su categoría y riquezas en la capital, y los cubrió con su proteccion, lo mismo que á los miembros del clero y á los frailes célebres por su virtud ó por su ciencia. Constantinopla bendijo algunos dias la generosidad del vencedor.

A la otra mañana de su entrada triunfal, salió á caballo del palacio, recorrió la ciudad con una comitiva poco numerosa, y fué á visitar á la princesa casada con el gran duque Notaras, que estaba en cama con una enfermedad de peligro. Mahomet II habló respetuosamente con la princesa, que le presentó sus hijos.

Al pasar por la plaza de Augustion, mandó única-

mente que echaran abajo la estatua ecuestre de plata de Justiniano, que tenia en la mano el globo coronado con una cruz, y que se hallaba sobre una columna de pórfido.

Por burla echaron á rodar las cabezas de los principales compañeros de Constantino que murieron en el asalto, bajo los piés del caballo del sultan, en alusion irónica á este deseo de los orientales : « ¡ Que las cabezas de tus enemigos rueden á los piés de tu caballo! »

## XXXIX

Pero poco despues, si hemos de dar crédito á los historiadores griegos, Mahomet II, imitando la orgía de Alejandro en Persépolis, perdió en algunos dias en las fiestas de su propia victoria, la magnanimidad y la moderacion que habia mostrado despues del asalto. Ébrio con el vino que los coperos le prodigaron en un festin, envió á buscar para una brutalidad odiosa, al mas jóven de los hijos de Notaras, y como este se negara con indignacion á entregar su hijo á los ultrajes del vencedor, fué arrancado de su

casa con Cantacuzeno y sus demás hijos, condenados todos á morir con él. Notaras recobrando valor por la desesperacion que le animaba, exhortó á sus hijos á la muerte y concluyó invocando la venganza del Dios justo sobre la cabeza de su verdugo. Los cuerpos de los ajusticiados fueron arrastrados ignominiosamente por la calle, y sus cabezas que llevaron sobre la mesa del festin, saciaron los ojos ébrios de Mahomet. Sin embargo salvó la vida al hijo menor del gran duque. Aquella misma noche, cediendo á los ruegos de una hermosa extranjera á quien amaba y que queria vengarse de los griegos, mandó degollar al pié de la columna de Arcadio á todos los nobles á quienes habia perdonado la vida el dia ántes, lo mismo que al enviado de Venecia y al de España con sus hijos.

Pero otros historiadores, aun de los mismos griegos, justifican á Mahomet II de aquellos delirios, confesando que Notaras y los nobles decapitados con él habian tramado ya con aquellos enviados extranjeros el dirigir un llamamiento á la cruzada europea contra Mahomet, y achacan aquellos suplicios, no al estravío de la bebida, sino al justo resentimiento del sultan recompensado de lo generoso que habia sido con Notaras, por la ingratitud y la perfidia.

El gran maestro de ceremonias Franzes, amigo y

compañero de guerra de Constantino hasta en la brecha de la puerta San Roman, cayó bajo el poder del comandante general de la caballería otomana, y fué enviado como esclavo á los prados que su amo poseia en el fondo del Asia Menor, aunque le trataron con los respetos debidos á su edad y gerarquía. Cuatro meses despues del sitio le permitieron volver á Andrinópolis, para ajustar el precio de su libertad. Sin embargo, no pudo rescatar tambien á su hijo y á su hija de tierna edad, que le tocaron al mismo Mahomet. Su hija murió en el haren, y su hijo, de edad de quinze años, fué muerto á puñaladas, dicen que por el mismo sultan, por haber preferido la muerte á la corrupcion. Sea que estos atentados sanguinarios envilezcan las costumbres del conquistador de Constantinopla, sea que estos rumores que con dificultad se escapan de los misterios del serrallo pudieran ser la venganza de los vencidos, Franzes refugiado en Venecia los acredita en las narraciones de su vejez con una imparcialidad y una moderacion, que si no prueban el crimen, atestiguan á lo menos la buena fé.

Esas orgías y delirios están muy en contradiccion con la prevision y la tolerancia de la política de Mahomet, para que puedan ser creidos por la palabra de algunos proscriptos justamente irritados por la

pérdida de su patria y de sus familias. « Semejantes « testimonios, dice M. de Salabery, no bastan para « acriminar la memoria de un príncipe cuyos actos « todos desmienten el crimen de la muerte de Notaras. Notaras conspiraba; la clemencia y generosidad de Mahomet, hijas quizás de su política, no « admiten la menor duda. »

El quinto dia despues de la conquista, el sultan consagró con un acto auténtico, la libertad de conciencia que el Coran acordaba á los vencidos; no tomó para los musulmanes mas que la mitad de las iglesias de Constantinopla, dejando la otra mitad á los cristianos. En vez de perseguir ó aun de despreciar el culto opuesto al suyo, pero que se hizo de derecho para la parte aquella de sus súbditos que quisieran continuar practicándole, le dió todos los honores que daba á su propia fe, con una afectacion de respeto tan justo como político. El patriarca Genadius, que fué llevado en pompa al palacio de Blakernes, revestido con sus insignias pontificales, recibió del sultan, en medio del séquito de sus sacerdotes, la investidura del patriarcado. ®

« Quiero ejercer con los cristianos y su pontifice, « le dijo Mahomet, los mismos derechos y la misma « proteccion, que antes de mi reinado ejercieron « vuestros emperadores. »

Sentado en su trono, el sultán entregó al patriarca el báculo pastoral y la corona, señales de su autoridad espiritual. Después de aquella ceremonia, Mahomet sin parar su atención en las murmuraciones de sus dervises, tomó ante Gennadius la actitud de la deferencia y casi de la inferioridad del poder humano sobre el poder divino; acompañó al patriarca hasta la puerta exterior del palacio, le presentó un caballo con caparazón de oro y pedrerías, le ayudó á montar en él, y dió algunos pasos llevando en la mano las riendas del caballo. Los visires, los bajás, el aga de los genizaros y una numerosa comitiva de guardias, escoltaron al patriarca hasta el palacio que le habia mandado disponer Mahomet. La igual repartición de las mezquitas y de las iglesias se hizo á gusto de ambas religiones. El sultán asistió á las pompas de las ceremonias y de las procesiones cristianas, no como un fiel, sino como un soberano imparcial de ambos cultos que en adelante habian de dividirse las creencias de su pueblo.

Los griegos sorprendidos por una tolerancia que ellos no tenían entre sí en sus sectas respectivas, alzaron al cielo las bendiciones á Mahomet, que alarmado con lo que habian despoblado la capital los asaltos, la esclavitud y la fuga, llamó por medio de caricias y de amenazas á los fugitivos de todas las

provincias de Europa y de Asia. Todos aquellos que no habian huido á Italia á bordo de los buques venecianos, ó que no debian permanecer cautivos por la voluntad de sus amos, volvieron á la voz de un conquistador que les devolvía no el imperio, pero sí la religión y la patria. En pocos meses Constantinopla tenía dentro de sus muros mas griegos que otomanos.

Sin embargo, el sultán pensaba en fijar allí la residencia del imperio. Un ejército de mineros, de arquitectos y de trabajadores, terraplenó por sus órdenes el espacio de ocho estadios que ántes ocupaba la Acrópolis, á la extremidad de la lengua del continente donde están las siete colinas, que va á morir en el Bósforo, y que llaman hoy la punta del serrallo. En ese sitio, un poco alto á la mitad y cerrado por una alta muralla del lado de la ciudad para resguardarle de las sediciones y tumultos imprevistos de una capital tan grande, que se inclina en una cuesta suave por los otros lados sobre el mar de Mármara hacia la embocadura del Bósforo, y por último hacia el Cuerno de Oro, en ese sitio, decimos, elevó Mahomet II los primeros palacios que forman el serrallo, ese Versalles de los otomanos.

Ningun lugar en el mundo fué nunca mas propio para llegar á ser el pedestal de una monarquía imponente.

Respaldado contra la antigua capital del imperio romano, que con desprecio parece dejarla que se entierre bajo sus monumentos ruinosos, y entre sus vanas murallas, domina desde lo alto de sus kioscos el horizonte limitado por el Olimpo del Asia Menor. Sus caminos que son el mar brillante del Propóntide, los Dardanelos, el canal de Tracia, el mar Negro y el Euxino, tres mares que reúnen sus aguas en la rada profunda y límpida del Cuerno de Oro, para formar un lago interior; las verdes colinas de la Europa que le abrigan de los vientos del Norte; las rocas, las ruinas, los bosques, los castillos del Bósforo que conducen allí por tortuosos rodeos las miradas, de aldea en aldea, ó de soledad en soledad, hasta la sombría embocadura del mar Negro, ese otro Mediterráneo interior de los otomanos; los plátanos y los cipreses majestuosos de los jardines que cortan con sus sombras los minaretes de las mezquitas y la techumbre medio velada de esos palacios del misterio; las bulliciosas aguas del Syndacus ó de los acueductos de Justiniano que van de fuente en fuente atravesando la ciudad que riegan, y entran en los mil estanques de mármol de los jardines del haren, hasta que se estienden en anchas sábanas sobre las verdes praderas de césped que forman el cabo avanzado del serrallo, donde se oye continuamente el

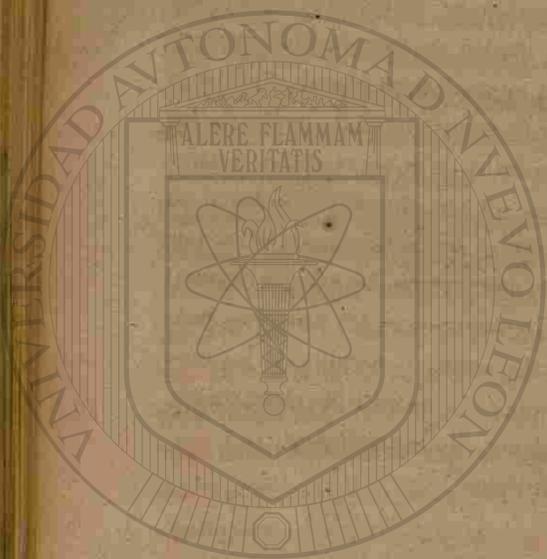
murmullo de la espumosa confluencia de ambos mares que le acaricia con sus ondas, todo esto hacia y hace hoy de aquel lugar un sitio de fuerza, de silencio y de delicias donde Mahomet II cambió en palacios sus tiendas. Unicamente esos palacios conservan todavía alguna imágen de la gracia, la lijereza y la inestabilidad de la tienda. Construidos casi del todo con madera de cedro sobre cimientos de piedra, abiertos á las brisas de la tierra y de la mar como están abiertas las tiendas por colgaduras que se prenden á los lados de la puerta; levantados mas que edificados en medio de jardines y de grupos de árboles que recuerdan los prados del Asia; terminados por una infinidad de cúpulas que imitan los pliegues del lienzo, llenos de galerías, de celosías y enrejados, festoneados de arabescos en los que se enlazan las flores y las enredaderas de ambos climas... en esas construcciones se traslucia el campamento, la tribu, la vida pastoril, y se trasluce todavía el despotismo, la contemplacion y la voluptuosidad de las costumbres orientales. Cuando en nuestros dias se penetra en ese vasto recinto precedido de una larga calle de patios, de cuarteles, de tesoros guardados por el silencio y el terror del lugar ahora abandonado desde hace dos reinados, se pierde uno en un laberinto de palacios, de kioscos y de jardines con apartados para

las sultanas, tapiados y murados como claustros, donde el perfumado jazmin y los surtidores de agua de murmullo monótono, consolaron en otro tiempo los ojos y encanlaron el oído de las odaliscas favoritas de los sucesores de Mahomet II. Una frondosa selva de abetos plantados entre el puerto y las paredes de aquellos edificios interiores, proyecta sus sombras sobre esos jardines invisibles.

Mahomet, después que hubo poblado de nuevo la ciudad, y cuando vió comenzadas esas construcciones del serrallo, se llevó su ejército á Andrinópolis cargado con los despojos del imperio romano. La flota llevó á Galípoli, á Mudania y á Tesalónica á los sesenta mil esclavos, cuyo rescate debía enriquecer á las tribus tartaras de la Armenia y de la Caramania. «Aquí, dijo uno de aquellos expatriados de la conquista, se veía un soldado vestido con los hábitos sacerdotales; otro llevaba perros del ramal que iban atados con un cinturón dorado de pontífice; este bebía vino en un cáliz; el otro comía en las patenas sagradas; una multitud de carros se llevaba á las provincias los muebles, las telas, las mujeres, las vírgenes, los niños de la capital conquistada. Manadas de hombres atados de dos en dos, iban con las manadas de camellos, de bueyes y de caballos que los vencedores impelían lentamente á hácia las montañas.»

Así acabó, después de mil años de esplendor, la última capital del imperio romano que se volvió la capital de un pueblo que ni aun de nombre conocían los romanos. El imperio se hallaba tan aniquilado ya antes de que la ciudad de Constantino quedara reducida á la nada, que apenas resonó en Europa el ruido de la caída de Constantinopla; de modo que los turcos pudieron saquear una de las ciudades madres del mundo cristiano, sin que el mundo cristiano se conmoviera de horror ó de lástima hácia ella. Los romanos gastaron la admiración, los griegos degenerados habían gastado el desprecio del universo. Solo un hombre protestaba contra la fortuna de los otomanos, y este hombre era un jefe de montañeses, desconocido del mundo, era Scander-Beg.

Pero volvamos al Epiro.



## LIBRO DÉCIMOTERCIO

La entrada de Mahomet II en Andrinópolis despues de la conquista de Constantinopla, recuerda los triunfos de los Césares en Roma. Una muchedumbre de senadores, de grandes oficiales del palacio de Constantino, de mujeres y de hijos de las familias augustas del imperio bizantino, seguían á pié en el polvo, al caballo del conquistador. Entre este número, y aunque vestida de luto y con los ojos anegados en llanto por la suerte de su esposo y de su hijo, se veía

á la princesa, mujer del gran duque Notaras, ajusticiado con sus hijos por conspirador, despues de haber sido perdonado. Esta viuda murió de su dolor y su vergüenza pocos días despues del triunfo á que contribuyó con su presencia. Mahomet que como ya hemos visto, la honró en Constantinopla por su virtud y sus talentos, no la hizo responsable de las culpas de su marido, y como para protestar contra su propia crueldad que acababa de hacerla sufrir tan duramente la ley del vencedor, la mandó enterrar con la pompa cristiana de su religion, y la elevó un mausoleo.

Muy cerca del triunfo estuvo la venganza. El gran visir Khalil, cuarto visir de la familia de Tschenderli, causa de las dos caidas de Mahomet, objeto de un resentimiento secreto en el alma del sultan, y acusado de estar en relaciones con los cristianos ántes y despues del sitio de Constantinopla, cumplió por fin, acaso sin buena voluntad, la promesa que habia hecho á su amo de ponerle en posesion de la capital de los cristianos. Los visires, sus subordinados y las tropas, para hacer recaer sobre un tercero la lentitud y malos resultados de los primeros asaltos, le habian acusado á menudo de que se hallaba de acuerdo con Constantino para salvar la ciudad y concluir una paz, cuyo precio le habrian pagado los griegos secre-

tamente. En la conducta de Khalil no se traslucianada que pudiera autorizar semejantes rumores y acusaciones. Constantinopla habia sucumbido. Khalil habia dirigido con celeridad y misterio los inmensos preparativos de la campaña, como que no podia borrar sus culpas de otro reinado en el espíritu de su amo, sino mediante un triunfo cuyo mérito se le pudiera atribuir justamente. Este triunfo pues, Mahomet le habia alcanzado, y habia sido tan rápido como completo; la fecha de su gobierno de visir se hallaba ya ligada en adelante, en la memoria de los otomanos, con la victoria mas grande del imperio, y solo la envidia ó la ingratitud podrian perjudicarle. Es de suponer que por la grandeza del servicio se midió su premio. Apénas habia acompañado al sultan vencedor hasta el palacio de Andrinópolis, cuando Mahomet le mandó llamar y le reconvino por su supuesta connivencia con Constantino y Notaras, de quienes habia recibido regalos, le dijo el sultan, para amortiguar el ardor de los otomanos en la conquista de aquel resto de imperio. Otro día el sultan pasando á caballo por delante del corral de un campesino donde habia un zorro que daba vueltas en vano para romper su cadena, Mahomet dijo al zorro delante del gran visir, como en forma de amarga burla: « Pobre loco, no estarias aquí si te

« hubieras dirigido á Khalil para comprar tu libertad. »

Khalil bien advertido por estos indicios del peligro que amenazaba á su cabeza, fingió que estaba cansado de los negocios, y se dispuso á la peregrinacion de la Meca, para santificar su vejez, como él decia, mas en realidad para dar tiempo á que se amortiguara la envidia, y que pasara la tormenta. Pero tardó demasiado segun sus enemigos en llevar adelante su idea. Mahomet II que á nadie queria deber sino á sí mismo, á los ojos de los otomanos, la conquista de la primera ciudad de Oriente, aconsejado por los enemigos de Khalil en el divan, y por sus propios resentimientos, mandó que al salir del consejo pusieran preso al visir en la cárcel de Andrinópolis, y al cabo de cuarenta dias de angustias y de vanas súplicas al sultan, los verdugos entraron en su calabozo, y dejándole apénas el tiempo suficiente para que rezara su última oracion, le cortaron la cabeza. Este grande hombre, demasiado fiel á Amurat II y despues demasiado fiel á su hijo, sufrió la pena de sus servicios demasiados grandes con la resignacion de un sabio.

« Arrojad mi cabeza á los piés del sultan, dijo á los chiaux; no puedo darle ya otra cosa mas grande. »

La cabeza de Khalil estuvo expuesta por la ma-

ñana á las puertas del serrallo. Los ciento veinte mil ducados de oro que componían su inmensa fortuna, pasaron de su tesoro al de Mahomet II. El suplicio del inocente Khalil fué el primero que abrió la larga série de grandes visires decapitados que mancha los anales del imperio; hombres demasiado grandes para súbditos, que el pueblo y el soberano se arrojan alternativamente en expiacion, el pueblo porque les odia, y el príncipe porque los teme.

## II

Un servio, Mahmud-baja, hijo de una griega, que no tenia una gota de sangre turca en las venas, fué nombrado para visir, en reemplazo de Khalil. Mahmud, robado en su infancia por los turcos en Selymbria, habia sido educado, como Scander-Beg, entre los pages, y se habia hecho querer de Mahomet II por su inteligencia y su fidelidad en el manejo del tesoro imperial.

El año que siguió á la toma de Constantinopla solo se señaló en Andrinópolis por las vicisitudes de los visires, y por las expediciones de Turakhan, el gene-

ral de Mahomet que fué á la Grecia y al Epiro, para completar la extincion del imperio bizantino en esas provincias con la sumision de los hermanos ó de los parientes de los Paleólogos. Los embajadores de las potencias cristianas de Italia y del Danubio, aterrados por la fuerza del golpe que habia hundido á Constantinopla, se presentaron sucesivamente á rendir homenaje á Mahomet II. Una rápida expedicion en la Servia, dirigida por el sultan en persona en la primavera del año siguiente (1455), le dió la opulenta ciudad de Noyomonte, cuyas minas de plata ingresaron en adelante en el tesoro.

Despues de haber entregado el ejército á sus capitanes, Mahomet para acostumbrar á sus súbditos al próximo cambio de capital, pasó con su córte á Constantinopla, donde inauguró el nuevo serrallo con las fiestas y voluptuosidades del haren, en donde habia reunido á las mas bellas odaliscas griegas reservadas para el recreo de su vista. Todo se sometia ante su poder en la Servia, en Grecia, en Macedonia, en las orillas del Euxino, en Asia y en el archipiélago. Hasta la órden religiosa de San Juan de Jerusalem le enviaba caballeros, disimulando bajo el nombre de dones voluntarios, los tributos que la órden pagaba al sultan por la posesion de algunas de sus islas. Pero semejante independenciam, aunque de nom-

bre, no le convenia ya al conquistador, que acababa de derrocar un imperio y no podia tolerar la rivalidad de un monasterio de guerreros contra la omnipotencia de un pueblo. Al cabo de varias negociaciones vanas y acaloradas entre los visires y el gran maestre de la órden para convertir los dones en tributo, Mahomet ofendido con aquella insolencia, reunió de todos los puertos del Euxino, del mar de Mármara, de la Grecia y del Asia, la flota dispersa de Constantinopla para sitiarse á Rodas, donde el orgullo de los caballeros desafiaba á sus armas. Hamza, capitán-bajá armó y cargó de tropas y de cañones trescientas galeras, buques y embarcaciones de todas formas, para llevar á Rodas la ley de su soberano.

Hamza paseó vanamente sus trescientas velas delante de las islas y delante de Rodas, y se volvió al cabo de dos meses de navegacion sin llevarle al sultan otra cosa que palabras y tratados ambiguos, en los cuales se reconocia y contestaba á la vez la soberania de los turcos.

« Si no hubieras sido amigo de mi padre, dijo con dureza el sultan á su almirante, te mandaria de-  
« sollar vivo. »

Un hermoso jóven, griego de nacimiento, favorito del serrallo de Mahomet, llamado Yunis, recibió el título de capitán-bajá. Yunis surcando la mar y las

radas del Archipiélago, se limitó á enviar al sultan una jóven griega de una belleza incomparable tomada contra los tratados á bordo de un buque de Mitilena. Doria, noble genovés que poseia en soberanía una de aquellas islas, paralizó el efecto de las armas de Yunis, enviando su hija única como un presente á Mahomet. La ira y la ambicion de este príncipe cedían solo ante esos despojos vivos con que adornaba sus harenes.

## III

Los demás despojos del Archipiélago los empleaba en adornar su nueva capital. Mahomet II mandó construir en Constantinopla la célebre mezquita de Abu-Aiub, sobre la tumba del huésped del profeta que habia ido á morir en otro tiempo en el sitio de Bizancio, como mártir del islam. En esa mezquita consagrada despues á la coronacion de los emperadores, se ciñen los sultanes el sable, cetro de los conquistadores cuando suben al trono.

Al mismo tiempo mandó construir otras once mezquitas en la ciudad para el servicio del culto de su

pueblo, y entre ellas la mas memorable es la *Mezquita de la conquista*, que lleva tambien el nombre de *Mezquita de Mahomet II*. Una azotea nivelada sobre la colina culminante de Constantinopla, entre el mar de Mármara y el Cuerno de Oro, sirve de pedestal á ese admirable monumento de la arquitectura otomana. Las cúpulas de plomo, que brillan como las olas del mar al sol, descansan en columnas de granito color de rosa de Egipto, y de mármol corintio.

El edificio está rodeado de un vasto átrio cuadrado, cubierto tambien con cuatro cúpulas de plomo; al rededor hay divanes de mármol pulimentado para servir de asiento á los creyentes; hermosas fuentes refrescan aquel lugar delicioso, donde los cipreses proyectan su sombra inmóvil, y por último se ve grabado en caracteres de oro aquel pasaje del Coran donde el profeta anunciaba la conquista de la capital del Oriente al dogma apénas nacido del Dios único, en una tienda de la Arabia: « Tomarán á Constantinopla, y bienaventurado el príncipe, bienaventurado el ejército que la conquiste. »

Ocho colegios ó escuelas de altos estudios de teología y de jurisprudencia, de filosofía, de historia y de poesía, rodearon la mezquita. Sobre las salas donde se dan las lecciones públicas, se elevan innumerables

celdillas gratuitas para los estudiantes y los profesores. Un *imaret* ó cocina perpétua para los pobres, donde los estudiantes y los indigentes hallan el alimento del cuerpo dos veces por día, una casa de locos, un hospital, una posada para los viajeros sin abrigo, una biblioteca pública, una cisterna comun para los hombres y los animales, baños calientes para el pueblo, y en fin, un cementerio sembrado de cipreses para descanso eterno de los creyentes, completan el grupo de edificios comprendidos en el recinto de la *Mezquita del Conquistador*. La civilización que concebía semejantes monumentos, el arte que los adornaba, la caridad que los consagraba á la religion, á la inteligencia, á las miserias del pueblo, parecian rivalizar con los monumentos y las instituciones del Vaticano.

Durante aquellos años tranquilos del reinado de Mahomet II, la sultana Aiche, su hija favorita, y la sultana Sitti, una de sus esposas, hija del príncipe caramanio Sulkadar, mandaban elevar por sí aquellos templos con el oro que el sultan las prodigaba. La obra de la administracion del imperio principiada por Amurat II y por los cuatro visires muertos de la familia Tchendereli, se organizaba bajo el triple principio religioso, patriarcal y militar, base de la constitucion otomana.

El gobierno tomaba el nombre de *Puerta Otomana* por analogía con la puerta de la tienda donde se trataban en el desierto los asuntos de las tribus, y añadieron el nombre de *Sublime Puerta*, aludiendo á la majestad del ejército que guardaba la entrada del palacio, como ántes habia guardado la entrada de la tienda del gefe de tribu. El visir manda las tropas que custodian el umbral del soberano. Una segunda *puerta* del palacio, llamada *Puerta de las Felicidades*, conduce al aposento de las mujeres ó á los harenes. En memoria tambien de las cuatro columnas que sostenian en otro tiempo la tienda de los turcomanos, se dividieron en cuatro las clases de los funcionarios del Estado, y estas cuatro columnas del gobierno se llamaron los *visires*, los *cadis-kers*, los *desterdars* y los *nischandjis*. El ceremonial y etiqueta de la corte de los sultanes se ordenaron en gerarquias mas severas. Los esclavos no pudieron sentarse ya mas á la mesa del sultan. Levantóse para el soberano un trono que ocupaba en las fiestas públicas, y los grandes desfilaban por delante de él y le besaban la mano.

Una ley sanguinaria, fundada como todos los crímenes del Estado, en una supuesta necesidad de salvacion pública, erigió el fratricidio en derecho dinástico que podian ejercer los sultanes entronizados. « La

« mayoría de los lejistas, dice el preámbulo de la ley  
 « de sangre de Mahomet II, ha declarado que todos  
 « mis hijos ó nietos que suban al trono, podrán ha-  
 « cer morir á sus hermanos para asegurar el reposo  
 « del mundo. En consecuencia de esta declaracion,  
 « deberán conformarse con la presente ley mis hijos  
 « y mis nietos. »

De este modo, el trono colocaba al sultan reinante fuera de la humanidad; la vida en sus hijos era un crimen. El principio de la autoridad pedía en alta voz víctimas humanas, y designaba estas víctimas en su propia sangre. Entre dos hermanos salidos de las mismas entrañas y que se querían hoy, mañana el uno de ellos, fatal y legalmente se hacia víctima, y el otro mas fatalmente aun, se hacia verdugo. Jamás la política se puso con una audacia mas atroz en contradicción con la naturaleza. Los otomanos para justificar esa legislacion del asesinato y del fratricidio, alegaban el asesinato de los cincuenta hermanos de Ochus, hijos de Artaxerxes y de Fraatre IV, otro soberano de los Arsacidas, que mató á su hijo primogénito para asegurar la paz de su reinado.

Mahomet extendió su prevision sanguinaria á todos los hijos de las sultanas que nacieran en el serrallo ó en casa de sus maridos, y se prohibió que ataran el ombligo á los niños varones, temiendo que un dia

pretendieran al trono en virtud de la sangre imperial que corria por sus venas. Esta ley del asesinato practicada hasta nuestros dias, se hizo extensiva por analogía á los niños varones de las sobrinas y de las nietas del sultan.

El profeta habia hallado en la Arabia el uso contrario de ahogar á las hembras al nacer, por demasiado inútiles ú onerosas en la tienda; pero abolió este uso por las maldiciones del Coran. La interpretacion de los lejistas turcos le restablecia aplicándole á los varones únicamente en la familia de sus soberanos.

## IV

Mahomet II á ejemplo de sus predecesores habia presidido hasta entónces el divan ó consejo de los visires, ante el cual todos los otomanos podian llevar sus pretensiones. Un dia, un turcomano de Asia, que habia ido á Constantinopla para que le hicieran justicia, entró con los vestidos cubiertos de polvo en el divan, y dirigiéndose con una familiaridad gro-

sera á los visires, les preguntó : « ¿Quién de vosotros es el sultan ? »

Indignado con aquella insolencia el gran visir Mahmud-bajá, hizo presente á Mahomet el peligro que habia en dejar profanar de aquel modo la majestad del carácter imperial. Mahomet desde aquel dia, cesó de asistir al divan, que fué presidido despues por el gran visir. Cuatro veces por semana, este primer funcionario del imperio se dirigia al serrallo seguido de los demás visires; los ministros y los funcionarios inferiores que llegaban ántes que él al salón del divan, le esperaban formados en dos filas, con los brazos cruzados sobre el pecho, y las manos ocultas en sus anchas mangas. El gran visir, despues de haber recibido y devuelto el saludo, atravesaba por en medio de ellos, y se sentaba en el divan mas rico que marcaba su puesto. Una numerosa comitiva de sumilleres, chiaux, guardias interiores, y ejecutores de las órdenes y de los suplicios, acrecentó la majestad terrible del divan.

Los jueces de ejército ó *cadishers* asistian tambien y se sentaban en primera fila detrás de los visires; ellos administraban la justicia y nombraban los jueces secundarios.

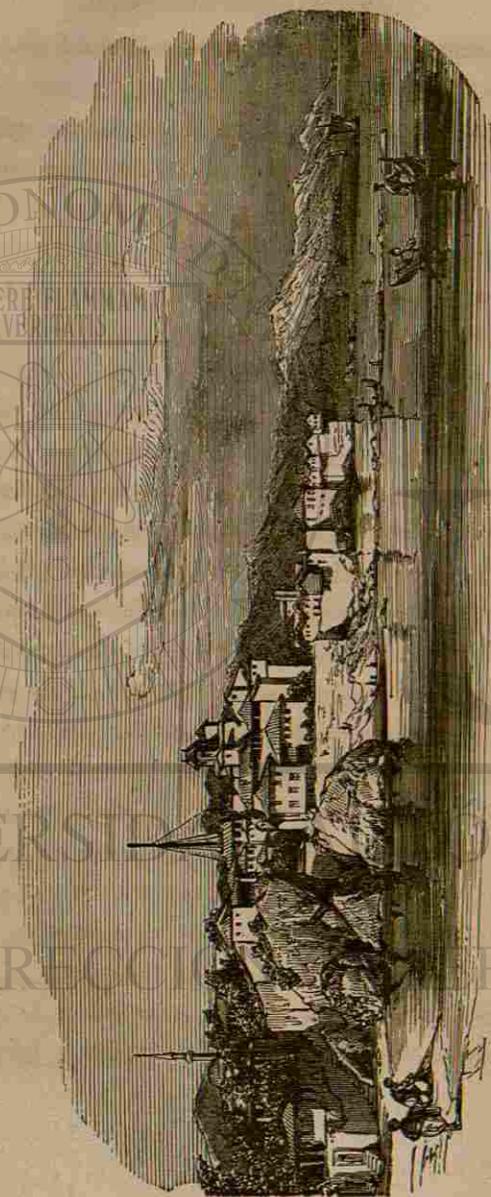
Despues venian los *defterdars*, ó los que llevaban

los registros, que eran los administradores superiores del imperio.

Los *nischandjis*, ó secretarios de Estado, se hallaban encargados de estampar la cifra del sultan sobre los actos emanados del divan imperial.

## V

Un crecido número de agas militares ó civiles, á cuya cabeza figuraba el aga de los genízaros, se repartían los mandos interiores y exteriores del palacio. Los unos mandaban la caballería, y los otros la infantería y la artillería de los dos ejércitos de Europa y Asia. El kapa-aga ó aga de la Sublime Puerta, era un eunuco blanco, que tenía bajo sus órdenes á otros cuarenta eunucos blancos encargados de la tutela de los pages del serrallo. El gefe de estos eunucos blancos acompañaba por todas partes al sultan, le presentaba el turbante, estendía á sus piés la alfombra para la oracion sobre el pavimento de la mezquita, lamiendo ántes repetidas veces el lugar donde iba á desplegarla para cerciorarse de que el suelo no estaba envenenado; tenía la llave del tesoro



TREBISONDA.

T. III, p. 301.

particular del sultan, ponía los manjares sobre la mesa, y él solo hacia los sorbetes y los dulces, que probaba, así como los vinos y el agua destinados al emperador.

Los gefes de la primera sala de pajes, educados en el interior del serrallo, vestían y desnudaban al sultan, y cuatro agas se repartían también los servicios de honor del príncipe reinante; el uno era sumiller mayor ó *khassoda-baschi*; el otro *silhdar-aga*, ó el que lleva el sable; el tercero *tschokadar-aga*, ó el encargado de guardar la ropa del soberano, y el cuarto, *rikiabdar-aga*, ó el que tenía el estribo. Con aquella nube de pajes, vivían y se alimentaban una porción de mudos, enanos, cantores, músicos y bufones, puerilidades, juguetes, histriones ó recreo de su corte. Los pajes, de donde luego salían funcionarios y oficiales, recibían lecciones de los primeros profesores de ciencias y artes de la capital. Su serrallo particular, construido en los primeros patios del serrallo del sultan, era una especie de escuela civil y militar privilegiada, sostenida con un lujo imperial.

## VI

Los begs y los beglerbegs gobernaban las provincias, y se hallaban encargados de recaudar para el sultan, de los poseedores de feudos ó sandjaks, los impuestos de hombres ó de dinero que debían pagar como feudatarios en la guerra ó en la paz. Solo el reclutamiento de aquellos sandjaks suministraba cien mil ginetes al imperio. Los impuestos ordinarios se elevaban á una renta de dos millones de ducados de oro.

También fué en tiempo de Mahomet II cuando se organizó el cuerpo de los ulemas ó legistas, en virtud de tradiciones y costumbres más precisas. Según la legislación teocrática, contenida en un solo libro sagrado aclarado con muchos comentarios, los ulemas son los intérpretes absolutos de la ley. La oración pertenece á los imanes ó al clero, y el espíritu civil de la religión aplicado á las costumbres, pertenece á los ulemas. Esta atribución mixta, que les mezcla á la vez en la teología y en la política, les da una inmensa superioridad sobre el clero puramente

sacerdotal de las mezquitas. Son á un tiempo el cuerpo encargado de la enseñanza, del que dependen todos los estudiantes tan numerosos entre los mahometanos y los judíos, los jurisconsultos, los letrados, los profesores, los comentadores, los casuistas, los intérpretes del testo y de las tradiciones, los sábios auténticos, los examinadores del imperio; por último forman un cuerpo que tiene en el mufti su cabeza, y en las diferentes categorías de los ulemas sus miembros distintos, independientes y á veces superiores en autoridad moral, al mismo gobierno. Contrapeso del despotismo absoluto de los sultanes y de los visires, ejercen á veces ellos tambien el despotismo de la opinion, que es el mas absoluto é incorregible de todos los despotismos.

## VII

Mahomet II despues de haber visto acabados aquellos monumentos, aquellas magnificencias, aquellas gerarquias é instituciones, cayó de nuevo sobre la Grecia, que se hallaba repartida aun entre los dos hermanos del desgraciado Constantino, Demetrio y

Tomás Paleólogo que la destrozaban disputándosela. Su gran almirante Yunis-bajá continuaba sacando contribuciones de las islas. Solo de la isla de Lesbos, esa flor del Archipiélago, donde la naturaleza humana es tan fecunda como la vegetacion, sacó cien jóvenes vírgenes y cien niños de una admirable belleza para los palacios de Mahomet II.

Doria despues de haber obtenido su gracia del sultan por el donativo y la intercesion de su propia hija, degolló en Chio á los turcos que le habian dejado para recibir el tributo. Esta perfidia encendió el furor de Mahomet, que iba ya á embarcarse en persona sobre su flota para exterminar las islas y la Morea, cuando Huniade aletargado hacia tiempo, y aun su cómplice como hemos visto en el sitio de Constantinopla, le llamó sobre el Danubio.

Las potencias cristianas, levantándose en fin á la voz de su nuevo pontífice el papa Calisto III, formaban demasiado tarde una postrer cruzada para vengar á Varna y Constantinopla. Huniade, viejo ya, pero ansiando merecer el trono de Hungría para su hijo, fue elegido para campeón de aquella cruzada contra los turcos por Calisto III y por los estados confederados de la Italia y de la Alemania.

La Francia cansada de caballería, la Inglaterra rebelde al papa, y la Alemania ocupada con sus pro-

pias anarquías, se habian negado á coaligarse con la república de Génova, de Venecia y de Ragusa, y con la Polonia y la Hungría ora aliadas, ora enemigas de los turcos por razon de intereses fronterizos, de comercio y de marina, donde la religion servia de pretexto á la avaricia. El mismo Scander-Beg lisonjeado por Mahomet y que disfrutaba de una tregua tácita con este príncipe, se ocupaba solo en consolidar un poderío en la Albania, temiendo á los venecianos y á los húngaros tanto como á los turcos.

Huniade nombrado generalísimo de aquella débil confederacion, la hizo mas grande con su valor. Heroe de los húngaros á pesar de sus reveses, no pensaba mas que en dejar á su país una memoria soberana que pudiese coronar su casa despues de su muerte. Huniade eligió la inexpugnable ciudad de Belgrado á la entrada de la Servia para que sirviera de puesto avanzado á la confederacion, y allí dirigió veinte mil húngaros, polacos, transilvanios é italianos confederados para apoderarse de aquella llave de la Turquía y para defenderla contra Mahomet II, mientras él reunia en Pesth, capital de los húngaros, el ejército de expedicion que en breve debía á sus órdenes atravesar el Danubio.

Fiel á sus hábitos de siempre, cubria sus preparativos belicosos con el disimulo, las falsas apariencias

de paz, el misterio y las palabras engañosas. Los espías que Mahomet con su política vigilante, tenia apostados en las márgenes del Danubio, no le dejaron duda alguna sobre los designios de Huniade. El sultan llegó á saber que habian pasado ya el rio veinte mil soldados, y que las fortificaciones y los armamentos de Belgrado anunciaban un plan de campaña cuya base estaba en aquella ciudad. En vista de esto, resolvió prevenir á Huniade, y acabar en Belgrado con la cabeza de su confederacion ántes de que pudiera organizar y poner en movimiento á todos sus miembros, y con este fin llamando de Asia, de Galipoli, de Constantinopla y de Tesalónica á los destacamentos de su ejército que se movian ya para la campaña de la Grecia, marchó con ciento cincuenta mil hombres sobre Belgrado, por el valle de Filippópolis, por Sofia y Nissa.

Su flota, compuesta de trescientos buques ligeros propios para subir la corriente de los rios, recibió la orden de salir del Cuerno de Oro, donde su almirante Yunis la tenia anclada entonces, de entrar en el mar Negro, de seguir por él las costas hasta Varna, y de venir por el Danubio á bloquear á los húngaros por agua mientras él por tierra les daba el asalto.

La prontitud del sultan trastornó á Huniade. Mahomet II estableció su campamento á los dos lados de

las dos cordilleras de colinas que forman un camino tortuoso para la entrada de la ciudad por el lado de Servia; cubrió el valle que hay en medio con sus tiendas, y elevó contra las salidas de los sitiados fortificaciones de tierra defendidas con su artillería de sitio. Su flota subiendo el Danubio, pasó el mismo día bajo el cañón de la plaza, se desplegó fuera del alcance de las balas, en el ancho espacio formado por la confluencia del Save, y echando el ancla de una orilla á la otra sobre cinco buques de profundidad, estableció una cadena inexpugnable para las barcas de los húngaros que intentasen abastecer á la ciudad sitiada.

Sorprendido Huniade con la celeridad é inminencia del peligro, no abandonó á sus propias fuerzas á los defensores de Belgrado; si no podia salvarlos, resolvió á lo ménos sucumbir con ellos. Con este fin, corrió acompañado por un corto número de ginetes de Pesth á la orilla izquierda del Danubio, se arrojó en los pantanos que cubren las hondonadas del río hácia la ciudad húngara de Sembrí y confiando su seguridad á una balsa de juncos construida por unos pescadores, atravesó el río en una noche oscura y entró como fugitivo en la ciudad que queria salvar; su presencia valia un ejército para los húngaros.

## VIII

Después de haber medido rápidamente los peligros de Belgrado, volvió á salir en breve empleando el mismo subterfugio para dar prisa á los socorros que los húngaros y los transilvanios le preparaban. A su voz doscientas barcas que estaban ya medio construidas sobre el alto Danubio para llevar una parte del ejército confederado á Varna, recibieron á bordo quince mil infantes y una artillería ligera. Huniade no quiso confiar á nadie la gloria de mandarlos, y embarcándose tambien, envió á sus generales á Belgrado un mensaje secreto ordenándolos que atacaran á la flota turca por la orilla, en tanto que él la abordaria sobre el río; después levantó el ancla, y doblando por la rapidez de la corriente, por el impulso del viento y de los remos, el peso de sus buques cargados de armas, rompió con sus proas forradas de hierro la cadena de los buques turcos inútilmente estendida delante de la ciudad.

Entonces el ejército impotente de Mahomet pudo ver una pelea confusa de buques haciendo fuego,

las dos cordilleras de colinas que forman un camino tortuoso para la entrada de la ciudad por el lado de Servia; cubrió el valle que hay en medio con sus tiendas, y elevó contra las salidas de los sitiados fortificaciones de tierra defendidas con su artillería de sitio. Su flota subiendo el Danubio, pasó el mismo día bajo el cañón de la plaza, se desplegó fuera del alcance de las balas, en el ancho espacio formado por la confluencia del Save, y echando el ancla de una orilla á la otra sobre cinco buques de profundidad, estableció una cadena inexpugnable para las barcas de los húngaros que intentasen abastecer á la ciudad sitiada.

Sorprendido Huniade con la celeridad é inminencia del peligro, no abandonó á sus propias fuerzas á los defensores de Belgrado; si no podia salvarlos, resolvió á lo ménos sucumbir con ellos. Con este fin, corrió acompañado por un corto número de ginetes de Pesth á la orilla izquierda del Danubio, se arrojó en los pantanos que cubren las hondonadas del río hácia la ciudad húngara de Sembrí y confiando su seguridad á una balsa de juncos construida por unos pescadores, atravesó el río en una noche oscura y entró como fugitivo en la ciudad que queria salvar; su presencia valia un ejército para los húngaros.

## VIII

Después de haber medido rápidamente los peligros de Belgrado, volvió á salir en breve empleando el mismo subterfugio para dar prisa á los socorros que los húngaros y los transilvanios le preparaban. A su voz doscientas barcas que estaban ya medio construidas sobre el alto Danubio para llevar una parte del ejército confederado á Varna, recibieron á bordo quince mil infantes y una artillería ligera. Huniade no quiso confiar á nadie la gloria de mandarlos, y embarcándose tambien, envió á sus generales á Belgrado un mensaje secreto ordenándolos que atacaran á la flota turca por la orilla, en tanto que él la abordaria sobre el río; después levantó el ancla, y doblando por la rapidez de la corriente, por el impulso del viento y de los remos, el peso de sus buques cargados de armas, rompió con sus proas forradas de hierro la cadena de los buques turcos inútilmente estendida delante de la ciudad.

Entonces el ejército impotente de Mahomet pudo ver una pelea confusa de buques haciendo fuego,

abordándose y combatiendo cuerpo á cuerpo sobre aquella confluencia ancha como una rada. El mismo sultan contemplaba desde lo alto de las rocas, el rompimiento de su bloqueo, la superioridad de maniobras y de valor de los húngaros, y la fuga el incendio ó el naufragio de sus buques que se iban á pique en el río.

Huniade de pié sobre la proa de un bergantín que llevaba el pabellon de la Hungría, se lanzó al abordage del buque almirante de los otomanos. Un combate cuerpo á cuerpo enlazó un instante á Huniade y á Yunis sobre aquellas dos proas agarradas una á otra con garfios de hierro. El estrecho espacio en que se hallaban impedía á los soldados que los socorrieran. Huniade que conservaba en la vejez el arma y el brazo de sus primeros días, á la vista de los tres ejércitos hundió su corto puñal en la garganta del almirante otomano, y levantándole de la proa precipitó al Save su cuerpo. Un grito de triunfo se elevó de las fortificaciones de la ciudad, y un grito de terror del campamento de los otomanos. La flota turca, alzando el ancla y abandonándose á la corriente, huyó á velas desplegadas ante el invencible Huniade, que pudo abordar libremente con sus quince mil soldados, ébrios con su victoria, bajo las murallas de Belgrado, seguido como un triunfador de sesenta buques y dos

mil cautivos, y habiendo mandado que llevaran detrás de él en unas angarillas el cadáver del capitán bajá muerto por su propia mano, que habian sacado del río. Este espectáculo devolvió á los defensores de Belgrado una confianza en la fortuna y en la fuerza del héroe de la confederacion que era igual al desprecio que tenian á los turcos.

## IX

El sultan hubo de renunciar á bloquear la ciudad por el río, y precipitó de día y de noche sus asaltos por tierra, á fin de adelantarse á los refuerzos que el Danubio y el Save podian traer á Huniade á cada instante.

El beglerbeg de Rumeliá, Karadja, general que dirigia el sitio, herido de un balazo de cañón, cayó en el segundo asalto á los ojos de Mahomet. El capitán de Huniade, el aventurero italiano Capistrano, que dirigia la defensa, precipitó al otro día lo mas escojido de su guarnicion al asalto de las baterias turcas y penetró en su campamento hasta las tiendas del sultan. El mayor terror se apoderó del alma

de los musulmanes, y hasta los azabs se fugaron lanzando gritos, y llegaron hasta la falda de las colinas. Mahomet rodeado de un puñado de genízaros y cercado por todas partes por los aventureros italianos y por los caballos húngaros, sacó su sable, combatió por su vida y abrió la cabeza á un soldado húngaro que llevaba ya la mano á las bridas de su caballo para arrastrar al sultan prisionero á Huniade. Herido hondamente en el muslo de un sablazo, Mahomet desmayado de dolor, rodó á los piés de su caballo.

Una sangrienta pelea se empeñó en torno de su cuerpo entre los bajás y los ginetes húngaros, los unos muriendo por reconquistar á su emperador y los otros por llevarse aquel trofeo. Por último seis mil genízaros que volvieron avergonzados á la voz de su aga el intrépido Hassan, libertaron el cuerpo de su soberano, rechazaron á los cristianos hasta los cañones de la muralla, recobraron la artillería, volvieron á cerrar el campo y llamaron al ejército á sus tiendas. Mahomet vuelto en sí de su desmayo y curado de su herida, se indignó contra Hassan á quien debía su salvacion, y á quien amenazó con el suplicio para castigar la cobardía de sus tropas.

Hassan acongojado respondió á su amo con lágrimas en los ojos, que iba á expiar el crimen de los ca-

bardes y á vengar la sangre del sultan, y galopando con un puñado de criados suyos sobre la retaguardia de los caballos húngaros, se precipitó sobre sus hachas de armas y murió á la vista de Mahomet inmolando trece ginetes cristianos á sablazos. Pero este sacrificio tardío no impidió que los otomanos pasaran por la vergüenza de una segunda fuga. Huniade, que habia corrido con treinta mil hombres á los gritos de victoria de Capistrano, volvió á tomar el campamento, se apoderó de trescientas piezas que armaban las baterías y rechazó los restos del ejército otomano hasta los desfiladeros de Sofía. Por causa de una herida que recibió en la persecucion no pudo acabar la derrota de Mahomet. Este príncipe, desesperado no se detuvo hasta Sofía, detras de las fortificaciones de la ciudad, para reunir, castigar y reforzar su ejército. Veinte mil turcos habian perecido sobre el rio ó sobre las brechas de Belgrado, y treinta mil en el campo; millares de cadáveres cubrian los senderos de los bosques entre el Danubio y Sofía. Los verdugos de Mahomet, apostados en los caminos que conducen á Andrinópolis, cortaban la cabeza á los fugitivos que no querian detenerse en torno de la ciudad donde el sultan herido estaba recomponiendo su ejército.

Por la fama de aquel sitio Belgrado se hizo el ba-

luarte de la cristiandad. El papa Calisto, que tenia ya mas de ochenta años, se regocijó al borde del sepulcro con aquel triunfo de la cruz, y en conmemoracion de aquella victoria, instituyó una fiesta anual de salvacion y gloria para el orbe cristiano. Huniade y Capistrano fueron proclamados salvadores del Occidente, pero ni uno ni otro disfrutaron de su gloria. Las heridas envenenadas por los vapores febriles de las orillas del Danubio y por los cadáveres de cincuenta mil otomanos que habian quedado insepultos para pasto de los cuervos de la Servia en los fosos y en las gargantas de Belgrado, hicieron de sus troleos su tumba.

Huniade dejó asegurado al morir el trono de Servia á su hijo Matias Corvin, por el reconocimiento de su patria y por el entusiasmo de la Europa. Primer héroe de aquellas cruzadas patrióticas que sucedieron á las cruzadas religiosas contra los otomanos, hombre de una intrepidez de los tiempos antiguos, de una ambicion paciente, de una obstinacion que vencía los descalabros, de una gloria militar que triunfó hasta del genio de Mahomet, pero de una astucia y una deslealtad tan salvages, que ni sus amigos ni sus enemigos podian fiarse en su palabra, fué vencedor de los turcos por las armas, y fué vencido por ellos en buena fe.

## X

Mahomet II á quien la gloria de Constantinopla conquistada hacia olvidar facilmente el sitio abortado de una ciudad oscura de las orillas del Danubio, se tranquilizó con la muerte de Huniade sobre la idea de una coalicion de Estados secundarios que no tenian ya ni alma ni cuerpo. Sus negociaciones con los Estados de Italia, el aniquilamiento de la Hungría, y la tregua política con Scander-Beg, no le dejaban nada que temer por esa parte de la Europa. Al fracasar delante de Belgrado, no habia perdido mas que gloria, pero el valor heróico que mostró, su sangre derramada en el campo de batalla para volver á los genizaros al combate, realizaban su fama á los ojos de su pueblo. En pocas semanas le llegaron nuevos soldados de todos los sandjaks de su vasto imperio; doscientos mil hombres fueron acantonados y ejercitados por sus nuevos bajás entre Andrinópolis, Salónica y Constantinopla. Se ignoraba por que parte pensaba verter aquel torrente de hombres.

La Grecia los vió moverse de repente y desembocar sobre sus valles por todos los caminos y todos los golfos que la cierran por tierra y por mar. Mahomet guiaba en persona la columna principal de aquella expedición sobre Atenas.

Mientras se deshacía el imperio de Oriente bajo la dominación de los Paleólogos hemos visto que el Archipiélago y la Grecia habian caído á pedazos en manos de los genoveses, los sicilianos, los venecianos y los florentinos. Los mercaderes de Ragusa, de Venecia, de Génova y de Florencia, habian despedazado aquellos restos de repúblicas ó de imperios cuyos nombres llenaban la historia, y cuyas ciudades hoy caídas en la irrisión de la fortuna, se habian vuelto el patrimonio de unos tiranuelos desconocidos. Atenas, la capital del entendimiento humano, de la gloria y de la libertad griegas, le habia tocado primeramente á un francés Villeharduino, y luego á una ilustre familia de comerciantes de Florencia, los Acciaïoli. Delfos y Megara estaban comprendidos en esa soberanía de ruinas. Las mismas ambiciones que agitaron antiguamente al Atico por la popularidad, la tiranía ó la independencia, agitaban aun á las familias de aquellos poseedores feudales de la Grecia para disputarse aquellas cenizas de imperios; las mismas pasiones producian las mismas malda-

des. Lo que produce los crímenes es la fuerza de la pasión, no la grandeza del objeto apetecido.

El florentino Mauricio Acciaïoli, duque de Atenas, que tuvo una muerte prematura, habia dejado un hijo de tierna edad y una viuda célebre entre las princesas griegas por una belleza que recordaba la de Elena, dicen las crónicas contemporáneas, y que tambien debia ser fatal á su patria; Acciaïoli dejó igualmente un sobrino, hijo de su hermano, llamado Franco, y al morir legó el reino y la tutela de su hijo á su viuda.

Esta princesa dotada de un genio natural igual á sus encantos y á la violencia de sus pasiones, habia gobernado durante los primeros años de su regencia los Estados de su hijo con una prudencia y dulzura que la habian hecho el ídolo de sus pueblos. El sobrino de su marido Franco, celoso secretamente de la regencia, y humillado de sufrir el yugo de una mujer, era el único que agitaba con una oposición sorda el interregno de su hermana política y la minoridad de su sobrino. Hasta entonces las virtudes de la regente habian bastado para confundir las tramas ambiciosas de Franco, pero una pasión, nacida de una mirada en el corazón de la duquesa, lo ensangrentó y lo perdió todo, hasta la misma Grecia.

## XI

Un jóven y hermoso veneciano llamado Palmerio, hijo del podestá ó primer magistrado municipal de la ciudad greco-veneciana de Nauplia, fué enviado por su padre á Atenas, para negociar con el gobierno algunos convenios comerciales relativos á los cambios de aceite y de seda entre ambos puertos. La hermosura igual en los dos, la conformidad de juventud y de patria, las conversaciones libres en la intimidad de las conferencias, inflamaron con un mismo amor á la regente y al enviado, y esta pasion, tanto mas ardiente cuanto mas se habia contenido de una parte por la distancia, y de la otra por la vergüenza de una alianza desproporcionada, estalló en fin con una violencia que recordó en el palacio de Atenas los crímenes de los Atridas.

Palmerio en su adolescencia aun, habia sido casado por su familia, y su mujer vivia en Venecia en la casa noble de sus padres. La duquesa ardiendo en deseos de deshacerse de una rival desconocida para quedar en libertad de casarse con su amante, insinuó

á Palmerio que el único medio que habia para su matrimonio con él, y para el reparto de la soberanía en el Atico, era la vida de su esposa. Palmerio vogó hácia Venecia, envenenó á su jóven esposa y se volvió ya libre á ofrecer su crimen realizado como un título y una prenda de amor á la duquesa que le habia inspirado. Aquellas bodas fúnebres se celebraron en Atenas con una embriaguez y una prontitud que despertaron las sospechas del pueblo, sospechas que Franco fomentó con sus discursos, y en breve con levantamientos en Atenas.

La regente y su nuevo esposo obligaron á Franco á desterrarse de su patria, y él se fué á buscar en Constantinopla un vengador en Mahomet II. El sultan, contento con todos los pretextos que motivaban la intervencion de sus armas en los asuntos de aquellos principados medio libertados aun de su yugo, ordenó á Omar, hijo de Turakhan, jefe del ejército permanente del Peloponeso, que se apoderase de Atenas, que destronara á la duquesa y la encerrase con su hijo en los calabozos de la ciudadela de Megara.

Palmerio, el marido y el cómplice presunto de la regente, se sustrajo á los hierros de Turakhan y corrió como Franco á Constantinopla para abogar ante Mahomet en favor de la inocencia y los derechos de

su mujer. Mahomet aconsejado por sus visires, finjió escuchar igualmente las quejas de Palmerio, y marchar para restablecer la soberanía legítima; pero ya Franco habia entrado en Megara bajo los auspicios de los otomanos y habia hecho degollar á la duquesa y á su hijo, y Mahomet avanzando luego á su vez para castigarle por su venganza, espulsó á Franco de Atenas al entrar él, y le dió en compensacion el principado subalterno y dependiente de Tebas en Beocia.

## XII

El sultán, tan buen letrado como guerrero mostró no menos orgullo y admiracion que Sila al aspecto de los monumentos de Atenas.

« ¡Cuanta gratitud, exclamó ante el Partenon y el templo de Tesco, no deben la relijion y el imperio al hijo de Turakhan, que les ha regalado estos despojos del genio de los griegos! »

Muchas semanas gastó en la contemplacion de aquellos monumentos, asi como en el ajuste de los artistas que podian transportar á Constantinopla las

artes toleradas por el islamismo, y sobre todo la arquitectura, esa pasion reciente de los hijos de Ollhman.

Durante su residencia en Atenas, sus ejércitos esparcidos por los dos lados de las montañas que forman el núcleo de la Grecia, le concluyeron la conquista de todo el Peloponeso y del litoral del Adriático, hasta las fronteras de Venecia.

Uno de los hermanos del infortunado Constantino Paleólogo, Demetrio, soberano tributario de la mitad de la Morea, ofreció al sultán una de sus hijas en matrimonio, para asegurarse como muchos abuelos suyos una parentela en el haren. Mahomet aceptó por esposa á la jóven sobrina de Constantino, y la envió, con un séquito digno de su rango, al serrallo de Constantinopla.

Tomás, hermano segundo de Constantino, se indignó de la cobardía de Demetrio y se retiró de las poblaciones para combatir en las montañas. Demetrio, avergonzado de sus concesiones al sultán, se coaligó con su hermano Tomás para hacer una guerra de esterminio á los turcos.

Saganos-bajá, enviado por el sultán para sofocar aquella insurreccion nacional en la parte indómita de la Grecia marítima y montañosa, inmoló millares de patriotas griegos, y los dos príncipes negociaron

de nuevo con el sultan. Demetrio se dirigió á las tiendas de Mahomet cerca de Corinto, y se entregó á discrecion de su generosidad. Mahomet prosiguiendo la obra de la esterminacion de las poblaciones sublevadas por Tomás, pasó á cuchillo en Gardika á seis mil hombres, mujeres y niños, tomados por asalto en la ciudad; mil trescientos soldados griegos fueron degollados á su vista por haber violado una capitulacion. Bokhalis, comandante de Gardika por los griegos, y hermano político del gran visir Mahmudbaja, fué condenado á ser serrado vivo por mitad del cuerpo; pero las lágrimas de su hermana, mujer del gran visir, pudieron salvarle de este suplicio.

Diez mil habitantes de la Arcadia fueron expatriados por Mahomet, y conducidos á Constantinopla para volver á poblar la ciudad. Tomás, errante en sus montañas como un proscrito en medio de sus Estados, huyó para siempre á Roma, para mendigar allí en vano la conmiseracion en nombre del heredero sin patria del imperio de Oriente. El sultan no dejó ni un puerto, ni una casa, ni un hombre libre en todo el territorio del Peloponeso.

Los venecianos temblando por sus buques imploraron su magnanimidad. Mahomet ordenó á Saganos-baja que le libertara aun de aquel Franco Acciaiolí, á quien habia concedido en cambio de

Atenas, la ciudad de Tebas y el territorio de la Beocia, pues queria, dijo, vengar el asesinato de la duquesa de Atenas y de su hijo, degollados en el calabozo de Megara. Saganos, imitando ya la perfidia griega enseñada á los turcos por los vencidos de Constantinopla, convidó á Franco á una fiesta en su propia tienda, y despues de una larga conversacion que se prolongó hasta media noche, hizo entrar á sus tchauschs ó chiaux, y les mandó que acabaran con el último soberano de Atenas. El derecho de conquista, escrito de esa manera en rasgos de sangre, no tuvo ya una voz viva que protestara en toda la Grecia. Una protesta muda se alimentó durante tres siglos y medio en el corazon de los hijos que sobrevivieron de aquella raza sin patria, pero no sin patriotismo, y resucitó en nuestros dias el nombre de la Grecia.

Con el Danubio inmóvil, la Grecia muerta, Constantinopla resucitada de sus ruinas, Scander-Beg adormecido por una longanimidad muy habil de los

visires, el sultan apenas se detuvo en Andrinópolis para celebrar allí con fiestas sus nuevas conquistas, y se marchó á Constantinopla, á fin de acelerar nuevos armamentos, cuyo objeto nadie sospechaba, escepto el gran visir Mahmud : este objeto era el imperio de Trebisonda.

La familia imperial de Comnene habia fundado, dos siglos antes de Mahomet II, ese principado, engalanándole con el nombre pomposo de imperio de Trebisonda, sobre la orilla meridional del Euxino, entre el Cáucaso, la Armenia y la Rusia. Las olas del mar Negro, los bosques de la Georgia, los desfiladeros de la Persia, la política equívoca, las alianzas de complacencia con la familia de los sultanes, habian protegido hasta entonces á Trebisonda contra la ambicion de los otomanos; pero la geografía traza á los conquistadores una política, digamoslo así, involuntaria, que prosiguen hereditariamente de generacion en generacion, solo por la tradicion de su necesidad de existencia. Los turcos, dueños sin oposicion de la península de Anatolia que se estiende del Mediterráneo al mar Negro, y que se adelanta al Oriente hasta el estrecho del Bósforo, conquistado ya para lo sucesivo, no podian dejar en la misma línea de su territorio, en el fondo de aquella península, una potencia griega independiente, que habia de

coalignarse ya con los turcomanos de la dinastía del Carnero blanco de Caramania, sus enemigos, por tierra, ya con los genoveses y los venecianos, sus enemigos marítimos. El Euxino con todas sus riberas, debia inevitablemente pertenecer á los que poseian ya la puerta en el Bósforo y en Constantinopla.

Esta ambicion geográfica que fué una de las causas de la impaciencia de Mahomet II para subyugar á Constantinopla, era ahora el motivo evidente de su expedicion sobre Trebisonda. Su gran visir Mahmud se dió á la vela con doscientos cincuenta buques mayores para atacar á la ciudad por mar, mientras el mismo sultan á la cabeza de ochenta mil ázabs y de quince mil genizaros, se adelantaba por los valles interiores del Asia hasta la falda de las montañas de Armenia, hácia Siwas. Allí, replegando sus tropas sobre la izquierda, cortaria á la vez á Trebisonda de la Persia y de la Georgia, de donde aquella capital podia esperar socorros. El debil imperio de Trebisonda veia aumentarse aquella tempestad sin poderla conjurar de otro modo que por medio de tímidas negociaciones.

## XIV

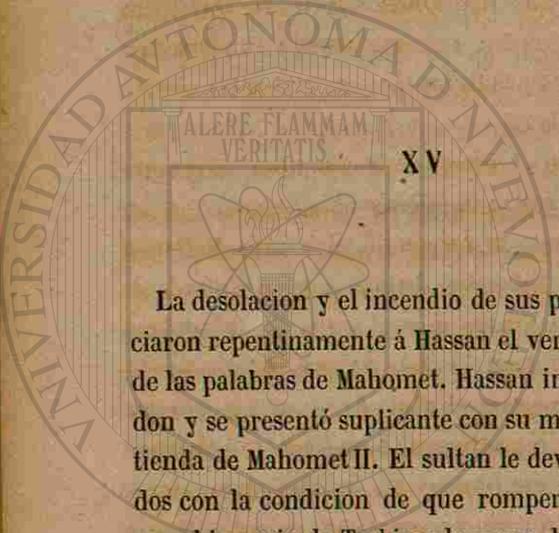
Mahmud se apoderó al paso sin combatir del puerto de Sinope, otra capital de un principado en la familia de los Isfendiar, cuyas alianzas matrimoniales con la familia de los sultanes de Brusa, parecían prestarle algunas garantías de duración. Esa ciudad del gran Mitridates que la convirtió en una Cartago del mar Negro, conquistada y pasada á cuchillo por Luculo, famosa por la grandeza de sus buques mercantes, entre los cuales habia algunos que igualaban ya en capacidad á los buques que trafican entre la Inglaterra y las Indias orientales, por la estatua del Argonauta Autólicus, por el ídolo de su Júpiter Serapio, transportado á Egipto por los antiocos, y sobre todo por la opulencia de sus habitantes, enriquecidos por la fabricacion de aceite y de cordelería, no intentó resistir á los deseos de Mahomet, que instaló un gobernador en la ciudad, dió á Ismail Isfendiar su soberano entonces, á modo de compensacion, el principado de Jenischyr, para sacar de su tierra natal á aquella familia poderosa, concedió tambien á

uno de los hijos de Isfendiar, Ahmed ó Achmet, el principado de Castemuni, rico por sus minas de cobre, y continuó su camino hácia Erzerum. El ejército ignoraba aun adonde iba guiado por su gefe, y como el gran juez de Anatolia se lo preguntase indiscretamente al sultan, este le respondió : « Si un pelo de mi barba lo supiera, le arrancaría y le echaría al fuego. »

Su secreto encubría una venganza ; el año anterior el principe turcomano Uzun-Hassan, gefe de la numerosa tribu independiente del *Carnero blanco*, establecida en los ricos prados de las provincias limítrofes de Trebisonda, habia tenido la temeridad de escribir á Mahomet para pedirle la exencion del tributo que el emperador de Trebisonda, su hermano político, pagaba al sultan. Uzun-Hassan, alegaba insolentemente en aquella carta por motivo de aquel abandono del tributo de Trebisonda, que el mismo Mahomet II debia un tributo anual de mil alfombras, de mil mantillas de caballos y de mil cabezadas de frenos á Kara-Iuluk, gefe de la tribu de la *Sanguijuela negra* cuyos derechos representaba él por herencia.

« Marchaos en paz, respondió Mahomet II á los embajadores de Uzun-Hassan, que el año próximo iré yo mismo á llevar mi presente á vuestro amo. »

Los embajadores de Uzun-Hassan no comprendieron la amenaza que revelaba aquel equívoco, y Mahomet iba á cumplirla.



La desolacion y el incendio de sus provincias noticiaron repentinamente á Hassan el verdadero sentido de las palabras de Mahomet. Hassan imploró su perdón y se presentó suplicante con su madre Sara en la tienda de Mahomet II. El sultan le devolvió sus Estados con la condicion de que rompería toda alianza con el imperio de Trebisonda y que le acompañaría en persona con su madre, sus hijos y sus guerreros, bajo los muros de aquella capital.

Volviéndose entonces súbitamente del camino de Persia que habia aparentado seguir hasta allí, encaminó la cabeza de su ejército hácia el mar Negro, haciéndola marchar con la rapidéz de un torrente. Mahomet II para dar el ejemplo del ardor y de las fatigas á sus soldados, marchaba á menudo á pié en medio de ellos por los senderos escabrosos, y sobre

las nieves de aquellas montañas entrecortadas de precipicios :

« Hijo mio, » le dijo un dia Sara, la madre de Uzun-Hassan, que iba con el ejército en una litera tirada por dos mulas, « ¿ cómo puedes condenarte á tantas fatigas y peligros por esa miserable ciudad « de Trebisonda? »

Envileciendo el precio de la conquista, se prometía inspirar al sultan la idea de abandonarla.

« Madre mia, » la respondió el astuto Mahomet que adivinó la intencion bajo la capa de interés de las palabras, « madre mia, el sable del islamismo « está en mis manos; á costa de esas fatigas y peligros « gros puedo merecer el título de Ghazi ó de combati- « tiente de la fé; si llegase á morir hoy ó mañana « sin llevarme ese título y ese mérito al sepulcro, « ¿ cómo me atrevería á presentarme delante del pro- « feta y delante de Dios? »

De este modo Mahomet II, el ménos crédulo de los príncipes, afectaba en interés de su ambicion, la tolerancia con los eristianos y el fanatismo con los turcomanos del desierto.

En breve llegó á descubrir sobre un promontorio la magnífica ciudad de Trebisonda que deslumbraba con sus torres, sus muelles, sus cúpulas, sus ciudadelas y sus campanarios cubiertos de capas de plomo

de Tokat. Ese promontorio se ensancha á medida que adelanta en la mar, y esto ha hecho que los poetas turcos comparen la ciudad á un pavo real que baña su cuello en la onda, y que ostenta sobre la tierra su magnífico abanico de plumas.

Mitridates la habia fortificado, Trajano la habia embellecido, Adriano habia dado su nombre á sus puertos, y Justiniano habia dado el suyo á sus acueductos. Capital de la antigua Capadocia, rodeada de una llanura parecida á un jardín, sin otro recinto que las murallas y el mar, abundante en granos, en frutas sabrosas y en pesca que alimentaban á su pueblo, despertó en los godos el deseo de su posesion; aquellos bárbaros que todo lo destrozaban sin fundar nada, habian pasado á cuchillo á sus habitantes y habian nivelado sus murallas. Durante la decadencia de Bizancio, los Comnene, con la ayuda de los cruzados, que fueron los desmembradores del imperio cristiano, habian formado un imperio de aquellos restos, imperio que poseian hácia dos siglos, ora sacando sus esposas de la familia imperial de los Paleólogos en el palacio de Blakernes, ora dando sus hijas á los sultanes de Brusa ó á los príncipes turcomanos del *Carnero blanco* ó del *Carnero negro* sus peligrosos vecinos. De este modo Sara, madre de Hassan, era una nieta del emperador reinante y una

hija del último emperador de Trebisonda. Sara iba á presenciar la destruccion de la cuna de su casa.

## XVI

A la sazón el emperador de Trebisonda era David Comnene. El aspecto del ejército de Mahomet II que bajaba de las montañas de Tokat, y de las velas de Mahmud el gran visir, que cubrian el mar Negro, anunció á los tímidos cristianos de Trebisonda que su religion, su independencia, sus riquezas y sus vidas estaban á la disposicion del conquistador de Constantinopla. Los genoveses, dueños de algunos puertos en la Crimea, que eran los únicos que podian socorrerlos por mar, eran demasiado débiles, demasiado políticos ó interesados para disputar á Mahomet aquella dependencia de Constantinopla, cuando no se habian atrevido á disputarle la misma Constantinopla. Únicamente podian salvarles las negociaciones, y en efecto se abrieron al estruendo del cañón de Mahomet que principiaba á demoler las fortificaciones del muelle. David salió de la ciudad para tratar de su suerte y de la de su pueblo con Mahomet II,

y este le dió á elegir entre retirarse libremente por mar con su familia y sus riquezas, ó perder el imperio, su familia y la vida defendiendo inútilmente sus murallas; quiso seducirle con una abdicacion nada violenta, y con la perspectiva de un retiro honroso y feliz, parecido á aquel de que disfrutaba á la sazón Demetrio Paleólogo, en cambio de su abdicacion del Peloponeso.

Confiado en sus promesas, el emperador David se embarcó con una parte de su casa para Constantinopla. Además, ofreció al sultan la mas jóven de sus hijas, la princesa Ana, por esposa; el sultan aparentó aceptar, pero la desdeñó por mujer, y la envió entre las odaliscas de su haren innumerable. El conquistador guardó en cautiverio al jóven sobrino del emperador, hijo de su hermano destronado por David, y legítimo heredero de Trebisonda, y envió al emperador y á la emperatriz Elena con sus ocho hijos, á Seres, ciudad griega de la Tracia, que habia señalado por punto de destierro á aquella casa imperial. Uno de aquellos ocho hijos se hizo musulman y entró en el número de los pages de Mahomet para servir con ellos, como en otro tiempo Scander-beg, al usurpador del trono de sus padres.

## XVII

Apénas David y su familia habian salido del puerto de Trebisonda para bogar hácia su eterno destierro, cuando el sultan desmintiendo todas sus promesas, entró en la ciudad como un vencedor irritado. Los hijos de las familias principales fueron incorporados por la fuerza entre la servidumbre de sus pages, y los ricos fueron embarcados con sus riquezas para ir á poblar y enriquecer la capital de Constantinopla. Los pobres, obligados á permanecer en la ciudad conquistada, recibieron la órden de habitar solamente en los arrabales, y los turcos tomaron posesion de los palacios, de las casas, de la ciudadela y de los puertos.

Así cayó Trebisonda, aquella última piedra del imperio bizantino, aquella efmera fundacion de las cruzadas; solo los genoveses conservaron algunas radas en el mar Negro, que se hizo el lago de los otomanos. Mahmud se volvió con la flota cargada de prisioneros y despojos al Cuerno de Oro, y Mahomet tambien se embarcó para volverse con mas prontitud á Europa, donde le llamaba Scander-beg. El ejér-

y este le dió á elegir entre retirarse libremente por mar con su familia y sus riquezas, ó perder el imperio, su familia y la vida defendiendo inútilmente sus murallas; quiso seducirle con una abdicacion nada violenta, y con la perspectiva de un retiro honroso y feliz, parecido á aquel de que disfrutaba á la sazón Demetrio Paleólogo, en cambio de su abdicacion del Peloponeso.

Confiado en sus promesas, el emperador David se embarcó con una parte de su casa para Constantinopla. Además, ofreció al sultan la mas jóven de sus hijas, la princesa Ana, por esposa; el sultan aparentó aceptar, pero la desdeñó por mujer, y la envió entre las odaliscas de su haren innumerable. El conquistador guardó en cautiverio al jóven sobrino del emperador, hijo de su hermano destronado por David, y legítimo heredero de Trebisonda, y envió al emperador y á la emperatriz Elena con sus ocho hijos, á Seres, ciudad griega de la Tracia, que habia señalado por punto de destierro á aquella casa imperial. Uno de aquellos ocho hijos se hizo musulman y entró en el número de los pages de Mahomet para servir con ellos, como en otro tiempo Scander-beg, al usurpador del trono de sus padres.

## XVII

Apénas David y su familia habian salido del puerto de Trebisonda para bogar hácia su eterno destierro, cuando el sultan desmintiendo todas sus promesas, entró en la ciudad como un vencedor irritado. Los hijos de las familias principales fueron incorporados por la fuerza entre la servidumbre de sus pages, y los ricos fueron embarcados con sus riquezas para ir á poblar y enriquecer la capital de Constantinopla. Los pobres, obligados á permanecer en la ciudad conquistada, recibieron la órden de habitar solamente en los arrabales, y los turcos tomaron posesion de los palacios, de las casas, de la ciudadela y de los puertos.

Así cayó Trebisonda, aquella última piedra del imperio bizantino, aquella efmera fundacion de las cruzadas; solo los genoveses conservaron algunas radas en el mar Negro, que se hizo el lago de los otomanos. Mahmud se volvió con la flota cargada de prisioneros y despojos al Cuerno de Oro, y Mahomet tambien se embarcó para volverse con mas prontitud á Europa, donde le llamaba Scander-beg. El ejér-

cito de tierra permaneció acantonado en las opulentas llanuras de Trebisonda, de Tokat y de Siwas, para estar dispuesto á marchar á la Caramania ó á Persia donde se dirigian ya las miras del conquistador.

## XVIII

Mahomet no tardó mucho en imponer al emperador David de Trebisonda, la pena que hizo sufrir al gran duque Notaras despues de la conquista de Constantinopla, por haberse fiado en su generosidad y en sus halagos; en cuanto llegó á su capital mandó venir de su destierro de Seres, y que comparecieran encadenados en su presencia, al emperador con su familia y todos los príncipes ó princesas de la casa de los Comnene que residian en el imperio.

El pretexto de aquella violencia contra una familia vencida y desarmada, era una carta escrita en Trebisonda por Sara, madre de Hassan, príncipe del Carnero blanco, á su tío David y á su tía la emperatriz Elena. En esta carta inocente de todo crimen, pero rebosando ternura por su casa, Sara pedia al

emperador, á la emperatriz, á sus hijos y primos, que fueran á vivir con ella en Jenischyr para disfrutar allí de la dulce hospitalidad de familia, mas segura bajo la tienda de los turcomanos, que en el palacio de Seres.

Mahomet II fingió ver en esta carta interpretada una conjuracion entre la casa imperial de Trebisonda y Uzun-Hassan, para recobrar la capital del imperio con la ayuda de los turcomanos. Ni las protestas, ni las lágrimas, ni la presencia de las mujeres pudieron convencerle.

« Elige entre el Coran ó la muerte, dijo con una voz implacable al emperador destronado. »

« No tengo nada que elegir respondió noblemente el cautivo, Dios ha elegido por mí haciéndome nacer cristiano; ningun suplicio me hará renegar la religion de mis padres.

— « Muere pues, repuso Mahomet, y arrastra contigo en la muerte á todos tus hijos á quienes inspiras tu obstinacion. »

Y dicho esto hizo una señal á los chiaux para que cortaran la cabeza á los siete hijos á la vista del padre, con el doble fin de poner á prueba su constancia y de multiplicar su suplicio con el de sus siete hijos. David los exhortó á morir sin flaqueza; sus cabezas y sus cadáveres rodaron sucesivamente á los piés de

su padre, y él cayó el último sobre los cuerpos de sus hijos.

Para agravar el horror de esta carnicería, Mahomet prohibió bajo pena de muerte que se diera sepultura á los Comnene decapitados en su presencia. Sus cuerpos fueron arrojados sobre la playa desierta del mar de Mármara, entre el castillo de las Siete Torres y la playa de San-Estéfano donde los cuervos y los buitres estaban acostumbrados á bajar en tumulto para despedazar las carnes de los ajusticiados.

## XIX

La emperatriz Elena, esposa y madre de las víctimas, la única perdonada, por causa de su sexo, de aquel suplicio de esterminacion, fué la única tambien que desafió la muerte decretada contra todo el que diera sepultura á su marido y á sus hijos. Vestida con una camisa de lienzo tosco, el solo vestido que la habian dejado en cambio de la púrpura imperial, mendigó un azadon entre los jardineros de la colina de San-Estéfano, para rendir los últimos honores de la tierra á su esposo y á sus hijos. Con el azadon en

la mano, y abriendo á fuerza de trabajo ocho zanjas en la arena de la playa, se la pudo ver á lo lejos todo un día, defendiendo con el mango del azadon sus queridos cadáveres contra las uñas y el pico de las aves de rapiña, hasta que al cabo pudo cubrir de tierra á toda su familia, y se sentó sobre la última tumba, la del emperador su marido, para esperar tambien su muerte. Su corazon estalló en efecto despues de haber cumplido aquel deber piadoso, y murió lentamente sobre sus difuntos.

Solo su hija sobrevivió en el serrallo, esclava y no mujer de Mahomet. Saganos-beg gobernador de Tesalia, en vista de su gerarquia, la pidió por esposa; á la sazón era cristiana. Habiendo enviudado de Saganos, la princesa de Trebisonda se hizo musulmana para casarse con uno de los hijos de Evrenos-beg, que se habia prendado de su belleza.

Ese fué el fin de aquella familia imperial de Trebisonda; los unos muertos, los otros esclavos: juego sangriento de las vicisitudes de la fortuna, eterna acusacion contra la ferocidad de Mahomet II.

## XX

El sultan, para tener en suspenso su fortuna y sus tropas, se arrojó repentinamente sobre la Valaquia, en donde un wayvode insensato de crueldad llamado Drakul (ó Satanás) hacia sufrir á los prisioneros que cogia sobre las fronteras unos tormentos dignos de aquel pueblo que se habia vuelto salvaje bajo sus leyes.

Ayudado por Mahomet en la usurpacion de su soberanía de Valaquia, Drakul habia degollado veinte mil súbditos suyos adictos al antiguo wayvode, y en premio de aquella asistencia, enviaba cada año al sultan un tributo de quinientos jóvenes elejidos por su fuerza y belleza entre los hijos de los robustos válacos.

No contento con haber descuidado el pago de aquel tributo, Drakul ejercia sobre los turcos, cogidos en las incursiones de sus bandas, crueldades que recordaban los monstruos fabulosos enemigos de los hombres; adornaba las salas de sus festines con turcos empalados vivos que mezclaban los gemidos de la agonía con los cantos de la orgía; á otros prisio-

neros los mandaba desollar vivos, les echaba sal y las cabras los lamian para que la lengua de estos animales hiciese su dolor mas agudo. Un dia convidó á todos los mendigos de sus Estados á una fiesta, y despues de haberlos emborrachado con vino, mandó prender fuego al edificio y los ahogó en las llamas como á una plaga de la tierra. Cortaba los pechos á las nodrizas y aplicaba sobre la sangre de sus heridas la boca de sus pequeñuelos; inventó unas tinajas grandes donde mandaba cocer hombres á fuego lento; una vez empaló á un fraile á caballo sobre el asno que montaba, y otra mandó abrir el vientre á una de sus queridas que creia llevar en sus entrañas un fruto de su amor. Por último, cuatrocientos jóvenes húngaros enviados á Valaquia para estudiar la lengua, seiscientos mercaderes alemanes que habian acudido á una feria en sus Estados y quinientos señores válacos, fueron empalados, quemados y atormentados en un dia. Este monstruo estaba poseido de la demencia y la voluptuosidad del dolor. La cobardía de su pueblo todo lo sufría; le llamaban el verdugo, y los turcos solo le conocian con el nombre de Wlad el empalador.

Mahomet II tenia en su corte un page favorito, hermano de este monstruo, y queria que ocupara el trono de su hermano. Hamza-baja y Junis-beg fue-

ron enviados á Drakul para convidarle á una conferencia durante la cual los soldados de Mahomet, apostados de antemano, se apoderarian del wayvode. Drakul, prevenido del lazo, se adelantó á los dos enviados, les hizo cortar los piés y las manos, y los mandó empalar sobre unas estacas altas como los palos de un navío, para burlarse de su categoría de bajás y embajadores.

Una flota de cien galeras cargadas de tropas y mandadas por el mismo sultan, subió el Danubio hasta Widdin y desembarcó al ejército otomano en Valaquia.

Drakul envió á las mujeres y á los niños de su pueblo á los bosques inaccesibles para la caballería turca, sorprendió por la noche el campo de Mahomet mediante una carga de caballería, cuyos ginetes iban provistos de antorchas y penetró hasta la tienda imperial. Mientras sus soldados se dirigian hácia la tienda atravesando por medio de un monton de caballos y de camellos acuebillados, los genizaros que despertaron sobresaltados con aquel ruido tuvieron tiempo para correr á su encuentro y salvar á su amo. Las tinieblas cubrieron la retirada de Drakul.

Mahomet al perseguirle hácia su capital, atravesó un camino fúnebre parecido á un bosque de cadáveres, donde veinte mil turcos, búlgaros y válacos em-

palados y crucificados, le trazaban la direccion de la ciudad. Aun pudo reconocer á su embajador Hamzaháj en lo elevado de su estaca.

« Es imposible, exclamó el sultan á la vista de aquel espectáculo, el arrojar de su país á un hombre que impunemente ha podido cometer en él tales crímenes. »

Sin embargo, logró coronar en reemplazo de aquel Neron salvaje, á su favorito, el jóven hermano de Drakul, que reinó en paz durante algunos años. Drakul refugiado en Hungría en casa del hijo de Huniade, fué encerrado al principio en una torre; pero libertado despues, volvió á presentarse en Valaquia con un puñado de verdugos partidarios suyos, recobró su principado por el terror que fascina á los cobardes, y por último fué asesinado por uno de sus esclavos. Su cabeza fué llevada á los turcos que la pasearon por las poblaciones de la Valaquia, como su título auténtico para la posesion de aquella comarca.

## XXI

A su vuelta de Valaquia, Mahomet II, resuelto á quitar la isla de Lesbos ó Mitilena á la familia geno-

vesa de los Gatelusio, que la habia heredado de los Paleólogos, atravesó el Propóntide y reunió un ejército en Brusa. El gran visir Mahmud dirigió la flota hácia las rocas de la isla mientras Mahomet II conducia en persona el ejército de tierra por las gargantas del monte Ida hasta Adramita, ciudad griega del continente separada de Mitilena por un estrecho canal de la mar. Los buques de Mahmud-bajá le llevaron de allí á la isla.

Se habia tomado por pretexto de la invasion el crimen de Nicolas Gatelusio, que habia asesinado á su hermano para usurpar la soberanía de Lesbos. Un bombardeo de algunos dias enterró á la ciudad bajo los restos de sus murallas. Nicolás temiendo las consecuencias de un asalto, salió de la poblacion para prosternarse á los piés del sultan, que le perdonó así como á su sobrino Lucio, cómplice de su tío en el asesinato de su hermano y de su tío. Mahomet mandó cortar en dos á los trescientos corsarios del puerto de Lesbos que infectaban el Archipiélago. Los habitantes de la isla, divididos en tres categorías, sufrieron tres suertes diferentes; los ricos fueron enviados á Constantinopla para poblarla, los de la clase media, cayeron en poder de los genizaros, á guisa de recompensa, y los pobres quedaron en la isla para cultivarla. Mahomet deseó y buscó para su haren á una

viuda de Alejo Comnene, tío del último emperador de Trebisonda que los historiadores celebran como la mas hermosa de las griegas de su siglo, que fué encontrada en Lesbos. Ademas se recojieron ochocientos niños para los palacios del sultan, entre los cuales habia un jóven page escapado del serrallo de Constantinopla para ingresar entre los pages de Nicolás Gatelusio, que fué reconocido por los eunucos. El asilo que Gatelusio dió á este niño se consideró como un crimen, y en su consecuencia, privado de la amnistía á que se habia acogido, fué encadenado y aherrojado en los calabozos de Lesbos con su sobrino Lucio, donde ambos recibieron su sentencia de muerte. No obstante, se salvaron renegando su fe, y convertidos en musulmanes, les dejaron algunos dias de vida y de honores aparentes, pero poco tiempo despues los encontraron colgados en su morada.

Así cayó la mas célebre y poética de las islas del Archipiélago, que cierra por un lado con sus naranjos, sus viñedos, sus pinares, sus radas y poblaciones el golfo de Esmirna, patria de Safo, de Aleca, de Lespandro y de Aron; teatro de las lecciones de Epicuro y de Aristóteles, aliada de Esparta, campo de batalla naval de Trasibulo, primera escena de las hazañas de Cesar, punto de parada momentáneo de

Pompeyo cuando iba á morir á Egipto, sin cesar deseada, sin cesar destrozada por las ambiciones de su posicion, de su tierra y de su cielo, y que eternamente renacia de sus ruinas por la fecundidad de una vegetacion que hace de sus dos lados, expuestos á dos soles y bañados por dos mares, el jardin mas pintoresco del Archipiélago.

## XXII

Mahomet II que se volvió por el camino que había llevado despues de la conquista de Lesbos que le presagiaba Negroponto y Rodas, entró en Europa, tomó consigo el ejército de Andrinópolis, fuerte de ciento veinte mil ázabs y de quince mil genízaros, y marchó contra la Bosnia confederada con Venecia, cuyo poder queria desarraigar del continente del Adriático. La Bosnia desmembrada en otro tiempo del imperio griego por los esclavones, raza guerrera y medio bárbara, perdió en una campaña su independencia y sus príncipes.

Mahmud-bajá había jurado la vida y la libertad al rey de los bosniacos y á su familia, pero Maho-

met II al recibirlos en su campo, anuló el juramento de su visir, y mandando que los llevaran delante de él, cargados de cadenas, les hizo juzgar con las formalidades de la ley musulmana, irrisorias para cristianos. Un viejo scheik persa, que llevaba consigo en sus campañas para resolver sus escrúpulos de conciencia, declaró, como un cobarde cortesano y no como un pontífice, que aquellos príncipes eran culpables, y que seria á la vez su juez y su verdugo. Mahomet le mandó que cortara con su propia mano la cabeza al rey, á sus hijos y á sus sobrinos, á quienes acababa de condenar á muerte, y el scheik, juez y verdugo, sacó su sable, é hizo rodar sus cabezas á los piés del sultan.

Treinta mil bosniacos, raza tan indiferente á la religion como los albaneses, fueron reclutados para el ejército otomano y quedaron incorporados en los genízaros. La Bosnia se convirtió en una provincia de Constantinopla.

## XXIII

Pero Venecia, despojada así de su baluarte sobre el continente del Adriático, era vulnerable todavía

en sus radas, en sus islas, y principalmente en aquella isla casi continental de Samotracia ó de Negroponto, que la consolaba de la pérdida de la Bosnia, y que la daba un imperio en el corazon del imperio turco. Venecia conócia el peligro y su senado resolvió adelantarse á él con la insurreccion del Peloponeso mal dominado aun por los otomanos. Luis Loredano, nombrado generalísimo de la mar, y Bertholdo, de la casa de príncipes de Este, nombrado generalísimo del ejército de tierra, desembarcaron en las radas del Peloponeso, sublevaron Esparta, Tenara, la Arcadia, Nauplia y Argos, levantaron la muralla que cortaba el istmo de Corinto, construyeron en ella treinta torres, y adornaron aquella fortificacion que renacia de sus restos, con una plataforma sobre la cual alzaron un altar, donde se celebró el sacrificio de los cristianos.

Omar-baja que corrió con diez mil hombres para forzar aquel recinto, fué herido en la cabeza practicando un reconocimiento. Los oficiales que le acompañaban sucumbieron á las balas de los venecianos. El gran visir le seguía con ochenta mil hombres que pasaron por el istmo abandonado; los turcos rechazaron por todas partes á los venecianos, y enviaron veinte mil hombres á destrozár sus propias provincias.

Su flota, mas afortunada, reconquistó varias islas que habian tomado los otomanos. Loredano se atrevió á pasar los Dardanelos bajo el cañon de los fuertes para insultar á Galipoli, y reforzó con galeras, murallas, artilleria y tropas la isla inexpugnable de Negroponto. Mahomet II apartó algun tiempo la atencion de Negroponto y de Rodas con la muerte del último de los Caraman-Oghli, Ibrahim, soberano de la Caramania. El viejo Ibrahim dejaba siete hijos, de los cuales seis habian nacido de la tia de Mahomet II, dada en matrimonio á Ibrahim por Amurat II, su predecesor, y uno solo, Ishak, era hijo de una esclava, pero tambien era el preferido de su padre que le habia nombrado su heredero. Los seis hijos desheredados habian sitiado á su padre y á su favorito Ishak en uno de sus castillos de Caramania, y como el padre muriera durante aquel sitio patricida, Ishak y sus competidores se habian coaligado alternativamente con los venecianos, con Uzun-Hassan, llamado á veces *Ussum-Cassan*, el sultan de los turcomanos del Carnero blanco, para asegurarse el apoyo de auxiliares extranjeros en su contienda de familia. Ishak y Pir-Ahmed, el primogénito de los hijos de la sultana, mendigaban ambos de Mahomet II el reconocimiento de sus derechos á la corona. Mahomet II, sordo á sus declaraciones, reclamó toda la Ca-

ramania á título de sucesor de los emperadores de Constantinopla, de la cual era una provincia la Caramania antes de la invasion de los turcos, y marchó en derechura á ese país con el gran visir y el ejército. Koniah y Larenda, las dos capitales abrieron sus puertas al conquistador.

El gran visir Mahmud atravesó el Tauro con los azabs, persiguiendo, encadenando, proscribiendo ó inmolando hasta en las gargantas de las montañas á los descendientes de la familia de los Caraman-Oghli, que podían reclamar derechos sobre su antiguo imperio. A su vuelta á Koniah, encontró sin embargo al sultan muy prevenido contra la supuesta blandura de su alma. Un griego renegado, Mohammed-bajá que aspiraba á la dignidad de gran visir, trataba de perder á Mahmud en el espíritu de su amo. Mohammed-bajá recibió el encargo de acabar la obra de la sumision ó la exterminacion de los Caramanes, encargo que cumplió mas bien que como general, como verdugo. El sultan vió en sus crímenes otros tantos servicios, y se incomodó mas y mas contra su gran visir, que habia querido, decia, salvar la raza de los Caramanes, como habia intentado salvar á la familia real de los bosniacos. Segun el uso singular de los déspotas tártaros que comunican de antemano con una señal á sus visires su descon-

tento ó su destitucion, dándoles un presagio de su próxima caída, Mahomet advirtió á Mahmud antes de herirle.

Un día que el ejército se hallaba en marcha para volver de Koniah á Brusa, y que se habian establecido las tiendas para el alto de la noche, el sultan mandó á varios tschauschs de su guardia que fueran á cortar las cuerdas exteriores que sostenian contra el aire el pilar céntrico de la tienda de Mahmud. Cortadas las cuerdas, el pilar se inclinó, y cayeron los lienzos sobre el gran visir dormido. Mahmud comprendió la orden muda de su amo y se prosternó pidiendo gracia.

El griego feroz y ambicioso Mohammed-bajá obtuvo con la dignidad suprema de gran visir, el premio de la sangre de los caramanios. Su país magnífico, resto del imperio romano, que se estendia sobre las dos vertientes del Tauro, desde Tarso hasta el cabo de Macri en frente de Rodas, se quedó agregado para siempre al imperio otomano. Iskah-Beg huyó á la corte de Persia; y quedó en Koniah para gobernar la Caramania, el tercer hijo de Mahomet II, el jóven y valeroso Mustafá, que fué nombrado por su padre. La capital de Koniah citada por Plinio entre las mas ilustres ciudades de Asia (*celeberrima*), ostenta aun en sus ruinas, en sus acueductos, en sus mezquitas y en

sus sepulturas los vestigios del gran Alaeddín, el Seldjukide, su fundador despues de Perseo.

## XXIV

Sin embargo, el héroe pérfido y temerario de la Albania, Scander-Beg, cansado de una paz que le echaban en cara sus compatriotas turbulentos como una vergüenza, se aprovechó como la primera vez, de la guerra que detenía al sultán en Asia, para caer sobre la Macedonia. Un obispo albanés, Pedro Angelo, vendido á los venecianos y al papa, y consejero principal de Scander-Beg, le absolvió de toda palabra jurada y engañada con los infieles. Esta doctrina fué recompensada por el capelo de cardenal, enviado por el papa á ese obispo de Dyrrachium. Mahomet que en aquel momento deseaba la continuacion de la tregua, fuera por temor del genio de Scander-Beg ó por la esperanza de su muerte natural que libertaria al imperio de tan terrible revoltoso, le escribió una carta de amistad en donde le pedía que no rompiera la armonía y que continuara la tregua. Scander-Beg respondió á ese llamamiento á la concordia, concen-

trando veinte mil albaneses impacientes de gloria y de saqueo en Achrida, sobre el Drymon, al borde de uno de esos lagos que llenan con sus olas una de las hondonadas de aquellas montañas, y que dejan solo por campo de batalla á los ejércitos de invasion los flancos inhospitalarios de sus orillas donde los pocos equivalen á los muchos. Gentius, rey de Iliria, habia elegido tambien aquel mismo sitio para esperar á los romanos : los lugares inspiran á los hombres.

Scheremet-Beg y un general albanés llamado Balaban, enviados sucesivamente por Mahomet II para combatir á Scander-Beg en aquel anfiteatro natural, dejaron allí sus dos ejércitos. Balaban era tambien un esclavo albanés que se hizo musulman, que fué incorporado entre los genizaros por su estatura gigantesca y su valor de leon, y que por último ué elevado al rango de bajá por haber subido el primero sobre la brecha de la puerta San-Roman en el sitio de Constantinopla, y por haber vuelto á subir despues que Constantino le precipitó sobre un monton de cadáveres. Balaban conocia los lugares y el genio de los albaneses, sus compatriotas, y ninguno era mas propio que él para ponerse en frente de Scander-Beg. Su primera derrota no le sorprendió, y volvió á la cabeza de treinta mil hombres á atacar

al héroe con su puñado de valientes en las alturas de Dibra, cúspide famosa de un monte en la Albania superior. Ni los parlamentarios, ni las promesas, ni la presencia de Balaban-bajá lograron que cesase Scander-Beg en su propósito de hacer la guerra.

Su pueblo le miraba desconfiando de él, por las sugerencias de su sobrino Hamza y de su propio capitán Moses. Todo le mandaba vencer ó morir, y no de otro modo podia conservar su ascendiente sobre la Albania. Scander-Beg combatió como un desesperado; tres caballos de los que montaba sucumbieron á los golpes de los genizaros, su sable cayó de su mano, medio separada del brazo; pero los turcos deslumbrados con su valor y convencidos por las tradiciones populares de que era invulnerable ó invencible, abandonaron el campo de batalla, precipitados con el mismo Balaban de aquellas trincheras hasta las llanuras de la alta Bulgaria.

Balaban subió por tercera vez con un ejército reorganizado, y se llegó á Scander-Beg sobre las alturas, mientras otro albanés, Yacub-bajá que tambien estaba al servicio del sultan, le cercaba por los desfiladeros del Dibra. Scander-Beg les atacó por separado á los dos antes de que hubieran podido reunirse. La intrepidez de Balaban, que se bajó de su caballo para combatir á la cabeza de sus genizaros,

fué vana contra el brazo de Scander-Beg. El príncipe de Albania nadó en la sangre de los turcos, y sus despojos saciaron la vista de sus soldados.

Mientras se repartian los esclavos, los caballos y tiendas, Mamiza, princesa, hermana y confidenta de Scander-Beg, le envió con un mensajero la noticia de la entrada de Yacub-bajá en la ciudad importante de Berat, en el corazon de la baja Albania. Scander-Beg voló allí durante la noche, y al aproximarse, Yacub-Bajá sale de Berat con diez y seis mil hombres y se establece en batalla sobre unos altos fortificados en la llanura del Argilata.

Scander-Beg no mide ni las posiciones, ni el número, y sin dar á sus soldados otras órdenes que su ejemplo, sin seguir otra táctica que el combate cuerpo á cuerpo, abre con el choque de su caballo armado de mallas de acero las filas en masa de los genizaros, busca á Yacub-bajá en la pelea, le atraviesa el pecho con el hierro de su lanza, le hace caer á los piés de su caballo, le corta la cabeza, y alzándose sobre sus estribos, enseña de lejos á los genizaros la cabeza de su general ceñida con el turbante blanco.

Al aspecto de aquel terrible trofeo, todos huyen, mueren ó se rinden en el ejército de Yacub. Cuatro mil muertos, diez mil prisioneros y algunos miles

de fugitivos, tales fueron los resultados de la quinta expedición de Mahomet. El grito de la nación salvada, eleva de nuevo hasta el entusiasmo el nombre de Scander-Beg entre los albaneses. Su entrada en Croya fué un verdadero triunfo; la tierra que ha liberado parece que siempre ya ha de pertenecer á su raza. Pero mientras triunfa de los turcos, y reconquista la pasión del pueblo con sus hazañas, la envidia, la ingratitud y la traición silian su corazón y minan su fortuna hasta en el seno de su propia familia.

## XXV

Hamza, sobrino de Scander-Beg, el compañero de su deserción de la corte de Amurat II, el émulo de las grandes acciones de su tío durante la larga lucha que juntos sostuvieron contra dos sultanes, había tenido hasta entonces por su bienhechor los sentimientos de un hijo por un padre. Mas en breve la ambición parece llegó á corromper aquella ternura filial en el corazón de Hamza. Habíase lisonjeado con la idea de que la adopción de Scander-Beg y el lustre de sus propios servicios, le asegurarían bajo el

título de príncipe ó de rey, la primera dignidad en Albania después de la muerte de su tío; pero Scander-Beg tenía otras hermanas, y entre ellas se contaba su querida *Mamiza*, cuyos hijos tenían iguales derechos á su herencia. Las disensiones para obtener el imperio que se elevarían después de su muerte en su familia podían perder de nuevo la Albania. La política, la ambición por sus propios hijos y el amor, le decidieron á casarse con la hija de uno de los gefes más populares de la región de las montañas, de la que tuvo un hijo, el heredero de su nombre, la esperanza de su raza, la perpetuidad de su patria.

Desde aquel día Hamza secretamente ligado por los celos comunes con sus primos, hijos como él de las hermanas del héroe, principió á murmurar contra la tiranía de un déspota que olvidaba los servicios, y que no empleaba su gloria sino para perpetuar la servidumbre. En un pueblo en que cada albanés lleva su independencia en la mano con su arma, donde la autoridad estriba en el entusiasmo momentáneo por un gefe que con tanta facilidad se elige como se abandona, las facciones se hallan en permanencia como la anarquía. La Albania nacida para las aventuras, el combate y el saqueo, carece de todas las virtudes que consolidan á un pueblo por medio de su gobierno. Su capricho es su ley; puede

sacrificarse, pero obedecer nunca. Estraño ademas á esa buena fe pastoril que es la virtud de los pueblos errantes del Asia y sobre todo de los turcos, la sublevacion y la perfidia se hallan tan arraigados en sus costumbres, que ese pueblo admira á los traidores casi al igual de los héroes.

Hamza que tambien principiara su fortuna por la traicion y el asesinato, habia arrastrado á su partido á Moses, gobernador de Croya, hasta entonces el capitán mas incorruptible y afamado de Scander-Beg. Hamza y Moses, no contentos con sembrar la agitacion en la Albania por las facciones sordas y las rivalidades intestinas, principiaron á dar oídos á los agentes secretos de Mahomet II que en premio de su traicion les prometia el mando de las mejores provincias de su patria. Se asegura tambien que un griego de Andrinópolis, instrumento de la venganza de Mahomet, introducido por ellos en Croya, debia libertar al sultan del mas terrible de sus enemigos mediante un envenenamiento. Próximos á quedar convictos de esos manejos secretos con la corte de Andrinópolis, Hamza se adelantó á la esplosion y al castigo de su crimen con la fuga, pero Moses, menos culpable ó menos sospechoso, permaneció en Albania para entenderse con Hamza y para preparar á Scander-Beg grandes reveses.

## XXVI

El sultan recibió á Hamza en Andrinópolis como se recibe á los tráfugas que son útiles, con liberalidad y desprecio. Juzgando que una ingratitud tan imperdonable como la de Hamza no podia dar lugar al arrepentimiento, le confió un ejército de treinta mil turcos, que los manejos y las traiciones de Moses aumentaron con quince mil albaneses, enganchados por él entre los descontentos de la alta Albania. Este ejército, unido al de ochenta mil hombres, que Balaban-baja llevaba por cuarta vez al territorio de Croya, hizo ascender á ciento diez mil combatientes el total de las fuerzas combinadas de Mahomet II contra aquella ciudad.

Scander-Beg rodeado de enemigos en la llanura y de trincheras en la poblacion, no esperó á que se reunieran los dos ejércitos, y corrió de montaña en montaña y de tribu en tribu, á evocar en el corazon de los campesinos albaneses la pasion de la patria, los recuerdos de la gloria, la antigua adhesion á su nombre; sesenta mil montañeses se levantaron á su voz,

bajaron con él á la llanura de Croya, y cortando en dos á sus enemigos combatieron en un solo día, separadamente, al ejército de Hamza y al de Balaban-bajá.

Antes de que se hallase el sol en la mitad de su carrera, sobre la estrecha llanura de Croya, las tropas de Hamza y de Moses, desalentadas por la presencia y fama de Scander-Beg, se habian dispersado por las gargantas y los bosques. Hamza y Moses abandonados de sus cómplices, habian caído sin combatir en poder de los albaneses patriotas, y fueron conducidos cargados de cadenas á los piés del héroe á quien habian vendido. Scander-Beg fuera por humanidad ó por política, mandó que quitaran las cadenas á su sobrino y á su antiguo amigo, y ordenó á sus oficiales que los llevaran cautivos á Croya.

## XXVII

Un cambio rápido de frente, puso de cara á sus sesenta mil albaneses con el ejército de Balaban-bajá que se movia demasiado tarde para socorrer á Hamza. La victoria de aquella mañana y los seis mil guar-

dias de Scander-Beg que salieron de la ciudad habian infundido un doble aliento á los vencedores. Los turcos consternados ántes de combatir, seguian con timidez al intrépido Balaban que les alentaba en nombre de la religion y de su gloria. Solo los genizaros parecian resueltos á rescatar tantos descabros con la victoria ó con la muerte.

Balaban lanzando su caballo hasta cerca de las murallas, arengaba de léjos á los ciudadanos para decidirles á que abandonaran á su tirano, cuando una bala disparada de las fortificaciones por un buen tirador albanés le cortó la palabra, pegándole en la garganta. El bajá, volvió maquinalmente las riendas de su caballo hácia su campo, y el animal le llevó muerto hasta su tienda, donde su cadáver inanimado rodó delante de sus soldados.

Su muerte fué la derrota del ejército; privado de jefe, acosado por los montañeses de Scander-Beg por el lado de las gargantas de Tyranna, su única retirada, y perseguido por la guarnicion de Croya, no se escaparon de los ochenta mil turcos mas que algunos fugitivos que escalaron las rocas de aquel anfiteatro. Las poblaciones ocupadas por los turcos degollaron á sus guarniciones; por segunda vez la Albania se libértó enteramente: el alma de un solo hombre habia resucitado á todo un pueblo.

bajaron con él á la llanura de Croya, y cortando en dos á sus enemigos combatieron en un solo día, separadamente, al ejército de Hamza y al de Balaban-bajá.

Antes de que se hallase el sol en la mitad de su carrera, sobre la estrecha llanura de Croya, las tropas de Hamza y de Moses, desalentadas por la presencia y fama de Scander-Beg, se habian dispersado por las gargantas y los bosques. Hamza y Moses abandonados de sus cómplices, habian caído sin combatir en poder de los albaneses patriotas, y fueron conducidos cargados de cadenas á los piés del héroe á quien habian vendido. Scander-Beg fuera por humanidad ó por política, mandó que quitaran las cadenas á su sobrino y á su antiguo amigo, y ordenó á sus oficiales que los llevaran cautivos á Croya.

## XXVII

Un cambio rápido de frente, puso de cara á sus sesenta mil albaneses con el ejército de Balaban-bajá que se movia demasiado tarde para socorrer á Hamza. La victoria de aquella mañana y los seis mil guar-

dias de Scander-Beg que salieron de la ciudad habian infundido un doble aliento á los vencedores. Los turcos consternados ántes de combatir, seguian con timidez al intrépido Balaban que les alentaba en nombre de la religion y de su gloria. Solo los genizaros parecian resueltos á rescatar tantos descabros con la victoria ó con la muerte.

Balaban lanzando su caballo hasta cerca de las murallas, arengaba de léjos á los ciudadanos para decidirles á que abandonaran á su tirano, cuando una bala disparada de las fortificaciones por un buen tirador albanés le cortó la palabra, pegándole en la garganta. El bajá, volvió maquinalmente las riendas de su caballo hácia su campo, y el animal le llevó muerto hasta su tienda, donde su cadáver inanimado rodó delante de sus soldados.

Su muerte fué la derrota del ejército; privado de jefe, acosado por los montañeses de Scander-Beg por el lado de las gargantas de Tyranna, su única retirada, y perseguido por la guarnicion de Croya, no se escaparon de los ochenta mil turcos mas que algunos fugitivos que escalaron las rocas de aquel anfiteatro. Las poblaciones ocupadas por los turcos degollaron á sus guarniciones; por segunda vez la Albania se libértó enteramente: el alma de un solo hombre habia resucitado á todo un pueblo.

## XXVIII

La victoria, la patria, la justicia, pedian á Scander-Beg la sangre de los traidores que se habian conjurado para matarle, y que habian conducido á los turcos hasta el corazon del pais. Hamza y Moses esperaban la muerte. Scander-Beg les mandó comparecer en su presencia á su vuelta á Croya. Hamza vertiendo lágrimas se prosternó á sus piés y pidió la vida.

« Os he educado y amado como á un hijo, le dijo Scander-Beg enternecido, y no me mancharé con vuestra sangre; recibid pues de mí segunda vez la vida y la libertad; si el arrepentimiento me devuelve vuestra ternura, expiad vuestra traicion con nuevos servicios á nuestra patria, y si debeis venderme otra vez, volveos con los turcos para decirles que Scander-Beg no teme á un enemigo mas.»

Moses recibió tambien reconvencciones afectuosas por único castigo de su perfidia. Scander-Beg le dió un mando en su ejército.

Hamza conmovido, consagró sinceramente su sangre á su tio: « Pero, le dijo, mi mujer y mis hijos

« están en rehenes en Andrinople, en el serrallo del sultan; si Mahomet sabe que me habeis devuelto la libertad, creerá que me habeis vencido por culpa voluntaria mia á la cabeza de las tropas que me habia confiado para mataros, y mi mujer y mis hijos expiarán en el suplicio la traicion que me será imputada por nuestros enemigos. Mandad que me lleven de nuevo á un calabozo con esas cadenas; guardadme algunos dias como un cautivo que espera la muerte; que una mano secreta me abra despues la cárcel, y que se diga que me he escapado una noche escalando las murallas para buscar un refugio contra vuestra ira en la corte de Mahomet, y de este modo el sultan verá en mí un aliado desgraciado, pero fiel, me devolverá á mi mujer y á mis hijos, me confiará sus planes contra vos, y cuando haya reconquistado su confianza, cuando esté al corriente de sus secretos y tenga asegurada la fuga de mi familia, yo mismo volveré y venderé en favor de mi patria al enemigo de los albaneses.»

Scander-Beg acostumbrado á estas astucias de sus bárbaros compatriotas, consintió en el deseo de su sobrino. Hamza, de acuerdo con su tio huyó á Constantinopla, y se granjeó de nuevo en apariencia los favores de Mahomet; pero pocos meses despues mu-

rió envenenado, dejando á su mujer y á sus hijos en poder de los turcos. Mahomet informado por sus espías de la astucia, se adelantó á la traicion con el suplicio.

## XXIX

Aquellos descalabros, la muerte de tantos generales y tantos ejércitos devorados sin gloria por la obstinacion de un solo hombre, hubieron de sumerjir á Mahomet II en una impaciencia febril parecida á la que le causaron los insomnios de Constantinopla. Sus visires temian por su vida ó por sus cabezas. El sultan, al principio de la primavera, entró en persona por todos los caminos de la Albania, á la cabeza de doscientos cincuenta mil hombres. Llevaba en su compañía ingenieros europeos, artilleros cristianos, mineros armenios, cañones de sitio iguales en calibre á los que habian pulverizado las torres de Bizancio. Ni murallas ni rocas podian abrigar ya la independencia de la Albania, que fué conquistada lentamente, roca por roca, ciudadela por ciudadela, sin que jamás pudiera decirse por eso que estaba dominada.

Scander-Beg, salido de Croya con un puñado de patriotas, cargaba á los ejércitos otomanos por su flanco, disputando lo que ellos atacaban y recordando lo que ya habian conquistado. El rey de la Albania se habia convertido de nuevo en jefe de bandidos; pero estos bandidos eran héroes. Sus muchas hazañas, cantadas en las epopeyas populares de aquellos montes, se pierden en la noche de las fábulas.

Mahomet cruzó en todos sentidos la Albania desde el mar de Durazzo hasta las cúspides de la Bulgaria, sin dejar otra cosa libre que los hielos, los bosques y los precipicios donde Scander-Beg y sus postreros defensores expiaban el reflujo del ejército otomano para volver á levantar una patria sobre sus pasos.

Mahomet II despues de haberlo subyugado todo, retiró sus tropas de la Albania abandonándola á sí misma para evitar nuevos desastres á sus guarniciones, y se limitó á establecer un cordón permanente de sesenta mil infantes al rededor de aquellas provincias, bajo el mando de los generales encargados de vigilar y contener á los albaneses.

## XXX

Apénas habia replegado sus ejércitos, cuando Scander-Beg, saliendo de sus guaridas, volvió á presentarse en todas las ciudades y aldeas, convocando á todos los jefes para una liga general cuya asamblea debia reunirse en Lyssus, ciudad marítima de las fronteras de la Albania, donde habia enviado ya á su mujer y á su niño, muy tierno todavía.

Los príncipes, jefes y generales de todos los albaneses acudieron á su llamamiento para acordar la insurreccion y la independencia de su patria. Venecia, Génova, el papa, el rey de Nápoles, el rey de Hungría y el duque de Borgoña, les cubrian con su alianza y les daban subsidios.

Scander-Beg era para el occidente el último campeón del cristianismo contra la invasion del islam. Las rocas de la Iliria reemplazaban entónces para ellos las murallas de Constantinopla. La asamblea se abrió en la iglesia mas grande de Lyssus ó Alessio. El discurso de Scander-Beg á sus confederados, que nos ha sido transmitido por varios testigos venecia-

nos de aquella representacion nacional, recuerda las arengas de los héroes de Homero. El guerrero de la Albania era al mismo tiempo, como en los dias antiguos del Epiro, su orador y su pòeta. En esa arenga larga y confusa como las conversaciones sin arte de un jefe de tribu con sus compañeros, se encuentran acentos que llegan al alma, y que solo la elocuencia heróica sabe hallar en la autoridad de la sangre vertida en comun por la patria.

« Compañeros : hace hoy veintitres años, dijo Scander-Beg, que gracias á mi audacia y á mi puñal  
 « pude escaparme del cautiverio de aquel Amurat  
 « que me habia robado á mi padre, y que volví al  
 « país de mis antepasados; desde entonces la Providen-  
 « cia me ha protegido bien lo mismo que mi espada, y  
 « jamás en tantos combates he sido herido, sin haber  
 « traído y arrojado á vuestros piés la cabeza del turco  
 « que me hirió con su sable ó con su flecha.

« Ahora tengo sesenta y tres años, me inclino há-  
 « cia la vejez, estoy acribillado de heridas y padezco  
 « enfermedades producidas por el largo cansancio de  
 « una guerra sin tregua. No hay que quejarse de es-  
 « to, la ley de los hombres así es, las necesidades de  
 « la naturaleza no son nunca un mal, pero mientras  
 « conservo todavía fuerza y claridad en mi espíritu,  
 « he querido hablaros para recomendaros despues

« de mi muerte, la union, la concordia y la constan-  
 « cia que solas con Dios pueden asegurar la victoria  
 « y la felicidad de la patria.

« Tengo un hijo, amigos y confederados, que os  
 « recomiendo. En su edad frágil y tierna todavía, sin  
 « lengua para hablar, no podria defenderse por sí  
 « mismo contra las agresiones y calamidades que le  
 « prepararán los turcos cuando su padre ya no exista.  
 « En toda mi vida he tenido ni descanso, ni ocio, ni  
 « lugar, ni horas fijas para comer ó dormir; las no-  
 « ches y los dias han sido todo uno para mí; leal-  
 « mente he repartido todos los despojos con vosotros,  
 « que participásteis de todos mis peligros, tareas y  
 « combates; ahora bien, amigos míos, me muero,  
 « os dejo, me voy; tomad en mi lugar á mi hijo Juan  
 « que, por su imagen y semejanza con su padre, os  
 « ofrezco por mi vicario y capitán. »

A estas palabras, el obispo tomando al niño de los  
 brazos de la princesa su madre anegada en llanto, le  
 llevó de la mano hasta en medio de los guerreros de  
 Scander-Beg delante del púlpito, y entonces Scander-  
 Beg dirigiéndose al niño con una voz paternal y  
 solemne á la vez; le dijo :

« Juan, hijo mio, ya ves que muero y que te dejo  
 « niño y *tiernecillo*. Si estás coligado te dejo un reino  
 « estable y firme seguramente, si nó, te queda un reino

« debil y dividido. Pero ten cuidado que si tomas de-  
 « masiado jóven el mando de estos Estados en donde te  
 « verás acosado sin cesar por el tirano Mahomet II, se  
 « aprovechará de tu flaqueza; por eso en cuanto me  
 « cierras los ojos, irás á refugiarte con tu madre á  
 « la Calabria y en las ciudades de los príncipes cris-  
 « tianos, sobre todo entre el noble senado veneciano,  
 « que te restablecerá en tu reino así que hayas llega-  
 « do á la adolescencia. »

Y luego, despues de largos consejos muy sabios y  
 prudentes sobre la guerra contra los turcos, y sobre  
 el buen gobierno de la patria, repuso Scander-Bey  
 con lágrimas en los ojos :

« Por estas entrañas de padre, te suplico una y mil  
 « veces, hijo mio, que no hagas nada sin el consejo  
 « de tus parientes, amigos y fieles aquí presentes. »

Al llegar á esta peroracion de su discurso, penetró  
 de la ciudad en la iglesia la noticia de que quince  
 mil turcos se acercaban á Lyssus y habian saqueado  
 ya la ciudad próxima de Scutari de Iliria : « Compa-

« ñeros, salud, exclamó Scander-Beg, que á pesar de  
« mi debilidad me armaré y en breve estaré con vo-  
« sotros. »

En efecto, le vistieron con sus armas, le sostuvieron sobre su caballo, y salió al campo con un puñado de ginetes albaneses. Los turcos al aspecto de Scander-Beg cuyas armas y caballo conocian, pero cuya enfermedad ignoraban, huyeron ante la sombra de su exterminador.

Sus albaneses le llevaron á Lyssus triunfante, pero muerto; habia exhalado su postrer suspiro bajo su coraza, á caballo y sable en mano. La Albania moria con él. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia de Lyssus, donde reposó como el cuerpo del santo protector de la Albania, hasta el dia en que Mahomet II habiendo conquistado Lyssus de los venecianos, los turcos que á su muerte perdieron el temor, pero no la admiracion que les inspiraba, buscaron su tumba, abrieron su féretro, y casi adoraron muerto y disuelto, como dicen las crónicas venecianas, al que consideraban cuando estaba en vida como el azote de sus ejércitos: « Sus huesos, que se disputaron entre sí sobre la tumba, fueron engastados en oro y plata como reliquias, y llegaron á ser para los genizaros talismanes de heroismo que llevaban sobre sus pechos en sus campañas como ins-

« piraciones sobrenaturales de valor, y prendas de  
« victoria con las que se prometian tambien ser in-  
« vulnerables. »

## XXXII

La fuerza de su brazo corria parejas con la intrepidez de su alma. Los albaneses y los turcos le comparaban con Hércules y Perseo. Su arma acostumbrada, cuyo manejo habia aprendido en los combates cuerpo á cuerpo contra los ginetes persas, mientras servia en el campo de los turcos, era el sable corvo de Damasco. La hoja del suyo pasaba de las proporciones ordinarias, y este sable habia adquirido tal celebridad, despues que partió en dos, delante de Croya, los cuerpos de Yacub-bajá y de Haider-bajá, sobrino de Balaban, que Mahomet le pidió como regalo por sus negociadores durante la tregua.

Scander-Beg envió al sultan el arma maravillosa, y Mahomet habiendo mandado que la probaran en su presencia sus guerreros mas fuertes sobre corazas y brazales, y no viendo en ella nada de extraordinario, se la devolvió á Scander-Beg.

« El milagro no está en la hoja, dijo Scander-Beg al que le llevó su sable, sino en el brazo. »

Después de su muerte, su viuda y su hijo erraron por las costas de Italia y no sobrevivieron mucho tiempo al héroe de la Albania. Aquellas provincias en donde Scander-Beg había personificado en él, hasta el prodigio, el patriotismo salvaje, el genio aventurero, el valor sobrenatural, el pillaje ordinario, y la fé dudosa, quedaron mal agregadas ora á los musulmanes, ora á los cristianos; patria de los aventureros de todas las religiones y de todas las causas, donde reclutaban los ejércitos otomanos intrépidos guerreros que por su audacia y por su inteligencia llegaban á las primeras funciones de la corte y de los campos alternativamente, como su héroe Scander-Beg, fueron los apoyos más enérgicos y los más peligrosos rebeldes del imperio. Su independencia nacional corta y sublime como un meteoro, no fué como su carácter, sino una aventura heroica de su nacionalidad: el heroismo hace un prodigio, pero únicamente la virtud constituye las naciones.

## XXXIII

Libre por el lado de la Albania, irritado contra los venecianos que habían fomentado la guerra de Scander-Beg, Mahomet II se arrojó con todas sus fuerzas sobre la península de Negroponto, su posesión más rica y su fortaleza más inexpugnable en el fondo del Mediterráneo.

Negroponto era la antigua Eubea de los griegos; mitad continental, mitad insular, su posición, sus puertos, su extensión, su fertilidad, sus minas de hierro, su capital Chalcis, sus monumentos, sus templos, su lustre poético por los versos de Homero, su gloria histórica por la primera batalla naval de Temístocles contra los persas cerca de Artemisium; las largas rivalidades de Esparta, de Atenas, de la Macedonia, que se la disputaron; su comercio que enriquecía á Venecia; su puente fortificado con torreones que la abría ó la cerraba la entrada del continente; por último, las flotas y las tropas que Venecia sostenía allí en el corazón de los mares y de las tierras, á la sazón en poder de los otomanos, hacían de Negro-

ponto el Gibraltar de la Grecia, del Epiro y de la Tracia. Alacar á los venecianos en Negroponto era alcanzarlos en Venecia.

El gran visir Mahmud-bajá, destituido como hemos visto, despues de la guerra de Caramania, habia sido llamado de nuevo por Mahomet II que le habia elevado al rango de capitan-bajá ó de gran almirante de sus flotas. Mahmud se dió á la vela con ciento cincuenta buques mayores hácia la isla veneciana, en tanto que Mahomet avanzaba por tierra con cien mil hombres, y se acampaba sobre el mismo promontorio donde Jerjes alzó sus tiendas en frente del istmo fortificado que une con la tierra la isla de Eubea.

La flota de Venecia, intimidada por la primera vez á la vista de la inmensa flota de Mahmud-bajá, permaneció anclada vergonzosamente lejos del campo de batalla, bajo las baterias de la isla de Salamina en el golfo de Atenas. La tumba de Temístocles que el almirante veneciano Canale podia contemplar desde la cubierta de su buque, no le inspiró su heroismo. Mahmud-bajá pudo formar impunemente un puente flotante con sus buques anclados y ligados unos á otros para pasar del continente á la isla.

Solo la capital permaneció libre detrás de sus murallas. El gobernador Pablo Erizzo, digno de otros auxiliares, se defendió allí, mas para inmortalizarse

que para salvarse. Tres asaltos en diez y siete dias de sitio, precipitaron en vano á veinte mil turcos dentro de la mar ó de los fosos, pues un traidor, corrompido por el oro de Mahomet, Thomaso Schiavo di Lebano, que mandaba la artillería de los venecianos, le vendió la plaza. Erizzo, que descubrió demasiado tarde la perfidia, mandó ahorcar al traidor, cuyo cadáver quedó colgado á la ventana de su palacio para que sirviera de espanto á sus cómplices.

Un nuevo asalto, en el cual hasta las mujeres combatian sobre las brechas, costó la vida á quince mil otomanos que murieron á balazos ó bajo las rocas precipitadas de lo alto de las murallas. En el quinto asalto tomaron la ciudad, y Erizzo se quedó sin mas asilo que la ciudadela, donde viéndose acosado por una poblacion hambrienta capituló bajo condiciones de honor para sus soldados, y de salvacion para su pueblo. Mahomet prometió cuanto le pidieron, y cumplió sus promesas por un degüello general. Erizzo fué cortado en dos pedazos, y los venecianos fueron empalados, descuartizados y enterrados bajo las ruinas de sus bastiones; se concedió la vida á los griegos como súbditos del sultan, y fueron llevados en cautiverio á Constantinopla.

La hija única de Erizzo, veneciana digna del haren de Mahoma, fué presentada en homenaje al ase-

sino de su padre; Mahomet embriagado con sus encantos, quiso deshonrarla con su amor, y como ella se resistiera hasta la muerte, fué castigada por él por su dolor y su virtud, y los eunucos la mataron á puntaladas en los brazos de su profanador.

## XXXIV

El capitán-bajá Mahmud pareció haber recobrado con aquella campaña la estimación de su amo. Su rival, el gran visir Mohammed-bajá, que estaba léjos en Asia ocupado en una expedición desgraciada contra los restos de la facción de los Caramanes, perdió allí la mitad del ejército de Anatolia, y reemplazado en la dignidad de gran visir por Ishak-bajá, volvió á Constantinopla sin otra gloria que sus crímenes.

Ishak-bajá llevó otro ejército á Caramania para restablecer la autoridad de los turcos. Los dos hijos de Mahomet II, Bayezid ó Bajazet y Mustafá, el primero gobernador de Amasia, y el segundo gobernador de toda la Caramania le llevaron sus tropas. Mustafá se señaló en aquellas guerras intestinas con hazañas y gracias que le hicieron el ídolo de los genizaros,

y que principiaron á excitar las rivalidades de sus hermanos y los recelos de su padre.

El gran visir se apoderó de un castillo elevado en la cúspide de una roca del Tauro que domina la mar de Chipre con una altura de quinientos codos. Los restos de la familia de los Caraman-Oghli se habian retirado allí con doscientos parientes suyos. La sobrina de los dos príncipes caramanios refugiada en la Persia, fue robada y enviada á Mahomet, por su reputación de hermosura. En breve el sultán pasó al Asia, para combatir contra el ejército de los persas y de los turcomanos que acababan de atravesar la Siria con intención de restablecer en la Caramania la soberanía de los príncipes caramanios.

Mahmud-bajá que volvió á entrar en gracia después de la conquista de Negroponto fué restablecido ántes de la marcha del sultán, en el empleo de gran visir, para que los armamentos se hicieran con el orden, la prontitud y el impulso, que le valieron á su amo tan grandes triunfos, durante su primer ministerio. Era la primera vez que se iban á encontrar en Asia las dos grandes naciones musulmanas, los persas y los turcos; pero suspendamos por un momento la narración del reinado de Mahomet II, para caracterizar al pueblo que queria disputar el Asia Menor á la raza de Othman. La enemistad innata en-

tre esas dos razas mahometanas fundada sobre un cisma existente en su fe común, y fomentada de continuo por ambiciones rivales y por prevenciones populares, forma parte de la historia de los turcos tanto como de la de los persas. Esa enemistad tan fatal á la raza de los otomanos como á la raza persa y árabe, fué lo único que salvó al Occidente de la invasion universal del islamismo. Diríase que el islamismo dividido al nacer por el cisma de los sectarios de Omar y de los sectarios de Alí, llevaba el germen de su debilidad en sus disensiones.

## LIBRO DÉCIMOCUARTO

Los persas son un pueblo primitivo nacido de sí mismo en la cuna tenebrosa de las edades anti-históricas. A su primera aparición en la fábula ó en la historia, se presentan ya con ese carácter de alta civilización, de madurez y casi de decadencia política, moral y literaria que indica la estremada vejez de las naciones. Se les podría llamar los griegos y los italianos del Oriente. Todo data de ellos, y ellos no datan de nadie. La naturaleza, tanto como la civilización, les ha do-

tre esas dos razas mahometanas fundada sobre un cisma existente en su fe común, y fomentada de continuo por ambiciones rivales y por prevenciones populares, forma parte de la historia de los turcos tanto como de la de los persas. Esa enemistad tan fatal á la raza de los otomanos como á la raza persa y árabe, fué lo único que salvó al Occidente de la invasion universal del islamismo. Diríase que el islamismo dividido al nacer por el cisma de los sectarios de Omar y de los sectarios de Alí, llevaba el germen de su debilidad en sus disensiones.

## LIBRO DÉCIMOCUARTO

Los persas son un pueblo primitivo nacido de sí mismo en la cuna tenebrosa de las edades anti-históricas. A su primera aparición en la fábula ó en la historia, se presentan ya con ese carácter de alta civilización, de madurez y casi de decadencia política, moral y literaria que indica la estremada vejez de las naciones. Se les podría llamar los griegos y los italianos del Oriente. Todo data de ellos, y ellos no datan de nadie. La naturaleza, tanto como la civilización, les ha do-

tado de una incontestable superioridad de inteligencia y de sociabilidad sobre las razas que les disputan la alta y la baja Asia; tan heróicos como los tártaros, tan filósofos como los indios, tan religiosos como los árabes, tan industriosos como los chinos, tan conquistadores como los turcos, tienen de más que cada una de esas naciones con quienes confinan, esa flexibilidad de inteligencia, esa elegancia de costumbres, de trabajo, de industria, de política, de artes, de letras, de poesía, de filosofía y de religión que hacen de la Persia uno de los focos más luminosos del entendimiento humano. Puede decirse también que tienen los vicios de su superioridad, como el desden por las razas que no deben tantas dotes como ellos á la naturaleza, la inestabilidad de sus instituciones, la facilidad en cambiar, la prontitud para sublevarse, la inconstancia de los juramentos, la finura de su diplomacia que llega hasta la astucia, la hipocresía que les hace tomar ó dejar todos los papeles, según sus intereses y no según sus convicciones, la sumisión en la tiranía, la insolencia en la libertad, el valor improvisado, el desaliento por cansancio, la adulación, ese abuso de la cortesía, la fe poco segura, ese desfallecimiento de carácter tan esencial para el hombre honrado, la verdad; en una palabra, todo lo que constituye á la vez en las costumbres de un pueblo

la nobleza de la naturaleza y la decadencia de la corrupción.

Tal era y es en el día el genio del pueblo persa.

## II

Los persas ocupan desde los tiempos primitivos el vasto espacio cercado casi por todas partes y cubierto de montañas entre el río Oxo que los separa de la Tartaria y de la China, el golfo pérsico que los separa de las Indias, el mar Caspio que los separa de los escitas ó moscovitas, el mar Negro que los separa de los rusos y el gran desierto de Bagdad que los separa de la Arabia y de la Turquía. Su territorio es ligero pero fértil, su cielo puro y su clima sano. Su raza es hermosa, alta, vigorosa, diestra para domar al caballo, y consumada en el manejo de las armas. Los parthos les han dejado sus tradiciones ecuestres, el arco y la flecha que disparan huyendo.

Según los lugares y las tribus, participan de todos los modos de vivir de los pueblos de Oriente; errantes aquí, mas allá sedentarios, pasean sus tiendas detrás de sus ganados de pradera en pradera, por las

provincias vecinas de la Armenia; labradores en las llanuras de Schiras, de Tauriz y de Ispáhan, artesanos en las grandes poblaciones, cortesanos en su capital, guerreros en sus campos, traficantes en sus bazares, voluptuosos en sus harenes, poetas y filósofos en la holganza, extremados en todo, en lo bueno como en lo malo, la imaginacion es su atributo dominante. Su imaginacion ilumina la virtud, la gloria, la passion, el amor, la ambicion y el crimen con tan vivos colores, que les presta á la vez el omnipotente delirio del entusiasmo y la movilidad de la inconstancia: pueblo que todo lo alcanzaria si pudiera desear una sola cosa durante mucho tiempo.

## III

Su historia presenta el mismo carácter que su genio; se parece á las fábulas árabes contadas por los poetas bajo las tiendas; está mas llena de vicisitudes y de peripecias de la fortuna que cualquiera otra historia de las demás naciones. Todo en ella es extraño, maravilloso, rápido, fugitivo como las sombras á la falda de sus montañas. Sus capitales se elevan y desaparecen

en el desierto como apariciones fantásticas, sus dinastías se establecen, se hunden, se reemplazan, se suceden con la inestabilidad de las olas. Los persas conquistan y son conquistados siete veces en dos siglos; el ojo apenas puede seguir el torrente tumultuoso de su destino. Los acontecimientos de que esa historia se compone parecen mas bien los elementos de un poema ó una novela que el curso lento y regular de las cosas humanas; al pasar por los ojos del historiador le dejan poseido de un vértigo.

## IV

Gustasp, que piensan podia ser Dario I°, uno de los grandes conquistadores de sus anales, desterrado por su padre, rey de una provincia de Persia, se refugió, segun una antigua leyenda, bajo el traje de un simple guerrero y con un nombre desconocido, en la corte del emperador del Oeste ó de Constantinopla. El emperador cuando mandó á su hija Katyun que eligiera un esposo á su gusto, hizo pasar bajo los balcones del palacio á los jóvenes nobles del imperio. Gustasp llama la atencion de Katyun por la belleza

marcial de este príncipe persa, y el emperador irritado con la preferencia mostrada hácia un extranjero oscuro, para castigar á su hija da su mano á Gustasp y la abandona á la oscuridad y á la indigencia de aquel enlace. Gustasp se lleva á su mujer á Persia, logra que le reconozcan sus partidarios, y levanta un ejército para reconquistar su derecho á la herencia paterna contra sus hermanos, mas en el momento de combatir, sus hermanos, por respeto á su derecho de primogenitura, le rinden las armas y le coronan en el campamento. Su padre abdica en su favor y se retira á la soledad para santificarse en ella. Gustasp, reina, combate, conquista toda la Persia bajo un solo cetro, y convida al emperador del Oeste á que pase á visitar su imperio. El emperador reconoce en Gustasp al extranjero que despreció, y á su hija en la reina de doce reinos. Este soberano fué quien adoptó y quien hizo adoptar á sus súbditos el culto del fuego ó la religion de Zoroastro.

## V

Hasta entónces la religion parece derivada, entre idólatra y simbólica, de las misteriosas religiones de

la India, fuente infinita de las primeras creencias humanas de la que corrió primitivamente la adoracion mas pura para los sabios, y de donde corrieron despues los símbolos divinizados por el vulgo, en idolatría para el pueblo.

« La religion primitiva de la Persia, dice uno de sus historiadores mas versados en su antigüedad, era la creencia en un ser supremo que creó los mundos por su poder y que los gobierna por su providencia; un temor respetuoso de ese Dios mezclado de amor y de adoracion; un respeto piadoso por los padres y los ancianos; una caridad fraternal por el género humano, y una compasion tierrena por los animales, parte animada, doliente y de un parentesco con el hombre en la creacion; hasta reconocian una vida y una inteligencia en los vegetales, respetables en un grado inferior.» Es el fondo divino de las doctrinas de la India despojadas de sus refinamientos metafísicos ó de sus superfetaciones populares.

Pero esas doctrinas alteradas en la Persia, lo mismo que en las Indias por las supersticiones y las credulidades populares se habian convertido en idolatrias. Zoroastro, especie de Mahoma persa, nacido bajo el reinado de Gustasp, intentó reformar esa religion corrompida, no despojándola de todo símbolo,

cosa muy árdua para la naturaleza de aquel pueblo, sino concentrándola en la adoracion del Criador único bajo el culto de los elementos creados y gobernados por él. A la sombra de estos elementos, y sobre ellos, Zoroastro adoraba y hacia adorar á su divino autor. Entre estos elementos eligió aquel cuyo brillo, poder, movimiento, llama y multiplicidad esparcidos en el firmamento bajo la apariencia de los astros del día y de la noche, debia parecer á los ojos de los hombres mas lleno de divinidad, el fuego; por esto instituyó el culto del fuego como simbolo y no como Dios. Pero puede decirse que Zoroastro con esta concesion á los hábitos de los persas, no atreviéndose á elevarlos de repente á la adoracion de Dios, no hizo mas que cambiar la idolatría de sus sectarios, pues á pesar de la trascendencia de su religion, los pueblos tomaron el simbolo por el Dios y se alejaron mas y mas de la pura adoracion de sus abuelos. Así probó Zoroastro una vez mas que no se debe unir la verdad con el error para comunicársela á los hombres, porque los hombres de poca fe é inteligencia toman el error que les conceden, y dejan la verdad que les imponen.

Zoroastro, hijo de un persa noble, llamado Poro-chasp, ilustre ya por su sabiduria, se alimentó, dicen las tradiciones de la Persia, con la leche de una

vaca que no comia mas que hojas de un árbol llamado el árbol de la inteligencia del bien y del mal, y de este modo no se destruyó ninguna vida, ni aun del reino vegetal, para darle la existencia. Al nacer se sonrió como un heraldo que venia á traer un mensaje de ventura al universo, y su cuerpo esparcia tanta luz que se alumbró todo el cuarto en que su madre le dió al mundo. Plinio cuenta á los romanos esta tradicion del nacimiento y de la pureza del profeta persa.

Jóven aun se retiró á las montañas de Alburz para meditar allí su doctrina; la gruta que habitaba tenia esculpidas en sus paredes figuras místicas de los elementos, de las estaciones y de los astros; de allí salió con el fuego celestial en la mano.

« Dios, anunció á los persas, *no es otra cosa que el infinito de la inteligencia, del poder, de la belleza, del tiempo, del movimiento y del espacio.* Es el principio del bien, y ha permitido la coexistencia momentánea de otro principio, el principio del mal, llamado Ahrimane para poner á prueba á la naturaleza y á los hombres; pero acabadas las pruebas destruirá el principio del mal, y lo absorberá todo en su infinito de perfeccion. »

La noche era el simbolo del mal, y la luz era el simbolo de Dios. Los preceptos religiosos del profeta,

mezclados son preceptos morales y políticos, son órdenes, dice Zoroastro, que el espíritu de Dios le comunica bajo la forma lírica del apóstrofe, de la interrogación, de la parábola.

« No dejes que se apague el fuego, dice el ángel.  
 « El fuego es de Dios; ¿y hay algo mas hermoso que  
 « este elemento? Solo pide maderas y perfumes.  
 « Te confío; ¡ó Zoroastro! la tierra para que la culti-  
 « ves, á fin de que el trabajo la haga fecunda. Te  
 « confío el agua que corre, el agua que duerme, el  
 « agua de los rios, el agua de las nieves que baja de  
 « muy lejos por las montañas, el agua de las fuentes;  
 « enseña á los hombres que el agua vivifica todas las  
 « cosas, que todo lo hace verde y fructífero: respé-  
 « tala.

« Prohibe á los hombres, ¡ó Zoroastro! que des-  
 « truyan ó arranquen antes de tiempo las plantas ó  
 « los frutos de la tierra, pues han sido creados para  
 « el alimento y la satisfaccion de las necesidades de  
 « los hombres y de los animales.»

Zoroastro dejó un libro, el *Zend-Avesta*, Coran de sus sectarios, é instituyó sacerdotes para leerle y comentarle delante del pueblo, mientras vigilaran para que no se apagara nunca el fuego sagrado. Esta puerilidad llegó á ser el fondo de su culto: verdad y moral viciadas por una mentira acordada al pueblo.

Gustasp la adoptó mandando que la adoptara la nacion, y subsistió hasta que la religion de Mahoma se introdujo en la Persia.

Las dinastías que sucedieron á la de Gustasp conquistaron y perdieron alternativamente la Tartaria, las Indias, la China, la Arabia y la Siria. Sus monumentos destruidos por Alejandro atestiguan con las ruinas gigantescas de Persépolis, construida por Djemschid, un poderío, unas artes y unas riquezas que no pueden medirse sin asombro por la escala de las civilizaciones de Occidente.

En el cuarto siglo despues de Mahoma, los kalifas de Bagdad reinaban sobre una parte de la Persia, que se habia dividido en varios principados anárquicos despues de la conquista de los Arabes. Un sultan musulman del Khorasan, Mahmud, los reunió bajo su poderío despues de haber subyugado las Indias y de haberse llevado sus despojos á su capital Ghazna. Mahmud prosiguió la obra de la extincion de la idolatria.

Su justicia era tan inflexible como su piedad. Habiéndose quejado á él un pobre persa de la insolente opresion de un jóven noble que violaba á menudo su domicilio y que le arrojaba de su casa para pasar la noche con su mujer, Mahmud dijo al marido ultrajado que le previniera la primera vez que el jóven

atrevido se encerrara en su morada, y en efecto, cuando esto sucedió Mahmud se fué á la casa, ordenó que apagarán la luz que ardía en el cuarto y agarrando al amante que trataba de huir, le cortó la cabeza con su yatagan de un solo golpe.

« Ahora traed la luz » dijo con voz conmovida.

A la claridad de las antorchas, contempló el cadáver desconocido, cayó de rodillas y dió gracias el cielo porque habia cumplido con su deber de rey; despues pidió una jarra de agua al marido, se la bebió de un trago sin tomar aliento.

— « Os estraña mi sed, dijo al desgraciado vendido por su mano; sabed pues que desde el dia en que me disteis parte del ultraje que sufriais, no he comido, bebido ni dormido, pues sospechaba que solo mi hijo podia confiar bastante en la impunidad para atreverse á cometer un crimen tan grande abiertamente. Resuelto á hacer justicia á mis súbditos aun contra mi propia sangre, mandé apagar la luz á fin de que la flaqueza de un padre no sirviera de impedimento para que cumpliese con su deber un soberano; las oraciones que me habeis visto pronunciar despues del golpe eran en accion de gracias á Dios porque me habia libertado del horror de haber inmolado á uno de mis hijos, y entonces he bebido por la primera vez con la avi-

« dez de un hombre que no apagó su sed en tantos dias. »

Su dinastía pereció á los golpes de los Seldjukides.

## VI

Los turcos de la tribu de Seldjuk fundaron á su vez, como hemos visto, cuatrocientos años despues de Mahoma, una dinastía que fué derrocada por los mongoles tártaros de la tribu de Gengiskhan. Los soberanos de esas razas diversas dividieron de nuevo la Persia en muchos reinos, y el principal de todos ellos cayó bajo el poder de uno de los cuarenta esclavos turcos que su amo habia llevado para venderlos á Massud, uno de aquellos reyes. El esclavo se llamaba Ildighiz. El visir de Massud habia comprado treinta y nueve y dejaba el último al mercader porque era pequeñuelo y muy niño, cuando este dijo al visir :

« Habeis comprado treinta y nueve por el amor del sultan vuestro amo; comradme á mí por el amor de Dios. »

El visir le compró y le colocó entre los últimos

criados de las cocinas del palacio; sucesivamente se elevó de este humilde servicio á otros superiores gracias á su inteligencia y á su celo, hasta que llegó á la dignidad de visir, de donde el amor del pueblo le hizo subir al trono.

Como ya hemos dicho, Timur dejó la Persia á su hijo Schah-Rokh, el mas cuerdo y político de sus hijos. Schah-Rokh gobernó la Persia hasta que llegó á setenta y un años. Su hijo Olug-Beg, cuyos trabajos astronómicos se han puesto en claro últimamente, es el último representante de la escuela científica de los árabes; este príncipe virtuoso, pero poco entendido en las armas, perdió el reino y [la vida bajo el parricidio de su hijo. Seis meses de un reinado borrascoso fueron el único premio de este crimen; el culpable sucumbió á la indignacion de su propio ejército. Los biznietos de Timur se sucedieron rápidamente sobre el trono; los turcomanos de la tribu del Carnero blanco, rechazados antiguamente por Timur hasta Van, en las gargantas de la Armenia, sobre las raices del monte Ararat, habian vuelto á bajar á las llanuras desde que los turcos habian agotado la inundacion de los tártaros de Timur. Su jefe llamado Uzun-Hassan habia establecido su capital en Diarbekir.

Uzun-Hassan, aprovechándose de las disensiones

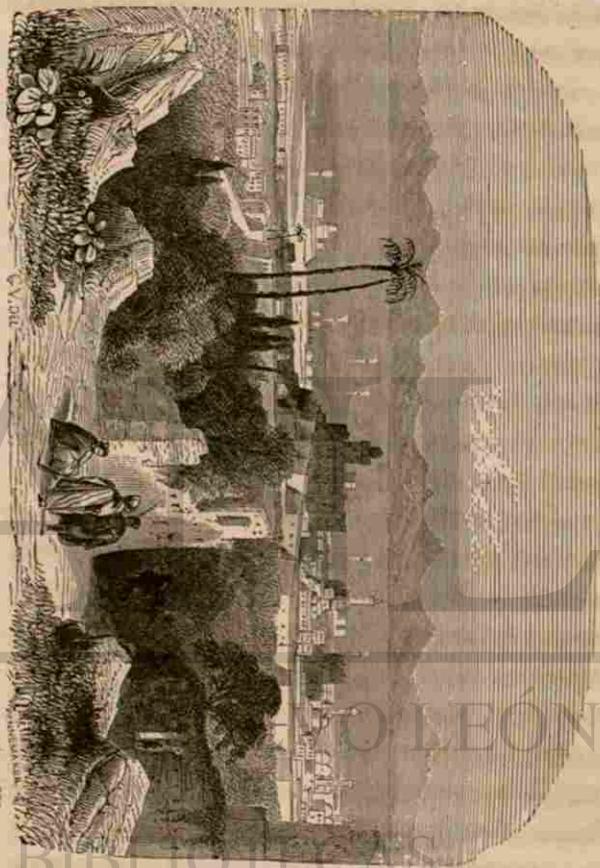
de la Persia, y acometiendo alternativamente á los ejércitos de sus diversos príncipes con sus bandas de turcomanos, indisciplinadas, pero intrépidas, habia concluido por aniquilarlas entre sí, y despues de haber despedazado de ese modo provincia por provincia, toda la herencia de los hijos de Timur, Uzun-Hassan acabó por subir al trono de la Persia restaurado por su mano. Los árabes, los mongoles, los turcomanos y los persas, cansados de anarquía y pacificados por su tiranía le concedieron unánimemente el poder supremo.

Uzun-Hassan era un príncipe experimentado por la edad, por sus luchas contra el destino adverso y por la política; de un espíritu tan emprendedor, como su corazon era ambicioso, queria justificar esta ambicion por la gloria y queria hacerse perdonar la conquista por el lustre que habia de dar al nombre de los persas. Los europeos que llamaba como Mahomet II á la corte de Ispahan, le llevaban allí el comercio, las artes, la disciplina y la artillería de la Europa. Pintábanle como un anciano fuerte y hermoso aun á setenta años, alto, delgado, de aire majestuoso, gracioso de cara, elocuente, incansable para andar á caballo; diestro en la flecha y en el sable, adorado de sus ejércitos, insaciable en su actividad, miraba con una admiracion celosa la

caida de Constantinopla y la conquista de la Europa y del Asia por Mahomet II, hijo de los mismos tártaros pero mas viejo y dichoso que él en el imperio.

Tal era la Persia en el momento en que Mahomet II agregó toda la Caramania al imperio y arrancó á los turcomanos de la raza de los Caraman-Oghli, Tokat y todas sus capitales, escitando así los celos de Uzun-Hassan. Un pretesto tenia para mezclarse en los asuntos del Asia-Menor. Los dos hijos de Ibrahim-Caraman, Ishak-Beg y Pir-Ahmed se habian refugiado en su corte y no cesaban de provocarle en interés de su seguridad y de su gloria, para que restableciera el poderio de su casa. Su ambicion de supremacia no necesitaba otra provocacion que su envidia contra el vencedor de Constantinopla; se coligó con los venecianos y los caballeros de Rodas, enemigos natos de los otomanos, y sus flotas combinadas atacaron la Caramania por las orillas del mar de Chipre, mientras que los persas avanzaban por los valles de la baja Armenia hácia Erzerum.

El jóven Mustafá, entre tanto que llegaba su padre, recibió los primeros choques del ejército de Uzun-Hassan, con una inferioridad de fuerzas, pero con una superioridad de valor, que neutralizó algun tiempo la ventaja numérica. Mahomet II dejó en Constantinopla á su hijo Djem, llamado *Zizim* por



ISLA DE RODAS.

T. III. p. 392.



las crónicas italianas, y pasó al Asia con el ejército de Europa y con Bajazet su hijo primogénito, á quien queria ejercitar en las armas, porque le criaba para el trono. El carácter inquieto, celoso y licencioso de Bajazet tenia necesidad de la dura disciplina de los campos á la vista de su padre.

Pero ya la ciudad de Tokat, baluarte de la Caramania, habia sido tomada por asalto por Omar-Beg visir del schah de los persas, y por el jóven Yusuf-Dje-Mirza, sobrino de Uzun-Hassan. Los persas se mostraron allí mas feroces que los soldados de Timur. La presencia de los dos príncipes espulsados de Caramania y las venganzas que ejercian contra sus antiguos súbditos reconquistados, daban á esta guerra el doble carácter de guerra de conquista y de guerra civil. Keduk-Ahmed-bajá, que de simple genízaro se habia elevado por su valor á la categoría de príncipe y de general de Mahomet, sostenia solo delante de Koniah el peso del ejército de Uzun-Hassan. Una batalla podia entregar á los persas el corazon del Asia-Menor. Mahomet impaciente con la lentitud de sus preparativos y la marcha de su propio ejército, escribió repetidas cartas á su hijo Mustafá para animar su ardor y sostener su constancia. Estas cartas en su estilo pomposo y salvaje á la vez, manifiestan el odio del sultan contra el schah de Persia.

« Hijo afortunado y valiente : tú, reflejo luminoso  
 « de mi gloria, decia una de esas cartas, has de sa-  
 « ber que Usun Hassan que merece la cuerda y la  
 « horca, nos ha dirigido mensajes injuriosos y ame-  
 « nazas. Hemos desdeñado responder á ese loco de  
 « otro modo que con nuestro desprecio; hemos  
 « guardado un silencio terrible propio para cambiar  
 « á ese zorro en liebre, y hoy avanzamos para com-  
 « batirle con nuestros leones de batalla. Hiere á sus  
 « emires mientras llegamos; te nombramos jefe su-  
 « premo de nuestros ejércitos delante de los su-  
 « yos. »

En breve siguió á esta carta un cuerpo de van-  
 guardia mandado por Daud-baja; pero este refuer-  
 zo, insuficiente para rechazar á los persas, que envió  
 á Mustafá el gran visir Mahmud, se convirtió muy  
 luego en una de las causas de su muerte. Ese mi-  
 nistro paralizó la marcha del sultan, temiendo com-  
 prometer al jefe del imperio en una lucha dema-  
 siado desigual contra Uzun-Hassan, y aconsejó que  
 dejara dar y recibir los primeros golpes por su hijo  
 y sus capitanes, mientras él preparaba á su soberano  
 un ejército de reserva mas numeroso para la próxi-  
 ma campaña. Durante estas incertidumbres de su  
 padre y del visir, Mustafá atacado por los persas en  
 las márgenes del lago Koraili, en el país de Hamid,

combatió con tanta constancia y fortuna sontra el  
 sobrino de Uzun-Hassan, que destrozó el ejército per-  
 sa y obligó al Mirza Yusuff á tomar la fuga con sus  
 restos hasta el campo de su tio detrás de Erzerum.

« El mas humilde de vuestros esclavos, escribia  
 « Mustafá á su padre, se prosterna en el polvo de  
 « vuestro trono.

« Mientras que nos escribais vuestras órdenes, el  
 « sobrino de Uzun-Hassan, vil escorpion, así como  
 « los hijos de los Caraman-Oghli, Kasim, y Pir-Ah-  
 « med, avanzaban rápidamente pasando al lado de  
 « Cesarea de Capadocia, y tu esclavo pasó revista á  
 « tus soldados delante de Koniah, y marchó á ellos.  
 « (Martes 48 de agosto de 1472). Los dos ejércitos se  
 « formaron en batalla; se combatió desde que el sol  
 « salió hasta que se puso, pero á la caída de la tarde  
 « la fortuna abandonó á nuestros enemigos. Los jefes  
 « persas y turcomanos han sido hechos prisioneros,  
 « los begs mas famosos han mordido el polvo, y sus  
 « cadáveres decapitados han sido la presa de los bui-  
 « tres en este mundo, y el objeto del desprecio en  
 « el otro. ¡Alabado sea el Dios del universo! No se  
 « levantarán de esta caída. Es de esperar que el  
 « mismo Uzun-Hassan caerá sobre la tierra que ha  
 « querido devorar, que se quedará sin mortaja y sin  
 « sepulcro, y servirá de alimento á las hormigas.

« ¡Así sea! Un esclavo de tu Alteza, el primer ugiér  
 « de vianda, Mahmud, sale para anunciarte esta no-  
 « ticia, y otro esclavo, el primer caballerizo de tus  
 « cuadras, Keyvan, te lleva las cabezas; ambos be-  
 « sarán el polvo favorecido que levanten los piés del  
 « caballo que montes. Tu esclavo : MUSTAFA. »

## VII

Aquella victoria, demasiado completa quizás para un subordinado, excitó á la vez el orgullo y los celos de Mahomet II, que se detuvo algunos dias en Scutari, donde habia plantado ya sus tiendas en medio de las tropas reunidas de todos los puntos del imperio por su visir, el diestro y fiel Mahmud, y desde allí dirigió una carta imperiosa á Uzun-Hassan:

« El que hinchado de vanidad, le decia, no cono-  
 « ce ya freno y se prevalece de los favores de la fortu-  
 « na para cometer la injusticia, puede contar que se  
 « halla al borde del abismo donde va á hundirse su  
 « poder; su cabeza solo está llena de quimeras ins-  
 « piradas por Satanás; ahuyéntalas y presta el oído

« á la razon, esa gran mediadora entre los hombres.  
 « Nuestro imperio es el centro del islamismo; la san-  
 « gre de los infieles es el aceite que ha alimentado en  
 « todo tiempo la lámpara que le alumbra; si tú  
 « vuelves contra nosotros, eres un enemigo de la  
 « fe; yo he ensillado mi caballo y me he ceñido el  
 « sable para exterminar á los infieles, Dios me eli-  
 « gió para instrumento de su venganza. Mi brazo  
 « bastará para borrar tu nombre de la superficie de  
 « la tierra. No te digo mas. Bienaventurado el que  
 « solo busca el bien. »

## VIII

Mahomet II, marchando con ciento veinte mil hombres, despues de haber arrojado este desafio á Hassan, encontró á su hijo Mustafá en *Begbazari*. Mustafá se prosternó con tanta mas humildad cuanto mayor era la gloria que tenia que hacer olvidar. Besó la mano á su padre. Su hermano Bajazet, que gobernaba en Amasia, se unió á ellos en aquel alto, con cuarenta mil azabs de su gobierno, que corrieron á fortificar el ejército del sultan. Los tres prin-

« ¡Así sea! Un esclavo de tu Alteza, el primer ugiér  
 « de vianda, Mahmud, sale para anunciarte esta no-  
 « ticia, y otro esclavo, el primer caballerizo de tus  
 « cuabras, Keyvan, te lleva las cabezas; ambos be-  
 « sarán el polvo favorecido que levanten los piés del  
 « caballo que montes. Tu esclavo : MUSTAFA. »

## VII

Aquella victoria, demasiado completa quizás para un subordinado, excitó á la vez el orgullo y los celos de Mahomet II, que se detuvo algunos dias en Scutari, donde habia plantado ya sus tiendas en medio de las tropas reunidas de todos los puntos del imperio por su visir, el diestro y fiel Mahmud, y desde allí dirigió una carta imperiosa á Uzun-Hassan:

« El que hinchado de vanidad, le decia, no cono-  
 « ce ya freno y se prevalece de los favores de la fortu-  
 « na para cometer la injusticia, puede contar que se  
 « halla al borde del abismo donde va á hundirse su  
 « poder; su cabeza solo está llena de quimeras ins-  
 « piradas por Satanás; ahuyéntalas y presta el oído

« á la razon, esa gran mediadora entre los hombres.  
 « Nuestro imperio es el centro del islamismo; la san-  
 « gre de los infieles es el aceite que ha alimentado en  
 « todo tiempo la lámpara que le alumbra; si tú  
 « vuelves contra nosotros, eres un enemigo de la  
 « fe; yo he ensillado mi caballo y me he ceñido el  
 « sable para exterminar á los infieles, Dios me eli-  
 « gió para instrumento de su venganza. Mi brazo  
 « bastará para borrar tu nombre de la superficie de  
 « la tierra. No te digo mas. Bienaventurado el que  
 « solo busca el bien. »

## VIII

Mahomet II, marchando con ciento veinte mil hombres, despues de haber arrojado este desafio á Hassan, encontró á su hijo Mustafá en *Begbazari*. Mustafá se prosternó con tanta mas humildad cuanto mayor era la gloria que tenia que hacer olvidar. Besó la mano á su padre. Su hermano Bajazet, que gobernaba en Amasia, se unió á ellos en aquel alto, con cuarenta mil azabs de su gobierno, que corrieron á fortificar el ejército del sultan. Los tres prin-

cipes avanzaron juntos hasta el Eufrates, río que atraviesa, casi de una mar á otra, esa base del triángulo del Asia Menor. Uzun-Hassan que corrió para vengar la humillacion de sus armas al mando de su sobrino, esperaba á los ejércitos de Mahomet en una posicion selecta y fortificada. El primer encuentro, mal empeñado por la temeridad de Murad-Beg que mandaba la vanguardia de los turcos, precipitó á una porcion de bajás y de begs en un lazo tendido por Uzun-Hassan, que se lisonjeó de tener por prisioneros la flor del ejército otomano.

« No triunfas todavía, le respondió uno de aquellos prisioneros, hijo de Timur-Khan, gobernador del Peloponeso, mi amo tiene centenares de miles de hombres que valen mas que nosotros. »

Mahomet, consternado, tuvo un sueño que alentó su valor y el de su ejército. Soñó que en una lucha cuerpo á cuerpo contra Uzun-Hassan, le dió al rey de Persia un golpe tan terrible en el pecho, que saltó un pedazo de su corazón y cayó al suelo. Confiando en este augurio, marchó seis días en busca de Uzun-Hassan, que se habia replegado en una posicion mas fuerte todavía en Terdján. El ejército persa, escalonado en las gradas naturales de Otlukbeli, se hallaba mandado en el centro por Hassan y en las alas por sus dos hijos. Los dos hijos de Mahomet, Bajazet por

un lado y Mustafá por otro, mandaban tambien, bajo la direccion de su padre, los dos flancos de su ejército.

Mustafá se lanzó el primero á la cabeza de los akin-djis y de los azabs, y rompiendo con su choque las filas de los persas, mató con su propia mano á Seinel-Beg, Behadur, hijo del rey. Mahmud, aga ó general de los azabs, se apeó del caballo, cortó la cabeza á Seinel y se la llevó á Mahomet en nombre de su hijo.

Todo el ejército vió en aquella muerte la realizacion de la profecía del sueño, pues los hijos, en la lengua persa, se llaman un *pedazo del corazón de su padre*.

Bajazet, émulo de su hermano, penetró del mismo modo en los flancos del ejército persa que le tocaba escalar; Uzun-Hassan, descubierto y cercado, huyó llorando á su hijo y á su ejército. Treinta mil turcomanos envueltos por la caballería de Mahomet fueron degollados á sangre fria durante tres dias por los verdugos del ejército. Para dar abasto á esa carnicería sin entorpecer la persecucion de Uzun-Hassan, á cada parada degollaban algunos centenares. Los cadáveres de los emires, de los begs y de los generales de Uzun-Hassan marcaron el camino de los turcos. Cuando llegaron delante de Kara-Nissar, fortaleza de la baja Armenia, Mahmud el gran visir, aconsejó al sultan que la sitiara ántes de avanzar mas por una

comarca insegura; pero Mahomet II indignado, apostrofó injuriosamente á su visir echándole en cara su timidez con estas palabras :

« Mi venganza no necesita fortalezas, sino ejércitos. »

Kara-Nissar abrió voluntariamente sus puertas delante de Mahomet, quien dió allí la libertad á cuarenta mil esclavos de ambos sexos que el ejército arrastraba detrás de sí despues de su victoria, ya para rescatar la sangre de los prisioneros degollados, ya para conquistarse con aquella magnanimidad inusitada la popularidad entre los turcomanos de las fronteras que deseaba se coligaran con él contra la Persia. Sus cartas de victoria y la fuga de Uzun-Hassan hasta Schiraz en el corazon de la Persia, dieron á conocer á las cortes de Europa, de Egipto y de Asia el primer triunfo de los turcos sobre los persas.

El vencedor espantado con la perspectiva de los desiertos que sus tropas tenían que atravesar para alcanzar en Schiraz á Uzun-Hassan, se volvió lentamente á Constantinopla meditando otra venganza contra los venecianos y los caballeros de Rodas, cómplices aislados ya de Uzun-Hassan. Su hijo Mustafá, con el ejército de Caramania, recibió el encargo de concluir la obra de la pacificación de esas provincias; pero este jóven príncipe no disfrutó por mucho

tiempo de ese favor aparente de su padre; el sultan aconsejado, segun dicen, por el gran visir Mahmud, ó quizás siguiendo las inspiraciones de sus propios celos, le llamó prontamente á Constantinopla, y envió en su lugar para que gobernara la Caramania, á su tercer hijo Djem-Sultan que apénas tenia diez y ocho años, pero cuya precocidad en virtudes, talentos y valor le habian hecho el adorno de su corte y las delicias de los musulmanes. Djem, poeta y guerrero, habia escrito un poema novelesco dedicado á su padre. Apasionado por la lucha cuerpo á cuerpo cuyos ejercicios habia aprendido en Cilicia, esa patria de los lidiadores, Djem encontraba ligera la famosa maza de armas de Alaeddin, conservada en Koniah como una prueba de la fuerza superior de aquel Sanson de los seldjukides. Los caramanios maravillados de su juventud, de su dulzura y su destreza en los combates, le apellidaron el primer lidiador del imperio, y se sometieron á su gobierno sin resistencia. En breve seguiremos por Oriente y Occidente el novelesco destino de ese jóven hijo de Mahomet II, el mas amable, el mas interesante y el ménos dichoso de su raza.

Su padre disponia ciegamente una tragedia doméstica, que debia determinar la que cortó los dias de aquel jóven.

Por respeto á la fama de sus príncipes y al nombre otomano, los dos historiadores turcos Seadeddin y Solakzadé, pasan en silencio ese drama interior cuyas circunstancias revelan casi unánimemente los historiadores griegos é italianos contemporáneos y testigos.



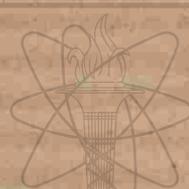
Mustafá-Sultan, ese héroe de los campos contra los persas, acostumbrado á la independencia en su gobierno de Asia, sufría con mucha impaciencia en Constantinopla el ocio de la paz en presencia de los ojos severos de su padre y del gran visir. La popularidad de que disfrutaba con tantas hazañas entre el pueblo y entre los genizaros hacia que se espicara con mas rigor su conducta, sus palabras y hasta sus amores. El sultan, que no le quería como á Bajazet, el heredero natural del trono, temía para este favorito de su corazón, una competencia demasiado gloriosa en su segundo hijo. No le perdonaba ninguna de aquellas licencias ó desórdenes que tanto se perdonaba á sí mismo; todas las faltas eran á sus ojos otros

tantos crímenes. Una pasión fatal, consecuencia de una imprudencia de mujer, le suministró, por desgracia muy naturalmente, el motivo ó pretexto de tratar como un crimen de estado un atentado contra las costumbres de los otomanos.

Un día que Mustafá pasaba á caballo por delante del palacio de Ahmed-bajá, uno de los visires de su padre que combatía en aquel momento en la Armenia contra los enemigos del sultan, una jóven, esposa de aquel visir, salía del palacio de su marido cubierta con su velo. La mujer de Ahmed ya por deseo de ver al héroe de los otomanos, ya por vanidad de que él la viera, se alzó el velo. Su hermosura deslumbró y fascinó al hijo del sultan: el amor, que no es mas que un deseo encendido por una mirada en los pueblos donde las costumbres prohíben la vista y la conversacion de las mujeres, se apoderó de los sentidos y en breve del corazón de Mustafá, que leyó en los ojos de la esposa de Ahmed una admiración hácia su persona que hizo mas viva la seducción. Sus ojos se comprendieron; los mensajes secretos que las mujeres y los eunucos corrompidos por el oro de los amantes transmiten hasta el interior de los harenes, acabaron de ponerlos de acuerdo, y Mustafá, informado del día y de la hora en que su ídolo debía ir al baño, apostó cerca del baño de las mujeres algunos servi-

dores de sus pasiones tan temerarios como él, los cuales arrancando á la esposa del visir medio desnuda de los brazos de sus esclavas, á pesar de los gritos de sus compañeras, la robaron del santuario del pudor femenino y la entregaron al amor de Mustafá en su palacio.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS



X

Un grito de horror y de execración se elevó á la noticia de este atentado, que llegó por conducto de los visires á oídos de Mahomet II. Fuera por horror de tener que castigar semejante crimen sobre un hijo suyo, ó fuera porque se encontrase en la imposibilidad de perdonarle, abrigó su irresolucion en el silencio durante algunos dias. El escándalo, propalado ya, había sublevado la opinion pública. Ahmed-baja llegó de Asia, halló su haren profanado, su esposa favorita robada á su amor, su honra y su religion ultrajadas, y arrojándose á los piés del sultan su amo, le preguntó con lágrimas en los ojos, si era aquella la recompensa que reservaba á sus visires por la sangre que sirviéndole derramaban.

« Serás vengado, le respondió Mahomet; lavaré tu « vergüenza, aun cuando fuese en la sangre de mis « propias venas. »

El sultan mandó comparecer á su hijo; le reconvinó por su crimen, le ordenó que devolviera su esposa al visir, y le amenazó con su ira; mas dicen que Mustafá, ya porque estuviera loco con su fatal pasion ó ya porque confiara en la adhesion de los genizaros, se obstinó en su crimen, y llevó la audacia hasta sacar su sable delante de su padre. Mahomet dejó salir á su hijo sin castigo; pareció vacilar aun durante tres dias, y por último en la tercera noche entraron en casa de Mustafá los tschauschs ó *chiaux* que le arancaron en su haren de los brazos de su odalisca adúltera, le cortaron la cabeza como al último de los criminales, la expusieron un momento á las miradas del pueblo á la puerta del palacio de su padre, y le enterraron sin pompa en la tumba de sus antepasados. Fuera que el golpe hubiera precedido á la amenaza, fuera que los genizaros espantados del crimen mas reprobado por la religion, la ley y las costumbres, no se atreviesen á levantarse en favor de un príncipe contra el cual se indignaba la conciencia pública, lo cierto es que permanecieron inmóviles y aterrados ante el cadáver de su favorito.

El rumor de la ciudad satisfecha se cambió en una

siniestra admiracion por la inflexible justicia del sultan, que sacrificaba á su propio hijo al sostenimiento de las leyes sagradas del matrimonio, y Mahomet pareció un legislador estóico en un acto en que quizás no era mas que un soberano celoso, un padre parcial, un hombre desnaturalizado. Podia haber castigado sin matar; el destierro ó la cárcel habrian cortado igualmente el escándalo, pero el destierro ó la cárcel dejaban un ídolo á los genízaros, un competidor á Bajazet, y á él un rival de gloria. Aquel Felipe II de los otomanos no se fió mas que en los verdugos.

## XI

No tardó mucho en suceder el horror público á la admiracion del pueblo por la imparcialidad feroz de su soberano. Mahomet II quiso que recayera todo sobre su visir, y atribuyó al prudente y desdichado Mahmud el exceso de severidad que habia mostrado contra su hijo; le acusó de haber manifestado una criminal indiferencia por la sangre de Othman, porque habia jugado al ajedrez el mismo dia de la muer-

te de Mustafá, y porque se habia mostrado en público vestido de blanco cuando habria debido ponerse de luto por aquel principe. Pero sus verdaderos crímenes eran los servicios demasiado grandes y prolongados que le debía su amo, su influencia sobre el pueblo, su reputacion de virtud, su independencia en el consejo y su humanidad con los vencidos, sobre todo con los griegos y los albaneses.

Mahmud, nacido de un padre griego y de una madre albanesa, habia sido cristiano en su cuna, pero robado en su infancia y educado entre los pajes, se habia hecho musulman. Empero, aunque adherido exteriormente á la religion del profeta, habia conservado por su primer culto y por su raza natal un sentimiento filial que le hacia respetar en los infieles la sangre de que procedia. Su política moderada y reflexiva, neutralizaba demasiado, al decir de los fanáticos, los arranques y las crueldades de su amo. Habiale arrancado el rey de Bosnia, los príncipes carmanios, y le habia impedido proseguir demasiado lejos su victoria en la Persia contra Uzun-Hassan. Mahomet queria conquistar siempre, y Mahmud aspiraba principalmente á consolidar las conquistas. Para esto favorecia á los sabios, á los poetas y á los artistas; reunia bibliotecas públicas, edificaba á sus espensas mezquitas que llevan su nombre en Cons-

tantinopla y en Sofía, construía baños, posadas y puentes en los principales caminos del imperio, sostenía correspondencias literarias que se han conservado como monumentos de sabiduría y de estilo persa con los poetas de Schiraz y Tebriz, componía también en lengua persa poemas que rivalizaban con los de Hafiz, y su casa era un santuario de los sabios y de los letrados, que se abría una vez por semana á todos los hombres doctos, escritores, filósofos, poetas turcos ó extranjeros que visitaban Constantinopla. En estas reuniones se sacaba una fuente de arroz, donde había pepitas de oro mezcladas con los granos de la comida favorita de los turcos, que enriquecían al acaso á los convidados á disfrutar de aquella liberalidad imparcial.

« Todo aquel, decía, que goza de los favores de la fortuna, debe tener siempre el oro en la boca para esparcirle. »

Tanta estimación pública, debida al mérito personal del gran visir mas que á los favores del sultan, ofuscaba á Mahomet II; el visir dejaba atrás al amo; este fué su primer crimen, y el segundo fué un dicho demasiado franco que pronunció delante de Mahomet.

« ¿ Porqué ha caído la Crimea en la decadencia en

« que la vemos? preguntó un dia Mahomet delante de él.

— « Es por culpa de sus visires, respondió un cortesano que asistía á la conferencia.

— « No, repuso Mahmud, es por culpa de sus sultanes que no han sabido elegir mejores visires. »

Mahomet vió en este dicho un desafío de reemplazarle á él en la administración del imperio. Aherrojado durante algunos dias en la cárcel de las Siete-Torres, Mahmud conoció la suerte que le esperaba, y se resignó á sufrirla como un filósofo superior á las vicisitudes del destino. Sin orgullo, pero sin flaqueza hizo su testamento delante de su amo.

« Llegué á la puerta del sultan, dice al final de ese testamento, con un caballo, un sable y algunos *aspros* (moneda menuda de los turcos) por toda fortuna; cuanto adquirí despues pertenece al sultan, de quien proviene lo que tengo; se lo entrego, y únicamente le suplico que conserve la vida á mi hijo Mohammed-Beg; me prometió que se dignará sostener mis fundaciones piadosas. »

Después de haber orado, presentó con calma la garganta á los chiaux que le ahorcaron en la cárcel. El pueblo y el ejército le lloraron: su muerte inmerecida y santa le elevó á los ojos de los otomanos al nivel de los grandes hombres y aun de los mártires.

Por todo el imperio circuló una relacion de sus últimos momentos y de sus palabras supremas, redactada en turco y en persa por los letrados cuya amistad cultivó en su poderío, elocuente protesta contra la ingratitude y la tiranía de su asesino. Fué el segundo gran visir que Mahomet en sus veinte años de reinado elevaba al poder, y que castigaba con la muerte por haber sido demasiado digno de su empleo. Este fatal ejemplo se hizo demasiado á menudo una ley para sus descendientes. Keduk-Ahmed-bajá, hombre sin fama, fué nombrado gran visir.

## XII

El papa, los venecianos, los genoveses y los caballeros de Rodas, coligados como ya hemos visto con el schah de Persia, Uzun-Hassan, musulman como Mahomet, continuaron sosteniendo en la Cilicia, costa de la Caramania, enfrente de Rodas y de Chipre, la causa de los principes desposeidos de la Caramania, despues de la derrota de los persas. En vano se empleó para negociar la paz entre Venecia y el sultan, á la viuda de Amurat II, la princesa servia Mara,

madre política de Mahomet II; los caballeros de Rodas y el papa habian prevalecido sobre la política de Venecia. La princesa Mara se volvió á Tesalónica seguida de los honores y las magnificencias de Mahomet.

Una flota de ochenta galeras venecianas, diez galeras del papa, diez y siete de Nápoles, y catorce de los caballeros de Rodas, verdadera cruzada naval de todas las potencias maritimas del Adriático y del Mediterraneo, desembarcaba alternativamente en Satalia, en frente de Chipre y de Esmirna, cuerpos de tropas de diferentes naciones que rivalizaban con los turcomanos en pillaje, violaciones y asesinatos. Satalia y Esmirna, las dos ciudades mas opulentas de esa costa, sufrieron la suerte que Tesalónica habia sufrido despues del asalto de Mahomet.

« Los venecianos y sus aliados, los caballeros de Rodas, escribe uno de los confederados cristianos, « testigo y actor de aquellos asesinatos, degollaron « en Esmirna á los hombres y derribaron las puertas de las mezquitas que servian de asilo á las mujeres y á las vírgenes contra sus pasiones brutales. « Su jefe, el almirante veneciano Mocénigo, léjos de « inspirar á sus tropas sentimientos de humanidad, « las provocaba al pillaje, al incendio, á la violacion. « Por cada cabeza de turco que le trajeran habia

« prometido un ducado de oro. Aquellos de quienes  
 « pudieron apoderarse fueron vendidos en subasta;  
 « los habitantes de la ciudad de Macri, la antigua *Tel-*  
 « *missus*, á la vista de Rodas, en una ensenada forma-  
 « da por los cabos del monte Tauro, y los de la isla  
 « de Arsinoe, que forma uno de los golfos de esas  
 « costas, fueron degollados y abrasados hasta en los  
 « árboles y las viñas de sus huertas. Los feroces al-  
 « baneses, enganchados por los confederados como  
 « hombres de presa sin piedad, recibían tres duca-  
 « dos por cabeza de esclavo macho ú hembra, de  
 « modo que el tráfico de seres humanos, añade el  
 « narrador, no era ménos lucrativo para los confe-  
 « derados cristianos que para los sectarios del Pro-  
 « feta. »

## XIII

Estos insultos á las costas del Asia Menor, á sus ciudades y á sus islas, provocaban hasta el delirio la rabia y la venganza de Mahomet, cuyos pensamientos todos se hallaban fijos en Rodas, esa fortaleza de sus enemigos en el corazón de sus mares. Algunas esca-

ramuzas en la Croacia, en Carniola y en la Stiria contra las tropas de Federico III, emperador de Alemania, entretuvieron por corto tiempo sus designios contra aquella isla. En una incursión que hizo uno de sus begs contra las provincias del emperador, los otomanos penetraron hasta Laybach, y sorprendieron la ciudad mientras se celebraba en su catedral el servicio divino del domingo. De allí sacaron una columna de diez mil cautivos y cautivas, destrozaron á su vuelta todas las ciudades abiertas y quemaron Peterwardein en medio de la llanura de Hungría; horribles degüellos vengaron los de Esmirna y de Salalia. El intrépido general veneciano Loredano, se defendió en Scutari de Iliria hasta que no quedó en la ciudad piedra sobre piedra; ocho mil cadáveres de turcos y de venecianos rodaron durante un sangriento combate de ocho horas por ambos lados de la brecha.

« Comeos mi carne, » respondió Loredano á los restos de los habitantes que le pedían que capitulara por falta de víveres; « un soldado de Venecia, solo  
 « muerto rinde el puesto que le ha confiado la repú-  
 « blica. »

Scutari quedó libre bajo sus ruinas.

El eunuco Soliman-baja que mandaba el ejército otomano, recibió del sultan la orden de que llevara

las tropas á Moldavia para castigar á Estéban, príncipe de los moldavos, que se negaba á pagarle el tributo. Cien mil turcos siguieron al eunuco. Estéban se retiró al verles venir á los bosques de Agadj-Denisi, y los esperó á la cabeza de cincuenta mil aldeanos patriotas detras del lago de Krakowiz. Tan intrépido como Huniade, el príncipe moldavo restableció tres veces, exponiéndose á la muerte, la batalla casi desesperada.

Los turcos empeñados temerariamente en unos pantanos donde los ginetes no podian hacer avanzar ni retroceder á sus caballos, perecieron todos por el hierro ó la derrota. Cuatro bajas, cien estandartes, millares de prisioneros, cincuenta mil cadáveres amontonados en colina sobre el llano, fueron los monumentos de aquella batalla. Los moldavos, tan feroces como Drakul, empalaron á sus prisioneros y dejaron sus huesos flotando sobre los palos á merced del viento de sus selvas.

## XIV

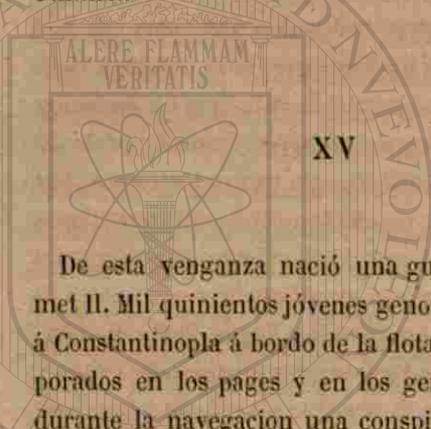
Estos desastres, reparados con prontitud por la población militar que los turcomanos asiáticos, los

búlgaros, los servios, los albaneses y los epirotas suministraban á los turcos, no desviaron al conquistador de sus planes sobre Rodas y el mar Negro, donde queria completar el imperio con la posesion de la Crimea, y con la expulsion de los genoveses de Caffa, su colonia comercial y militar en la Crimea. Para esto envió á su gran visir Ahmed con la flota, y en la audiencia de despedida del gran visir le regaló un caballo enjaezado con una silla de oro.

Caffa, entregada por un traidor, dió al gran visir cuarenta mil esclavos griegos que fueron enviados á Constantinopla para poblar la capital. Tres dias despues de la conquista, el gran visir convidó á un banquete al traidor genovés y á todos los armenios de Caffa, sus cómplices que le habian abierto la ciudad. El salon del festin no tenia otra salida que una escalera de caracol, cuyos escalones tenian que bajar uno á uno los convidados. Despues de la comida, Ahmed despidió separadamente á cada uno de los que habian tomado parte en ella, y al pié de la escalera tenia apostados verdugos que les cortaban á todos la cabeza. El genovés pasó el último, sin sospechar la suerte de sus cómplices. Ese fué el precio de la traicion y el rescate de la Crimea.

La Taurida, donde reinaban los príncipes tártaros de la casa de los Gherai, quedó de aquel modo tribu-

taria de los turcos, hasta el día no muy lejano de nosotros, en que los rusos destronaron á esos príncipes descendientes de Gengis-Khan, aliados, parientes y coreligionarios de los príncipes de la casa de Othman.



De esta venganza nació una guerra para Mahomet II. Mil quinientos jóvenes genoveses trasportados á Constantinopla á bordo de la flota otomana é incorporados en los pages y en los genizaros, tramaron durante la navegacion una conspiracion contra los turcos, los desarmaron, se apoderaron de sus buques y se arrojaron sobre la playa de Europa, de donde se refugiaron en Hungría.

Mahomet, despues de haberlos reclamado en vano á los húngaros, marchó en persona á la Moldavia para castigar á la vez á los moldavos y á los húngaros. En la primera batalla de Moldavia, sus genizaros cesaron.

« Mira tus soldados que cejan como cobardes, dijo  
« Mahomet al aga de los genizaros; los creia mas va-

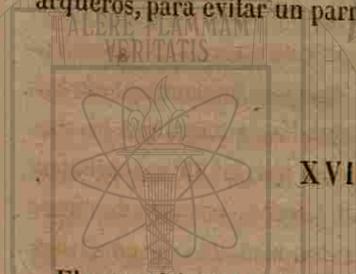
« lerosos, necesitan un ejemplo y voy á mostrarte  
« como se les guía. »

Y lanzó su caballo al galope en el corazon de la pelea, y combatió con sable en mano cubierto con su escudo hasta la victoria.

La princesa Beatriz de Nápoles, desposada con Matías Corvin, rey de los húngaros, cuya comitiva atravesaba en aquel momento la Dalmacia en direccion á Pesth, no pudo llegar á Hungría, sino á favor de un ejército entero que la protegía contra los turcos. Las poblaciones donde pasaba la noche eran incendiadas á la otra mañana detrás de ella por los akindjis, y las llamas de los bosques alumbraban su camino. Las mismas llamas devoraban la Albania, la Iliria, el territorio del golfo de Lepanto, los jardines de Udino y hasta las llanuras de Tagliamento, donde Mahomet esparcía el hierro y el fuego para castigar á los venecianos por su alianza con sus enemigos.

Durante estas excursiones, temiendo que Constantinopla sufriera la misma suerte que Satalia y Esmirna, levantaba con los restos de la antigua Bizaneio las murallas de Constantinopla por el lado del mar. Todavía se ven las cañas de columnas de los viejos edificios incrustadas como los huesos petrificados de la antigua ciudad de Constantino, en las murallas de la ciudad de Mahomet.

Uzun-Hassan murió de dolor y de vergüenza en Schiraz en aquel mismo año (1478), despues de haber intentado en vano reprimir las guerras civiles anticipadas con motivo de su sucesion entre sus seis hijos, y despues de haber dado la muerte, como Mahomet, á su hijo primogénito bajo las flechas de sus arqueros, para evitar un parricidio.



El gran visir Keduc-Ahmed-bajá que habia sucedido á Mahmud fué reemplazado aquel mismo año por un hombre de Estado, extranjero á las armas, pero ilustre en la ciencia administrativa, en la poesía y la política; era Mohammed-bajá Caramani, de la familia del célebre poeta Djelaleddin-Rumi, famoso por sus escritos en tiempo del primer Bajazet.

Mahomet II, descontento con la lentitud que mostraban sus visires y sus generales en la pacificación ó la conquista del litoral del Adriático, marchó á la cabeza de sesenta mil azabs y de cuarenta mil genizaros sobre Scutari de Iliria para dar el último golpe á Venecia.

« ¡Qué buen nido se ha escogido allí el águila para defender á sus pequeñuelos! » exclamó distinguiendo á lo léjos las rocas, las murallas y las torres de Scutari.

Su artillería colosal desmanteló la ciudad con balas de mármol de doce quintales de peso. Globos de lana con azufre que se encendían al caer sobre los tejados, incendiaban las casas y envenenaban las cisternas; una fundicion de cañones enormes y fábricas de pólvora ambulantes, fundian y cargaban las piezas sobre el mismo sitio en que los turcos armaban nuevas baterías. Dos mil setecientas balas de once á quince quintales destrozaron la ciudad durante treinta y cuatro dias de sitio; un dia despues, Mahomet colocado sobre la montaña de los bajás al abrigo de una tienda color de escarlata visible para todos sus soldados, ordenó el asalto. En vano ciento cincuenta mil otomanos escalaron las brechas, pues fueron precipitados de ellas por los héroes de Venecia y de la Albania. Doce mil turcos cegaron los fosos con sus cadáveres.

En el segundo asalto mandó que apuntaran á un tiempo todos sus cañones contra la puerta principal de la ciudad, resuelto á exterminar á los defensores de Scutari sobre el cuerpo mismo de los genizaros que por él subian al asalto. Los genizaros destrozados

perecieron y se dispersaron con aquella lluvia de balas disparadas desde su campo.

Mahomet, obligado á mandar tocar la retirada para no aniquilar su propio ejército, renunció á la conquista de aquella roca, que no abrigaba mas que quinientos hombres y ciento cincuenta mujeres.

« ¿Porqué, exclamó, se ha pronunciado nunca delante de mí el nombre de Scutari, puesto que en él debía sepultarse mi gloria? »

El sitio convertido en bloqueo y confiado á Evrenos-Beg, dió por fin aquellos escombros al sultan por el tratado de paz de 1479 con Venecia. Ya no habia impedimento ninguno para llevar la expedicion contra Rodas.

## XVII

La isla de Rodas, cuyo nombre fenicio significa la isla de las Serpientes, y cuyo nombre griego, que es posterior, significa la isla de las Rosas ó la Rosa de las islas, parece un promontorio avanzado del Asia, que las ruinas del monte Tauro prolongaron en el Mediterráneo y que la mar ha separado por un es-

trecho de diez millas para preservarla de las invasiones y de las tiranías de los bárbaros, dueños tan á menudo de aquel continente. Los griegos atribuyeron esta separación de Rodas del continente al amor de Helios ó el sol hácia Rodas, hija ó flor de aquel jardín cercado por las olas. Los heliados que nacieron de aquellos amores, fundaron, segun la tradicion, las ciudades y las puertas de la costa vecina de la Cilicia. Largo tiempo libre y republicana, despues poseida por Artemisa, reina de Caria, célebre por el mausóleo que erigió á su esposo, visitada mas bien que conquistada por los persas y por Alejandro, su capital construida sobre una colina que mira de cerca los picos, las nieves y las ensenadas del monte Tauro, esos Alpes del Asia, era famosa por su clima, por sus puertas, por sus buques, por su comercio, y por su coloso de cien codos de altura, por entre cuyas piernas pasaban buques á velas desplegadas. En tiempo de los romanos era la escuela y el museo de la Grecia, la Atenas y la Florencia del Archipiélago. Los cuadros y las estátuas de los artistas de la Grecia formaban parte de su celebridad y sus riquezas. Habian añadido á su nombre el epíteto de monumental. Sus delicias despertaban el deseo de su posesion en los conquistadores; su pequenez la servia de garantía contra la conquista; su gobierno aristocrático se com-

perecieron y se dispersaron con aquella lluvia de balas disparadas desde su campo.

Mahomet, obligado á mandar tocar la retirada para no aniquilar su propio ejército, renunció á la conquista de aquella roca, que no abrigaba mas que quinientos hombres y ciento cincuenta mujeres.

« ¿Porqué, exclamó, se ha pronunciado nunca delante de mí el nombre de Scutari, puesto que en él debía sepultarse mi gloria? »

El sitio convertido en bloqueo y confiado á Evrenos-Beg, dió por fin aquellos escombros al sultan por el tratado de paz de 1479 con Venecia. Ya no habia impedimento ninguno para llevar la expedicion contra Rodas.

## XVII

La isla de Rodas, cuyo nombre fenicio significa la isla de las Serpientes, y cuyo nombre griego, que es posterior, significa la isla de las Rosas ó la Rosa de las islas, parece un promontorio avanzado del Asia, que las ruinas del monte Tauro prolongaron en el Mediterráneo y que la mar ha separado por un es-

trecho de diez millas para preservarla de las invasiones y de las tiranías de los bárbaros, dueños tan á menudo de aquel continente. Los griegos atribuyeron esta separación de Rodas del continente al amor de Helios ó el sol hácia Rodas, hija ó flor de aquel jardín cercado por las olas. Los heliados que nacieron de aquellos amores, fundaron, segun la tradicion, las ciudades y las puertas de la costa vecina de la Cilicia. Largo tiempo libre y republicana, despues poseida por Artemisa, reina de Caria, célebre por el mausóleo que erigió á su esposo, visitada mas bien que conquistada por los persas y por Alejandro, su capital construida sobre una colina que mira de cerca los picos, las nieves y las ensenadas del monte Tauro, esos Alpes del Asia, era famosa por su clima, por sus puertas, por sus buques, por su comercio, y por su coloso de cien codos de altura, por entre cuyas piernas pasaban buques á velas desplegadas. En tiempo de los romanos era la escuela y el museo de la Grecia, la Atenas y la Florencia del Archipiélago. Los cuadros y las estatuas de los artistas de la Grecia formaban parte de su celebridad y sus riquezas. Habian añadido á su nombre el epíteto de monumental. Sus delicias despertaban el deseo de su posesion en los conquistadores; su pequenez la servia de garantía contra la conquista; su gobierno aristocrático se com-

ponía de un senado que formaban sus príncipes ciudadanos, presidido por un pritanio, especie de regulador electivo y municipal. A beneficio de su complaciente neutralidad contemporizaba con los partidos que había en Roma.

Constantino, después de haber trasportado la capital del imperio á Bizancio, agregó Rodas al imperio, la pobló de obispos, la quitó los restos de sus templos para construir con ellos la basílica de Santa Sofía, mosaico de altares y de dioses espulsados por el cristianismo de la imaginación de los hombres. Los árabes y los turcos, después de Mahomet II, demolieron á su vez las iglesias del culto de Constantino, para construir en su lugar mezquitas. Los cruzados la tomaron á la vez á los griegos y á los árabes para trocarla entre algunos caballeros alemanes, franceses é italianos, y por último Guillermo de Villaret, gran maestro de la orden de S. Juan de Jerusalem, la conquistó sobre los turcomanos de la Cilicia y se reconoció vasallo de los soberanos de Bizancio.

La isla de Cos, célebre porque en ella nacieron Hipócrates, el Aristóteles de la medicina, y Apeles, el Rafael de los antiguos, siguió con los islotes vecinos las vicisitudes de Rodas. Los caballeros pasaron á cuchillo en aquellas dos islas á todos los hombres en estado de tomar las armas; y los ancianos, los niños,

las mujeres y las vírgenes, fueron exportados y vendidos como botín sobre las costas del Adriático y de la Calabria. En su lugar, llamaron allí poblaciones cristianas. La ciudad de Rodas cercada de muros y fortificada por Villanueva, sucesor de Villaret, se convirtió en arsenal, puerto y cuartel de aquellos religiosos conquistadores. Durante algun tiempo pudieron conservar Esmirna que quitaron á los tártaros de Umurbeg. Los primeros sultanes turcos, enemigos de los tártaros y de los turcomanos, se coligaron á menudo con los caballeros, y les confiaron sobre el mismo continente castillos y ciudades como Halcarnaso. Los tratados de paz y las frecuentes alianzas con Amurat y Mahomet II, engañaban bajo el nombre de armisticios y de treguas, el voto de guerra eterna á los musulmanes que constituía el fondo de aquella institución caballeresca.

## XVIII

Ya he dicho como Mahomet II, cansado de contemporizar con aquella república cosmopolita establecida al borde de su imperio y que amenazaba sus pose-

siones insulares, había exjido que los caballeros reconociesen su soberanía mediante un tributo, y como el consejo de la orden que ofrecía el *regalo anual* en vez del *tributo*, se había empeñado en disimular el vasallage con la capa del homenaje voluntario.

La hora de la violencia, largo tiempo entretenida por los acontecimientos del Peloponeso, de la Albania, de Trebisonda, de la Crimea, del Danubio y de Venecia, había sonado ya en el corazón vengativo del sultan. Ciento sesenta buques se armaban en silencio en las radas del Bósforo de Constantinopla y de Salónica, y cien mil hombres, al mando de un bajá, se preparaban á embarcarse con destino á Rodas. El gran maestre de Aubusson, de la ilustre casa francesa de los condes de la Marche, en la Auvernia, hombre elejido por la orden, por su nacimiento, su valor, y sus talentos militares en los días de peligro, seguía paso á paso, mediante sus espías, todos aquellos preparativos. Escribió cartas á todos los caballeros de Francia, de Sicilia, de España, de Inglaterra, de Alemania y de Italia, llamándolos de sus encomiendas con sus vasallos para salvar la isla, la institución y la cristiandad, y ellos corrieron á su voz, los unos como cumpliendo con su deber, los otros como si fueran á un martirio, y la mayor parte como si acudieran á un torneo sagrado; último vestigio de

la caballería que se acababa en Europa y que iba á ilustrar sus brazos y sus hombres á la vista del Occidente.

La salida de la espedicion de Mahomet fué precedida de algunas vanas negociaciones en las que se trató de sorprender mutuamente el secreto de las fuerzas respectivas y no de conciliarse; pero estas negociaciones fracasaron. Tres renegados que durante mucho tiempo habían vivido en la isla, y que conocían sus puntos vulnerables, conferenciaron secretamente con Mahomet sobre los medios de subyugar la isla. El uno era un griego noble de la isla de Rodas, llamado Meligallo, que había disipado en su patria cuanto tenía y que trataba de reconquistar una fortuna vendiendo su patria á los turcos; el otro era Demetrio Sofian, griego de Negroponto empleado como negociador y espía por el hijo de Mahomet II, el príncipe *Djem*, gobernador de la Cilicia, encargado por su padre de tratar con los caballeros; el tercero era uno de esos aventureros alemanes sin conciencia y sin patria, llamado *Maese Jorge*, uno de esos ingenieros entendidos en el ataque y defensa de las plazas, que trafican indiferentemente con su oficio con todos aquellos que les pagan y que á la vez reciben sueldo por dos partes. Jorge había habitado en la isla y sus planes fueron adoptados por el sultan.

## XIX

Otro renegado de un nombre mas ilustre habia sido elegido por Mahomet II como general del ejército de mar y tierra contra Rodas, que se llamaba Mesih-bajá. Era un Paleólogo, príncipe de esa casa imperial cuya familia acababa de destronar Mahomet, primo del último emperador Constantino Paleólogo, hombre que ni la religion, ni la sangre, ni la patria ni el honor habian podido retener en el partido de los vencidos. Paleólogo, hecho bajá en premio de su apostasia, rescataba con un celo abyecto, pero habil, y con un valor digno de otro carácter, la culpa de no haber nacido mahometano. El sultan juzgó que los cristianos de Rodas no tendrian un enemigo mas encarnizado para perderlos, que este hombre traidor á la vez al cristianismo, á la familia y á la patria.

Las doscientos velas de Mesih ó *Paleólogo*-bajá se presentaron el 24 de mayo de 1480 sobre la mar de Rodas, entre la isla de Cos y el continente. A bordo iban cien mil combatientes, los cañones que habian arrasado Constantinopla y Scutari, máquinas formi-

dables para abrir las murallas y artilleros servios, albaneses y húngaros para lanzar bombas á larga distancia.

Los caballeros y los habitantes cubrieron las murallas para contemplar sin espanto aquella nube que el viento del norte impelia hácia su isla. Reunidos de todos los puntos de la Europa en aquella Cartago de la cristiandad, alentados por los votos del mundo, sostenidos por las promesas de la religion, aliados con el sultan de Egipto que les suministraba viveres y marineros, en paz con el sultan de Tunez que se habia coligado con ellos contra Mahomet, de acuerdo con los príncipes turcomanos de la Cilicia, sus vecinos y protegidos que disputaban aun la Caramania al príncipe Djem y que amenazaban la costa y el mar, los caballeros se sentian capaces de medirse con un imperio. Su tesoro, compuesto de las inmensas rentas de sus posesiones ó encomiendas en los diferentes Estados de la Europa, y de los despojos de su piratería obligatoria, sobre todas las costas de Africa y de Asia, era inagotable. Muchos de sus grandes maestros ó de sus príncipes electivos habian gastado de aquel tesoro para construir fortificaciones que desafiaban á las flotas sobre el mar y á los ejércitos sobre la tierra. De Aubusson las habia completado construyendo muelles y bastiones que cerraban

el puerto como una primera ciudad, y edificando en el campo castillos inaccesibles, donde los habitantes de las aldeas podían retirarse en seguridad al acercarse los otomanos. En todas las riberas de la isla donde la profundidad del agua permitía que se aproximaran buques ó hicieran desembarcos, se habían establecido baterías armadas de cañones, cuyos fuegos se cruzaban sobre las radas. Una caballería ligera de buenos caballos árabes y turcomanos, podía correr, tan rápidamente como las señales, del centro de la isla á todos los puntos de la circunferencia; por último, en el caso en que los otomanos, por su fuerza numérica entraran en la costa y se apoderaran de la isla, la capital, en su vasto y sólido recinto, ofrecería á toda la población isleña que no pasaba de treinta mil habitantes, un asilo al abrigo del hambre, de la calamidad ó de la muerte.

La ciudad de Rodas, su capital, se halla construida sobre las vertientes de una colina que mira á la mar de Chipre y de Caramania. Las alturas de esa colina, á cuyo resguardo se halla la ciudad, dominan con sus murallas, sus bastiones y sus torres, la campiña pelada que baja hácia el interior de la isla.

Por el lado del mar, dos lenguas de tierra baja se encorvan una hácia otra en sus extremidades para abrazar el puerto. Esos dos promontorios naturales,

cargados de construcciones, primero por los fenicios y los griegos y luego por los árabes y los cristianos, sobre los cuales se fueron añadiendo de siglo en siglo otras construcciones con defensas de bastiones y torres almenadas, presentan en todas sus caras exteriores á la mar murallas de rocas contra las que se rompen vanamente las olas. Su masa, su elevación y grueso las hacia invulnerables á las brechas; dos torreones cuadrados, el uno construido por los árabes y el otro por los cristianos, defienden la entrada estrecha y tortuosa del puerto, que se cierra por medio de una cadena, y que un muelle interior, fortificado también con una torre en su puerta, separa en dos puertos uno militar y otro mercante. Al rededor de estos dos puertos hay muelles estrechos. Las murallas de la ciudad, tan sólidas y tan altas como las del puerto, se elevan aun entre esos muelles y las calles, y únicamente se puede entrar en los barrios interiores de Rodas, por unas bóvedas estrechas y tortuosas practicadas bajo esas murallas que parecen cavernas abiertas en la roca. Los barrios de Rodas, al principio estrechos y oscuros por la sombra de las murallas, se elevan insensiblemente en cuesta suave por una calle mas ancha hácia la cúspide de la ciudad. A la derecha y á la izquierda las antiguas fachadas de las casas de los caballeros de distintos países y

lenguas, muestran sobre sus puertas esculpidas las armas y las divisas de sus dueños. Allí está el monumento heráldico de toda la nobleza de Europa que se ostenta en las piedras de aquel claustro de la caballería. Subiendo mas se encuentra en una plataforma del terreno, vasta y elevada, el palacio del gran maestre y de los principales dignatarios de la orden, que domina por un lado la ciudad y por el otro el inmenso horizonte del mar de Chipre, y de las montañas de Telmissus sobre el continente.

Fuera de este recinto, cuyas murallas y fosos eran dobles, había dos arrabales, uno de los judíos y otro de los griegos, que se abrigaban en un terreno llano bajo el cañon de Rodas por un lado, y por el otro bajo el fuerte de la iglesia de Fileremos, construido sobre una segunda colina próxima á la ciudad y que se llama la colina de *Sumbullu* ó de los *Jacintos*, del nombre de estas flores que aun en el dia posee en abundancia.

## XX

A ménos de tres millas de distancia de la colina de los Jacintos, se redondea el monte San Esteban en

promontorios cubiertos de mirtos, y forma en su declive hácia la mar una playa fresca, umbría y húmeda, donde se ven los restos de mármol de un templo de las Musas esparcidos al borde de una hermosa fuente sobre las raíces de los plátanos y los cipreses.

Hácia esa playa indefensa dirigió sus velas Paleólogo-baja siguiendo los consejos de los tráfugas, y allí desembarcó sus cien mil combatientes. Los aldeanos se fugaron á los arrabales y á la ciudad, y el ejército otomano estableció sus tiendas sobre los tres flancos y sobre el promontorio del monte San Esteban, fuera del alcance de los cañones de la ciudad, y fué acercando poco á poco sus baterías hasta la iglesia de Fileremos, desde donde las balas y las bombas podían llover mas allá de las murallas. La flota, despues del desembarco, volvió á subir las márgenes de la isla hácia el Este, dió vuelta á los puertos, y vino á fondear en una ancha rada exterior donde la mar de Siria extiende sus olas amortiguadas sobre un fondo de arena sin profundidad y sin escollos.

## XXI

Los primeros ataques dirigidos por Paleólogo-baja contra los dos torreones que defendian los dos lados

del puerto, apénas causaron daño á las piedras de granito de que están contruidos. De los tres renegados que dirigian los golpes, dos perecieron á los primeros disparos de la plaza, Sofian de Negroponto y Meligallo de Rodas. El ingeniero aleman Jorge, juzgando, por la inutilidad de sus ataques sobre diferentes bastiones de la muralla por el lado de tierra, que las obras se habian rectificado desde su salida de la isla, y proponiéndose indicar por medio de las señales convenidas á los otomanos las costas en que sus balas harian mas daño en los muros, se metió una noche en una barca y se presentó á los caballeros como un tráfuga arrepentido que queria rescatar su apostasia sirviendo á los cristianos. De Aubusson le recibió con desconfianza; pero la fama inmensa que tenia en el arte de dirigir la artilleria y de inventar máquinas de guerra, hizo sin embargo, que aceptaran su arrepentimiento y su socorro como un beneficio inesperado de la Providencia. Limitáronse á darle seis caballeros para que vigilaran sus maniobras; mas al cabo de algunos dias de prueba, creyeron notar que sus baterias no hacian ningun daño á los otomanos, y que las de estos daban de lleno sobre las partes mas débiles del recinto. Por estos indicios le condenaron quizás con tanta ligereza como la que mostraron al recibirle. El consejo de caballeros le mandó ahorcar

sobre una de las torres del puerto para castigar su traicion presumida, y para que Paleólogo-bajá experimentara el terror del fin que les aguarda á los traidores.

## XXII

Paleólogo, sin esperar ya nada mas de la astucia ó del arte, se atuvo únicamente al número y al brio de sus tropas, el mejor arte de los sitios difíciles.

La tierra y el mar se convirtieron durante un mes, de dia y de noche, en dos volcanes que vomitaron diez mil balas contra los muros y tres mil bombas en la plaza. Rodas, sus murallas, sus iglesias y sus palacios, no eran mas que un monton de escombros surcado y nivelado por las trescientas piezas de artilleria de Mahomet II. Los once cañones de calibre monstruo que estaban en bateria sobre la colina de Fileremos abrieron los bastiones, desmantelaron las torres, cegaron los fosos. El estampido de esos cañones, dicen los testigos oculares, hacia estremecer la mar hasta Cos y Chipre, y las gargantas del monte Tauro le repetian hasta el fondo del golfo de Satalia.

Pero aquellos tiros en vez de aterrar á los caballeros parecían evocar de la tierra nuevos defensores para Rodas: gran maestre, caballeros, soldados, habitantes, mujeres, niños, ancianos corrían á todas las horas del día y de la noche á cubrir con sus cuerpos ó sus obras las brechas que se reparaban en breve, y nuevas murallas, nuevos fosos se elevaban, se abrían y se armaban en una noche detrás de las murallas que se habían hundido y de los fosos que se habían cegado.

« Rodas por el lado del monte Fileremos, dicen  
« los que presenciaron aquel sitio, parecía una tor-  
« tuga inmensa que sin cesar renovaba sus conchas.»

Los turcos agotaban sus municiones, sus invenciones, sus máquinas y sus explosiones de minas, sin avanzar un paso mas allá de la falda de las fortificaciones. A millares caían bajo las piedras que los sitiados echaban á rodar sobre sus cuerpos. Un buzo inglés llamado Roger cortó los cables de un puente movedizo que los turcos construían sobre la mar para alcanzar con las proas de sus buques el muelle de la torre de San Nicolás y poder combatir á pié firme y cuerpo á cuerpo con la guarnición de la torre, le arrojó de sus anclas y le hizo cambiar de rumbo durante la noche. Llevado á la otra mañana contra los flancos del muelle y cubierto con dos mil genizaros

que plantaban las escalas en la torre, destrozado por las rocas lanzadas desde lo alto de las plata-formas, se rompió, y entre sus restos pereció en el agua toda una columna de sitiadores.

Tres mil turcos murieron en este asalto de seis horas á la vista del bajá. Despues de una tregua de algunos dias, y previas algunas inútiles notificaciones al gran maestre, un postrer asalto, dado por cien mil hombres por tierra y por mar al mismo tiempo, cubrió al fin las brechas y los muelles de otomanos que ya no tenían mas que bajar á la ciudad abierta por todas partes.

Era el viernes 28 de julio, el mismo dia en que una flota otomana, á las órdenes de Keduk-Ahmed-bajá, desembarcaba en Otranto que debía perecer por el fuego y el hierro, cuando Mesih ó *Paleólogo-bajá*, creyéndose ya dueño de su presa, mandó proclamar imprudentemente en su campamento que los despojos y los esclavos de Rodas pertenecían al sultan y debían reservarlos para él los vencedores. Sus soldados que combatían por el pillage mas que por la gloria, arrojaron sus armas y se negaron á subir sobre las brechas para sostener á los que ya las ocupaban; esta incertidumbre quebrantó el ánimo de los mismos genizaros que se veían abandonados en las brechas, y bajaron maldiciendo la avaricia del bajá. Los caballeros

ocuparon su puesto, y llevando hácia si las escalas de los turcos, restablecieron las escarpas allanadas con ellas.

El desaliento, el cansancio, las murmuraciones, las sediciones impunes obligaron por fin á Paleólogo-baja á embarcar otra vez su ejército, que dejó doce mil cadáveres al pié de las murallas. Miéntras alzaba el ancla y desplegaba cuatrocientas velas á los gritos de victoria de los cristianos, el humo de las grandes hogueras en que de Aubusson mandó quemar los cuerpos de aquellos doce mil genizaros se elevaba del monte Fileremos por el cielo, y salian por todas las puertas de la ciudad procesiones triunfales entonando cánticos de libertad en accion de gracias al Señor por la derrota de sus enemigos. De Aubusson acribillado de heridas que habia recibido combatiendo el primero en los asaltos, como Constantino sobre las brechas de Constantinopla, era llevado por sus caballeros en unas angarillas formadas con las armas rotas y las flechas despuntadas de los turcos. Todos los nombres de la nobleza de las diferentes naciones del Occidente, dejaron allí muertos ó conquistaron un nuevo lustre con su sangre en aquella memorable defensa. Su jefe de Aubusson, habia sido el héroe principal entre aquellos héroes de la cruz. ¡Dichoso él si la política desleal de su orden no hubiese empañado des-

pues bajo su nombre la gloria con que la Europa coronó su intrépida bizzaria!

## XXIII

Indignado Mahomet II con un descalabro que atribuyó á Paleólogo, recibió su flota con severidad, destituyó á su general del rango de baja y le envió á expiar en el humilde empleo de *Sandjak-beg* de Galipoli su falta ó su derrota. Paleólogo esperaba la muerte, pero fuera por indulgencia ó por desden, Mahomet le dejó visir para que alcanzara otra fortuna que despus hubo de sacarle de su desgracia.

El sultan se preparó á borrar con victorias las dos humillaciones que sus armas acababan de sufrir en Scutari y en Rodas. En los primeros dias de la primavera del año siguiente (1441), mandó plantar las colas de caballo sobre la ribera de Asia, entre Scutari y Gebisé, enfrente de su serrallo, que era la señal para que se reuniese el ejército en torno de las tiendas de su amo. Mahomet habia resuelto pasar á conquistar la Siria y quizás el Egipto, contra el sultan del Cairo que habia prestado socorro á sus ene-

migos en la Caramania, en la Persia y en Rodas. De este modo el imperio, que gracias á él, tenía una base profunda por ambos lados del Danubio, una capital central en Constantinopla, un cuerpo robusto en la Caramania, iba á estender sus dos brazos inmensos bajo un solo reinado, el uno hasta la cordillera de las montañas de la Iliria, para abrazar el Adriático y la Italia, y el otro hasta las montañas del Líbano, para abrazar la mar de Chipre y el Egipto. Nunca, en tan pocos años, una tribu conquistadora había incorporado así treinta naciones en un solo imperio.

Solo la muerte detuvo á Mahomet II en el cumplimiento de este plan, reservado para sus sucesores. Una enfermedad rápida y violenta como su sangre, le cojió bajo sus tiendas á la primera marcha de su ejército que se acampó en un sitio llamado *Pradera del sultan*. El ejército ignoró su muerte durante muchos días. Los eunucos y los médicos allegados al gran visir motivaron el alto de las tropas en una enfermedad leve del sultan que le obligaba á volverse á tomar baños á Constantinopla.

## XXIV

Durante esa parada, el gran visir Mohammed-Nischani, preparaba el imperio al hijo segundo de Mahomet, Djem ó *Zizim*, el favorito de su padre y la esperanza del visir, en detrimento de Bajazet á quien pertenecía el trono por derecho de primogenitura, pero cuyo reinado se tenía justamente. Sin embargo, para poderse presentar libre de culpa á todo evento, el visir envió á su sumiller Keklik-Mustafá, á Bajazet, gobernador de Amasia, para noticiarle la muerte de su padre y para decirle que pasara á Constantinopla. Keklik-Mustafá tenía orden de perder tiempo en el camino y de dejar el beneficio de algunas horas á una astuta combinacion de acontecimientos. Esta combinacion que debia asegurar el trono á Djem y la muerte á Bajazet, tenia grandes probabilidades de buen éxito, pues Amasia, residencia de Bajazet, se hallaba á nueve dias de camino de Constantinopla, en tanto que Magnesia donde residia Djem á la sazón, estaba solo á cuatro jornadas del campamento. Presentándose ántes Djem á los hajás, á las tropas y al

pueblo bajo los auspicios del gran visir, se llevaria por aclamacion el trono, ántes de que llegara á saber Bajazet la muerte de Mahomet II. Un correo rápido y confidencial llevó á Djem á Magnesia el plan del visir.

Pero un exceso de prudencia perdió á Djem y á su protector. Temiendo que Bajazet llegase el primero á Constantinopla y arrebatase con su presencia el corazon de los genizaros que se habian quedado allí de guarnicion, el gran visir Mahommed les envió la orden de pasar al Bósforo y de presentarse inmediatamente en el campamento de la Pradera imperial. Miéntras ejecutaban esta orden inusitada, salia del campo en direccion á Scutari una litera cerrada con rejas y cortinas, y escoltada por eunucos y guardias, donde decian que iba el sultan enfermo que se mandaba trasportar al baño de su serrallo de Constantinopla. El campamento y el pueblo no sospechaban nada, pero los genizaros descontentos que marchaban hácia la Pradera imperial, se encontraron á la mitad del camino del campo á la mar con la litera imperial, y habiéndose esparcido entre los soldados el rumor de una supercheria pérfida, se amontonaron en derredor de la comitiva y pidieron á voces que les mostraran á su emperador. Abriéronse las cortinas y solo hallaron el cadáver de Mahomet II. Al ver aquello,

sospecharon un crimen de Estado, detuvieron la litera, corrieron al campo á llamar á sus camaradas á la venganza, volvieron en tumulto á orillas de la mar, se embarcaron por fuerza en todas las radas pequeñas de la costa de Asia, llegaron en plena sedicion á Constantinopla, saquearon el barrio de los judios, los palacios de los bajás que creian favorables á la causa de Djem y entraron por asalto en el serrallo y cortaron la cabeza al gran visir á quien acusaban de haber premeditado la usurpacion del trono y la muerte del sultan legitimo, en beneficio de su hermano. El cadáver apénas frio de Mahomet II asistió de aquel modo á la anarquía causada por su muerte, y un interregno sangriento consternó durante algunos dias á Constantinopla sin emperador y sin visir.

Sin embargo, el diyan, los bajás, los visires y el ejército que al ruido de aquellas sediciones y asesinatos habian vuelto á la capital, se reunen en el serrallo para salvar el imperio entregado á la anarquía

pueblo bajo los auspicios del gran visir, se llevaria por aclamacion el trono, ántes de que llegara á saber Bajazet la muerte de Mahomet II. Un correo rápido y confidencial llevó á Djem á Magnesia el plan del visir.

Pero un exceso de prudencia perdió á Djem y á su protector. Temiendo que Bajazet llegase el primero á Constantinopla y arrebatase con su presencia el corazon de los genizaros que se habian quedado allí de guarnicion, el gran visir Mahommed les envió la orden de pasar al Bósforo y de presentarse inmediatamente en el campamento de la Pradera imperial. Miéntras ejecutaban esta orden inusitada, salia del campo en direccion á Scutari una litera cerrada con rejas y cortinas, y escoltada por eunucos y guardias, donde decian que iba el sultan enfermo que se mandaba trasportar al baño de su serrallo de Constantinopla. El campamento y el pueblo no sospechaban nada, pero los genizaros descontentos que marchaban hácia la Pradera imperial, se encontraron á la mitad del camino del campo á la mar con la litera imperial, y habiéndose esparcido entre los soldados el rumor de una supercheria pérfida, se amontonaron en derredor de la comitiva y pidieron á voces que les mostraran á su emperador. Abriéronse las cortinas y solo hallaron el cadáver de Mahomet II. Al ver aquello,

sospecharon un crimen de Estado, detuvieron la litera, corrieron al campo á llamar á sus camaradas á la venganza, volvieron en tumulto á orillas de la mar, se embarcaron por fuerza en todas las radas pequeñas de la costa de Asia, llegaron en plena sedicion á Constantinopla, saquearon el barrio de los judíos, los palacios de los bajás que creian favorables á la causa de Djem y entraron por asalto en el serrallo y cortaron la cabeza al gran visir á quien acusaban de haber premeditado la usurpacion del trono y la muerte del sultan legítimo, en beneficio de su hermano. El cadáver apénas frio de Mahomet II asistió de aquel modo á la anarquía causada por su muerte, y un interregno sangriento consternó durante algunos dias á Constantinopla sin emperador y sin visir.

Sin embargo, el diyan, los bajás, los visires y el ejército que al ruido de aquellas sediciones y asesinatos habian vuelto á la capital, se reunen en el serrallo para salvar el imperio entregado á la anarquía

de la soldadesca, y por unanimidad hacen dictador á Ishak-bajá, hombre íntegro y firme respetado de los soldados. Ishak reúne un puñado de genizaros y de tchauschs ó chiaux fieles, arrostra valerosamente con la autoridad de la ley y el sable de los verdugos la sedición de los revoltosos, y secundado por los ciudadanos y los mallas, los reprime, los intimida y los obliga á entrar en el orden. Urgiendo mucho el poner fin á un interregno que la dictadura no podría dominar largo tiempo, corre al serrallo donde Mahomet II habia guardado en rehenes á dos niños de sus hijos, el uno llamado Korkud, hijo de Bajazet, de ocho años de edad, y el otro Oguz-Khan, hijo de Djem que estaba aun en la cuna, y presenta al primero al ejército que le proclama sultan provisional, mientras llega su padre y que se prosterna en su presencia. El pueblo otomano que solo ve el derecho de la nación en el derecho de familia, obedece sin murmurar á ese derecho coronado en un niño.

## XXVI

Sin embargo, como si la fortuna hubiera querido cortar uno á uno todos los hilos de la trama urdida

por el gran visir decapitado, el confidente que envió á Djem para llamarle á la Pradera imperial no habia llegado hasta Magnesia; hallado en el camino por Sinan-bajá, gobernador de Anatolia, que abrió sus despachos, Sinan-bajá partidario interesado de Bajazet porque se habia casado con su hermana, mandó á sus verdugos que dieran muerte al confidente para sofocar el mensaje con la vida del mensajero. De este modo Djem ignoró largo tiempo la muerte de su padre y los sucesos de Constantinopla.

Bajazet, aunque tarde, los supo á la llegada de Keklik-Mustafá. Presuroso de subir al trono, y temiendo que su hermano se adelantara á él, Bajazet habia salido aquella misma noche de Amasia á la cabeza de cuatro mil ginetes escogidos de su gobierno. En doce dias, gracias á la rapidéz de la caballería turcomana, habia entrado en Scutari, arrabal asiático de Constantinopla, separado únicamente del serrallo por la embocadura del Bósforo. Acompañábale su visir favorito Mustafá-bajá, hijo de Hamza-Beg, á quien destinaba en Constantinopla bajo su mando, el poderío que este hábil visir habia ejercido en Amasia.

Los visires, los generales, los agas de los genizaros, la ciudad entera se embarcan á bordo de las galeras y de los *caiques* de Constantinopla, para formar la comitiva

del nuevo sultan, y atravesar en triunfo el estrecho que le separaba del serrallo. Pero las intrigas no esperaron su entrada en la capital para estallar en torno suyo. Un dictador popular, los bajás ambiciosos, una ciudad agitada y los genizaros indisciplinados no podían doblegarse, sin condiciones, al yugo de un joven príncipe desconocido á quien acababan de otorgar el imperio. Todos querían prendas de su gratitud.

Ishak-bajá, que estaba ejerciendo hacia doce dias las funciones de gran visir y que temia ser reemplazado por Mustafá de Amasia, sembró hábilmente entre los genizaros el rumor de que ese favorito aconsejaba á su amo el romper el yugo de esa milicia, reformar su disciplina y reducir su paga. El sultan intimidado por estos rumores, alejó á su ministro Mustafá ántes de entrar en su galera. El favorito fué enviado á Amasia, pero esto no les bastaba á los genizaros, y apénas el sultan tocó á la tierra de Europa, cuando esta milicia formada en batalla sobre la punta del serrallo, le pidió á gritos que amnistiara mediante un juramento solemne á los que entre ellos habian decapitado al gran visir de su padre, y saqueado las casas de Constantinopla. Alentados con la palabra que arrancaron al sultan, exigieron tambien sediciosamente una liberalidad imperial, á título de advenimiento al imperio, parecida á la que los em-

peradores romanos, proclamados por los pretorianos, distribuian á los que les habian coronado, atribuyéndose así el derecho de venderle el trono.

Bajazet, rodeado de sediciosos, no tenia otra alternativa que la condescendencia ó la sublevacion. Ratificó el deseo del ejército, y de este modo convirtió la avidéz de los soldados en una costumbre ruinosa para el tesoro público. Con estas concesiones le permitieron la entrada en su palacio.

## XXVII

Al otro dia cambiando su turbante blanco por uno negro en señal de luto, presidió las ceremonias de las exequias de su padre y depositó el cuerpo de Mahomet II en la tumba que este príncipe se habia dispuesto en un magnífico *turbé* construido bajo los muros de la mezquita que lleva su nombre. ®

Ishak-bajá fué nombrado gran visir, y se formó precipitadamente por sus órdenes un campamento en Scutari para prevenir, si era necesario, la competencia de Djem al imperio.

Trascurrieron algunos dias en las fiestas del advenimiento al trono y en la incertidumbre de los sucesos que la sumision ó la resistencia de las tropas de Asia al gobierno de Bajazet II preparaban á la capital. Este tiempo se empleó en exaltar ó en maldecir en los lugares públicos la memoria de Mahomet II.

« Conquistó dos imperios, decian los partidarios de  
 « este príncipe, el de Bizancio y el de Trebisonda,  
 « subyugó doscientas ciudades fuertes, agregó á la  
 « herencia de los otomanos catorce reinos ó princi-  
 « pados soberanos, fundó escuelas, bibliotecas, mez-  
 « quitas, hospitales sin cuento para la santificación,  
 « la instruccion y el alivio del pueblo; la mezquita  
 « rival de Santa Sofia lleva su nombre y guarda su  
 « cuerpo; sus caminos, sus acueductos, sus baños  
 « públicos cubren las provincias administradas por  
 « sus visires; honró y cultivó él mismo las letras;  
 « la poesia, la astronomía, las matemáticas fomen-  
 « tadas con sus munificencias y las de Mahmud su  
 « gran visir, han llamado á Constantinopla á los hom-  
 « bres mas políticos y mas eruditos del Oriente y del  
 « Occidente; escribia de su puño y letra y en sus di-  
 « ferentes idiomas á los príncipes, á los hombres mas  
 « eminentes de todos los países, con quienes estaba  
 « en relaciones; su corte era una academia de filóso-  
 « fos y de poetas cuya conversacion le distraia de

« las fatigas de la guerra ó de los cuidados de la am-  
 « bicion; el último de sus grandes visires, que los  
 « genizaros mataron al otro dia de su muerte, era el  
 « primer escritor de su tiempo; cuatro visires, de  
 « los que tuvo, cultivaban como él la poesia; en su  
 « divan se reunian todas las celebridades del impe-  
 « rio; treinta de los poetas líricos otomanos, entre  
 « ellos una mujer, la famosa *Seineb* de Brusa, reci-  
 « bían de él pensiones y honores; uno de sus guer-  
 « reros, Ahmed-baja es mas ilustre por sus cantos  
 « religiosos que por sus victorias; la epopeya nacio-  
 « nal de Djemali, el historiador en verso del impe-  
 « rio, interrumpida por la muerte de su autor, ha  
 « sido continuada por el Scheik Gulscheni. El res-  
 « peto que profesaba á la ciencia teológica del Co-  
 « ran, hizo que recompensara cuando subió al trono,  
 « los varazos que su ayo Kurani le habia dado en  
 « Magnesia por orden de su padre para obligarle á  
 « adornar su memoria con pasajes del libro sagrado;  
 « por último, soportaba humildemente la contradic-  
 « cion de los sabios, y las lecciones de los cuerdos.

— « ¡Con que te atreves á discutir contra mí! »  
 dijo un dia encolerizado á Khodjá-Zadé que le ense-  
 ñaba la jurisprudencia necesaria para un fundador  
 de Instituciones. — « Como tu esclavo, no, le res-  
 « pondió el lejista, como tu profesor, sí, me atrevo á

« ello, pues tú eres mi soberano en otras partes, aquí  
« eres mi discípulo. »

« Mahomet II, respondian los hombres sensatos,  
« fué grande como soberano, pero como hombre fué  
« perverso. Tuvo afición á la ciencia, á la poesía y á  
« las letras, no como un elemento de virtud, sino  
« como un elemento de gloria. La civilizacion le  
« gustaba como medio de consolidar sus conquistas.  
« Para él no existian lo justo y lo injusto; solo la am-  
« bición era el alma de su política. No hay duda que  
« engrandeció el imperio, pero tambien deshonoró el  
« nombre de los otomanos. Sus costumbres deprava-  
« das pusieron de manifiesto en el palacio, los  
« amores infames reprobados por la naturaleza; no  
« le bastaba para sus desórdenes uno de los dos  
« sexos, y su insolencia castigaba con la muerte á  
« los niños y á las vírgenes que se resistian á su las-  
« civia; mandó degollar al hijo del gran duque No-  
« taras y á la hija del gobernador veneciano de Ne-  
« groponto, Erizzo, porque prefirieron la muerte á la  
« infamia; deshonoró el haren de su padre obligando  
« á su viuda á que se casara con un esclavo del pa-  
« lacio; ahogó á su hermano en la cuna para apagar  
« con la vida de un niño toda rivalidad futura; de-  
« capitó por celos á dos grandes visires inocentes que  
« fueron los mejores servidores y los hombres mas

« virtuosos de su corte; y por último, degolló á su  
« propio hijo, al heroico Mustafá, para castigarle no  
« por su crimen sino por su gloria. Su único monu-  
« mento es Constantinopla, su único nombre el *Con-*  
« *quistador*, pero su memoria que en adelante nadie  
« podrá olvidar al poner el pié en la tierra de Bizan-  
« cio, será á la vez el orgullo y la humillacion del  
« trono de los otomanos. »

Así hablaban al otro dia de su muerte los escrito-  
res griegos, italianos, persas, y aun los turcos, con-  
temporáneos de Mahomet II el Conquistador; y estos  
fallos que varian segun las diferencias de naciones,  
son hoy todavía el fallo de la posteridad. Grande en  
su reinado, fué un hombre inmoral y sanguinario que  
la historia hace admirar á veces, pero que en lo co-  
mun, hace que la humanidad se sonroje y se estre-  
mezca con su memoria.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

